LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX

Ficha editorial

Editor ejecutivo:
Raúl E. Paggi

Consejo de Administración:
Stella M. L. Paggi
Ing.: Alejandro Lorenzo
Dr. Alcides A. Lorenzo

Director:
Juan Manuel Prado

Director editorial:
Virgilio Ortega

Director de redacción:
Guillermo L. Díaz-Plaja

Hemerografía:
Fernando Lara

Hemeroteca:
Hemeroteca Municipal de Madrid

Compaginación:
Ferran Cartes

Colaboradores de este volumen:
Miguel Ángel Bastenier
Carlos Enrique Bayo Falcón
Fernando Díaz-Plaja
Eduardo Haro Tecglen
Manuel Leguineche
Luis Ignacio López
Néstor Luján
Mateo Madridejos
Manuel Vázquez Montalbán

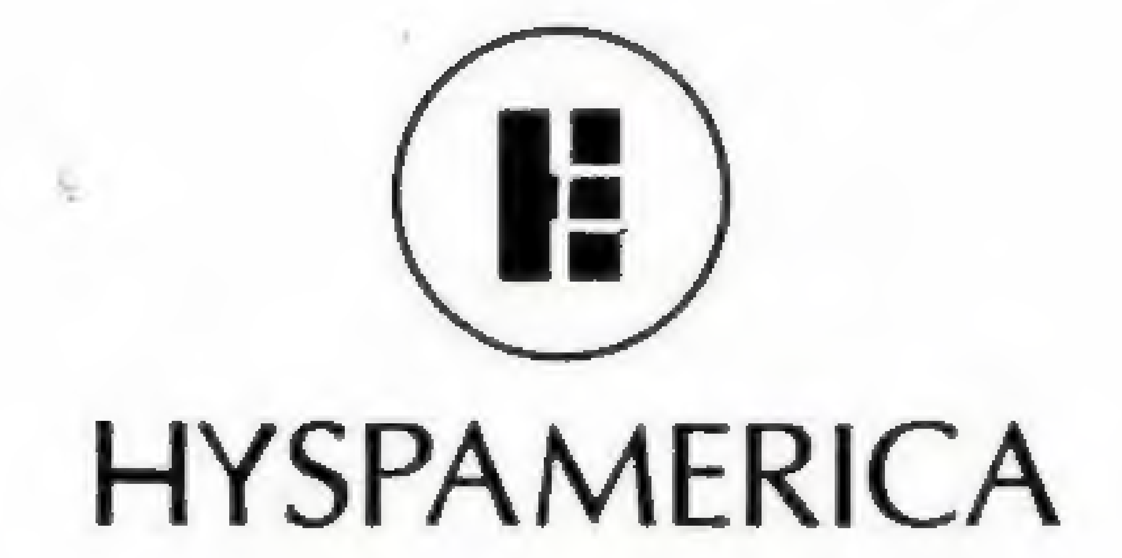
Publicado por:

Hyspamérica Ediciones, S. A.
Madrid-ESPAÑA

Hyspamérica Ediciones
Argentina, S. A.
Corrientes 1437, 4.° piso
(1047) Buenos Aires-ARGENTINA
Tels.: 46-4385/4419/4484
ISBN (fascículos) 84-7530-009-X
ISBN (obra completa) 84-7530-008-1
ISBN (tomo 5) 84-7530-014-6
DLB 6771-1982

Fotocomposición, fotomecánica, impresión y encuadernación:
PRINTER industria gráfica, S. A.
Provenza, 388. Barcelona-25

LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX





Escaneo y digitalizacion previa: FV
Indice y digitalizacion final: The Doctor

El asesinato de Calvo Sotelo

Un crimen para una guerra

Carlos López Matteo,
periodista

El cadáver de José Calvo Sotelo, vestido con una sotana capuchina, aún no había sido colocado en su tumba del cementerio del Este, en Madrid, cuando el fragor de los disparos quebró el solemne silencio que presidía la ceremonia: los falangistas se enfrentaban a balazos con los compañeros del teniente José Castillo, asesinado horas antes que el líder derechista y cuyo sepelio se acababa de producir en la misma necrópolis. Un crimen trajo otro crimen. Pero en esa calurosa tarde del 14 de julio de 1936 no sólo se enterraba a dos adversarios políticos que ni siquiera se conocían, sino también, trágico simbolismo, a la Segunda República Española.

En la madrugada del 13 de julio, un improvisado comando integrado por miembros de las fuerzas del orden y militantes socialistas dio muerte al diputado José Calvo Sotelo, en represalia por el asesinato del teniente José Castillo. Era la excusa que buscaban los conspiradores para lanzar el llamado «alzamiento nacional». En la fotografía, el cuerpo sin vida de Calvo Sotelo poco después del atentado.


EFE

Las elecciones del 16 de febrero

Pocas veces un resultado electoral ha sido tan controvertido, y se ha prestado a tan variadas interpretaciones, como el correspondiente a las elecciones del 16 de febrero. La discusión en torno a las cifras aún continúa, y según la ideología de cada autor se aceptan unas u otras, o se magnifican las de los partidos con los cuales se simpatiza y se minimizan las de los adversarios.

Los resultados oficiales, dados a conocer el 20 de junio, y correspondientes a los partidos con implantación en todo el territorio y a los nacionalistas vascos, fueron los siguientes: Frente Popular: 4.654.116 votos (34,3%); derechas: 4.503.505 votos (33,2%); centro y PNV: 526.615 votos (5,4%).

De 13.500.000 españoles habilitados para votar, lo hicieron 9.870.000. La abstención llegó al 28% (32,5% en 1933), registrando los mayores índices Aragón, Galicia y Andalucía.

El reparto de escaños, después de segundas y hasta terceras vueltas en algunos circuitos electorales, fue: Frente Popular 263, derechas 133, y centro 77.

Desde la derecha se formularon acusaciones de fraude, pero ellas no fueron tenidas en cuenta por la opinión pública: por un lado, nadie podía creer que el Gobierno de centro-derecha hiciese trampas a favor de la izquierda; por otro, no se produjo ninguna denuncia de fraude durante el recuento de los votos, en el que estaban presentes, y controlando, delegados de todos los partidos, sino varios días después y, aparentemente, buscando la justificación para un golpe de fuerza.

Al no prosperar, por falta de base, estas acusaciones, se argumentó que el fraude no era en las formas sino en la esencia. ¿Cómo puede ser —se preguntaba— que la izquierda obtenga 263 diputados con el 34,3% de los votos, y la derecha sólo 133 con el 33,2%? La respuesta era obvia: porque se aplicaba un sistema electoral, aceptado por todos, en el que se favorecían las coaliciones y el bipartidismo. La izquierda formó una coalición electoral y programática, mientras que la derecha concurrió desunida a las urnas. La situación se invirtió —respondían alborozados los triunfadores de 1936—, porque en 1933 las cosas ocurrieron exactamente al revés, y entonces, con el mismo sistema electoral, venció la derecha.


F.R.

El jefe de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, hijo del que fuera dictador de España, se dirige a las bases de su partido en un mitin previo a las elecciones de febrero de 1936. Admirador de Benito Mussolini y de sus principios fascistas en torno a las élites, la jerarquía y la tradición, José Antonio había dicho en más de una ocasión que su partido no acataría el resultado de las elecciones si éste fuera contrario al «destino eterno de España».

El principio del fin

Los asesinatos de Castillo y Calvo Sotelo, registrados el 12 y 13 de julio de 1936, sacudieron aún más el ya agitado mundo político español. Pero fue la muerte de Calvo Sotelo la que sirvió de detonante para que el sector militar golpista acelerara sus planes. Atrás quedaban cinco dramáticos meses de gobierno frentepopulista, durante los cuales se gestó la sentencia de muerte contra el régimen republicano.

A finales de 1935, el presidente Niceto Alcalá-Zamora dudaba sobre la conveniencia de disolver las Cortes y convocar a nuevas elecciones. La esterilidad de los gobiernos de centroderecha y el horror, aún no disipado, por la represión que puso fin al levantamiento asturiano de 1934 aconsejaban la consulta popular. Pero, al mismo tiempo, el jefe del Estado temía un triunfo izquierdista. Los escándalos del estraperlo y Nombela (sobornos para autorizar la instalación de un tipo especial de ruleta en el primer caso, y para obtener los contratos de suministros al ejército de Marruecos, en el segundo) enlodaron y desprestigiaron a Alejandro Lerroux y a sus más íntimos colaboradores, y también disiparon las dudas de Alcalá-Zamora. El 14 de diciembre de 1935, el presidente, esperanzado en la constitución de un movimiento centrista fuerte y coherente, designó como jefe del Gobierno a Manuel Portela Valladares. Éste, inmediatamente, fundó el Partido del Centro y levantó la censura de prensa, lo que posibilitó la reaparición del periódico comunista *Mundo Obrero*.

El 7 de enero de 1936, fueron disueltas las Cortes, estableciéndose que las elecciones se celebrarían el 16 de febrero.

Pronto se advirtió la imposibilidad de que se concretaran las esperanzas de Alcalá-Zamora y Portela Valladares de organizar una poderosa coalición de centro. Las divisiones existentes entre los católicos y los resentimientos acumulados entre diversas personalidades durante la etapa anterior frustraron cualquier acuerdo.

Todo lo contrario ocurrió entre liberales e izquierdistas. La corrupción de Lerroux, el trato dado a Manuel Azaña durante los sucesos de octubre de 1934, el retroceso respecto a las reformas iniciadas en el primer bienio de la República y el fuerte rechazo a los métodos represivos de los anteriores gobiernos, entre otros factores, habían acercado a los principales dirigentes de estas tendencias. Por otro lado, el temor a la expansión nazi determinó que la Unión Soviética y los partidos comunistas lanzaran la consigna de los frentes populares. Impedir la guerra y que Europa cayese bajo regímenes similares al alemán y al italiano era prioritario, y el objetivo de la revolución obrera pasaba a un segundo plano en aras de obtener alianzas interclasistas. El puente que salvaba las diferencias entre los partidos del Frente Popular español tenía, de derecha a izquierda, unos pilares aparentemente (y sólo aparentemente) lógicos y fácilmente comprensibles: Azaña estaba ideológicamente cercano al socialista moderado Indalecio Prieto; éste, a su vez, era compañero de partido de Francisco Largo Caballero, líder del ala izquierda del PSOE, cuyas juventudes estaban cada vez más cercanas de las comunistas.

Salmer



AGE

Sobre estas líneas, cartel alusivo a la Segunda República presentado a comienzos del agitado año de 1936.

A la izquierda, cartel publicitario del Partido Comunista para las elecciones generales de febrero de 1936.

Abajo, el diputado derechista José Calvo Sotelo, partidario de una derecha «pura y dura» y de una lucha frontal contra las izquierdas, durante un acto del partido Renovación Española, celebrado en Barcelona en vísperas electorales.

El Frente Popular se constituyó el 15 de enero en torno a un programa mínimo que defendía la orientación autonómica, religiosa y educativa del primer bienio republicano, al tiempo que prometía una amnistía para los 30.000 presos políticos y una mayor celeridad en la aplicación de la reforma agraria.

La derecha violenta

La derecha, al igual que el centro, no logró unificar sus posturas ni establecer acuerdos electorales. La Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), encabezada por José María Gil Robles, era sin duda el partido más poderoso de esta orientación.

No por su importancia numérica, pero sí por la trascendencia que meses más tarde tendrían sus líderes, son de destacar la Falange de José Antonio Primo de Rivera y Renovación Española, partido dirigido por José Calvo Sotelo. Ambas personalidades representaban tendencias declaradamente violentas, antiparlamentarias y antidemocráticas. El anterior ministro de Hacienda de la Dictadura alimentó la ambición de constituirse en el jefe de



Archivo Orbis

Prieto responde a Largo Caballero

Indalecio Prieto era la cara opuesta a Largo Caballero, y ambos lideraban los dos sectores en que se dividía el Partido Socialista. Considerado el jefe de la llamada ala moderada del partido, quizás no tuviese tantas diferencias con Largo Caballero, como se ha pretendido. Tenía, ciertamente, por su formación, otro estilo y otra visión de los problemas. Era mucho más cerebral, más frío, y, por sobre todo, mucho más pragmático y posibilista que Largo Caballero. Pero es difícil, analizando serenamente el comportamiento de uno y otro, decir que Largo Caballero era «más revolucionario» que Prieto. No puede olvidarse que éste fue sorprendido contrabandeando armas para los revolucionarios asturianos de 1934, y que en julio de 1936 fue uno de los personajes que con mayor energía reclamó a Casares Quiroga «armas para el pueblo».

Una prueba contundente de las diferencias tácticas entre los dos líderes socialistas fue el discurso de Prieto en Cuenca, el 1 de mayo de 1936. En su transcurso, nunca mencionó a Largo Caballero, pero a buen entendedor pocas palabras bastan:

«La convulsión de una revolución, con un resultado u otro, la puede soportar un país. Lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin una finalidad revolucionaria inmediata; lo que no soporta la nación es el desgaste de su poder público y de su propia vitalidad económica, manteniendo el desasosiego, la zozobra y la intranquilidad. Podrán decir espíritus simples que ese desasosiego, esta zozobra y esta intranquilidad la padecen sólo las clases dominantes. A mi juicio, constituye un error. De ese desasosiego, de esa zozobra y de esa intranquilidad, no tarda en sufrir los efectos perniciosos la propia clase trabajadora, en virtud de trastornos y de posibles colapsos de la economía, porque la economía tiene un sistema a cuya transformación aspiramos, pero que mientras subsista, hemos de atenernos a sus desventajas. Y entre ellas ésa: la que refleja dolorosamente sobre los trabajadores la alarma, el desasosiego y la intranquilidad de las clases dominantes. (...) No se diga, desacreditando la democracia, que el desorden infecundo es únicamente posible cuando en las alturas del poder hay un Gobierno democrático, porque entonces los hechos estarán diciendo que sólo la democracia consiente los desmanes y que únicamente el látigo de la dictadura resulta capaz de impedirlo. Si el desmán y el desorden se convirtieran en un sistema perenne, por ahí no se va al socialismo, por ahí no se va a la consolidación de una República democrática, que yo creo nos interesa; ni se va al comunismo. Se va a una anarquía completamente desesperada que ni siquiera está dentro del ideario libertario. Se va a un desorden económico que puede acabar con el país.»


EFE

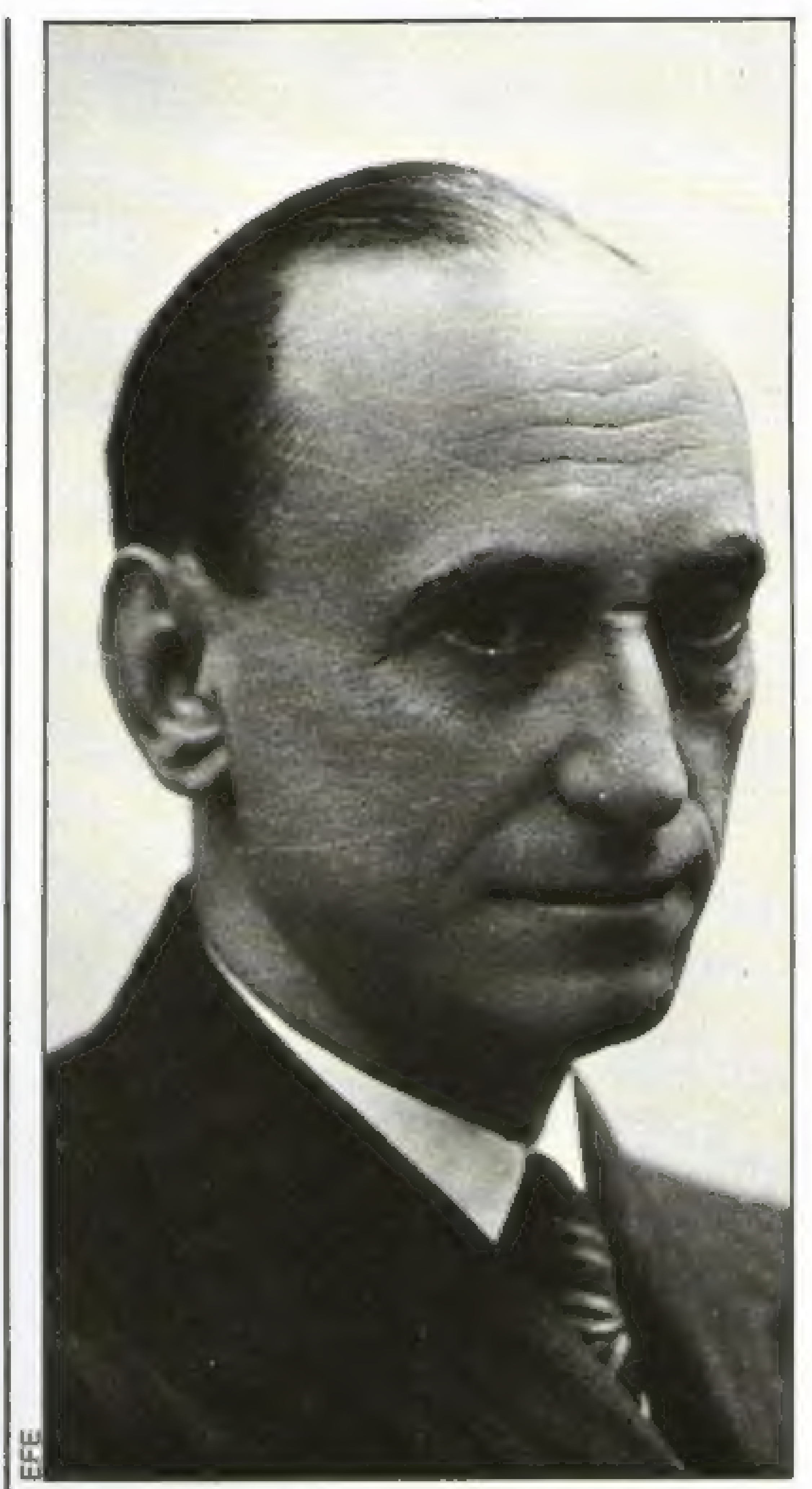

F.R.

la Falange y de un gran partido fascista, pero José Antonio, que lo consideraba un traidor a su padre, le cerró el paso e impidió cualquier posibilidad de alianza. De todas formas, en esa campaña electoral Calvo Sotelo se convirtió en una figura ampliamente conocida y de nivel nacional. En sus discursos se oponía duramente al parlamentarismo y auguraba el fracaso del régimen republicano, «no por ser republicano sino por ser parlamentario». Al tiempo que insistía en el necesario protagonismo del Ejército, «columna vertebral de la nación», mantenía contactos con el general José Sanjurjo, exiliado en Portugal, con quien procuraba establecer bases para una conspiración. Convencido de la conveniencia de un sistema autoritario y totalitario, también intentó, a través de amigos comunes, embarcar a Alcalá-Zamora en una aventura golpista. Los muchos adversarios que engendró don Niceto, a derecha e izquierda, podían levantar contra él cualquier acusación, pero nunca la de traidor a las instituciones surgidas en 1931, y, lógicamente, no entró en el juego que le proponía Calvo Sotelo.

En cuanto a José Antonio, ya en 1934, en carta dirigida al general Francisco Franco, se mostraba en favor de un golpe militar para «restaurar la perdida noción de destino histórico de la Patria». Más cerebral y con un mayor sentido táctico que los jóvenes falangistas que desfilaban por Madrid con sus camisas azules y tiroteaban a obreros y estudiantes izquierdistas, no por eso el hijo del ex dictador dejaba de ser un «violento»: acopiaba armas para su partido, admiraba la energía de Mussolini y los principios fascistas en torno a las élites, la jerarquía y la tradición, y durante la campaña electoral de 1936 dijo que la Falange no respetaría


EFE

Salmer



EFE

En la página anterior, arriba, Indalecio Prieto, jefe del ala moderada del Partido Socialista, quien en abril de 1936 rechazó la jefatura del Gobierno, ofrecida por Azaña, para evitar un enfrentamiento con Largo Caballero; en el centro, Lluhí Vallescá, ministro de Trabajo del gobierno de Casares Quiroga; abajo, Ruiz Funes, ministro de Agricultura del mismo gobierno.

En esta página, a la izquierda, Gil Robles y otros diputados salen del Palacio de Cristal tras la elección de Azaña como presidente; abajo, el destituido presidente Alcalá Zamora junto a Diego Martínez Barrios que lo sustituyó hasta el nombramiento de Azaña; sobre estas líneas, Casares Quiroga, que asumió la jefatura del Gobierno el 13 de mayo de 1936.



F.R.

jamás un resultado que fuese «peligrosamente contrario al destino eterno de España».

En vísperas de las elecciones, el panorama de los grupos violentos, antidemocráticos o simplemente enemigos del republicanismo a cualquier precio, se completaba, al margen de pequeños sectores que sería tedioso enumerar, con los carlistas. Fuertes y poderosos en Navarra, jugarían un importante papel en el pronunciamiento del 18 de julio al convencer a Sanjurjo de que se convirtiese en el jefe de la rebelión, y en la organización de milicias que combatirían al Gobierno constituido.

Triunfo del Frente Popular

La campaña electoral fue intensa, violenta en ocasiones, y prácticamente no quedó punto importante que no fuese ardorosamente discutido, ya sea a nivel local o con relación al conjunto

¿Azaña era Kerenski? ¿Largo Caballero era Lenin?

Después de las elecciones, y al menos una vez por semana, en las principales ciudades españolas grandes manifestaciones izquierdistas reclamaban todo el poder para los trabajadores. Los anarquistas y los socialistas de Largo Caballero creían que estaban en el umbral de una revolución social de amplísimos alcances. Los jóvenes seguidores del líder de la UGT no se cansaban de analizar la situación, concluyendo siempre en el paralelismo que —a su juicio— existía entre la Rusia de 1917 y la España de 1936.

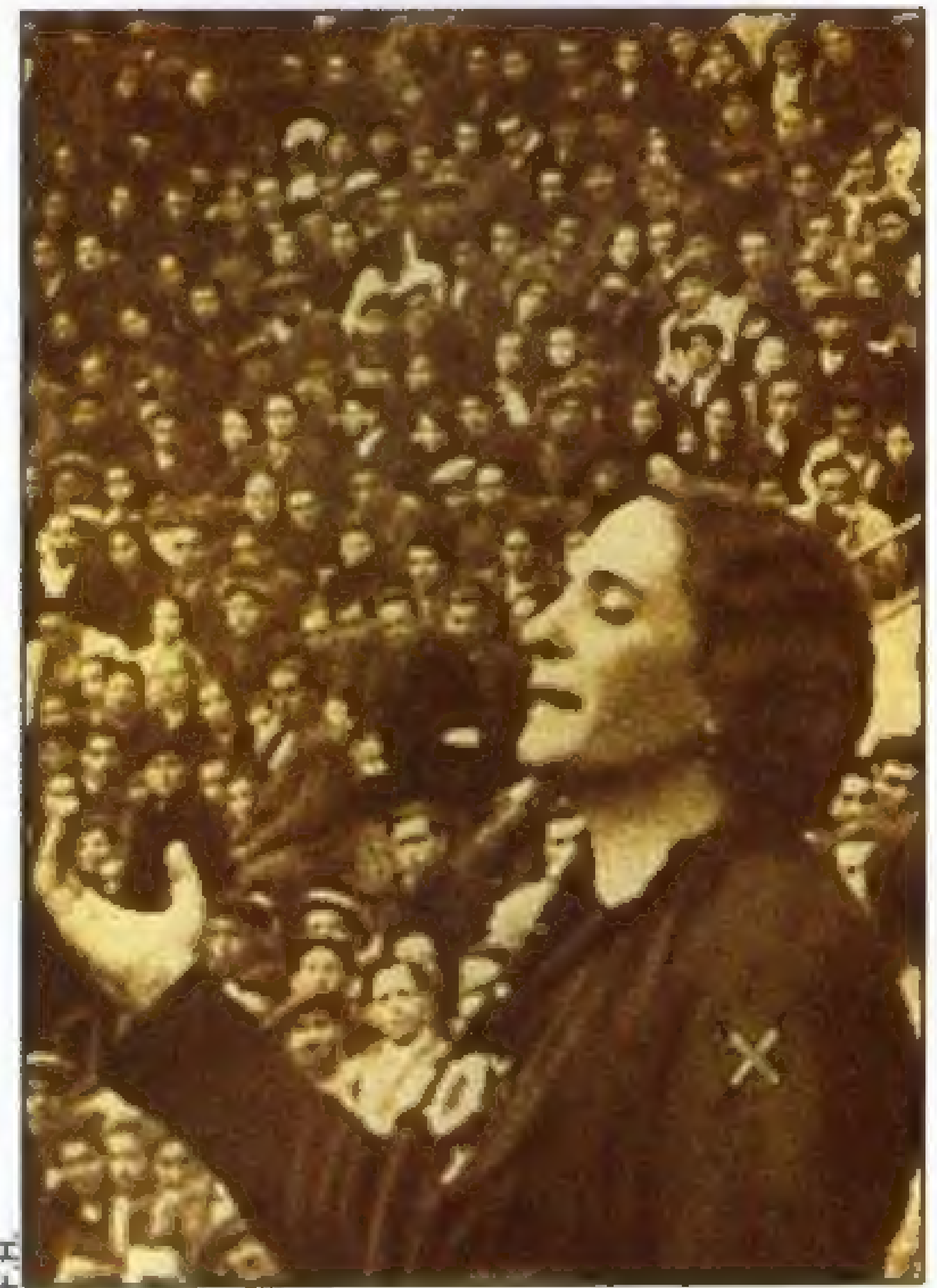
Iban más lejos en sus afirmaciones: Azaña estaba haciendo el papel de Kerenski, y Largo Caballero sería en poco tiempo el Lenin español. Y Largo Caballero se lo creyó, y actuó en consecuencia.

Sus discursos eran incendiarios. Las reuniones que mantuvo con Azaña, en las que éste le pedía que definiese su actitud, si a favor del Gobierno conforme a los compromisos del Frente Popular o a favor de la anarquía, fueron tormentosas. Hay quien sostiene que Largo Caballero quería apoyar al Gobierno, pero también convertirse en un Lenin. Azaña, por su parte, dudaba acerca de si el político socialista no quería o no podía dominar a las masas, puesto que las huelgas y los conflictos callejeros iban en aumento.

Uno de los discursos de Largo Caballero, sintetiza su pensamiento: «El triunfo es indiscutible e innegable. Frente a estas falanges socialistas y a la Unión General de Tabajadores es imposible oponer nada. Somos no solamente los más, sino los más poderosos. Nuestro triunfo es inevitable. (...) Los órganos de la administración deberán estar intervenidos por comisarios del pueblo. Hay que democratizar a la fuerza pública y principalmente al Ejército: éste debe desaparecer, pero la necesidad de la defensa del país hace precisa la existencia de un elemento armado. Hay que ir a la dignificación moral de cabos y sargentos, abriéndoles de par en par las puertas para su ingreso en la oficialidad y el generalato. (...) Debe desaparecer la propiedad privada de la tierra y socializarse la tierra. Hágase cargo el proletariado del poder y haga de España lo que España merece. Para ello no debe titubear, y si es preciso verter sangre, debe verterla.»

Sin entrar a valorar estas líneas ideológicas —cosa que no corresponde en un trabajo de esta naturaleza— es evidente que Largo cometió un error de cálculo respecto a la real situación española. El mismo comenzó a percibirlo a fines de junio de 1936, e inició un giro hacia posiciones más prudentes. Pero ya era tarde.


AGE


F.R.

del Estado. La reforma agraria fue una de las principales banderas frentistas, mientras que derecha e izquierda polemizaban duramente acerca de los sucesos de octubre de 1934.

Contra todos los pronósticos, la jornada del 16 de febrero transcurrió en calma. En las primeras horas de la noche, Portela Valladares ya tenía un panorama bastante exacto del veredicto popular: desilusionado por el fracaso centrista, temía que el anuncio de la victoria izquierdista provocase incidentes y manifestaciones sangrientas. La información fue lentamente dosificada, y hasta el jueves 20 no se conocieron las cifras oficiales. Aunque 20 escaños quedaron para definir en una segunda vuelta, el Frente Popular había obtenido 257 diputados sobre un total de 473. Los partidos derechistas consiguieron 139 escaños, mientras que los centristas sólo 57.

El pánico cundió en la derecha, y algunos monárquicos incitaron al general Franco a dar un golpe de Estado y a establecer un régimen militar. El general rehusó, aunque, según afirmaría posteriormente Portela Valladares, se ofreció para respaldarlo si decidía anular las elecciones atendiendo a las acusaciones derechistas respecto a la existencia de fraude.

El pánico es contagioso, y también afectó al jefe del Gobierno: Portela Valladares decidió dimitir inmediatamente, e invitó a Azaña a tomar el poder en nombre del Frente Popular, aun antes de que se constituyese el nuevo Congreso. Azaña quería esperar al 16 de marzo, fecha prevista para la apertura de las Cortes, pero Portela Valladares estaba atenazado por el miedo y mantuvo su decisión de abandonar la nave. Ante esta inédita situación, Alcalá-Zamora dispuso que Azaña formase el Gobierno inmediatamente.

El 19 de febrero, Azaña integró el gabinete con personas de su confianza personal y con dirigentes de su partido. Los socialistas, principal fuerza del Frente Popular, habían decidido no participar en el Gobierno: era una concesión del sector moderado a Largo Caballero quien, con su lenguaje de extrema izquierda, había aceptado integrarse a la coalición si el socialismo no se comprometía directamente en el Poder Ejecutivo.

Primeras medidas de Azaña

Entre la asunción del mando y el 4 de abril, día en el que Azaña presentó su programa legislativo ante el nuevo Congreso, el Gobierno desplegó una febril actividad dando los primeros pasos hacia el cumplimiento de las promesas frentepopulistas.

El 22 de febrero, se decretó la amnistía para los 30.000 presos políticos, muchos de ellos detenidos a raíz de los acontecimientos de octubre de 1934 en Asturias y Barcelona, y entre los que se encontraba un alto porcentaje de anarquistas. Al día siguiente, Azaña dispuso la suspensión del pago de las rentas rurales en Andalucía y Extremadura,

En la página anterior, arriba, Largo Caballero, dirigente de la línea radical del Partido Socialista, quien encontraba un gran paralelismo entre la Rusia de 1917 y la España de 1936. Convencido de que había llegado la hora de una amplia revolución social, se negó a apoyar abiertamente al gobierno «burgués» de Azaña —a quien muchos comparaban con Kerenski— y, a la manera soviética, encabezó los sectores izquierdistas que reclamaban todo el poder para el pueblo, por lo que fue comparado con Lenin.

En la página anterior, abajo, Dolores Ibárruri, «Pasionaria», hace uso de la palabra en un mitin organizado por el Frente Popular en la Plaza Monumental de la capital española.



A la derecha, Manuel Azaña tras la investidura presidencial, según un óleo del pintor granadino José María López Mezquita. Elegido presidente de la República por una amplísima mayoría de votos, Azaña debió gobernar en una época tremendamente difícil, que culminaría trágicamente con el estallido de la Guerra Civil

Salmer

lo que fue interpretado como una primera medida tendente a acelerar la reforma agraria. Esta disposición fue complementada con otra, extensible a toda España, el 29 del mismo mes, y por la cual se suspendieron los desahucios agrícolas. El 16 de marzo, el jefe del Gobierno anunció la validez de las confiscaciones de las fincas rurales decretadas contra los terratenientes que habían respaldado el intento golpista de Sanjurjo (agosto de 1932), y que habían sido devueltas a sus anteriores propietarios, en abril de 1934, por el gobierno de Lerroux.

En el plano institucional, el gabinete Azaña restableció en sus funciones a la Generalitat de Cataluña, a los ayuntamientos vascos que habían sido suspendidos en el verano de 1934, y a los socialistas que sufrieron igual sanción en octubre del mismo año. Los generales Francisco Franco y Manuel Goded, cuyas actitudes en los días siguientes a las elecciones continúan siendo objeto de polémicas entre los historiadores, fueron preventivamente «exiliados» a Canarias y Baleares, respectivamente.

Si bien esta serie de disposiciones podría dar la idea de que el Gobierno tenía la iniciativa y se movía sobre terreno firme, Azaña era pesimista: «Siempre he temido —escribió— que volviésemos al Gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores. Una vez más hay que segar el trigo en verde.» No le faltaba razón. La crisis económica continuaba apretando sobre los sectores más pobres y generando agitación social. Empresarios urbanos y rurales se negaban a reponer en sus puestos a los despedidos o detenidos en 1934, pese a la letra clara del decreto de amnistía. Y si les devolvían el empleo, despedían a sus sustitutos. Por otro lado, Azaña no podía contar con el total apoyo del Partido Socialista. Largo Caballero, entusiasmado con la victoria del Frente Popular, llamaba a la revolución inmediata. «Hoy estoy convencido —decía a sus seguidores de la Unión General de Trabajadores (UGT) y de la juventud socialista— de que llevar a cabo una labor socialista dentro de una democracia burguesa es imposible.»

La tensión política y social era alimentada, además, por la acción de grupos paramilitares —principalmente la Falange desde la derecha, y los anarquistas desde la izquierda— que repartían violencia, incidentes y muertes a lo largo y ancho del territorio. El 15 de marzo, tras sendos intentos de atentado contra el jurista republicano Luis Jiménez de Asúa y Largo Caballero, realizados por los falangistas, José Antonio fue detenido, acusado de portar armas sin licencia.

En los corrillos políticos de Madrid se comentó que días antes del arresto, Azaña llamó a José Antonio a su despacho y trató de convencerlo de que abandonase el país.

—No puedo —respondió el líder falangista—, mi madre está enferma.

—Pero su madre murió hace años.

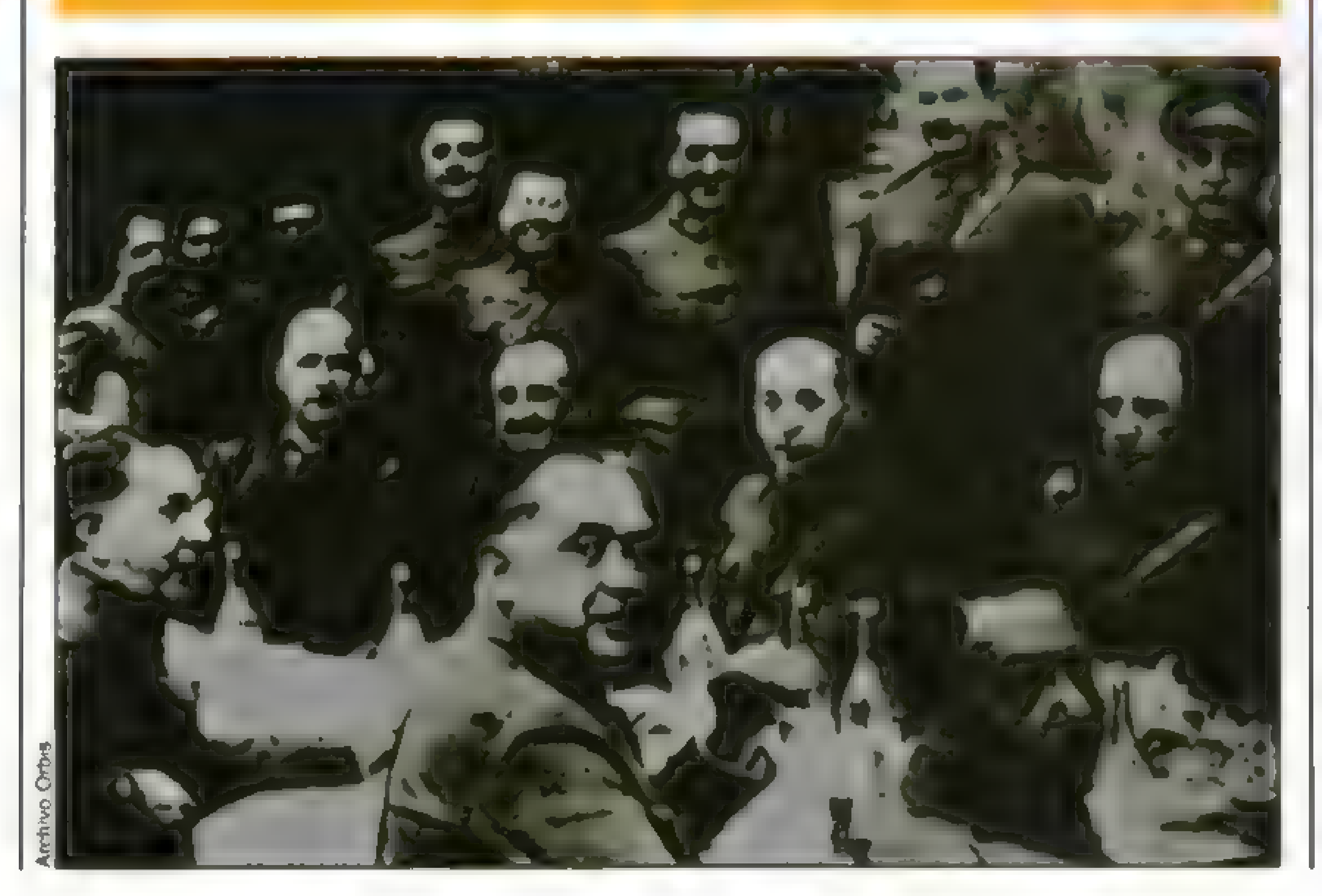
Las anchas espaldas de Calvo Sotelo

El 16 de junio de 1936, tuvo lugar un tenso y acalorado debate parlamentario sobre el orden público. Según del lado que se analice esta tumultuosa sesión de las Cortes, en ella Calvo Sotelo incitó al golpe de estado y prácticamente confirmó su vinculación a los conspiradores, o Casares Quiroga firmó la sentencia de muerte del legislador monárquico con una frase poco feliz. Éste es el fragmento más interesante del polémico debate en las Cortes:

Calvo Sotelo: *(...) La causa es que el problema del desorden público es superior, no ya al Gobierno y al Frente Popular, sino al sistema democrático-parlamentario y a la constitución de 1931. España padece el fetichismo de la turbamulta, que no es el pueblo, sino que es la contrafigura caricaturesca del pueblo. Son muchos los que con énfasis salen por ahí gritando: ¡Somos los más! Grito de tribu —pienso yo—: porque el de la civilización sólo daría derecho al énfasis cuando se pudiera gritar: ¡Somos los mejores!, y los mejores casi siempre son los menos. (...) Y el más lamentable de los choques (sin aludir ahora al habido entre la turba y el principio espiritual religioso) se ha producido entre la turba y el principio de autoridad cuya más augusta encarnación es el Ejército. Cuando se habla por ahí del peligro de militares monarquizantes, yo sonrío un poco, porque no creo —y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este aserto—, que exista actualmente en el Ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera sería un loco, y lo digo con toda claridad, aunque considero que también sería un loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjera.*

Casares Quiroga: *(...) No basta que después de habernos hecho gustar las «dulzuras» de la dictadura de los siete años, su señoría pretenda ahora apoyarse de nuevo en un Ejército cuyo espíritu ya no es el mismo, para volvernos a hacer pasar por las mismas amarguras (...) Gravísimo, señor Calvo Sotelo. Insisto: Si algo pudiera ocurrir, su señoría será el responsable con toda responsabilidad.*

Calvo Sotelo: *Yo tengo, señor Casares Quiroga, anchas espaldas. (...) Lo repito: mis espaldas son anchas; yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice, y las responsabilidades ajenas, si son para bien de mi patria y para gloria de España, las acepto también. ¡Pues no faltaba más! Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un rey castellano: «Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis.» Y es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio.*


Archivo Orbis


Oronoz

—Mi madre es España, y no puedo abandonarla.

En este clima, en el que se mezclaban egoísmos, fanatismos e impaciencias, Azaña presentó su programa ante las Cortes, el 4 de abril.

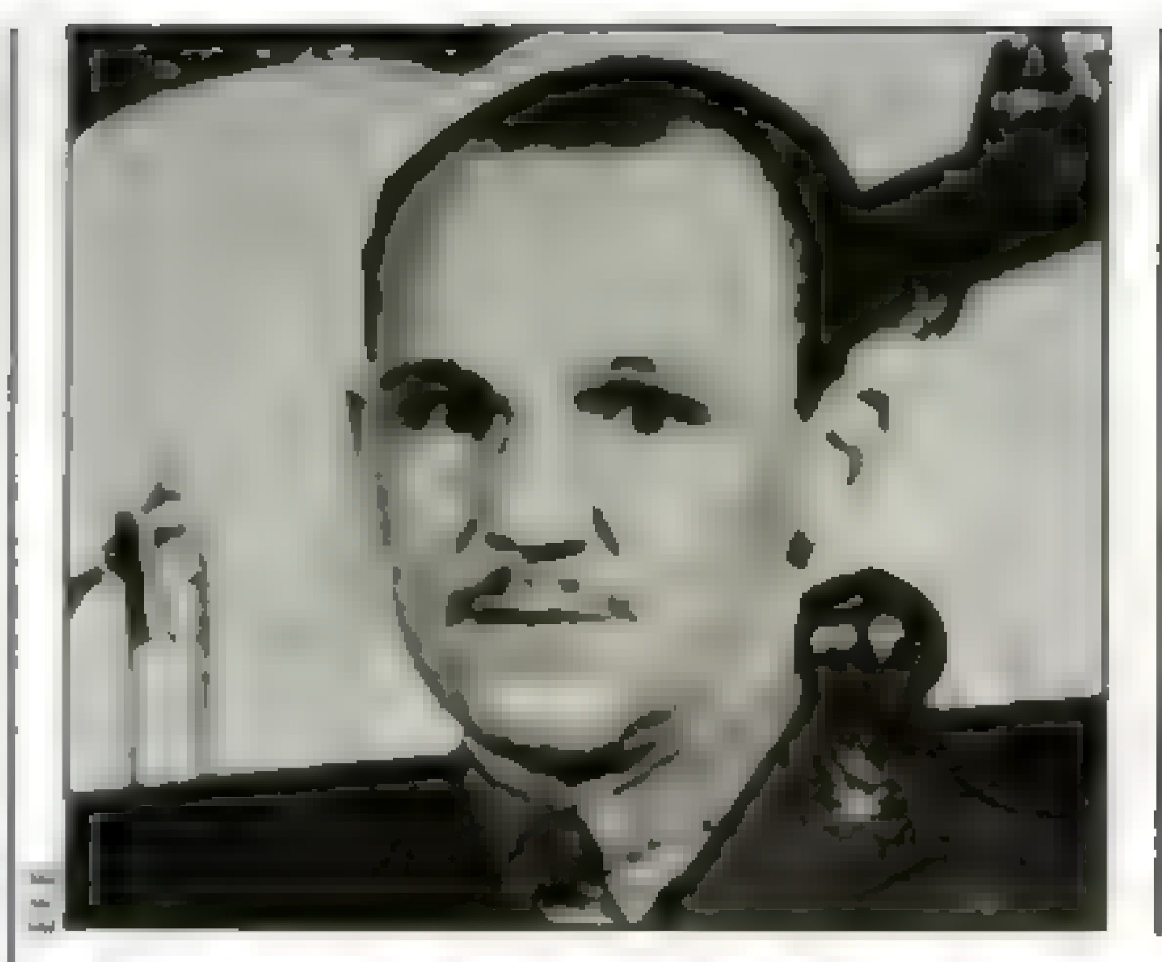
Destitución de Alcalá-Zamora

Los planes del jefe del Gobierno consistían en profundizar y concretar las medidas tomadas en los primeros días de su gestión. Hizo hincapié en la reforma agraria, en la construcción de escuelas y extensión de los planes educativos, mayor autonomía para los ayuntamientos, y aprobación del estatuto vasco. Para tranquilizar a la derecha, recordó las promesas del Frente Popular en el sentido de que no se nacionalizaría la tierra, ni la banca, ni la industria.

El discurso de Azaña fue aprobado por líderes de la derecha moderada, como Miguel Maura y Manuel Giménez Fernández, mientras que Calvo Sotelo apenas manifestó dudas acerca de si el Gobierno podría controlar la presión de la izquierda socialista y de los anarquistas.

Pero para Azaña no pasarían tres días sin sobresaltos. El 7 de abril, ante una propuesta izquierdista y ante la abstención de la derecha, fue destituido el presidente de la República. Desde su difícil cargo, Alcalá-Zamora había concitado la animadversión o el odio de la mayoría de los grupos políticos. Casi todos ellos se sintieron agraviados, en un momento u otro, por el jefe del Estado. Así, por una abrumadora votación, el hombre que había dirigido la virtual expulsión de Alfonso XIII se vio obligado a salir por la puerta trasera.

Azaña era la única personalidad capaz de concitar la unanimidad de los partidos del Frente Popular. Para algunos, desde la presidencia de la República podía estar desligado de las inmediatas tareas gubernamentales y volcar todo su prestigio a fortalecer las instituciones y a calmar el país. Para otros, como Largo Caballero, nombrar a Azaña presidente era limitar conside-





En la página anterior, abajo, los oficiales de la guarnición de Tenerife durante un almuerzo ofrecido en honor del general Francisco Franco, el 17 de junio de 1936, cuando la conspiración ya estaba en marcha; arriba, el general Emilio Mola, llamado «el Director», ya que fue él quien planeó todos los detalles de la sublevación militar que estallaría en julio.

En esta página, arriba, otros dos militares que participaron desde los inicios en la planificación del «alzamiento nacional»: a la izquierda el general Manuel Goded y a la derecha el general Luis Orgaz

En esta página, abajo, Lluís Companys es aclamado por el pueblo de Barcelona tras ser liberado (1936) de la cárcel por el Gobierno.



rablemente el poder de un duro adversario dentro de la coalición, opuesto a sus ardientes proclamas y a los desórdenes callejeros. Por unos motivos u otros, Azaña recibió los votos del Frente, del nacionalismo vasco, de la Lliga Catalana y de algunos mauristas y lerrouxistas.

El nuevo presidente intentó que el socialista Indalecio Prieto aceptase la jefatura del Gobierno, pero las divisiones en el socialismo impidieron este nombramiento. El pragmático Prieto respaldaba la reforma agraria y las transformaciones sociales que terminaran con las más graves injusticias, y propiciaba un ambicioso proyecto de obras públicas e hidráulicas destinadas a dotar a España de una moderna infraestructura. Pero, al mismo tiempo, el dirigente socialista rechazaba la agitación callejera y la creciente violencia, convencido de que ellas provocarían no sólo la reacción derechista y militar, sino que también daría alas a los admiradores de Hitler y Mussolini. Largo Caballero y los jóvenes socialistas no participaban de estas últimas inquietudes, y creían que había sonado la hora de la revolución total. En este sentido, en ocasiones, y sobre todo ante situaciones concretas y puntuales, se producían coincidencias y acercamientos con los anarquistas, aunque siempre, a última hora, Largo Caballero terminó rechazando la posibilidad de entendimientos orgánicos. No ocurrió lo mismo con el comunismo, ni con la atracción que ejercía en este sector del Partido Socialista el ejemplo del régimen soviético. A tal punto que el 1 de abril, tres días antes de que Azaña presentase su programa en las Cortes, el líder juvenil socialista Santiago Carrillo logró una de sus más caras aspiraciones: la unificación de las juventudes socialistas y comunistas en un solo organismo.

En esta situación Prieto no podía aceptar la jefatura del Gobierno, tanto porque dividiría definitivamente a su partido, como porque no lograría asegurarse una mayoría parlamentaria. Azaña se inclinó entonces por el político gallego Santiago Casares Quiroga, también dirigente de su partido, Izquierda Republicana, quien asumió la jefatura del Gobierno el 13 de mayo.

Problemas políticos y sindicales

Casares Quiroga aceptó la responsabilidad más por la amistad que lo unía a Azaña, que por la confianza que tenía en sus propias fuerzas: una grave tuberculosis estaba consumiendo su cuerpo y sus fuerzas morales.

Uno de los posibles frentes de conflictos, el eclesiástico, estaba amortiguado por la voluntad de ambas partes de encontrar puntos de entendimiento. Ante las acciones de anticlericales violentos, el Gobierno respondió reforzando la vigilancia policial en los templos, con lo que los previsibles incendios se redujeron a pocos casos. Incluso el tema educacional, reavivado por los nuevos planes de construcciones escolares, la orientación laica y la coeducación, fue soslayado por la Iglesia, que adoptó una actitud prudente. Sólo algunos diputados conservadores intentaron, sin mayor fortuna, que se reprodujeran los enfrentamientos del primer bienio republicano.

Las mayores fuentes de problemas, desde el punto de vista del Gobierno, continuaron estando en los grupos paramilitares de derecha e izquierda, y en las movilizaciones sindicales y agrarias impulsadas por Largo Caballero, la UGT y la anarquista Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

En esa agitada y dramática primavera, uno de los puntos más conflictivos radicaba en Extremadura. Las lluvias invernales retrasaron las labores de arada, y miles de campesinos estaban en paro. Los latifundios comenzaron

La muerte de Calvo Sotelo

«Calvo Sotelo tuvo algunas premoniciones de peligro. Dicen que el 11 de julio «la Pasionaria» le había amenazado claramente de muerte. Uno de los dos policías de la escolta a la que tenía derecho Calvo Sotelo como miembro de las Cortes dijo a un amigo de Calvo Sotelo, el diputado Joaquín Bau, que su oficial superior había dado órdenes de no intervenir en el caso de que se intentara el asesinato de Calvo Sotelo, y de que, en realidad, si el atentado tenía lugar en el campo, debía ayudar a los asesinos. Entonces la escolta fue sustituida por otra en la que Calvo Sotelo pudiera confiar, aunque aparentemente el ministro de la Gobernación no prestó más atención al asunto. Verdaderamente, aquel verano era difícil saber qué era lo que había que creer.

»De todos modos, hacia las tres de la mañana del lunes 13 de julio, el sereno abrió la puerta del edificio donde vivía Calvo Sotelo, en la calle Velázquez, en un barrio elegante y moderno de Madrid, permitiendo a Condés y a algunos de los guardias de asalto que subieran al piso de su víctima. Calvo Sotelo tuvo que levantarse de la cama, y los intrusos le convencieron para que los acompañara a la Jefatura de Policía, aunque su inmunidad parlamentaria lo eximía de la posibilidad de ser detenido. Calvo Sotelo se tranquilizó al comprobar la documentación del capitán Condés, que le indentificaba como miembro de la Guardia Civil. Un socialista pensó que Calvo Sotelo creía que no le llevaban ante el director general de Seguridad, sino ante Mola, cuyo nombre cifrado dentro de la conspiración era «el director». De todos modos, Calvo Sotelo prometió telefonear pronto a su familia, y añadió: «si es que no me llevan a darme cuatro tiros.» El coche arrancó rápidamente. Nadie dijo una palabra. A unos doscientos metros de la casa, Luis Cuenca, un joven socialista gallego que iba sentado cerca del político, le disparó dos tiros en la nuca. Al parecer, ni Condés ni los demás esperaban este desenlace. De momento, Condés pensó suicidarse, ya que Calvo Sotelo se había entregado a él. Pero, en vez de hacerlo, se dirigió al cementerio del Este, y entregó el cuerpo al encargado sin decirle quién era. Cuenca se dirigió a la redacción de El Socialista *y explicó a Prieto lo que había ocurrido. El cadáver fue identificado al mediodía siguiente. Poco después, Cuenca, Condés y los otros que habían estado en el coche fueron detenidos. No intentaron escapar. Empezaron los rumores; se habló de conspiración; se dijo que el jefe del Gobierno había sido cómplice; y las acusaciones nunca han cesado de multiplicarse.»*

(*FUENTE:* La Guerra Civil Española, *Hugh Thomas, Barcelona 1976.*)

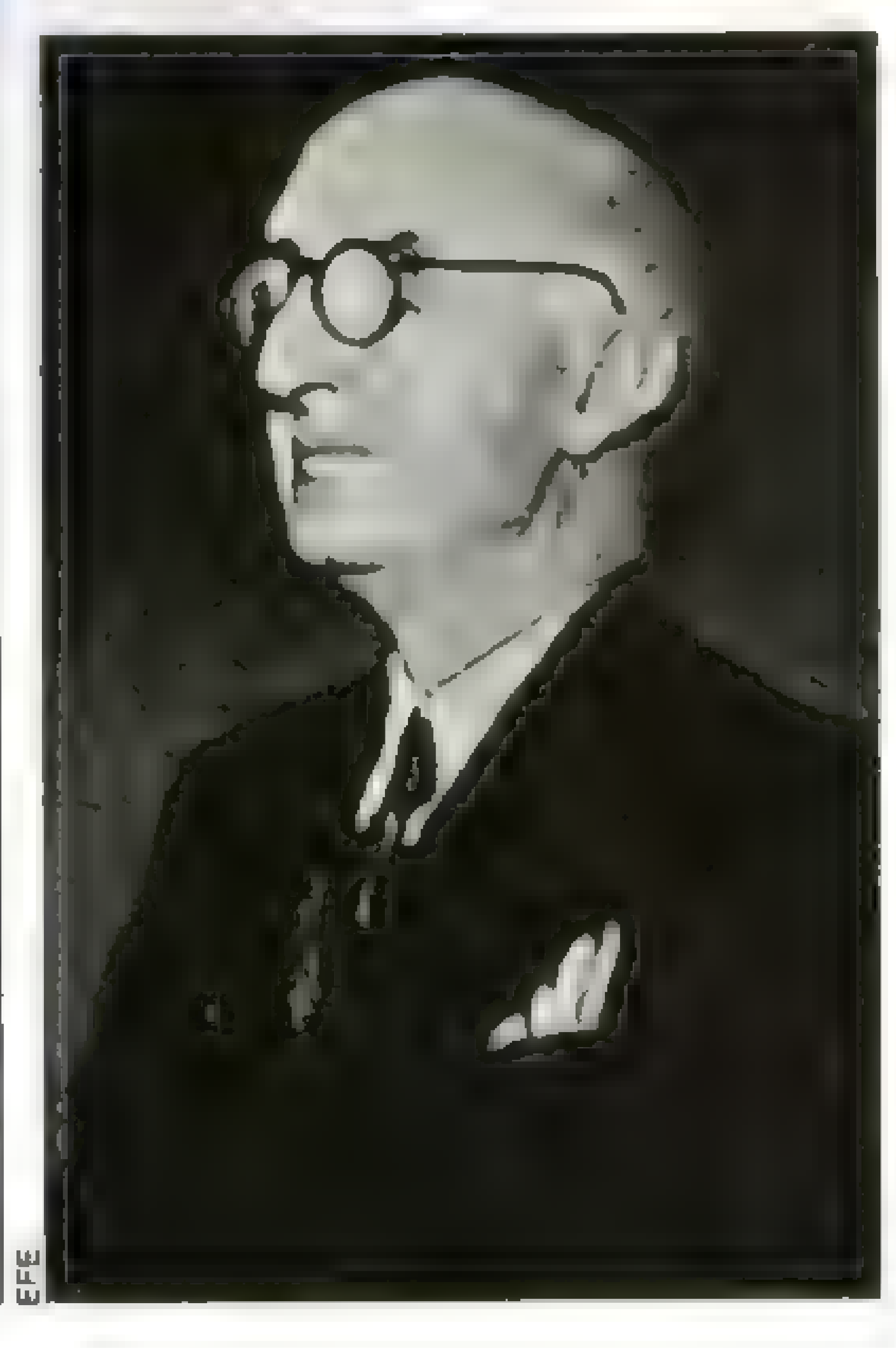




Archivo Orbis



EFE



EFE

a ser ocupados y defendidos por grupos armados. Las tierras fueron aradas y sembradas en forma colectiva por más de 100.000 colonos que no pudieron o no quisieron esperar la aplicación de los planes del Instituto de Reforma Agraria. Entre los asentamientos realizados por éste y los clandestinos, casi 200.000 campesinos extremeños pudieron sumarse al trabajo agrícola durante esos meses. Pero en Andalucía, Castilla y León también se sucedían convulsiones agrarias de diversos tipos y resultados, que no sólo ponían a prueba la unidad de acción entre la UGT y la CNT, sino también la capacidad del Gobierno para mantener su autoridad.

A nivel sindical urbano, la UGT y la CNT iniciaron en junio una verdadera prueba de fuerza y de prestigio entre la clase trabajadora, al lanzar las huelgas en la industria de la construcción, de electricistas y de mecánicos de ascensores. Las paralizaciones laborales afectaron principalmente a Madrid, y se prolongaron varias semanas. Largo Caballero y la UGT aceptaron finalmente la constitución de tribunales de arbitraje, pero los anarquistas, convencidos de que estaban a las puertas de una verdadera revolución, rechazaron cualquier posibilidad de entendimiento. El prestigio de Largo Caballero sufrió un rudo golpe: para los anarquistas fue incapaz de enfrentarse a la opción de poder proletario que él mismo reclamaba desde meses atrás, y para el resto del Frente Popular, incluyendo a los socialistas de Prieto, no sólo no pudo controlar a sus partidarios, sino que tampoco pudo decidirse entre el apoyo franco o el ataque frontal al Gobierno. Unas elecciones internas del socialismo demostraron un fuerte retroceso del ala izquierda, y un afianzamiento de las posiciones de Indalecio Prieto.



Otro accidente ferroviario en San Sebastián. Hace unos días ocurrió otro en el que hubo numerosos muertos. La desorganización en que están los ferrocarriles españoles no puede continuar un día más.

Hay que nacionalizarlos y dar a los obreros del carril las mejoras que piden. No se puede entregar la vida de los ciudadanos al abandono y al egoísmo de los consejos de administración de las vías férreas.

Hay que emprender a fondo la ofensiva del Frente Popular

Anoche fué asesinado en Madrid el teniente Castillo, por ser antifascista y republicano

Las pistolas de Falange Española, financiadas por la reacción, cometieron el vil atentado. Mientras, se radian proclamas subversivas al país anunciando la próxima ofensiva contrarrevolucionaria.—Y en Marqués del Riscal se hallan armas y municiones

LAS MASAS DEBEN ESTAR ALERTA

Para el Gobierno ha llegado el momento de ser efectivamente beligerante

Acción, acción y acción

El asesinato del teniente Castillo

UNA PROPOSICION DE LEY DE LA MINORIA COMUNISTA

Se pide la disolución de las organizaciones fascistas y reaccionarias y la suspensión de toda su prensa

COMUNICADO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Protesta contra los atentados criminales de los fascistas e invitación al Gobierno para que proceda con energía

La minoría comunista presentará mañana en el Parlamento una proposición sobre las actividades de la reacción

Otro grave accidente ferroviario

La responsabilidad de las Compañías

Oronoz



MADRID DIA 15 DE JULIO DE 1936. NUMERO SUELTO 15 CENTS.

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOSEGUNDO.

EL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON JOSE CALVO SOTELO

Ex ministro de Hacienda, Diputado a Cortes

Murió asesinado en la madrugada del 13 de julio de 1936

R. I. P.

Su familia, las fuerzas nacionales que representaba, sus amigos y correligionarios,

RUEGAN una oración por el eterno descanso de su alma.

Archivo Orbis



En la página anterior, arriba, Calvo Sotelo (izquierda) y José Castillo (derecha), cuyos asesinatos agudizaron el enfrentamiento que desembocó, pocos días después, en el estallido de la Guerra Civil; en el centro, Fernando Suárez de Tangil, vicepresidente de Renovación Española, partido integrado al Bloque Nacional que presidía el asesinado José Calvo Sotelo; abajo, el poderoso industrial y financiero español Juan March, que procesado por el Gobierno por prácticas monopolistas se evadió de la cárcel y financió a los sublevados. En esta página, a la izquierda, portada de Mundo Obrero del 13 de julio de 1936, en la que se da cuenta del asesinato del teniente José Castillo; a la derecha, portada del ABC del día siguiente, con la esquela mortuoria por el asesinato de José Calvo Sotelo; el matutino madrileño, a través de su director Luca de Tena y de su corresponsal en Londres Luis Bolín, tomó parte activa en los primeros pasos del levantamiento militar del 18 de julio; abajo, José Antonio posa como integrante del equipo de fútbol de la Falange en la cárcel Modelo de Madrid, donde había sido recluido.

Como señalan muchos historiadores, se dio la paradoja de que la conspiración militar derechista avanzó y se consolidó paralelamente al retroceso de las tesituras de extrema izquierda, y cuando el Gobierno republicano comenzaba a estar en condiciones de controlar la situación.

La conspiración militar

Con los traslados de Franco a Canarias y Goded a Baleares, así como con una serie de estratégicos nombramientos en las principales plazas castrenses, Azaña buscó asegurarse la fidelidad de los mandos verdaderamente importantes. Su único error de apreciación fue respecto al general Emilio Mola: aconsejó a Casares Quiroga que lo destinase a Navarra. Mola no era monárquico, y aparentemente era fiel a la República. Pero secretamente odiaba a Azaña por las reformas a que sometió al Ejército durante el primer bienio.


Archivo Orbis

Saludos fascistas en el entierro de José Calvo Sotelo, celebrado en el Cementerio del Este

Pese a las medidas gubernamentales, la conspiración inició su camino el 8 de marzo, en casa del empresario católico José Delgado. Aunque hay distintas versiones sobre quienes participaron, parece segura la presencia de los generales Luis Orgaz, Miguel Ponte, Emilio Barrera, Joaquín Fanjul, García de la Herrán, Rodríguez del Barrio, Antonio Saliquet, Manuel González Carrasco, José Varela, Goded, Mola y Franco. En este grupo se encontraban monárquicos, miembros de la Unión Militar Española (UME), organización que desde 1933 reunía a descontentos con las reformas de Azaña, derechistas católicos, y algunos que sin ser declaradamente antirrepublicanos estaban contra el Gobierno del Frente Popular. En esa reunión no se llegó más que a algunos acuerdos básicos: el exiliado Sanjurjo sería el jefe de la rebelión y Mola la coordinaría en todos sus preparativos; el golpe se produciría si Largo Caballero tomaba el Gobierno, si se disolvía la Guardia Civil, o si se entendía que el país había caído en la anarquía. La tradicional tesitura de que el Ejército era la columna vertebral de la nación y la última reserva moral, presidió la concepción del alzamiento.

Aunque Franco no quiso comprometerse en una primera instancia, la organización se hizo de forma acelerada, coordinando con oficiales monárquicos o derechistas, con Sanjurjo y con sectores civiles. Estos últimos fueron, básicamente, los carlistas navarros, la Falange que continuaba siendo dirigida por José Antonio desde la cárcel, y el mundo empresarial, periodístico y político que se movía en torno a Calvo Sotelo. Pese a los problemas que continuamente presentaban los civiles en cuanto a las características del futuro régimen, y a la participación de cada uno, el esquema conspirativo quedó pronto organizado, con responsables y jefes en todas las provincias. Sus posibilidades de éxito eran otra cosa, pues los golpistas que mejor analizaban la situación sabían que era difícil un éxito inmediato, y que en caso contrario se verían enfrentados al fracaso o a una larga guerra civil. En este sentido, Mola era el que tenía las ideas más claras. Una primera intentona, planeada para el 17 de abril, se dejó sin efecto por problemas de coordinación. En julio, la forma de participación de los carlistas todavía se estaba discutiendo, pero el asesinato de Calvo Sotelo precipitó los acontecimientos.

Un crimen para una guerra

El domingo 12 de julio, cuatro falangistas asesinaron al teniente José Castillo, importante miembro de la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA), organización fundada en 1936 como respuesta a la UME. Castillo era, además, instructor de las milicias de la juventud socialista.

Las versiones difieren sobre los vertiginosos y dramáticos acontecimientos inmediatos. Unas sostienen que un grupo de anonadados compañeros de Castillo salió dispuesto a matar a una personalidad derechista. Otras dicen que los oficiales salieron con la intención de detener y encarcelar a ciertos enemigos del régimen, y que el asesinato de Calvo Sotelo fue realizado sorpresivamente por uno de los integrantes del grupo, sin que los otros pudiesen impedirlo.

Fuese como fuese, lo comprobado es que los integrantes del improvisado comando tenían la dirección de un falangista. Al no encontrarlo, fueron a buscar a Gil Robles, pero el jefe de la CEDA estaba de vacaciones en Biarritz. Entonces se dirigieron a la de Calvo Sotelo, en la calle de Velázquez, en Madrid. Ya era la madrugada del 13 de julio, pero el portero les franqueó la entrada al comprobar la documentación oficial. La misma confianza ganó a Calvo Sotelo cuando uno de los visitantes se identificó como capitán de la Guardia Civil y le pidió que lo acompañase a ver al «director». Quizá creyó que había llegado la hora del levantamiento y que lo llevarían ante Mola, cuyo nombre de guerra era, precisamente, «director».

Subieron al automóvil oficial, y a 200 metros del domicilio de Calvo Sotelo se escucharon dos disparos. El cadáver del líder derechista fue entregado al sereno del cementerio del Este, sin decir de quién se trataba. No fue identificado hasta el mediodía.

España entera, incluido el Gobierno, quedó estupefacta y paralizada. Todos intuían que se avecinaban graves y grandes acontecimientos. Los dos balazos que recibió Calvo Sotelo en la nuca fueron la terrible señal que dio vía libre a los conspiradores.

El 18 de julio

Sublevación militar e inicio de la Guerra Civil

Carlos López Matteo,
Periodista

El levantamiento militar de julio de 1936, que fue el punto culminante de una vasta conspiración que se había iniciado pocos días después del triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero, respondía al sentir de un sector del Ejército y de la población, temerosos ante el avance de las izquierdas. En la fotografía, el general Franco se dirige al pueblo ceutí, el 18 de julio de 1936.

El 18 de julio de 1936, un hombre de mediana edad llegó al aeropuerto de Las Palmas y se dirigió hacia el avión *Dragón Rapide*, que desde hacía cuatro días estaba apostado en una de las pistas. Su piloto, el capitán Bebb, había sido contratado por Luis Bolín, corresponsal del *ABC* en Londres, por encargo de su director, el marqués Luca de Tena, para llevar a un «personaje importante» a Marruecos. El hombre que acababa de llegar le tendió la mano y, mientras comenzaba a montar en el avión, sólo dijo cuatro palabras: «Soy el general Franco.» El alzamiento nacional estaba en marcha y se iniciaba con él una sangrienta guerra civil.


EFE

Mola y Franco

Una circular de Mola a sus subordinados y el mensaje radiofónico de Franco antes de embarcarse hacia Marruecos revelan que el 18 de julio los conspiradores quizá no hubiesen terminado de unificar ciertos criterios, o, lo que es más probable, la mayor capacidad política del futuro generalísimo. A casi medio siglo de aquellos hechos, la mención de los principios revolucionarios franceses resulta, por lo menos, insólita. Al mismo tiempo, el documento del comandante de Navarra demuestra que la característica de la represión que siguió a cada conquista insurgente no fue sólo consecuencia del ardor de la batalla, sino de una conducta previamente pensada. El texto de la circular de Mola es el siguiente: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, de modo que se reduzca lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados los dirigentes de los partidos políticos, sociedades y sindicatos desafectos al movimiento y se les aplicarán castigos ejemplares para estrangular los movimientos de rebeldía o huelga.»

La primera proclama de Franco, por su parte, decía así:

«Españoles: a cuantos sentís el santo amor a España, a los que en filas del Ejército y la Armada habéis hecho profesión de fe en el servicio de la Patria, a los que jurasteis defenderla de sus enemigos hasta perder la vida, la Nación os llama a su defensa. (...) Como la pureza de nuestras intenciones nos impide yugular aquellas conquistas que representan un avance en el mejoramiento político-social y el espíritu de odio y venganza no tiene albergue en nuestros pechos, del forzoso naufragio que sufrirán algunos ensayos legislativos sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez y por este orden, la trilogía FRATERNIDAD, LIBERTAD e IGUALDAD. Españoles: ¡¡¡Viva España!!! ¡¡¡Viva el honrado pueblo español!!!»



Archivo Orbis



EL TELEGRAMA DEL RIF

Don Francisco Franco Bahamonde, General de División y Jefe de las Fuerzas Armadas de Africa,

HAGO SABER:

¡VIVA ESPAÑA!

Oronoz

«El niño de Elena»

La conmoción que provocó el asesinato de José Calvo Sotelo aún persistía, cuando el general Emilio Mola, desde su sede en Navarra, envió un telegrama a los principales jefes comprometidos en la conspiración que habría de poner fin a la Segunda República Española: «El pasado día 15, a las 4 de la mañana, Elena dio a luz un hermoso niño.» Una vez descifrado el texto, todos supieron que Mola, coordinador del complot, se había decidido: el alzamiento comenzaría en Marruecos, a las 5 de la mañana del 18 de julio.

Los planes se aceleraron, sin embargo, cuando un falangista, temeroso o arrepentido, reveló los proyectos golpistas al general Manuel Romerales, comandante general de Melilla. El 17 de julio, Romerales reaccionó torpemente, desde el punto de vista militar, y no pudo controlar a sus subordinados, que en pocas horas se hicieron dueños de la plaza. También en pocas horas la rebelión se extendió a Tetuán y Ceuta. Los trabajadores de ambas ciudades intentaron una huelga el 18, pero fueron fácilmente dominados por los insurgentes y las tropas marroquíes. La Legión Extranjera ocupó las Casas del Pueblo de Melilla y Tetuán, fusilando a los dirigentes sindicales y políticos que se encontraban en ellas. En la base aérea de esta última ciudad hubo resistencia y un nutrido cruce de fuego, hasta que los rebeldes controlaron la situación. Muchos aviadores fueron inmediatamente fusilados, y los de inferior jerarquía arrestados.

El triunfo en Marruecos era vital para los conspiradores, en razón de la calidad y buena preparación de las tropas estacionadas en el protectorado. La jefatura de ese poderoso ejército rebelde había sido adjudicada a un buen conocedor de la zona y muy popular entre los oficiales: el general Francisco Franco.

Franco, que después de las elecciones del 16 de febrero había advertido a Manuel Azaña de la intranquilidad que creaban en la oficialidad los cambios de destino (cambios que el Gobierno ejecutaba buscando asegurarse el control de los mandos), fue uno de los últimos generales en adherirse a la conspiración. Frío y calculador, no dejaba de manifestar dudas. En Lisboa, el



EFE

En la página anterior, arriba, portada de El Telegrama del Rif, de Melilla, con el manifiesto del general Franco a la población; abajo, maqueta que supuestamente pertenece al Dragón Rapide, el avión que transportó a Franco a Marruecos.

En esta página, arriba, el futuro generalísimo recorre las calles de Ceuta tras el triunfo de los sublevados; abajo, el director del ABC, Juan Ignacio Luca de Tena, que fue quien ordenó la contratación del avión que transportó a Franco.

exiliado general José Sanjurjo, jefe del movimiento golpista, hizo una advertencia indirecta: «Con Franquito o sin Franquito, salvaremos a España.» Pocas semanas antes Franco tomó partido, y se le adjudicó la comandancia del Ejército marroquí.

El futuro generalísimo era entonces el jefe militar del archipiélago canario, y residía en Tenerife. El 15 de julio, ya sabía que el *Dragón Rapide* lo estaba esperando en Las Palmas. Pensaba inventar una visita de inspección para cruzar a la otra isla, pero la muerte accidental del comandante militar de Las Palmas, general Amadeo Balmes, le dio la excusa que necesitaba. Después del entierro de Balmes, el 18 de julio, declaró el estado de guerra en las islas, lanzó una proclama por radio, despidió a su mujer y a su hija que se embarcaron rumbo a Le Havre, dejó al general Luis Orgaz a cargo de la situación en Canarias, y emprendió vuelo hacia Marruecos. El avión hizo escala en Casablanca, donde Franco recibió las últimas noticias sobre el triunfo del levantamiento en la totalidad del Marruecos español. Antes de aterrizar en Tetuán, en la madrugada del 19, se volvió hacia Bolín, que iba sentado a su lado, y le dijo: «Puede que tardemos más de lo que piensa la mayoría de la gente, pero estamos seguros de ganar.» O sea que Franco, al igual que Mola, tenía el convencimiento de que si la rebelión no triunfaba en las primeras horas sobrevendría una guerra civil.

El alzamiento en la Península

La rebelión tuvo un éxito inmediato en Navarra, Castilla la Vieja, Aragón y parte de Andalucía, León y Extremadura. Todas esas zonas quedaron en manos antigubernamentales el mismo sábado 18 de julio. En Pamplona, Mola decretó el estado de guerra y 6.000 requetés ocuparon la ciudad ante el delirio de católicos conservadores y carlistas. Los socialistas intentaron resistir desde la Casa del Pueblo, pero la mayoría cayó ante las balas rebeldes. El jefe de la Guardia Civil, comandante Rodríguez Medel, se negó a apoyar a los sublevados, y fue pasado por las armas. En Zaragoza, el general Miguel Cabanellas pareció apoyar al Gobierno en un primer momento; pero cuando jóvenes oficiales irrumpieron en su despacho, pistola en mano, exigiéndole

La muerte de Sanjurjo

El 20 de julio, en su refugio portugués, el general Sanjurjo estaba rodeado por casi medio centenar de amigos y admiradores. Todos, muy nerviosos, procuraban interpretar las contradictorias noticias que brindaba la radio sobre los sucesos en España, o usaban incesantemente el teléfono en busca de novedades. En cierto momento se presentó un joven piloto, de apellido Ansaldo, quien solemne y ceremoniosamente dijo que llegaba para ponerse «a las órdenes del jefe del Estado español». La emoción fue indescriptible. Como tocados por un resorte, todos se pusieron a cantar la Marcha Real. Los vivas a España y Sanjurjo quebraban la habitual tranquilidad de la villa en la que residía el comandante en jefe del movimiento rebelde.

De hecho, Sanjurjo ya había asumido su papel de jefe de Estado, al rechazar un excelente avión bimotor que le enviaron los carlistas para que regresase a España. Aunque los carlistas habían sido su principal enlace con la conspiración, con ese gesto quiso ponerse por encima de todos los sectores que participaban en el alzamiento, al mismo tiempo que indicaba que no dependía de ninguno en especial.

Ansaldo, en cambio, había sido enviado por Mola, con una pequeña avioneta, y Mola sí podía ser considerado como una autoridad oficial puesto que era el jefe de las operaciones que se ejecutaban en la Península.

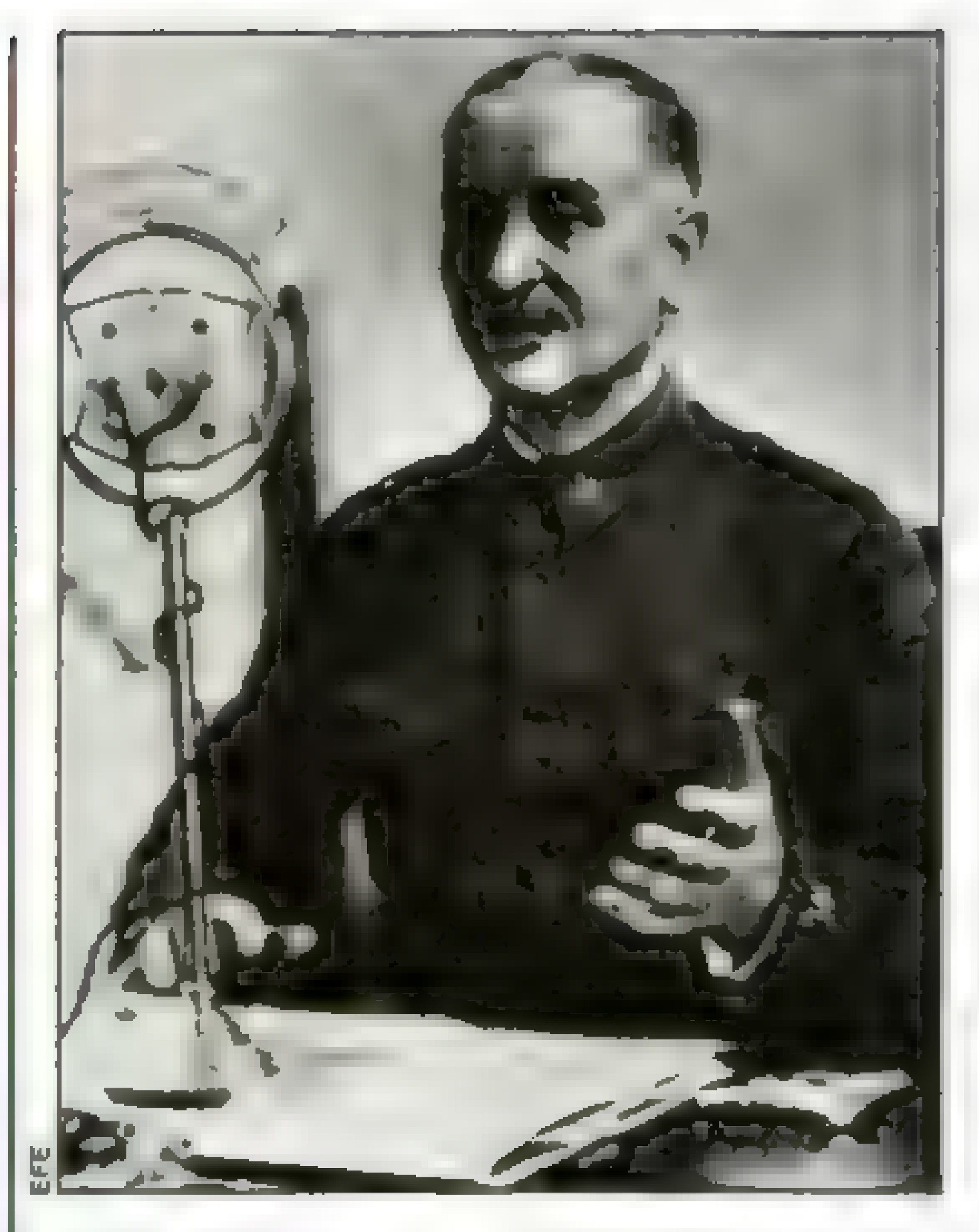
Una rápida protesta de Madrid ante el Gobierno portugués obligó a Ansaldo a trasladar el aparato de una base militar a un pequeño campo rodeado de pinos. En el enfervorizado clima creado por sus partidarios, Sanjurjo dio las últimas órdenes y se dispuso a partir. El piloto, alarmado, intentó convencerle de que dejase una enorme y pesada maleta. Pero el general se negó: en ella iba un uniforme completo, de gala, que pensaba usar en la ceremonia que lo convertiría en el nuevo jefe del Estado español.

Temeroso por el peso y por la escasa longitud de la pista, Ansaldo intentó despegar. La hélice pegó en la copa de un árbol y el avión se estrelló. El piloto sólo sufrió unas heridas, pero Sanjurjo murió carbonizado.

Muchas teorías se han expresado en torno a la posibilidad de un sabotaje, pero ninguna ha podido ser sostenida con seriedad y pruebas. Quizá —como sostiene Hugh Thomas— Sanjurjo fue «víctima de la etiqueta más que del sabotaje».

la adhesión al movimiento, no lo dudó un instante. Casi al mismo tiempo llegaba a la capital aragonesa el general de aviación Miguel Núñez de Prado, amigo de Cabanellas, dispuesto a convencerlo de que apoyase al Gobierno o a destituirlo. Fue apresado en el aeropuerto y poco después fusilado.

La misma y parecida suerte corrieron los generales Domingo Batet y Nicolás Molero. Batet era el jefe de la VI División, con asiento en Burgos, que comprendía a esta provincia, las vascas, Navarra, Logroño, Santander y Palencia. Por lo tanto, Mola era su subordinado. Pero el grueso de la oficialidad siguió al comandante de Pamplona, y los esfuerzos de Batet por apoyar a la República fueron inútiles. En manos leales sólo quedaron las guarniciones de Guipúzcoa, Vizcaya y Santander. El general Molero, por su parte, era el comandante de la VII División, con sede en Valladolid, que además comprendía Zamora, Salamanca, Segovia, Ávila y Cáceres. Los generales Antonio Saliquet y Miguel Ponte, apoyados por civiles armados y algunos militares, entraron en su despacho dispuestos a detenerlo. Se produjo un tiroteo en el que murieron un civil, Molero y sus ayudantes. Falangistas y requetés, mientras tanto, habían ocupado los principales edificios públicos de la ciudad y la emisora de radio. Los obreros que resistieron en el Ayuntamiento y en la Casa del Pueblo fueron reducidos o muertos en la madrugada del 19. Este día, en Salamanca, el jefe de la guarnición proclamó el estado de guerra y ordenó la instalación de ametralladoras en el centro de la Plaza Mayor. Era domingo y centenares de salmantinos paseaban bajo las churriguerescas arcadas, todavía sin saber si el despliegue militar era a favor de los sublevados o del Gobierno. Pronto salieron de dudas: alguien gritó: «¡Viva la República!», y las ametralladoras comenzaron con su siniestro tableteo, escupiendo balas en todas las direcciones. El saldo fue de seis muertos y decenas de heridos. En Zamora, Ávila, Segovia y Cáceres, el alzamiento triunfó casi sin encontrar resistencia.


EFE

Sobre estas líneas, el general Queipo de Llano, encargado de dirigir la conspiración en Sevilla, durante una de sus numerosas alocuciones radiales, pocas horas después de iniciado el levantamiento militar

En la página siguiente, el general Franco desciende del avión que lo transportó a Sevilla, el 23 de julio de 1936, una semana después de iniciada la sublevación y cuando ya se prevela que la Guerra Civil sería larga e inevitable.

Andalucía y Extremadura

Mola y Franco sabían que si el alzamiento fracasaba en Madrid, Cataluña, Levante y País Vasco —y tenían grandes temores de que así fuese—, estarían abocados a una larga guerra de conquista. De ahí la importancia estratégica que adquiría Andalucía, cuyas costas serían las más accesibles, y quizá las únicas, para el cruce del Ejército de Marruecos. El general Gonzalo Queipo de Llano, jefe nacional de la Policía fronteriza y antiguo conspirador en 1926 y 1930 en favor de la instauración de la República, pero descontento con el Frente Popular por el trato que había dado a su consuegro Niceto Alcalá-Zamora, recibió la responsabilidad de dirigir el levantamiento en Andalucía. Una conjunción de audacia y buena suerte le permitió apoderarse de la «roja» Sevilla. Con unos pocos hombres como escolta, fue recorriendo cuarteles y edificios públicos, arrestando a gente a diestra y siniestra, quitando el mando a varios jefes militares que no acertaban a reaccionar, ahogados por el desconcierto, ante un decidido y seguro general que afirmaba la absoluta victoria de la sublevación en toda España y el apoyo de numerosas e imaginarias fuerzas. Al mismo tiempo, comenzó a hacer uso de la radio; en sus inflamadas arengas prometía el mantenimiento de las conquistas sociales alcanzadas durante la República, y calificaba de «locos» y «canallas» a quienes se oponían al movimiento.



EFE

Pero si la Sevilla «oficial» y céntrica fue tomada rápidamente, no ocurrió lo mismo con los barrios obreros. Fueron necesarios cuatro días de sangrientos combates, de ametrallamientos inclementes y de otras tantas noches de terror, para reducirlos.

Cádiz fue conquistada a sangre y fuego por los rebeldes, dada la dura resistencia civil que se organizó en pocas horas. Algo similar se produjo en Algeciras, el otro puerto importante de la provincia, donde los trabajadores pidieron armas desesperada e infructuosamente. De esta forma se estableció rápidamente en las provincias de Cádiz y Sevilla una segura y eficaz plataforma para el ingreso del Ejército marroquí en la Península.

La situación no fue tan favorable para los alzados en el resto de Andalucía. Málaga, Jaén y Almería se mantuvieron, no sin problemas, leales a la República. En Córdoba y Granada la rebelión triunfó sólo en las capitales, mientras que el estado de cosas en Huelva, durante esos primeros días de la guerra, quedó indefinido.

Una división similar a la andaluza se dio en Extremadura, donde Cáceres, militarmente dependiente de Valladolid, como ya se explicó líneas arriba, quedó en manos rebeldes. Badajoz, por su parte, integrada en la División I, con sede en Madrid, permaneció fiel al Gobierno.

Galicia y el Cantábrico

En la republicana Galicia, la situación permaneció indefinida hasta el 20 de julio, día en el que triunfó el alzamiento, al ser ocupadas militarmente las ciudades de Vigo, La Coruña y El Ferrol. Al anochecer del 17, llegaron las primeras noticias de la rebelión en Marruecos, y las organizaciones del Frente Popular convocaron a grandes concentraciones de masas en las que se repartieron algunas armas. El jefe de la División VIII, general Enrique Salcedo, y el comandante militar de La Coruña, general Rogelio Caridad Pita, aseguraron en un primer momento la lealtad al Gobierno. Pero oficiales subalternos rebeldes, dirigidos por el coronel Pablo Martín Alonso, los arrestaron, reprimieron la resistencia republicana, y pusieron a Galicia del lado de Sanjurjo, Mola y Franco. En la base naval de El Ferrol el problema se definió entre marinos. En la cubierta del crucero *Almirante Cervera* rebeldes y leales lucharon duramente. La situación se inclinó a favor de los republicanos, pero a costa de quedar casi sin municiones. Al mismo tiempo, les llegaban noticias de que la vecina La Coruña había caído en poder de los amotinados. Entonces, por radio, solicitaron instrucciones a Madrid. El mensaje fue captado en La Coruña, desde donde, usando la longitud de onda habitual a las autoridades navales de la capital del Estado y simulando la menor potencia de un transmisor lejano, aconsejaron la rendición para evitar inútiles derramamientos de sangre...

En Asturias, obreros y mineros, que amenazaban con utilizar cartuchos de dinamita, controlaron casi toda la provincia y la ciudad de Gijón. Pero una treta del comandante militar de Oviedo, coronel Antonio Aranda, les hizo



Robert Capa/Zardoya



Impresionante testimonio gráfico de la Guerra Civil, que capta el instante de la muerte de un soldado republicano. Sobreimpresos, dos carteles propagandísticos de diferente signo.

Toma de Badajoz

«La ciudad tenía unos 40.000 habitantes y estaba próxima a la frontera portuguesa. Su caída fue especialmente significativa para los insurgentes porque les permitió unir sus ejércitos del Norte y del Sur sin tener que utilizar las carreteras portuguesas. Badajoz era también la capital de la provincia en donde estaba ocurriendo la revolución campesina en vísperas de la Guerra Civil, y en donde la República había comenzado su mayor proyecto de regadíos. La ciudad fue tenazmente defendida por unos 4.000 milicianos equipados con algunos morteros y más municiones para fusiles y ametralladoras que los que las columnas de África habían encontrado hasta ahora. Los defensores instalaron ametralladoras en las murallas de la ciudad y taponaron con sacos de arena las puertas de acceso. El corresponsal inglés Harold Cardozo vio a los ingenieros insurgentes volar con dinamita una de las puertas, a través de la cual los legionarios se lanzaron al asalto atacando a los defensores por la retaguardia. En la primera oleada perdieron 127 hombres en 20 segundos de fuego de ametralladora; pero los supervivientes, en un asalto desesperado, tomaron la barricada a punta de bayoneta. Dentro de la ciudad el coronel Yagüe puso en libertad a unos 380 prisioneros derechistas y oyó historias de los fusilamientos de curas y terratenientes.

»Algunos corresponsales franceses y portugueses, y el periodista americano Jay Allen, fueron testigos de la toma de la ciudad y de la represión que siguió. Los portugueses fueron indiscretos al hablar de las ejecuciones, quizá porque no se daban cuenta, al igual que los oficiales insurgentes, de la impresión que tales procedimientos iban a causar en la opinión pública fuera de la zona de batalla. Jay Allen quedó horrorizado al ver un modo de hacer la guerra que ningún americano había visto en el siglo XX, y su reportaje sobre los fusilamientos en masa en la plaza de toros electrizó la opinión mundial. Sin lugar a dudas exageró al emplear la cifra de 4.000. El coronel Yagüe dijo a un corresponsal portugués que quizá 2.000 era una cifra ligeramente elevada.»

(*FUENTE:* La República Española y la Guerra Civil 1931-1939, *Gabriel Jackson, Barcelona, 1978*)

El cuartel de la Montaña

«En este gran edificio de planta irregular, situado al oeste de Madrid, que domina el valle del tranquilo río Manzanares, y al mando del cual estaba el coronel Francisco Sierra, se habían ido reuniendo también durante el día oficiales de otros cuarteles de Madrid y bastantes falangistas. El general Fanjul les hizo un discurso sobre los objetivos políticos del alzamiento, y sobre su legalidad. Luego los rebeldes intentaron lanzarse a las calles de la capital. Pero para entonces ya se había reunido ante las puertas del cuartel una inmensa multitud, organizada por la UGT y la CNT y los partidos políticos, muchos de cuyos componentes iban armados con los fusiles de la UGT o con aquellos 5.000 que tenían cerrojo, de los que había entregado el Gobierno. La densidad de la multitud impidió salir a los rebeldes. Por lo tanto, recurrieron a disparar con ametralladoras. La multitud se desplegó; pero no ocurrió nada más hasta la mañana siguiente. (...) A las diez y media (de la mañana del 20 de julio), Fanjul y el coronel Sierra, el jefe de la guarnición del cuartel, se encontraban heridos. La caída de una bomba en el patio, arrojada por un Breguet XIX leal, de la base aérea de Getafe, minó la resistencia de los rebeldes. (...) Media hora más tarde, en una ventana de la fortaleza apareció una bandera blanca. La multitud avanzó para recibir la esperada rendición. Pero fue recibida con fuego de ametralladoras. Este hecho se repitió dos veces más, enloqueciendo de furor a los atacantes. Probablemente esto se debió más a la confusión reinante entre los defensores que a una decisión premeditada. Algunos de los soldados querían rendirse, y, por lo tanto, estaban dispuestos a traicionar a sus oficiales. Finalmente, pocos minutos antes del mediodía, la gran puerta del cuartel cedió ante los repetidos asaltos. La multitud penetró violentamente en el patio, donde, durante unos momentos, todo fue histeria y una gran carnicería. De repente, un miliciano apareció en una de las ventanas exteriores y empezó a tirar fusiles a la multitud que todavía estaba en la calle.»

(*FUENTE:* La Guerra Civil Española, *Hugh Thomas, Barcelona, 1976*)



EFE

perder la capital del Principado. Aranda tenía antecedentes republicanos y masónicos. Dio largas a las demandas de armas que formulaban los trabajadores, pero sus protestas de lealtad tranquilizaron a las autoridades republicanas y las impulsaron a organizar trenes para transportar mineros dispuestos a defender Madrid. Aranda colaboró eficazmente en este trabajo. Cuando los convoyes repletos de rudos y aguerridos mineros estaban lejos de Oviedo, el coronel concentró en la ciudad a numerosos guardias civiles que servían en el resto de la provincia, declaró el estado de guerra y se sumó a la rebelión. También telefoneó a Valladolid, donde fuerzas alzadas esperaron a los trenes y mataron y detuvieron a decenas de mineros. Los que pudieron escapar regresaron a Asturias, para iniciar el sitio de la capital. De esta forma, Oviedo, la ciudad que había protagonizado la revolución de 1934, se convertía en el único punto asturiano ganado para la causa rebelde.

Santander y las provincias vascas de la costa, como ya se vio, permanecieron leales. La actual Cantabria fue la zona española más tranquila de esos días. Con una escasa guarnición que no se sumó al movimiento, y sin que se produjese inquietud a nivel popular, la provincia parecía ajena a los dramáticos acontecimientos que sacudían al país.

Un intento de rebelión en San Sebastián fue controlado por milicias de trabajadores, mientras que la pequeña fuerza militar de Bilbao se mantuvo fiel a la República.

El Levante

En Valencia, capital del Levante español, la situación permaneció indefinida durante una semana. El general Fernando Martínez Monje aseguró la lealtad a la República, pero acuarteló sus tropas. Esto provocó dudas e inquietudes en los sindicatos. La UGT y la CNT formaron un comité conjunto que declaró la huelga general el 19 de julio y reclamó el reparto de armas. En los cuarteles, mientras tanto, la situación era muy tensa. En algunos, ciertos oficiales intentaban amotinarse pero eran reducidos por los leales; en otros, soldados izquierdistas abandonaban

AGE



EFE

En la página anterior, una larga fila de ciudadanos navarros se dirigen al cuartel de Pamplona en busca de armas, era el 20 de julio de 1936 y España ya estaba dividida tanto territorial como ideológicamente en dos partes antagónicas e irreconciliables que la teñirían de sangre

En esta página, en la parte superior, un insurgente es detenido tras la ocupación del cuartel de la Montaña por parte de las milicias republicanas.

En esta página, abajo, José Giral, que asumió la jefatura del Gobierno pocas horas después de iniciado el alzamiento.

sus puestos llevándose armas que entregaban al comité UGT-CNT. Madrid envió una junta delegada para que gobernase la región. Martínez Monje se puso a sus órdenes, pero se negaba a reconocer al comité. Finalmente, el día 31, los obreros asaltaron los cuarteles y controlaron la situación. El Gobierno de Madrid terminó aceptando al comité intersindical como máxima autoridad levantina.

Más al sur, en la gran base naval de Cartagena, estaban depositadas las mayores esperanzas de los insurgentes. Los navíos de guerra eran fundamentales para asegurar el cruce del Mediterráneo al Ejército de Marruecos.

Los oficiales se sumaron al levantamiento, pero los marineros no acataron las órdenes, mataron a muchos de sus jefes, y se hicieron a la mar con una docena de barcos y diez submarinos, muchos de ellos en pésimas condiciones de navegación. Una situación similar se produjo en dos de los tres destructores que Madrid había enviado para cañonear Melilla. Antes de llegar, los oficiales se inclinaron por la insurgencia, pero los marineros tomaron el control de las unidades y arrojaron al mar los cadáveres de los rebeldes. Desde Madrid, y por telégrafo, se otorgaba el mando de los barcos a los jefes de máquinas.

La lealtad de la escuadra del Mediterráneo obligaría a los insurgentes a insistir en sus demandas de auxilio a Italia y Alemania, determinando una prematura y temprana intervención extranjera en la guerra.

La batalla por Barcelona

El general Manuel Goded, «desterrado» por el Gobierno a las Baleares por sus dotes conspirativas, en pocas horas controló la situación en Mallorca e Ibiza. Menorca, sin embargo, permaneció fiel a la República. El mando rebelde había encomendado a Goded, además, la conducción del alzamiento en Barcelona, ciudad que por su propia importancia y la de su área de influencia era clave para cualquiera de los dos sectores en pugna. En Barcelona en particular, y en Cataluña en general, radicaban buena parte de los temores de Mola y Franco respecto a un pronto éxito del movimiento rebelde.

García Lorca

Aunque todavía no tenía 40 años, la fama y el prestigio que ya había ganado Federico García Lorca en 1936 podían ser motivo de legítimo orgullo para cualquier escritor con el doble de edad. Con su teatro universitario La Barraca *había recorrido pueblos y ciudades de España acercando a toda clase de gente lo mejor de los clásicos nacionales. Con* Bodas de sangre *se consagró como uno de los grandes dramaturgos de la época.*

El 16 de julio de 1936, pocos días después de terminar de escribir La casa de Bernarda Alba *y de publicar* Primeras canciones, *escritas en 1922, viajó a su Granada natal dispuesto a tomarse unas vacaciones.*

Apenas llegó se produjo el alzamiento, y la ciudad quedó en manos rebeldes. Numerosas personalidades fueron fusiladas en pocas horas. Entre ellas su cuñado, Manuel Fernández Montesinos, que era el alcalde socialista de Granada. Federico tenía una gran amistad con una familia falangista, los Rosales, la cual, pese a que apoyaba a los conspiradores, le ofreció refugio en su casa. La amistad triunfó sobre las discrepancias políticas: el poeta, aunque no pertenecía a ningún partido, sin duda era republicano y simpatizaba con la izquierda. Pero esta amistosa y desisteresada protección no fue suficiente. El ex diputado de la CEDA Ramón Ruiz Alonso se enteró que García Lorca se escondía en la casa de los Rosales, y lo denunció al nuevo gobernador civil de Granada y coronel de la guarnición local, José Valdés Guzmán, quien además era jefe de las milicias falangistas de la ciudad. Éste ordenó su detención y también el fusilamiento. Posiblemente la ejecución se produjo en la madrugada del 19 de agosto, en Víznar, cerca de la capital provincial. El lugar donde se encuentra su tumba, si es que tuvo tumba, continúa siendo un misterio.

En los diez años siguientes, nadie osó hablar de García Lorca en España. Era como si nunca hubiese existido. Cuando su obra comenzó a ser desenterrada, y cuando se empezó a comprender lo absurdo de ese crimen, falangistas, católicos de derecha y otros sectores que apoyaron al alzamiento iniciaron un largo rosario de acusaciones mutuas. Pero ya era demasiado tarde para recuperar la voz y el sentimiento del genio granadino.



EFE

El sábado 18, fue un día relativamente tranquilo en la Ciudad Condal. Lluís Companys, presidente de la Generalitat, contaba con la fidelidad de todos los cuerpos policiales. Respecto a la lealtad republicana del comandante en jefe de la IV División, general Francisco Llano de la Encomienda, no existían dudas. Quizá por estos motivos, y por temor a verse desbordado, el líder catalán se negó a repartir armas. Pero en numerosos locales de la Guardia Civil y de la Policía los oficiales entregaron fusiles a los trabajadores, especialmente a los anarquistas de la CNT. Ajenos a estos nerviosos aunque poco perceptibles acontecimientos, millares de extranjeros paseaban por las bulliciosas y floridas Ramblas: habían llegado para presenciar o participar en la «Olimpíada del Pueblo», certamen deportivo organizado por liberales e izquierdistas de todo el mundo como respuesta a los Juegos Olímpicos oficiales, que se realizaban en la Alemania de Hitler.

Companys y el poeta Ventura Gassol, su inseparable amigo, también transitaban por las Ramblas en la madrugada del 19. Circulaban mezclándose entre pacíficos viandantes que habían salido de los cines y los teatros, que buscaban una mesa en un restaurante, o que esperaban los primeros periódicos de la mañana para enterarse de los acontecimientos en el resto del país. Pero en pocos minutos todo cambió: los transeúntes se convirtieron en hombres que empuñaban fusiles, anunciando un amanecer sangriento sobre Barcelona. Fue como una metamorfosis impulsada por la pura intuición del peligro; y éste era real: con las primeras luces del alba, el general Alvaro Fernández Burriel salió a la calle comandando varios batallones, pese a las órdenes en contrario de Llano de la Encomienda. Ocupó las plazas de España, de la Universidad y de Cataluña, así como el edificio de la Telefónica. El general rebelde, que también controlaba el hotel Colón, ubicado frente a la plaza de Cataluña, y el edificio de la comandancia de la IV División, creyó que la ciudad era suya y telefoneó a Goded invitándolo a que volase de Palma a Barcelona, para tomar el mando. Así lo hizo, y cerca del mediodía se instaló en el cuartel general de la División.

Todo cambió en la tarde: las fuerzas de seguridad de la Generalitat, las unidades militares leales, la Guardia Civil, la Policía y miles de civiles armados dirigidos por el general José Aranguren, el coronel Frederic Escofet y el comandante Enrique Pérez Ferrás recuperaron, tras terrible lucha, la plaza de Cataluña y los edificios circundantes, entre ellos el de la Telefónica. La plaza quedó cubierta de hombres y caballos muertos. Los victoriosos republicanos se dirigieron entonces a la sede de la IV División, y la tomaron

En la página anterior, Federico García Lorca (izquierda) junto a Lola Membrives y Eduardo Marquina, en 1934, dos años antes de la ejecución del célebre poeta andaluz.



Oronoz

En esta página, la Plaza Cataluña de Barcelona sembrada de cadáveres, tras el enfrentamiento del 19 de julio que devolvió el control de la ciudad al Gobierno.



Archivo Orbis

por asalto. Los dirigentes políticos evitaron que la multitud linchase a los oficiales rebeldes, y algunas versiones sostienen que Goded salvó su vida, de momento, gracias a la decidida actitud de la comunista Caridad Mercader, madre del futuro asesino de Trotski. Otros focos rebeldes, los cuarteles de las Atarazanas y San Andrés, resistieron hasta la noche; pero debieron rendirse ante los anarquistas y las fuerzas de seguridad catalanas.

Invitado u obligado por Companys, Goded pronunció un breve mensaje radiofónico, que fue oído en toda España e infundió nuevos ánimos a los republicanos y a las unidades militares leales: «El destino me ha sido adverso, y yo he caído prisionero; por esta razón libero de sus obligaciones hacia mí a todos los que me han seguido.»

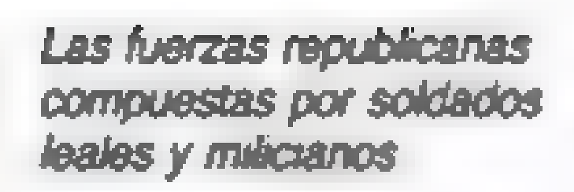
La situación en Madrid

Durante todo el sábado 18, las centrales sindicales y los partidos de izquierda, incluso el sector socialista dirigido por Indalecio Prieto, reclamaron desesperadamente armas. En el curso de las primeras horas del alzamiento, el Gobierno de Santiago Casares Quiroga fue ganado por el pánico, y muchos ministros se aprestaron a abandonar España. Cuando advirtieron que el régimen constitucional continuaba dominando sobre la mayor parte del territorio, retornó una cierta dosis de serenidad. Se decidió enfrentar la crisis con los medios legales, y de ahí la primera negativa a entregar fusiles al pueblo. De todas formas, la situación era difícil por las malas comunicaciones, la ignorancia de lo que ocurría en muchos lados, y por la desconfianza hacia buena parte de las fuerzas militares. Casares Quiroga, cansado y enfermo, dimitió. El presidente Manuel Azaña pidió a Diego Martínez Barrio que formase un Gobierno centrista, con la intención de alcanzar un compromiso con los rebeldes.

Pero ni Mola, ni Francisco Largo Caballero (líder de la UGT), ni los anarquistas, aceptaron esta posibilidad. Todos entendían que era demasiado tarde: los conspiradores pensaron que ya no podían dar marcha atrás y que debían terminar con el Frente Popular; la izquierda, por su parte, estimó que había llegado la hora de aventar para siempre al fantasma del fascismo y de impulsar una verdadera y profunda revolución social. Así, en la noche del 18 al 19 de julio, el profesor José Giral, hasta entonces ministro de Marina, se convirtió en nuevo jefe del Gobierno republicano. Giral dispuso el reparto de 65.000 fusiles, que en la madrugada del 19 fueron distribuidos en los locales de la UGT y de la CNT. pero sólo 5.000 de ellos tenían cerrojos. Los 60.000 cerrojos necesarios estaban en el cuartel de la Montaña, al oeste de la capital. Se ordenó a los militares de esa unidad que entregasen las indispensables piezas, pero éstos se negaron. De esta forma, comenzó el alzamiento en Madrid.

El plan de la conspiración establecía que el general Miguel García de la Herrán se apoderaría del campamento de Carabanchel y avanzaría hacia el centro de la capital, y que el general Joaquín Fanjul alzaría a los efectivos del cuartel de la Montaña y saldría a la calle para ocupar los principales edificios. Los hechos demostraron que la desconfianza del mando rebelde respecto a este plan, al no saber a ciencia cierta la cantidad ni la calidad de las fuerzas que se sumarían a él, era fundada.





Las fuerzas republicanas compuestas por soldados leales y milicianos durante un alto de la batalla de Somosierra, en el verano de 1936.

En Getafe y Cuatro Vientos, los artilleros y aviadores leales derrotaron rápidamente a los amotinados. Igual cosa ocurrió en Carabanchel a primeras horas de la mañana del domingo 19: García de la Herrán y los pocos oficiales que lo acompañaron en la intentona fueron reducidos y pasados por las armas. Los civiles republicanos y los militantes sindicales, por su parte, pusieron sitio ese mismo día al cuartel de la Montaña. Tras una sangrienta y espantosa batalla, el lunes al mediodía cayó el último reducto rebelde en la capital del Estado.

También el 20 de julio, los conspiradores recibieron otro revés: el general José Sanjurjo, jefe del movimiento, murió en Estoril al estrellarse la avioneta que lo transportaba a España para asumir directamente el mando.

La intervención extranjera

La intervención extranjera en España comenzó antes del alzamiento. Ya desde 1934, Mussolini facilitaba entrenamiento militar a miembros del carlismo y de otros grupos derechistas. El Gobierno portugués, por su parte, toleró complacientemente las actividades conspirativas de Sanjurjo y el ir y venir de sus amigos. Apenas producido el alzamiento, Franco recibió una docena de bombarderos italianos. Tres de ellos, antes de llegar, debieron aterrizar en el Marruecos francés por falta de combustible. De los diarios de navegación se desprendía que los pilotos conocían su destino desde el 15 de julio, o sea con anterioridad a la rebelión.

El precario y a veces ineficaz dominio del Mediterráneo por parte de la República, llevó a Franco a aceptar una oferta de aviones alemanes formulada por Johannes Bernhardt, un hombre de negocios de esa nacionalidad. Hitler, entonces, envió alrededor de veinte JU 52, un transporte que fácilmente podía convertirse en bombardero. Desde el 28 de julio, Franco estableció el primer puente aéreo de la historia: cada avión atravesaba cuatro veces por día el estrecho, llevando treinta soldados armados. En la primera semana de agosto, 15.000 hombres procedentes de Marruecos se encontraban en Andalucía.

El mundo de las finanzas internacionales y las grandes empresas pronto manifestaron sus simpatías hacia los insurgentes. La Texas Oil Company, por ejemplo, que tenía un contrato para abastecer al Estado español, comenzó a desviar sus petroleros hacia los puertos controlados por los rebeldes. El Claiworth Bank de Londres, propiedad de Juan March, otorgó grandes sumas para la compra de armas insurgentes. Los capitalistas británicos con intereses en las bodegas andaluzas también apoyaron a Franco.

Por el lado republicano, mientras tanto, Giral telegrafió al jefe del Gobierno francés, el socialista Léon Blum, solicitándole armas y aviones. Blum acogió favorablemente la petición, pero las divisiones existentes en su gabinete y en el Frente Popular francés sólo le permitieron enviar, y casi de contrabando, medio centenar de aviones que ya eran anticuados.

Aunque a Francia no le convenía quedar rodeada por regímenes autoritarios, tampoco tenía interés en provocar un conflicto con Alemania por causa de España. Inglaterra, además, hizo saber a Blum que no lo apoyaría en ese eventual contencioso. Ante esto, y ante la debilidad de su Gobierno, el estadista galo propuso a todas las potencias interesadas la fórmula de «no intervención». Sin esperar respuesta de Italia, Alemania o Inglaterra, Francia comenzó a aplicar este principio unilateralmente el 8 de agosto, cerrando sus fronteras a todo posible tráfico militar. Esto equivalió a un virtual aislamiento de la República en esas primeras semanas de la Guerra Civil, mientras que Mola y Franco continuaron recibiendo ayuda de Hitler y Mussolini.

La toma de Badajoz

Durante la segunda mitad del verano, la iniciativa militar republicana tuvo fuertes notas catalanas y valencianas. En ambas capitales mediterráneas comenzaron a organizarse expediciones de obreros, principalmente anarquistas, destinadas a reconquistar Zaragoza. Además, un contingente catalán al mando del capitán Alberto Bayo y otro valenciano, dirigido por el capitán Manuel Uribarri, recuperaron Ibiza el 9 de agosto. Uribarri y sus hombres no acompañaron a Bayo en la segunda intentona: la toma de Mallorca. El 16 del mismo mes, se estableció una cabeza de puente en Porto Cristo, y pese a avanzar 12 kilómetros Bayo terminó siendo desalojado de la isla, el 3 de septiembre, por el nutrido fuego de las flotillas aéreas italianas.

En el lado rebelde, mientras tanto, Mola estableció una línea de frente en los pasos de Somosierra y de la sierra de Guadarrama, al norte de Madrid, preparando el ataque a la capital. Contaba con casi 20.000 hombres, pero estaba escaso de municiones. Esto, y la fiera oposición de las milicias obreras y las fuerzas militares leales detuvieron su avance. El Ejército africano al mando de Franco, por su parte, comenzó a marchar desde Sevilla hacia el norte, rumbo a Badajoz. El despliegue fue rápido, y una mezcla de verdad y leyenda destaca esa conquista a sangre y fuego del sur de Extremadura. Badajoz cayó en manos rebeldes el 14 de agosto, con lo que quedaron unidas las zonas insurgentes del norte y del sur. Ya no eran necesarias las carreteras portuguesas para que se comunicasen Franco y Mola. Se abría otra etapa de la Guerra Civil.

El Alcázar de Toledo

La Guerra Civil se convierte en mito

Francisco Luis Cardona,
historiador

El 28 de septiembre de 1936, un hombre que conservaba todavía su aspecto recio, pero pálido y demacrado por el titánico esfuerzo realizado en la lucha frente a un enemigo superior en número, recibía a su jefe inmediato, el general Varela, en impecable posición castrense con un lacónico: «Mi general: sin novedad en el Alcázar». Se trataba del coronel de infantería José Moscardó Ituarte, que por espacio de algo más de dos meses había elevado la defensa del Alcázar a la categoría de mito.



La defensa del Alcázar de Toledo ha pasado a la historia como uno de los hechos más heroicos de la Guerra Civil española. En la fotografía, el Alcázar de Toledo semidestruido por la artillería republicana

Keystone/Rubio

La Pasionaria

En la última sesión de Cortes de la Segunda República Española, una vigorosa mujer terminaba su intervención como diputado por Asturias del Partido Comunista Español diciendo: «Ni los ataques de la reacción, ni las maniobras más o menos encubiertas de los enemigos de la democracia, lograrán quebrantar ni debilitar la fe que los trabajadores tienen en el Frente Popular y en el Gobierno que lo representa.» La oradora expresaba así la adhesión de las masas laborales a la causa de la República y, acto seguido, denunciaba a los enemigos y peligros que la acechaban. Su nombre: Dolores Ibárruri, que pronto haría famoso su apodo de guerra: «la Pasionaria.»

Natural de Gallarta (Vizcaya) había nacido hacía poco más de cuarenta años en el seno de una familia minera. Desde muy joven colaboró en la prensa obrera de ideología socialista. Después de la Revolución bolchevique, formó parte del grupo izquierdista del PSOE que fue el núcleo del Partido Comunista Español (PCE). Tras participar en la huelga general revolucionaria de 1917, en 1923 militó ya como fundadora del PCE, constituido en un primer congreso institucional.

Casada con un minero vizcaíno, su espíritu de lucha en la clandestinidad, bajo la Dictadura de Primo de Rivera, le llevó al Comité Central del Partido. Con el triunfo de la República, fijó su residencia en Madrid, pasando a formar parte de la redacción de Mundo Obrero, *portavoz oficial del PCE.*

En el Congreso de 1932, celebrado en Sevilla, fue situada, junto con José Díaz, al frente del Buró político, confianza ratificada cuando Bullejos quedó desplazado de la dirección del partido. Encarcelada en diversas ocasiones, asistió en Moscú al XIII pleno de la III Internacional y, en París, al I Congreso de la organización Mujeres contra la guerra y el fascismo *(1934).*

Elegida miembro suplente del comité ejecutivo de la Internacional en 1935, aprobó la política de frente único de la clase obrera de cara a la lucha contra el fascismo y a las elecciones españolas que se avecinaban. En febrero de 1936, consiguió un escaño de diputado por Asturias y se erigió en la más importante propagandista del PCE durante la Guerra Civil, popularizando la frase: «Antes morir de pie que vivir de rodillas.»

En marzo de 1939, al producirse la rebelión del coronel Segismundo Casado, salió de España y se trasladó a la URSS. En 1942, a la muerte de Díaz, fue elegida Secretario General del PCE, cargo que ostentó hasta que en 1960 fue sustituida por Santiago Carrillo, pasando a ocupar la presidencia. En 1977, regresó a España y consiguió un nuevo escaño en las Cortes democráticas bajo Juan Carlos I.



Sobre estas líneas, retrato de la dirigente comunista Dolores Ibárruri, más conocida como «Pasionaria».

En la página siguiente, un grupo de milicianos se apresta a resistir el alzamiento tras una barricada, en Toledo.

La importancia de un mito

En la Guerra Civil española los episodios heroicos se sucedieron por uno y otro bando: Oviedo, Santa María de la Cabeza, Villanueva de la Serena, Madrid, Guernica... pero quizás ninguno alcanzó tanta fama y trascendencia por las circunstancias que la rodearon como la gesta del Alcázar de Toledo. Ensalzándola los nacionalistas a grados insospechados e intentándola hundir sus oponentes por todos los medios, no puede negarse que con esa feroz lucha dialéctica contribuyeron unos y otros a reafirmar su categoría de mito.

Por eso en la arrolladora marcha del Ejército rebelde sobre Madrid, Franco consideró oportuno que éste se desviara con el fin de levantar el asedio al que estaban sometidos los tenaces defensores de la sólida fortaleza que ordenara reconstruir Carlos I, y que tantos recuerdos entrañables guardaba de sus años de Academia, aun a costa de retrasar la toma de la capital.

El propio Franco había dicho al general Kindelán: «En toda guerra y más en las civiles, los factores espirituales cuentan de modo extraordinario; hemos de impresionar al enemigo por el convencimiento llevado a su ánimo de que cuanto nos proponemos lo realizamos sin que pueda impedirlo».

Además, existían tácticamente dos razones poderosas para la conquista de Toledo; presionar sobre un flanco con importantes obstáculos, como los ríos Tajo y Jarama, y marchar hacia Madrid sobre un frente amplio, con varias carreteras, lo que facilitaba la maniobra. Sin embargo, las razones tácticas en contra eran mayores: se alargaba el frente, se perdía un tiempo precioso y se seguía una dirección excéntrica hacia el verdadero objetivo.

De esta forma, Madrid gozó de suficiente respiro para que el general republicano José Miaja pudiese organizar una defensa tan heroica como la del coronel rebelde Moscardó en el Alcázar. Sin embargo, Franco consiguió el objetivo personal más ambicioso, el de ser exaltado a la jefatura única del Gobierno y del Estado, para lo que la rotura del cerco del Alcázar había sido el espaldarazo definitivo.

El espíritu de la ciudad imperial

La ciudad de Toledo con sus 28.000 habitantes continuaba recordando su altivo pasado imperial. Había sido erigida sobre un imponente cerro, que por el este, sur y oeste baña el río Tajo, encajonado a modo de foso. Hacia el norte, un collado une al montículo donde se levanta la población con elevaciones más alejadas. A ambos lados de aquél, el terreno es por excepción llano, singularmente en dirección noroeste. Finalmente, por encima de esa impresionante fortaleza natural, se alza la majestuosa mole cúbica de la ciudadela o alcázar, cuyos remotos orígenes se perdían en la oscuridad de los siglos pasados.

La posición estratégica de la ciudad había sido tenida en cuenta ya por los romanos; los visigodos establecieron en ella su capital y en los tiempos medievales fue favorita de judíos, moros y cristianos, para alcanzar su máximo esplendor con el emperador Carlos I.

Toledo aparecía como la típica población castellana de clase media y artesanal sin apenas proletariado, refugio de los amantes del arte y de la tranquilidad, especialmente cuando llegaba el buen tiempo. Sus calles tortuosas y sus piedras milenarias habían sido cantadas por Zorrilla con románticos acentos.

Todo ello imprimió a la ciudad del Tajo un profundo carácter religioso, militar y de descanso altamente con-



servador, muy diferente del cercano bullicio de la capital del Estado, con la que se halla unida desde antiguo por excelentes comunicaciones.

Según datos oficiales, en las elecciones de febrero de 1936 en la provincia de Toledo se habían registrado 129.222 votos a favor de las derechas contra 80.648 de las izquierdas, lo que se tradujo en ocho diputados toledanos para la primera ideología y sólo dos para la segunda.

Se inicia el alzamiento

Cuando se inició el gran drama de la Guerra Civil española, el coronel José Moscardó, director de la Escuela Central de Gimnasia de Toledo y comandante militar de dicha plaza, se encontraba en Madrid realizando los últimos preparativos para desplazarse a la Olimpíada de Berlín, en calidad de delegado de educación física enviado por el Gobierno republicano. El 18 de julio de 1936, le llegaron al coronel los rumores del alzamiento del Ejército de África, y, tras obtener nuevas noticias sobre la sublevación en otros lugares de la Península, decidió regresar de inmediato a Toledo.

Al llegar a la ciudad del Tajo se dio cuenta de que el jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, teniente coronel Pedro Romero Bassart, había puesto en marcha el plan de emergencia, aprobado hacía tiempo, de reunir todas las fuerzas militares de la provincia leales a la causa del alzamiento.

Escasas eran éstas por encontrarse los alumnos y profesores de la Academia militar en plenas vacaciones, cosa que sucedía también en la propia Escuela de Gimnasia. El mayor número correspondía a la Guardia Civil, mientras que era dudosa la participación de los guardias de asalto, los cuales finalmente se inclinaron por el Gobierno legalmente constituido. Junto a los militares había también civiles y familiares de ambos, estamentos que para mayor seguridad fueron alojados en el Alcázar, que entonces se hallaba casi vacío.

Al día siguiente de la sublevación, cuando apenas se había reincorporado al mando, Moscardo fue conminado desde el Ministerio de la Guerra para que enviara a Madrid toda la munición de la Fábrica de Armas. El coronel contestó con toda clase de dilaciones, lo que no hizo más que exasperar los ánimos.

Una y otra vez, el ayudante del ministro Hernández Sarabia y el general Pozas, fiel al Gobierno, solicitaron en vano el armamento. Desde Madrid se convenció entonces al director de la fábrica, pero, previendo tal situación, Moscardó envió un pequeño destacamento que se apoderó de la misma.

Según da cuenta el diario de operaciones del coronel, en la mañana del 21 de julio de 1936, Toledo y su provincia se sumaron al alzamiento con una solemne declaración de guerra. Ante la reticencia del gobernador civil Manuel María González, se le condujo al Alcázar, junto con su familia, en calidad de prisionero rehén.

Paralelamente, Moscardó ordenó la ocupación o refuerzo de los puntos neurálgicos de la ciudad. La respuesta de Madrid no se hizo esperar. Primero un avión lanzó octavillas sobre la plaza pidiendo la rendición. Ante la negativa, se inició un tiroteo entre los rebeldes y elementos izquierdistas del pueblo. Poco después, se produjo el primer

Federica Montseny

El 5 de noviembre de 1936, cuando Federica Montseny fue designada por Largo Caballero para ocupar el cargo de ministro de Sanidad, culminaba la entrada de la gran sindical ácrata CNT en las tareas de Gobierno —esta vez a nivel estatal— proceso que se había iniciado con su participación en el Consell de la Generalitat de Cataluña, el 26 de septiembre, y que finalizaría a raíz de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona.

Muchos de sus correligionarios criticaron y continúan criticando esta decisión. Sin embargo, Federica ha alegado en muchas ocasiones «que le costó mucho el aceptar, pero que se rindió, al hacerlo también sus compañeros. Era necesario aunar todos los esfuerzos contra el fascismo, que tras la toma del Alcázar de Toledo apretaba el cerco de Madrid.»

Federica Montseny nació en Barcelona en 1905, hija del líder libertario Federico Urales. Adherida como militante a la CNT durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera, colaboró con Pestaña en diversas publicaciones. En 1936, se afilió a la FAI (Federación Anarquista Ibérica), grupo que preconizaba la acción directa, después de la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero. Intervino a continuación en el Congreso de Zaragoza, donde formó parte de la comisión que redactó la ponencia en la que se definió el concepto confederal del comunismo libertario.

De sus ocho meses al frente del Ministerio de Sanidad, destaca una ley decretando la libertad del aborto, basada en el derecho a la interrupción artificial del embarazo, que fue aprobada antes que en ningún país del mundo.

Tras la victoria franquista marchó a Francia y huyó de París a la zona libre, ante la ocupación alemana. Encarcelada, la policía francesa no consintió la extradición solicitada por el Gobierno español y, finalmente, pudo refugiarse en Toulouse donde fijó su residencia, apoyando desde allí a los grupos de resistencia antifascistas de carácter libertario que terminaron por autodisolverse hacia 1947.

Federica Montseny continuó siendo la cabeza visible del movimiento anarquista español en el exterior junto con su compañero Germinal, hasta que en 1977, con la llegada de la democracia, pudo regresar a España.

José Moscardó

El general Moscardó entró en la historia de España por la tenaz defensa del Alcázar toledano. Nacido en Madrid en 1878, realizó su bautismo de fuego como oficial en Filipinas, en el infausto año de 1898. A su regreso se incorporó al regimiento madrileño de San Fernando.

En 1906, ascendió a capitán y contrajo matrimonio con doña María Guzmán de la que tuvo cinco hijos: cuatro varones (dos de los cuales morirían trágicamente durante la Guerra Civil) y una hija. Realizó la campaña de Melilla en 1909 y, tras un intervalo en Madrid, en 1913 fue destinado a Ceuta con su batallón perteneciente a la Brigada de Cazadores. Entró en combate en la defensa de esta plaza y su valor fue recompensado con su ascenso a comandante en 1914.

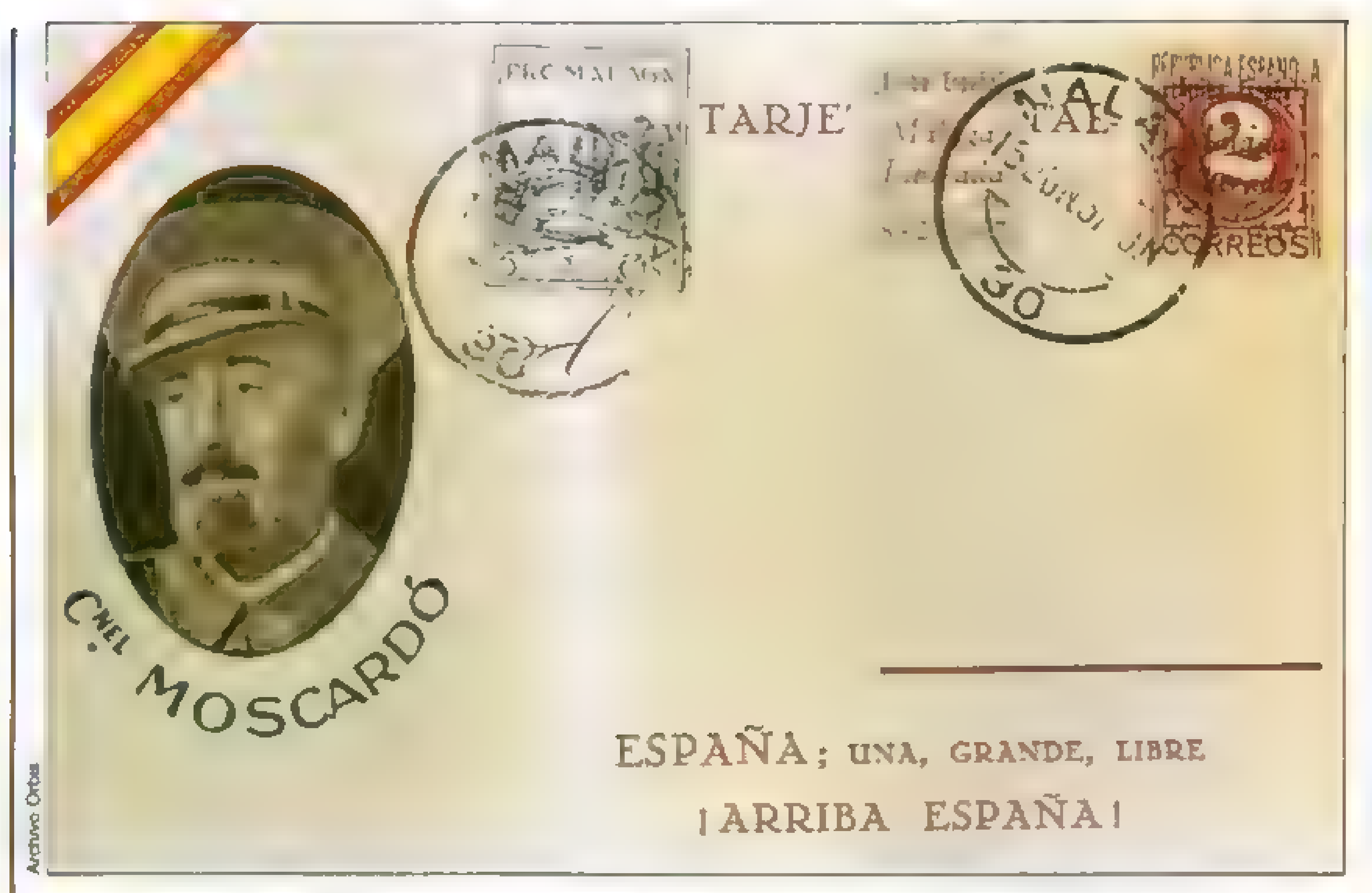
Continuó en África en años sucesivos hasta que en 1919 obtuvo el grado de teniente coronel. Tras un interludio en la Península, en 1923 participó, con Primo de Rivera y otros tantos jefes y oficiales, en la pacificación definitiva del protectorado español de Marruecos.

En 1929, fue ascendido a coronel por elección y ocupó diversos destinos en la Península. Sin embargo, en 1931 la República anuló su ascenso por elección y pasó a disponibilidad forzosa hasta que recibió el mando de la Escuela Central de Gimnasia de Toledo.

Cuando en 1932 tornó por antigüedad a su empleo de coronel, fue confirmado en el cargo que ostentaba en la Escuela de Gimnasia, desempeñándolo junto con el de comandante militar de la plaza.

En esa situación estaba el 18 de julio de 1936, cuando de regreso a Madrid proclamó la adhesión de la provincia toledana a la causa del alzamiento y se hizo fuerte en el Alcázar, siendo irreductible ante las presiones que se realizaron para su rendición.

Tras su famosa gesta, colaboró brillantemente en la batalla de Guadalajara, rehaciendo el descalabro italiano y equilibrando las posiciones. En septiembre de 1937, tomó el mando del Cuerpo de Ejército de Aragón. Terminada la campaña de Cataluña, pasó al Ejército del Centro. Conde del Alcázar de Toledo, al terminar la contienda ocupó el cargo de Delegado de Educación Física y Deportes, falleciendo en 1956.



Archivo Orbis

En esta página, arriba, postal del bando nacionalista en homenaje al coronel Moscardó y que conmemora su gesta al frente de la defensa del Alcázar de Toledo; la prensa y la historiografía franquista ensalzaron la gesta, elevándola a la categoría de mito.

En esta página, abajo, portada de El Alcázar, periódico interior creado por el coronel Moscardó para elevar la moral de los defensores de la fortaleza sitiada.

En la página siguiente, una escena del asedio al Alcázar. Durante los dos meses largos que duró el sitio se intentaron repetidos asaltos por parte republicana que fueron repelidos por la tenaz resistencia de los defensores, quienes contaban con el armamento y la munición que el coronel Moscardó había requisado de la Fábrica de Armas de Toledo, consistente en fusiles, ametralladoras, granadas y un mortero.

bombardeo aéreo de Toledo por fuerzas gubernamentales, mientras llegaban las avanzadillas de una columna mandada por el general Riquelme para terminar con los facciosos.

El propio Riquelme conminó por última vez a Moscardó para que depusiera las armas. Éste no sólo hizo caso omiso de la orden, sino que dispuso el traslado de las ambicionadas municiones al Alcázar, ante la imposible defensa de la fábrica situada al otro lado del río. Por otra parte, la guarnición del Hospital Tavera se replegaba, a su vez, a una línea defendida por la impresionante masa de la pétrea fortaleza.

El cerco se formaliza

Así, entre el 22 y el 23 de julio se formalizó un asedio que duraría hasta el 28 de septiembre y que haría verter ríos de tinta a gente de todas las ideologías. La cifra total de sitiados era de casi dos millares, entre los que destacaban cien jefes y oficiales, ciento cincuenta soldados bisoños de la Academia y cuarenta de la Escuela de Gimnasia, cien combatientes más entre falangistas y afiliados a las juventudes de Gil Robles, hasta alcanzar un total de 1.200 defensores. Figuraban también 550 mujeres y 50 niños, en su mayoría familiares de aquéllos.



EL ALCÁZAR

A la entrada de nuestras tropas en Talavera recogen numeroso botín de guerra.

AGE

Por lo que respecta al armamento, en el Alcázar se reunieron fusiles para todos sus defensores, además de dos piezas de montaña de 70 mm., 13 ametralladoras Hotchkiss de 7 mm., 13 fusiles ametralladores, un mortero y algunas granadas de mano. Gracias al traslado del armamento de la fábrica, jamás escasearon las municiones. No dispusieron, por el contrario, de material antigás y faltó el de fortificación para reparar los destrozos. Pudieron utilizar una emisora de la Guardia Civil y una receptora improvisada. Desde los primeros días del asedio fue cortado el fluido eléctrico y el agua, pero ésta se


AGE

obtuvo de los antiguos aljibes o cisternas y fue racionada.

Los víveres habrían durado unos cinco días, reducida la alimentación a un solo y escaso plato, pero se habilitó como harina el pienso del ganado, convenientemente molturado, y en una arriesgada salida nocturna cayó en manos de los defensores un depósito con dos mil sacos de trigo. El sacrificio de 176 caballos y algunos animales de tiro proporcionó el complemento cárnico necesario.

Parece ser que, con el paso de los días, el teniente coronel de la Guardia Civil Romero Bassart se erigió en el jefe más activo de los sitiados, pero Moscardó siguió siendo el símbolo heroico que mantuvo la moral combatiente con la creación de un periódico interior que ha llegado hasta la actualidad como símbolo de la ultraderecha: *El Alcázar*. El propio Moscardó anota en su diario que el asedio sólo duraría una o dos semanas...

En cuanto a los sitiadores, las cifras varían según la fuente utilizada. Luis Quintanilla, de oficio pintor, que fue un improvisado capitán en uno de los principales asaltos, escribe que participaron en él unos dos mil hombres, lo que daría un mínimo total de ocho a diez mil, extensible hasta quince mil según los nacionalistas. Sea como fuere, quizás la versión más acorde con la realidad es estimar una media de combatientes de cinco mil hombres, es decir, en proporción aproximada de cinco a uno, provistos de alguna artillería (pesada sólo en la última fase), unos pocos y pequeños carros de combate y con intermitente apoyo aéreo.

Luces y sombras del asedio

Si la intimidación de rendición por parte gubernamental a cambio de la vida de Luis Moscardó, uno de los hijos del coronel, ha sido negada por las fuentes republicanas con el fin de minimizar el asedio, desde un principio se creyó también en Madrid que la toma del foco rebelde era cuestión de poco tiempo, siendo suficiente el asalto de las masas populares. Pronto se dieron cuenta de que cada día de resistencia contribuía a la creación de un mito, explotado hábilmente por los nacionalistas. Con el fin de atajarlo, desde los inicios del asedio, los gubernamentales comunicaron una y otra vez por la radio y por la prensa la captura de la fortaleza, con tanto énfasis que no hicieron sino forjar nuevas leyendas narradas de otra forma.

Se afirmaba ya en la última semana de julio que las tropas de asalto y de la Guardia Civil habían contribuido a la reducción del foco rebelde y que toda la población de Toledo se había lanzado a la calle vitoreando a la República y confraternizando con las tropas leales.

Poco antes de la supuesta acometida final, para los anarquistas la lucha se presentaba con una terrible desigualdad pues, según recoge el cenetista Eduardo de Guzmán en su libro *Rojo y Negro*, los fascistas defensores eran más del doble que los atacantes y se hallaban mejor armados (probablemente al principio sí) y parapetados (eso siempre). Sin embargo, los sindicalistas derrochando valor lograrían su objetivo...

El terror en la zona nacionalista

Las purgas de la España nacionalista no estuvieron en manos de las turbas populares revolucionarias, sino que se basaron en el establecimiento de la autoridad militar debido al estado de guerra. El 23 de julio, Queipo de Llano anunció en Sevilla la pena de muerte para cualquier huelguista. Al día siguiente, decretó aquélla para los marxistas en cualquier pueblo que hubieran sospechas de haberse cometido crímenes y desmanes. Poco después, tal condena se amplió a los que escondieran armas y a los que evadieran divisas.

Durante muchas noches fueron buscadas las personas que se habían relacionado con las izquierdas y la cárcel sevillana resultó insuficiente. Los masones fueron perseguidos con saña, también lo fueron los trabajadores que hubieran pertenecido a la CNT, la UGT o los sindicatos comunistas.

En Castilla, las autoridades no fueron tan arrogantes como las subordinadas a Queipo en su «feudo andaluz», pero el sistema de represión fue parecido y semejante, también, al de la zona republicana. Se formaron comités integrados por tres miembros y si éstos coincidían en la condena la pena de muerte era inapelable; en caso de desacuerdo se infligía un castigo menor. Patrullas de la Falange o de la Guardia Civil visitaban por la noche los calabozos y se llevaban de diez a veinte presos, que, metidos en camiones, ya no regresaban.

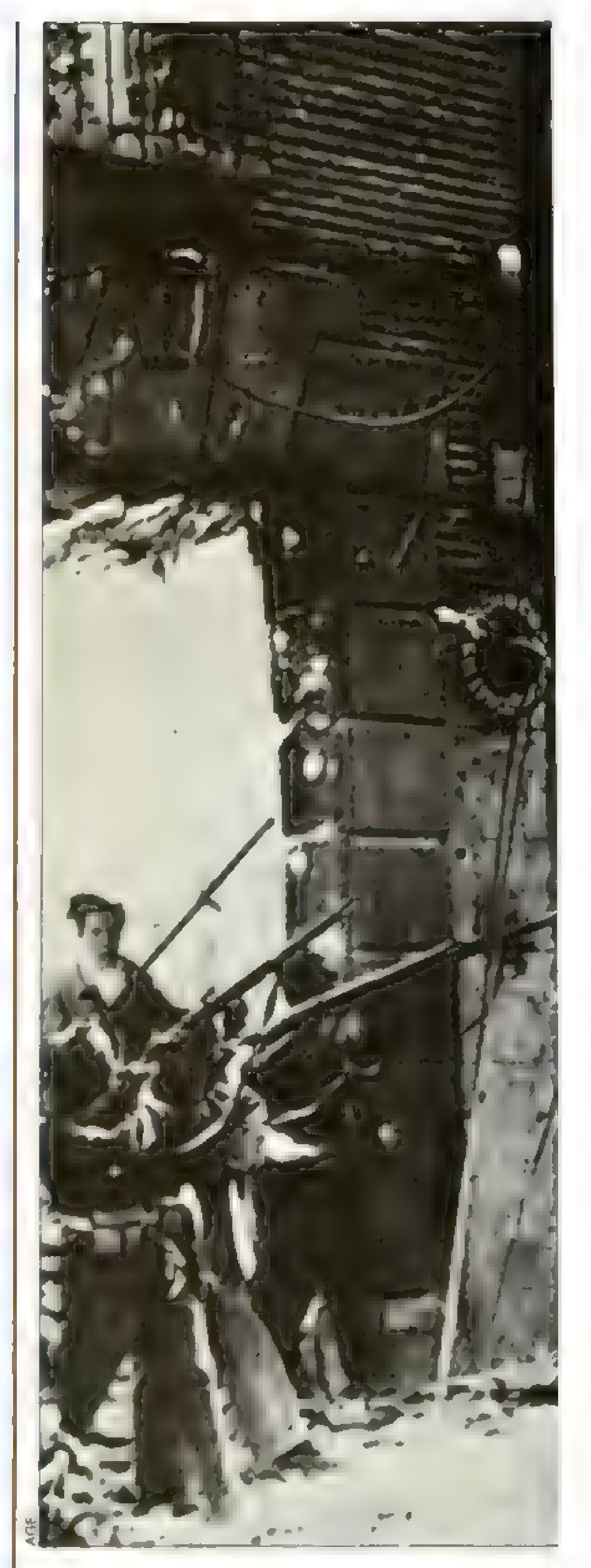
La protesta de Unamuno por tales desafueros (y en especial por el fusilamiento del poeta y dramaturgo García Lorca en Granada), realizada en el paraninfo de la Universidad salmantina el 12 de octubre ante la propia esposa del recién nombrado Generalísimo Franco, Millán Astray y autoridades civiles y militares, le condujo a su fulminante destitución como rector y, poco después, a la muerte, víctima de la pesadumbre.

Con mayor o menor intensidad y rapidez, la purga sangrienta abarcó también Galicia y Navarra, en donde falangistas y requetés se enzarzaron en altercados sobre si los católicos republicanos podían recibir confesión antes de morir. Una persecución igualmente dramática tuvo lugar en la isla de Mallorca, auspiciada por un funcionario fascista italiano que se autodenominaba el conde Rossi.

Así pues, el terrible vocablo «paseo» se hizo también común en la zona nacionalista y como escribe Jackson: «Tanto los anarquistas como los oficiales de carrera eran capaces de "matar sin odio", convencidos de que sus enemigos no eran seres humanos en el mismo sentido que ellos, dispuestos a sacrificar generosamente sus vidas, así como las de sus familiares. Entre los participantes menos exaltados, la envidia constituyó un poderoso motivo.»

En conjunto, la Iglesia cooperó de buen grado al triunfo nacionalista. El cardenal Gomá, primado de España, que había regresado solemnemente a Toledo tras la rotura del cerco del Alcázar, denominó Cruzada Nacional al Movimiento. Sin embargo, en las zonas republicanas de tradicional catolicismo, como Euskadi, los sacerdotes también fueron perseguidos, tachados de colaboracionistas.


Topham-Fin Foto


AGE

Por el contrario, Enrique Líster llama a los atacantes, en su mayoría libertarios, «turistas de guerra que salían de Madrid con su mujer o su novia para pasarse la tarde tiroteando al Alcázar». Se refleja así la pugna ideológica comunista-anarquista y el deseo del PCE de controlar la guerra.

En el bando nacionalista, la victoria se dio siempre por descontado, porque, como señalaría Arrarás en su obra sobre la Guerra Civil: «¿Cómo extrañarse de que ante la roca de esa firmeza de ideales en la que se asienta el Alcázar se estrellaran los furiosos ataques de las *hordas* en julio y agosto de 1936?»

Por lo que respecta a las bajas de ambos contendientes hay pocos datos.





En ambas páginas, soldados republicanos disparan contra los defensores del Alcázar, en uno de los últimos intentos de asalto.

En la parte superior de esta página, objeto de cuero repujado alusivo al Alcázar de Toledo; debajo, el coronel José Moscardó Ituarte.

En el *Diario* de Moscardó se rebasa algo el centenar de muertos (contando las primeras acciones en la ciudad de Toledo), resultando algo mayor la cifra de heridos y contusos. En la historiografía posterior, que intenta ser imparcial, se habla de 82 bajas entre los defensores. Comparándolas con las de la totalidad de la contienda resultan insignificantes e incluso si se parte de los 1.200 combatientes rebeldes iniciales (menos del 10%). Muy difícil es precisar las bajas de los atacantes por el deseo de ocultar el descalabro, aunque ciertamente fueron bastante mayores.

Algunas fuentes que desean ser objetivas añaden que el Alcázar sufrió los efectos de 3.300 disparos de cañón (la mayor parte ligero), 1.500 granadas de mano, 2.000 disparos de mortero, 30 ataques de aviación y tres voladuras. De ser ello completamente exacto, nadie puede negar el milagro de la supervivencia que tendría un único y verdadero protagonista: los recios muros de la fortaleza.

Sea como fuere, intentar centrar la importancia del episodio del Alcázar en sus justos y verdaderos términos sigue siendo tarea ardua y quizás imposible, porque los mitos han continuado proliferando sin tregua, como el forjado por algunos falangistas en el que interviene el mismísimo José Antonio con un proyecto de insurreción que debía iniciarse en el patio del propio Alcázar. Incluso Moscardó, ya general, pareció no negar la veracidad de esta trama que lo convertía en héroe un tanto anticipado. Franco habría intervenido entonces para hacer ver a los promotores lo descabellado de la empresa.

Algunas fuentes historiográficas e historiadores del bando republicano han centrado la polémica del asedio en el problema de los rehenes. A todos ellos los capitanea el ya citado Luis Quintanilla, autor de un libro significativo, *Los rehenes del Alcázar,* en el que afirma que la inmensa mayoría de los paisanos encerrados en la fortaleza lo fueron a costa suya, en calidad de rehenes del Frente Popular, asesinados secretamente por los rebeldes. Sin embargo, los nacionalistas argumentan que de esos quinientos rehenes o algo

El terror en la zona republicana

Al producirse el alzamiento militar, en la zona republicana el pueblo, que poseía las armas que el Gobierno le había facilitado, se encontró como único depositario del poder y de la fuerza. Se dispuso entonces a realizar su anhelada revolución social y a aplastar radicalmente cualquier intento de impedirla. Así, se desencadenó el terror con variados matices de dureza, según los lugares. En Madrid y Barcelona, los obreros fusilaron a todos los oficiales rebeldes que cayeron en sus manos. Los de mayor graduación se enfrentaron a juicios sumarísimos que dictaron numerosas sentencias de muerte por rebelión militar, como en el caso de Goded y Fanjul.

En los grandes núcleos de población, el ajuste de cuentas fue realizado, en especial, por iniciativa del ala izquierda del Frente Popular: CNT, UGT, PCE. Se constituyeron comités populares de purga, ante los que los acusados poco podían hacer si no encontraban testigos a su favor en cuestión de horas. Sacados violentamente de sus casas, se les acusaba de encender luces por la noche para hacer señales a un avión faccioso, de escuchar las charlas de Queipo de Llano por radio Sevilla, etc.

En Madrid, las tres agrupaciones izquierdistas consultaban sus listas de sospechosos y cuando un nombre figuraba en las tres estaba irremisiblemente perdido. Sin embargo, los comités también eran capaces de fusilar a los falsos delatores.

Las venganzas por ofensas reales o imaginarias afloraron contra personalidades de antaño. Así sucedió con la muerte, en el hospital, del antiguo general republicano López Ochoa, que terminó la sublevación asturiana de 1934, y con los fusilamientos, por parte de los guardias de la cárcel Modelo de Madrid, de Melquíades Álvarez (ex-presidente del Congreso), Fernando Primo de Rivera (hermano de José Antonio), Julio Ruiz de Alda (famoso aviador y jefe falangista), los ex-ministros Rico Avello y Álvarez Valdés, el doctor Albiñana, los generales Villegas y Capaz, etc.

En ambos bandos lo más corriente era que tras un ataque aéreo o bombardeo por la flota enemiga se tomara venganza con los encerrados en prisiones o con los rehenes; así sucedería en Málaga, San Sebastián, Bilbao... y en el propio cerco del Alcázar.

Fue entonces cuando se acuñó la palabra «paseo» (que también sería corriente en la zona nacionalista).

El Gobierno, consciente de que el terror desenfrenado destruiría todo aquello por lo que luchaba la República, intentó con éxito relativo mediar con su influencia en los tribunales populares, al tiempo que prevenía a la propia población de las bandas incontroladas. Tanto en Madrid como en Barcelona, las autoridades protegieron o facilitaron la huida de muchos inocentes. Paralelamente, las revoluciones de los pueblos trajeron consigo en mayor o menor proporción, según los casos, el terror correspondiente.



AGE

Hoja Oficial del Lunes

UNA JORNADA HISTORICA

Toledo ha sido ganado para España

Las tropas del general Varela entraron ayer en la imperial Ciudad y libertaron a los heroicos defensores del Alcazar

Oronoz

En esta página, arriba, portada de la Hoja del Lunes de Zaragoza en la que se anuncia la liberación de los sitiados en el Alcázar; abajo, el interior del Alcázar, días después de haber sido roto el sitio por las tropas nacionalistas a cargo del general Varela.

En la página siguiente, el general Francisco Franco entra en el Alcázar de Toledo seguido por el general Varela; la liberación del Alcázar fue decisiva para el encumbramiento de Franco a la jefatura del Gobierno de la zona nacionalista.

más, quizás tan sólo podían considerarse como tales unas dos docenas y que a medida que transcurría el asedio, excepto en algunos casos aislados, se transformaron en un grupo más de eficaces colaboradores de la defensa del Alcázar.

Por su parte, el prestigioso historiador Hugh Thomas dice textualmente en su obra sobre la Guerra Civil que ha quedado como clásica: «En cuanto a los rehenes que se llevaron consigo los defensores al principio, de ellos nunca más se supo, y es de suponer que todos (eran cincuenta) tuvieron el mismo fin que Luis Moscardó, al otro lado de las líneas.»

En todas las guerras, y más en las civiles, se desencadenan toda suerte de atrocidades por uno y otro bando contendiente. Dividir a éstos en buenos y malos resulta un maniqueísmo absurdo. Desmitificar sin apasionamiento y con objetividad nuestro trágico conflicto es tarea de los estudiosos contemporáneos, pero tampoco hasta caer en el extremo de H. R. Southworth, cuando, sin haber sido espectador del asedio del Alcázar, reduce casi a cero su importancia, como si durante dos meses no hubiera ocurrido nada reseñable y, lo que es peor, de tanta trascendencia.


EFE

Agosto de 1936 junto al Alcázar

Durante todo el mes de agosto la lucha en torno al Alcázar fue intermitente. La tenaz resistencia crispaba los nervios de los milicianos que apretaban el cerco. Por espacio de varias semanas, ambos bandos se intercambiaron singularmente fuego de fusil, si bien el diario de Moscardó refiere, con insistencia, intenso fuego artillero desde los cerros próximos de la dehesa de Pinedo y el campamento de los Alijares. Los sitiados poseían certera puntería y los milicianos no se atrevieron a lanzar un asalto en toda regla. Mediante megáfonos se cruzaron diariamente toda clase de insultos y bravuconerías.

Algunas bombas lanzadas por la aviación, generalmente en número de uno a tres aparatos, cometieron destrozos en las instalaciones, pero apenas en la defensa de la fortaleza que había sido reconstruida a comienzos de siglo.

Aislados del resto de España, entre los sitiados no se habían perdido los destellos de buen humor como el haber celebrado la fiesta del 15 de agosto en los sótanos del Alcázar con canciones y bailes regionales. Al día siguiente, algunos defensores experimentaron un nuevo sobresalto al localizar unos ruidos subterráneos hacia la parte sudoeste de la fortaleza. El personal técnico dedujo que se trataba quizá de los trabajos para colocar una mina con el fin de que explosionara debajo del torreón más próximo; la observación de que la tarea sería lenta y posiblemente inútil, por la constitución del terreno, los tranquilizó un tanto. Pero los alarmantes ruidos continuaron...

El 22 de agosto, según el diario de Moscardó y *El Alcázar* (17 de agosto para Hugh Thomas), un *Junker* pilotado por un alemán voló sobre los sitiados, dejando caer mensajes de aliento de Franco y Mola además de víveres. Según Gabriel Jackson, hasta dos días más tarde no se inició el verdadero cañoneo de la fortaleza, en parte porque los atacantes eran conscientes del hecho de que dentro había familiares suyos.

Los nacionalistas se apoderan de Talavera e Irún

Si por un lado el Alcázar de Toledo seguía resistiendo, por otro los restantes focos rebeldes en zona republicana se redujeron, a partir de agosto, a Oviedo, en donde se había hecho fuerte el coronel Aranda, el cuartel de Simancas en Gijón y algún punto aislado en Andalucía (singularmente el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza en Jaén). Pero, paralelamente, tras la ocupación de Mérida y la sangrienta toma de Badajoz por parte rebelde, se produjo el primer enlace de los ejércitos nacionalistas del norte y del sur. El siguiente paso en la marcha hacia la capital fue saltar del valle del Guadiana al del Tajo.

La maniobra produjo en Madrid profunda sensación. De nada sirvió que el Gobierno enviara para cortar el avance al jefe del frente del Centro, general Riquelme, quien tras su fracaso ante los leales de Moscardó estableció su cuartel de operaciones en Talavera, en donde se le unió el coronel Salafranca, que terminó por sustituirle.

La resistencia fue inútil. El 3 de septiembre, las tropas nacionalistas del coronel Yagüe entraban en Talavera de la Reina y apenas un día después, en la zona norte, Mola tomaba Irún y amenazaba San Sebastián. ¿Sería el principio del fin de la Segunda República Española?...

Gabinete de «la Victoria» presidido por Largo Caballero

La toma de Talavera por los rebeldes, el fracaso final de la expedición republicana a Mallorca realizada en agosto (auspiciada más por la Generalitat catalana que por el Gobierno cen-

La polémica llamada

Tras la liberación del Alcázar por las tropas de Franco, se inició una larga polémica en torno a una supuesta comunicación telefónica entre el general José Moscardó Ituarte y su hijo, prisioneros de los republicanos, en la que éste le habría comunicado que sería fusilado si no entregaba la fortaleza.

En el Diario de operaciones *del coronel Moscardó del 23 de julio se lee que: «A las diez horas, el jefe de las milicias llamó al Comandante militar notificándole que tenía en su poder un hijo suyo y que le mandaría fusilar si antes de diez minutos no nos rendíamos y para que viese que era verdad, se ponía el hijo al aparato, el cual, con gran tranquilidad dijo a su padre que no ocurría nada, cambiándose entre padre e hijo frases de despedida de un gran patriotismo y fervor religioso. Al ponerse al habla el Comandante militar con el jefe de las milicias le dijo que podía ahorrarse los diez minutos de plazo que le había dado para el fusilamiento de su hijo ya que de ninguna manera se rendiría el Alcázar.»*

La conversación entre padre e hijo se reprodujo después en letras de oro en el que fuera despacho de Moscardó:

–¿Qué ocurre, hijo mío?

–Nada, que dicen que me fusilarán si el Alcázar no se rinde.

–Si fuera cierto, encomienda tu alma a Dios, grita ¡Viva España! y muere como un héroe. Adiós, hijo mío, un último beso.

–Adiós, padre, un beso muy grande.

En 1954, Largo Caballero, desde México, en Mis Recuerdos. Cartas a un amigo *negó taxativamente que este sacrificio tuviera lugar:*

«Puedo asegurarle muy formalmente que durante mi época de Gobierno no sucedió tal cosa, ni tengo noticia de que ocurriera durante el Gobierno anterior.»

Tres años más tarde, Herbert Mathews, corresponsal en Madrid del The New York Times, *se preguntaba en su obra* The Yoke and the arrows *cómo había podido suceder tal llamada, si el teléfono se hallaba cortado desde el 22 de julio. Tal observación recibió inmediata réplica de Manuel Aznar:* The Alcazar will not surrender *(New York 1957), argumentando que no hubo exactamente un corte de la línea telefónica, sino que ésta fue controlada por la central toledada el 22 de julio y que las noticias del incidente fueron publicadas en el propio* The New York Times *el 30 de septiembre del mismo 1936.*

Mientras Ricardo de la Cierva en su Historia ilustrada de la Guerra Civil *(Barcelona 1970) nos presenta con todo detalle la identificación de un testigo de tal llamada, Luis Quintanilla en* Los rehenes del Alcázar *(París 1967) ofrece una serie de razones del lado republicano para intentar la destrucción del mito:*

«La ejecución de Luis Moscardó, que contaba 23 o 24 años, según los seguidores de Aznar, fue el 23 de agosto; según Arrarás, prologuista del Diario de Moscardó, *fue el 14 de agosto, y según el* ABC *de Sevilla, el 3 de septiembre. El confusionismo es alarmante y el plazo heroico desaparece. De la misma manera, se suprime la relación entre el heroísmo y el fusilamiento al reconocer el comandante Gómez Oliveros en su biografía sobre Moscardó que el 23 de agosto, como represalia de un bombardeo, Luis Moscardó es uno de aquellos infelices destinados a ser fusilado.»*

Tampoco respecto al lugar del fusilamiento hay acuerdo; unos señalan la Puerta del Cambrón, otros la Sinagoga del Tránsito, otros el pie de las antiguas murallas, y otros delante del mismo Alcázar, oyendo el heroico coronel la descarga fatal...

Hugh Thomas tercia en su magna obra sobre el conflicto dando noticia de que efectivamente la ejecución no tuvo lugar hasta el 23 de agosto junto con otros prisioneros, como represalia por un bombardeo aéreo «lo cual no obsta para quitar dramatismo al episodio. Aunque nadie registró la conversación telefónica, es seguro que hubo alguna de este tipo». La polémica continúa.

En esta página, un cartel nacionalista de apoyo al Ejército en el que se alude al futuro generalísimo Franco como su máximo representante. En la página siguiente, arriba, cuatro mujeres, familiares de soldados nacionalistas, después de su liberación tras dos meses de encierro en el Alcázar. En la página siguiente, abajo, el general Franco felicita al coronel Moscardó, momentos antes de imponerle la Cruz Laureada de San Fernando por su heroica defensa de la fortaleza, el 29 de septiembre de 1936; de izquierda a derecha: José Moscardó, José Varela, Francisco Franco y Juan Yagüe



tral) por el capitán Alberto Bayo y la imparable ofensiva nacionalista en Euskadi trajeron consigo la caída del gabinete Giral, estrictamente republicano, y su sustitución por otro de concentración izquierdista (compuesto por socialistas, comunistas y republicanos), que se denominó pomposamente Gobierno de la Victoria, presidido por Francisco Largo Caballero, que asumió también la cartera de Guerra, e Indalecio Prieto la de Marina y Aire. Ambos líderes socialistas tenían como objetivo prioritario el triunfo final sobre los facciosos.

La primera medida de carácter militar tomada por el nuevo gabinete consistió en nombrar, el mismo 4 de septiembre, al coronel Asensio Torrado para la dirección del teatro de operaciones del Centro, ascendiéndolo a general. Sin embargo, Torrado fracasó al intentar recuperar Talavera entre el 5 y el 8 de septiembre. Cuatro días más tarde, San Sebastián caía en manos de la columna nacionalista del coronel Alfonso Beorlegui. Cuando esto sucedía, los republicanos se disponían en Toledo a realizar los últimos esfuerzos para la toma del obstinado Alcázar.

Los últimos asaltos al Alcázar

El 8 de septiembre, el comandante republicano Vicente Rojo, ex profesor de táctica en la Academia de Infantería, parlamentó inútilmente con Moscardó, su antiguo compañero de armas, con objeto de que abandonara la defensa de la fortaleza y, a cambio de ello, se garantizaría la libertad de todas las mujeres y los niños que se encontraban en su interior. Moscardó le rogó tan sólo el envío de un sacerdote, mientras que algunos oficiales rebeldes solicitaron a Rojo, también infructuosamente, que se quedara con ellos.

Topham-Fer Foto



Topham-Fer Foto

Tres días más tarde, durante un alto el fuego, los sitiados recibieron la visita del canónigo Vázquez Camarasa, al que su liberalismo le había salvado la vida en Madrid en los primeros días del alzamiento. El sacerdote les impartió una absolución colectiva y, al parecer, sufrió la negativa del coronel, al solicitarle, una vez más, la salida de las mujeres y los niños. Por su parte, los combatientes de ambos lados confraternizaban en la tregua, y los milicianos se comprometieron a dar noticias de los sitiados a sus familiares.

Una última tentativa fue realizada por el diplomático chileno Núñez Morgado, que intentó parlamentar sin éxito con objeto de poner a salvo a los no combatientes. Las conversaciones se rompieron definitivamente al decir el delegado de Moscardó que los defensores sólo escucharían mensajes a través del *Gobierno Nacional* de Burgos y contestar los milicianos con tiroteo y denuestos.

Largo Caballero, reticente a entregar el peso de la lucha a los comunistas, se lo confió finalmente al comandante Luis Barceló, militante del PCE. El 18 de septiembre, ante una muchedumbre de fotógrafos y corresponsales de guerra invitados para asistir a la caída del Alcázar, y con la presencia del propio jefe de Gobierno, varios ministros de su gabinete y personalidades destacadas de los partidos políticos, como la Pasionaria, explosionaron las dos minas subterráneas preparadas sobre las 6,30 de la mañana (*Diario* de Moscardó), según Quintanilla pasadas las 7.

La atmósfera trepidó y de repente, en la parte interior del Alcázar próxima al Oeste un agudo reflejo luminoso se envolvió en humo negro, llegando hasta todos los que se hallaban en el exterior el prolongado retumbar de un trueno. La enorme masa de humo cubrió todo el Alcázar y las casas adyacentes, siendo imposible ver el resultado de la explosión hasta que hubieron pasado unos veinte minutos; entonces pudo comprobarse el derrumbamiento del torreón Sudoeste y casi toda la fachada Oeste. Los defensores habían abandonado a tiempo sus posiciones de aquel sector.

Cuando los milicianos se lanzaron al asalto (al frente de un grupo se hallaba Quintanilla) tropezaron con una fuerte resistencia que les hizo retroceder. Vuelta a la carga, desde los escombros del torreón derruido lanzaron granadas de mano por el techo de las galerías, provocando varios incendios. Pero, ante el contrataque de los defensores los milicianos abandonaron el in-


Keystone/Ralos

Francisco Franco es aclamado como Jefe del Gobierno nacionalista en octubre de 1936.

tento, dejando abandonada una bandera republicana que llevaban para izarla en su creencia en la victoria.

Ante el fracaso de Barceló, Largo Caballero (que según Quintanilla no había asistido al asalto) lo sustituyó por el general Asensio Torrado, que estrechó el cerco. Sin embargo, poco después, tuvo que abandonar Toledo para intentar frenar el avance del Ejército africano.

Los postreros asaltos se sucedieron discontinuamente a partir de lo que iba a ser la última semana de asedio. El 22 de septiembre, Varela sustituyó a Yagüe en el mando del Ejército nacionalista de rescate, según algunos por hallarse éste en desacuerdo con Franco ante la decisión de liberar el Alcázar. Al día siguiente, la prensa internacional volvió a ofrecer la noticia de la toma de la fortaleza. Así lo hicieron el *Daily Herald*, *News Chronicle*, *Le Populaire*, etc. y la propia agencia española *Fabra*. Lo cierto es que tras la nueva embestida los defensores se hallaban en una situación límite, reducidos a refugiarse en los sótanos, casi sin agua y quedándoles sólo un caballo de raza.

Los nacionalistas se apoderan de Toledo

Al tiempo que en Cataluña se constituía un gobierno de la Generalitat de concentración de izquierdas (27 de septiembre) semejante al estatal de la Victoria de Largo Caballero y en la zona nacionalista los jefes sublevados se preparaban en Salamanca para investir a Franco con el mando único, las columnas nacionalistas de Barrón y Asensio Cabanillas, a las órdenes de Varela, conseguían llegar a los aledaños de la ciudad imperial, por la parte septentrional que se abre a la Vega. Los sitiadores pasaron entonces a ser asediados. Muchos de ellos atravesaron el Tajo en desbandada, otros cayeron prisioneros, unos cuantos cerraron las puertas de sus casas y las transformaron en pequeños alcázares, haciéndose fuertes en ellas y portándose a la altura de sus irreductibles oponentes.

En las memorias del teniente irlandés Fitzpatrick, que iba con la Legión Extranjera, se cuenta que en represalia por el hallazgo de dos cuerpos mutilados de aviadores nacionalistas se produjo una matanza atroz.

Los africanos, por su parte, mataron a los milicianos heridos que se hallaban en el hospital de San Juan, así como al propio médico que los cuidaba, porque otros compañeros indemnes se refugiaron en él y atrajeron allí el fuego de los marroquíes.

El 29 de septiembre, el propio Franco entraba triunfalmente en el Alcázar e imponía a Moscardó la Cruz Laureada de San Fernando. En la arenga por el acontecimiento dijo: «Ahora sí que hemos ganado la guerra.» Había ganado su guerra particular hacia el poder, porque ese mismo día Cabanellas, como general más antiguo de la Junta de Defensa, firmaba el decreto que confería a Francisco Franco la categoría de jefe del Gobierno y en el que se le confiaban todos los poderes del nuevo Estado; la otra guerra, en cambio, se demoraría por espacio de más de dos años. ¿A causa de haberse desviado para socorrer a los defensores del Alcázar? Lo cierto es que el énfasis dado a la epopeya en la propaganda posterior se debió a un deseo de ofrecer la impresión de que la única decisión acertada era la tomada por el futuro Caudillo.

El asedio de Madrid

Los republicanos detienen el avance nacionalista

José Luis Martín
historiador

Desde el mismo día del alzamiento, Madrid se convirtió en el objetivo número uno de los sublevados, que concentraron en su avance hacia la capital la mayor parte de su esfuerzo bélico; pero su arrolladora ofensiva fue detenida por los milicianos en los aledaños de la ciudad. En la fotografía, tropas franquistas disparan contra las posiciones republicanas en el Cerro de los Ángeles, el 9 de diciembre de 1936.

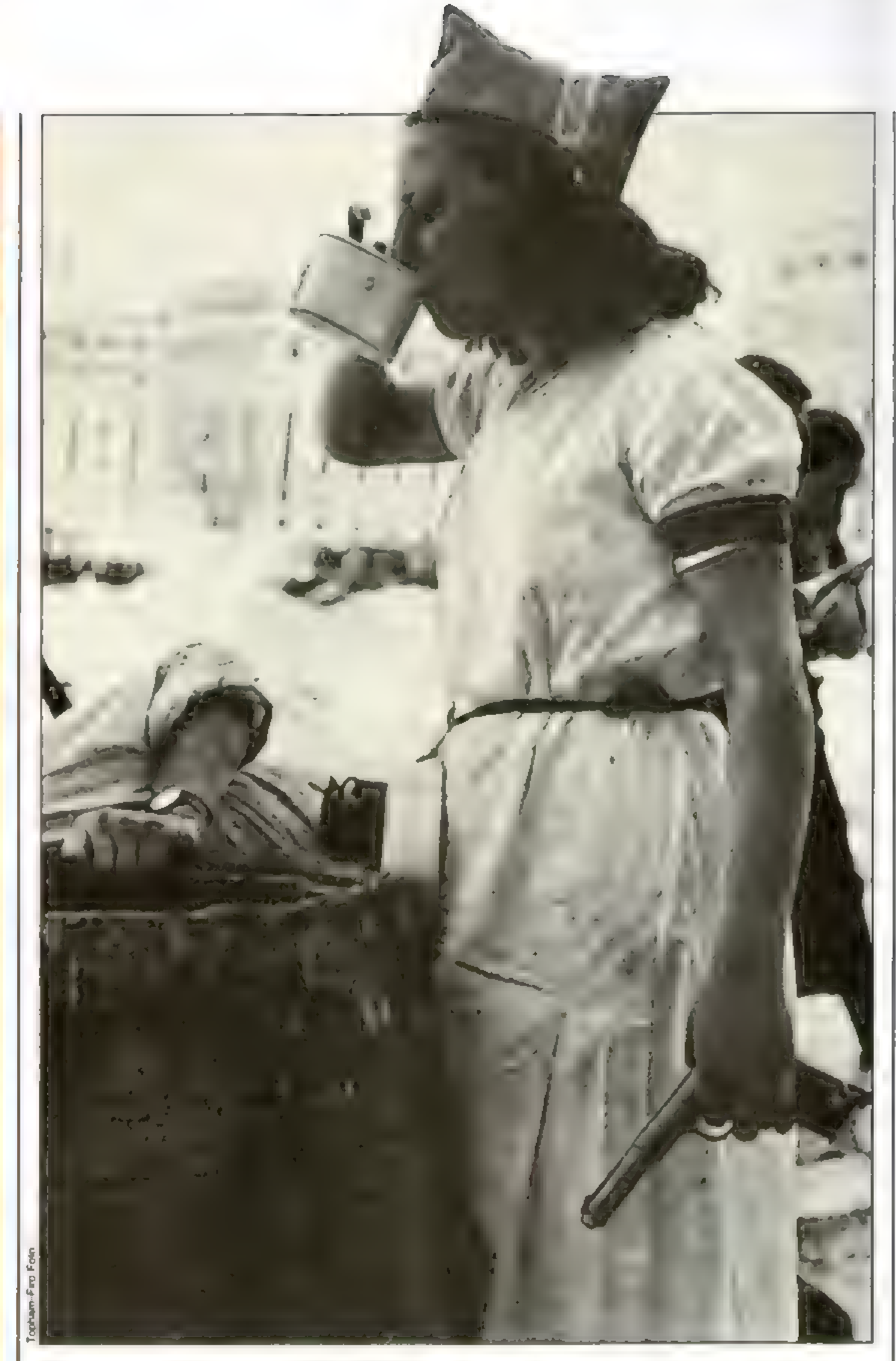
El 7 de noviembre de 1936, un día después de que el Gobierno de Largo Caballero dejara la capital de España con destino a Valencia, las tropas nacionalistas mandadas por el general Varela iniciaron el asalto a la ciudad. Contando con el apoyo de la aviación y la artillería, y teniendo un Ejército técnicamente superior al de sus enemigos, Varela tenía motivos para suponer que el asalto final sería poco más que un «paseo militar». Sin embargo, las milicias populares movilizadas por el general Miaja le harían ver cuan equivocada era su suposición.



AGE

Franco, «Generalísimo»

El 29 de septiembre de 1936, Francisco Franco, junto con los generales Kindelán, Orgaz y Yagüe, se trasladó a Salamanca para una reunión de la cúpula militar; la decisión que buscaba de ella habría de tener una trascendencia definitiva para las décadas posteriores de la historia española. Ya el recibimiento que grupos falangistas y requetés, aclamando a Franco como «Generalísimo», le hicieron a su llegada a Salamanca prefiguraba lo que se estaba gestando. Reunida la Junta, que había sido constituida en julio bajo la presidencia del general Cabanellas, Kindelán realizó la propuesta de confirmar a Franco como «Generalísimo» y al propio tiempo nombrarlo Jefe del Gobierno, con lo cual asumiría al propio tiempo el poder político y el militar. La decisión no fue tomada de inmediato, y Cabanellas incluso pidió tiempo para reflexionar la propuesta. Sin embargo, tras la habitual suspensión de la reunión de la Junta para comer, en la sesión de la tarde se aprobó un texto del decreto por el que, efectivamente, se confería a Franco el título y el cargo propuestos por Kindelán. Texto que finalmente aceptaron Mola y Queipo de Llano, concediéndosele a Cabanellas dos días para reflexionar sobre él. Cuando el decreto fue publicado, el 1 de octubre, los nombramientos que recayeron sobre Franco fueron los de Generalísimo y Jefe del Estado. El propio Cabanellas, por otra parte, vino a ratificar el nuevo matiz cuando en la ceremonia de trasmisión de las competencias de la Junta, que hasta entonces había presidido, le confió «los poderes absolutos del Estado». Tras la investidura, celebrada en la España «nacionalista» bajo el lema de «un Estado, una patria, un jefe», Franco asumió la dirección personal del Ejército de África, en tanto que Mola conservaba el mando del Ejército del norte y Queipo el del Ejército del sur. Los acontecimientos posteriores acabaron de hacer irreversible la decisión tomada en esos días.


Topham-Firo Foto

En esta página, una miliciana, con una pistola en la mano, bebe una taza de café en el centro de Madrid; la milicia popular jugó un papel fundamental en la defensa de la capital, asediada por el Ejército nacionalista.

En la página siguiente, arriba, el general Francisco Franco, en medio de los jefes y oficiales que componían su Estado Mayor a fines de 1936; abajo, efigie del «Generalísimo» en un cartel nacionalista

Se prepara el ataque a Madrid

A finales del verano de 1936, si bien los jefes militares sublevados habían perdido toda esperanza de un golpe de mano inmediatamente triunfante, alentaban todavía la de un rápido desenlace, habida cuenta del paulatino avance de sus tropas y de la desorganización que, tanto en lo político como en lo militar, cundía en el bando republicano. Para colmo, la política de no intervención bloqueaba el aprovisionamiento militar de la República, pero no era suficiente para impedir el abierto apoyo, diplomático y militar, de Alemania e Italia al bando rebelde.

La sustitución del Gobierno Giral por el de Largo Caballero, el 4 de septiembre, significó un precioso balón de oxígeno para la resistencia republicana; formaban parte de él todas las fuerzas que en su día habían constituido el Frente Popular y contaba con el visto bueno de la dirección de la C.N.T., que acabaría, dos meses más tarde, por entrar asimismo a formar parte del Gobierno. A pesar de todo, el nuevo Gobierno republicano no era capaz de imponer claramente su autoridad sobre las milicias y cifraba sus esperanzas en la progresiva sustitución de éstas por unidades militares disciplinadas, tal como preveía el decreto del 10 de octubre por el cual se establecía la formación del Ejército Popular.

En los comienzos del otoño la suerte de la República parecía echada. Tanto más cuanto que tras la caída de Toledo



en poder del Ejército de Varela, el 27 de septiembre, y la consiguiente liberación de los sitiados de el Alcázar, el éxito propagandístico que dicha acción reportó se encadenó con una decisión trascendental: el 1 de octubre, el general Francisco Franco era nombrado Generalísimo y Jefe del Estado. El nombramiento, que respetaba la jefatura de los Ejércitos del norte y del sur por parte de Mola y de Queipo de Llano respectivamente, presagiaba el desencadenamiento de una ofensiva que quería ser decisiva contra el corazón del territorio republicano: Madrid. El 6 de octubre, desde Maqueda y Torrijos en dirección hacia el norte, el Ejército de África emprendía su avance y Mola chanceaba públicamente acerca de su presencia en Madrid con motivo del 12 de octubre.

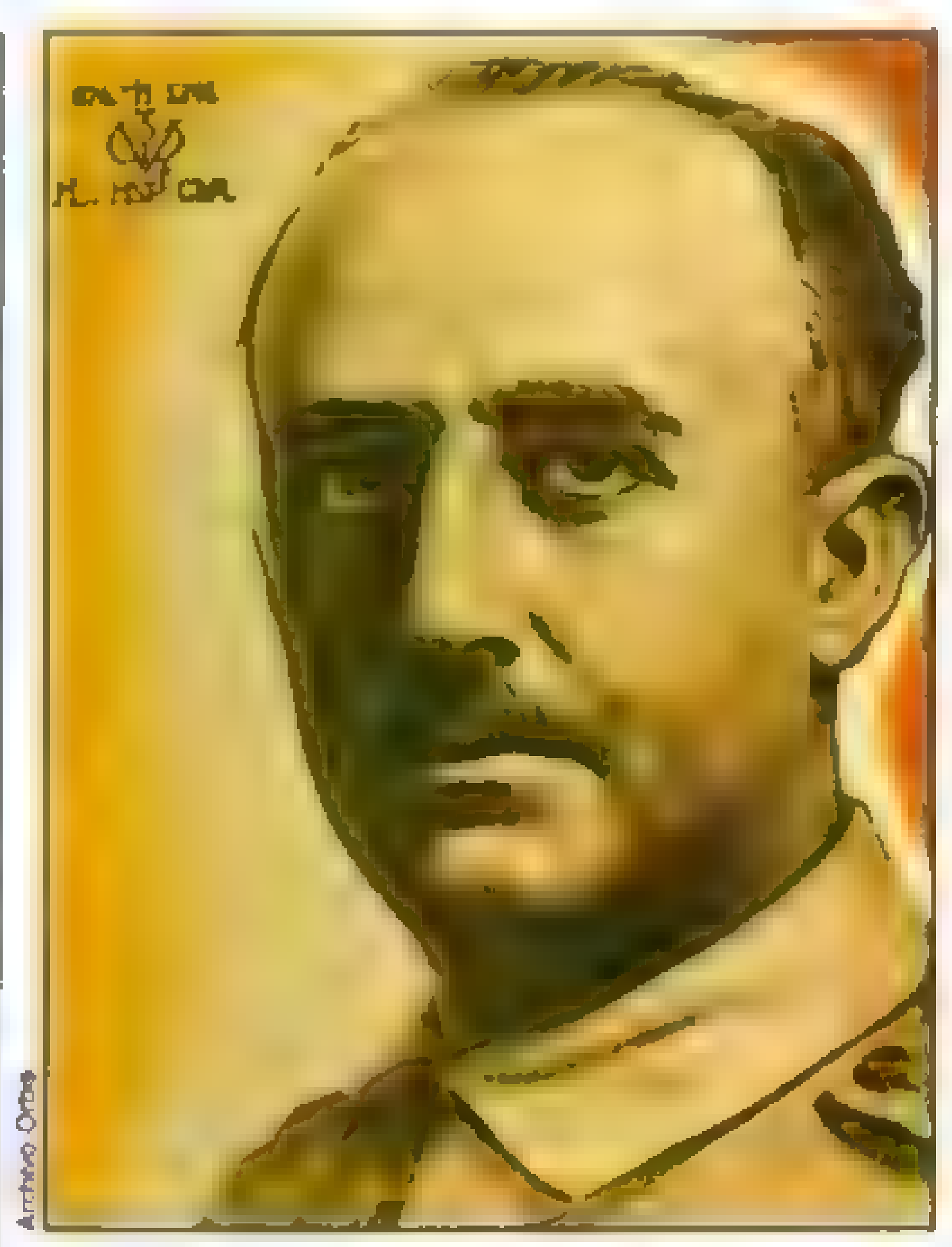
Tanques soviéticos y primeros brigadistas

La evidente trascendencia del ataque que se iniciaba, junto con la desbandada protagonizada por las milicias populares que tan sólo se mostraban capaces de hostigar en acciones de guerrilla el avance de los regulares, pero no de detenerlo, aceleró la toma de decisiones por parte de Largo Caballero. El 10 de octubre, se decretó el fin de la autonomía de las guerrillas; el 23 del mismo mes, se estructuró la cadena de mando militar republicana en torno al general Asensio, nombrado subsecretario de la Guerra, y al general Pozas, jefe de operaciones del sector Centro, en tanto que el general Miaja era designado para la jefatura de la 1.ª División. Las nuevas medidas tardaron, empero, en ser aplicadas y sólo la inminencia de la pérdida de la capital habría de imponer la lógica aplastante de su necesidad.

Entretanto, mientras las tropas de Franco seguían avanzando sin encontrar gran resistencia, la República recibió por fin algo de la ayuda exterior por la que suspiraba. Desde el 19 de octubre, habían empezado a cruzar los Pirineos 10.000 voluntarios extranjeros, que iban a constituir las Brigadas Internacionales, y en el mismo mes arribó por fin el material de guerra enviado por la Unión Soviética, entre el que destacaban unos cincuenta aviones y un centenar de tanques. Tales novedades tuvieron inmediato efecto: el 29 de octubre los tanques rusos atacaron las líneas franquistas en Esquivias y las rompieron por algún tiempo; pero la infantería republicana no siguió el movimiento y el contraataque quedó en agua de borrajas, no sin dejar en Varela un justificado recelo ante futuras acciones mejor combinadas por sus contrarios, y otro menos justificado acerca de las posibilidades de las defensas republicanas en el sur de la ciudad de Madrid.

En vísperas del asalto final

Ciertamente, las defensas de la ciudad no eran sólidas y muy pocos en el seno del Gobierno republicano creían que pudieran llegar a serlo en el breve plazo de que disponían. Se carecía de una defensa antiaérea adecuada y la consigna, machaconamente repetida, de fortificar los accesos a la capital no

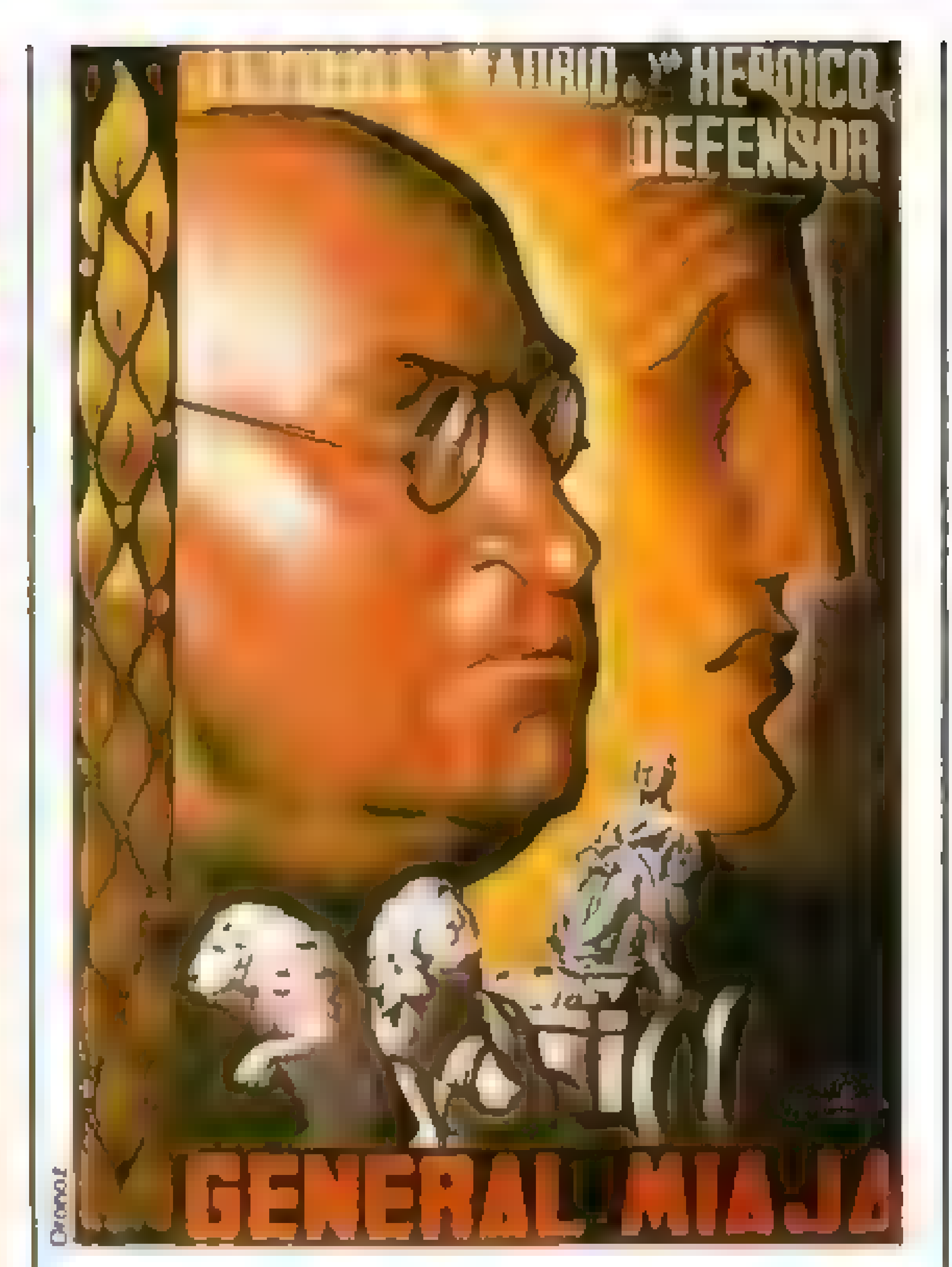


Archivo Orbis

había tenido una aplicación práctica eficaz. En septiembre, Largo Caballero llamó a la acción voluntaria para realizar dicha fortificación, pero de los 20.000 presentados sólo unos 2.000 fueron empleados efectivamente. Por otra parte, los trabajadores de la construcción, a los que de manera particular se dirigía la llamada, consideraron la tarea no como una actividad militar de urgencia, sino como un trabajo más que había que cumplir sin alterar el horario y el descanso semanal habitual. Las zanjas abiertas, en suma, que tenían en general una profundidad de medio cuerpo, mal podrían ayudar al soldado republicano frente a la embestida conjunta de la infantería y la aviación enemigas.

José Miaja

El que habría de convertirse en una de las claves de la defensa de Madrid era en los años de la Guerra Civil un viejo militar, prácticamente al cabo de su carrera. En los años veinte, participó en las campañas de Marruecos y en agosto de 1932 fue ascendido al generalato como premio a su fidelidad durante la sublevación del general Sanjurjo. Siguió desde entonces una trayectoria de inequívoca lealtad al régimen republicano, por más que sus posiciones políticas abiertamente moderadas, hasta el punto que llegó a formar parte de la Unión Militar Española, le acarrearon el recelo inicial de no pocos sectores de la izquierda. Fue encargado del Ministerio de la Guerra en el Gobierno provisional de Azaña de febrero de 1936, y figuró como titular del mismo en el fracasado Gobierno de conciliación de Martínez Barrios del 19 de julio de 1936. Nombrado por el Gobierno del Frente Popular para el mando de la División de Madrid, actuó claramente en contra de la sublevación militar del 18 de julio. A finales del mismo mes fue enviado al frente de Andalucía y posteriormente a Valencia, pero se enfrentó en diversas ocasiones con sus subalternos, por lo que Largo Caballero le destinó de nuevo a Madrid y le dio el mando del Ejército en la capital, el 24 de octubre. Su figura cobró una nueva dimensión, a partir de la cual habría de pasar justificadamente al primer plano de la historia de la Guerra Civil, cuando al decidir el Gobierno de Largo Caballero su retirada hacia Valencia éste le dio el mando de la defensa de Madrid. Su actuación resultó decisiva desde un primer momento, imponiéndose por encima de la hasta entonces habitual dispersión republicana y llegando a presentarse en la primera línea de fuego durante los combates de los primeros días de noviembre, pistola en mano, obligando a volver sobre sus pasos a quienes en un momento dado habían retrocedido ante el enemigo. Tachado por la propaganda del Gobierno de Burgos de «pobre viejo cobarde», se convirtió en el revulsivo de la defensa de la capital y en un militar ampliamente popular entre sus defensores. Sus enemigos, incluso dentro del bando republicano, le acusaron de ser un instrumento del Partido Comunista. Esta calificación quedó descartada por sus esfuerzos por imponer un orden ni partidista ni arbitrario entre los defensores, y sobre todo con motivo de su apoyo al coronel Segismundo Casado en el golpe de estado contra el gobierno de Negrín de marzo de 1939.







En la parte superior de esta página, cartel dedicado por el pueblo de Madrid a su defensor, el general José Miaja.

En el centro, retrato del general José Varela, jefe de las fuerzas sitiadoras que, pese a contar con apoyo de la artillería y la aviación, no logró romper la defensa establecida por las milicias republicanas.

A la izquierda, alistamiento de milicianas para la defensa de Madrid.

En la página siguiente, la Junta de Defensa presidida por el general José Miaja, que fue constituida tras el traslado del Gobierno a Valencia y a la que se le confió el mando y la defensa de la capital sitiada.



El 12 de octubre, Mola no podía todavía tomarse el café prometido en la Gran Vía madrileña, pero estaba en la recta final; las tropas franquistas alcanzaban Illescas el 21 de octubre.

Asensio y Pozas, en el bando republicano, aconsejaron al Gobierno abandonar Madrid, so pena de que la caída de esta ciudad significaría su captura y el fin de la República. Azaña dejó la capital el 22 para, según se dijo, realizar una gira de visita a los frentes.

Se acercaba el desenlace: el 20 Franco había cursado la orden de tomar la ciudad y, el 29, se iniciaron una serie de bombardeos, protagonizados por los *junkers* alemanes, con el objeto de minar la moral de los resistentes y de instar a la población a colaborar en la entrega de la ciudad, ya que «en caso contrario, la aviación nacional la borraría del mapa». Los bombardeos causaron la alarma que era de esperar entre una población inerme. Éstos cesaron, el 2 de noviembre, cuando aparecieron por primera vez los cazas rusos, obligando a retirarse a los junkers alemanes. Pero, el impacto real de los bombardeos resultó contradictorio: las víctimas causadas en cada incursión se situaban en torno al medio centenar lo cual estaba lejos de constituir una cifra que respondiera a las amenazas de borrar del mapa la ciudad, pero era suficiente para encorajinar a los madrileños e involucrarlos masivamente en la defensa de la capital.

Los anarquistas en el Gobierno

La presión de los acontecimientos tuvo su primer fruto: el 4 de noviembre, el mismo día que cayó Getafe, los anarquistas entraron por fin en el Gobierno; Largo Caballero disponía así de un respaldo político del que no había gozado ningún Gobierno republicano anterior.

Las organizaciones obreras incrementaron en esos primeros días de noviembre sus esfuerzos de movilización, sobre todo los comunistas que ponían como ejemplo a seguir el del 5.º Regimiento, y establecían paralelismos entre la defensa a realizar y las gestas de la revolución soviética. Las divisiones internas de los socialistas y los anarquistas les impedían responder con el mismo ánimo a las exigencias del momento. Entretanto, la situación militar seguía evolucionando desfavorablemente y los miles de refugiados que huían de las tropas de Mola, Varela y Yagüe contribuían no poco al desconcierto y al pánico con sus noticias sobre la represión que iban dejando atrás.

El 5 de noviembre, el Ejército nacionalista entró en Alcorcón y Leganés; y al día siguiente Carabanchel y el cerro de Los Ángeles eran los nuevos jalones de un avance inexorable. El mismo día 6, Radio Burgos inició una nueva serie de emisiones que llevaban la sugestiva cabecera de «las últimas horas de Madrid».

El Gobierno se traslada a Valencia

El 6 de noviembre, ante la gravedad de la situación, Largo Caballero decidió el traslado del Gobierno a Valen-

La muerte de José Antonio

El fundador de la Falange había sido encarcelado en marzo de 1936 y posteriormente trasladado a la prisión de Alicante, desde la que había mantenido contactos con los militares que preparaban la sublevación del 18 de julio. Al iniciarse la guerra, el gobernador civil de Alicante intentó, sin éxito, encontrar una salida airosa que permitiera la excarcelación de José Antonio y su envío a la «zona nacional». Su situación se deterioró rápidamente con el cambio de gobernador civil de Alicante y, sobre todo, con el inicio de las acciones militares sobre Madrid. En el bando republicano se pidió entonces el juicio sumarísimo de quien se consideraba como un instigador del levantamiento militar. El juicio, extensible también a su hermano y su cuñado, se inició el 13 de noviembre. El propio José Antonio asumió su defensa y en el curso de ella intentó establecer la distancia entre su comportamiento político y la actuación de los militares sublevados, lamentando que no hubieran intentado liberarlo por los medios que fuera y recordando que su opción era la de un «movimiento nacional» que, aunque encabezado por militares, tuviera un amplio apoyo popular. A pesar de su defensa, reconocida como digna por todos, fue condenado a muerte el 17 del mismo mes. José Antonio apeló por la conmutación de la pena de su hermano y su cuñado, la cual obtuvo. Pero no ocurrió lo propio en su caso: el 20 de noviembre, fue fusilado cumpliendo órdenes del gobernador civil. Éste, empero, mandó ejecutar la sentencia antes de haber recibido la confirmación para ello del jefe del Gobierno Largo Caballero, lo que motivó su enojo; el propio hijo de Largo Caballero fue luego ejecutado en represalia por el fusilamiento de José Antonio. El líder de la Falange, a quien le sucedió por el momento Manuel Hedilla, propuso en su testamento un Gobierno de unión nacional, a fin de acabar con la Guerra Civil, formado por una mayoría de republicanos.

En esta página, soldados de la FAI, integrantes de la columna Durruti, que participaron en la defensa de Madrid, donde murió su jefe.

En la página siguiente, tropas franquistas avanzan bajo la lluvia en el frente próximo a Madrid; sobreimpresa, maqueta del Junkers Ju-52.



cia. Los preparativos se realizaron en secreto, para evitar que el conocimiento público de la marcha del Gobierno no acabara de liquidar las últimas esperanzas de defender la capital. Al general Miaja se le confió el mando de la ciudad y se dispuso la reorganización del Estado Mayor central —más que diezmado por las deserciones de los últimos tiempos— y la constitución de una Junta de Defensa, presidida por el propio Miaja e integrada por los representantes de los partidos y sindicatos. Componían la Junta, además del presidente, el socialista Frade, como secretario, el comunista Mije, en la consejería de guerra, Santiago Carrillo, de las Juventudes Socialistas Unificadas —claramente alineadas ya con el Partido Comunista—, en la consejería de orden público, Amor Nuño, cenetista, en la de industrias de guerra, Pablo Yagüe, militante comunista afiliado a la UGT, en la de abastecimientos, Carreño, de Izquierda Republicana, en la de comunicación y transportes, Caminero, del Partido Sindicalista, en la de evacuación civil, Enrique Jiménez, de Unión Republicana, en la de finanzas y Mariano García, de las Juventudes Libertarias, en la de información y enlaces.

La Junta de Defensa tenía la misión de impulsar la movilización popular para la defensa y cubrir su flanco político. Por lo pronto Miaja, de cuya capacidad para desempeñar la labor que se le encomendaba dudaban no pocos en el bando republicano, auxiliado por el general Rojo como su jefe de Estado Mayor, actuó de inmediato: se hizo el inventario de las fuerzas de que se disponía y se procuró restablecer la comunicación con todas ellas. Al propio tiempo se convocaba a los oficiales y a los representantes de los sindicatos. La consigna era inequívoca, había que poner en pie de guerra a 50.000 milicianos con un objetivo: no rendirse nunca. Enfrente se encontrarían ante un Ejército de 25.000 hombres, compuesto en su mayor parte por legionarios y marroquíes, profesionales de la guerra y, además, mucho mejor equipados que ellos. En el mejor de los casos, los republicanos les superarían en número, pero esa ventaja teórica tenía una escasa traducción real, ya que ni siquiera disponían del armamento suficiente para todos ellos y muchos eran los que tendrían que esperar a que otros cayeran para recoger su fusil y sustituirlos en el combate.

Aunque *in extremis* la defensa se organizó con la voluntad de no ceder, Miaja se encontró en esos momentos con un factor inesperado que habría de facilitar la nueva disposición del bando republicano: las tropas asaltantes que en las últimas semanas habían desarrollado un ritmo de avance realmente notable, favorecido por la desbandada republicana, y que ni siquiera había podido ser interrumpido por la aparición de los tanques rusos detuvieron brevemente su avance al llegar a la vista de Madrid. Varela, que contaba con casi todas las bazas en su poder (disponía de aviación, de artillería y de un Ejército técnicamente superior), optó por hacer la breve parada que preludia el asalto final, con el convencimiento de que éste habría de ser inexorable. Esa breve parada, sin embargo, supuso conceder un tiempo precioso a los resistentes de Madrid; el que permitió empezar a poner en práctica la voluntad de resistir.



«¡No pasarán!»

La batalla se inició el 7 de noviembre y habría de prolongarse, en este primer asalto, hasta el 23. Este último día era ya evidente que la toma de la capital se había frustrado, cuando menos por el momento, y que el frente se había fijado, rompiendo la racha de avance de las tropas de Mola, Varela y Yagüe. Pero no sólo no había caído Madrid, se había, además, puesto de relieve que la guerra estaba lejos de finalizar y que haría falta tiempo para que uno u otro bando la decantase en su favor.

En la madrugada del 7 de noviembre, la artillería de Varela inició una operación masiva de bombardeo. Tras ella, las tropas iniciaron el ataque por el oeste de Madrid, por la Casa de Campo, en dirección a los puentes que sobre el Manzanares daban entrada a la capital. El objetivo era una penetración rápida que, evitando los barrios obreros del sur de la ciudad, permitiera alcanzar el cuartel de la Montaña. Sin embargo, la movilización de las organizaciones obreras, encuadrada por Miaja, su Estado Mayor y el reducido equipo de oficiales que había permanecido adicto al bando republicano, consiguió lo que poco tiempo atrás habría parecido imposible: detener la ofensiva. Esto se logró no sin una importante contribución de vidas humanas, y a costa de ceder algunos puntos estratégicos, en particular el cerro de Garabitas, en la Casa de Campo, desde el que se dominaba Madrid y que proporcionó a la artillería asaltante una plataforma inmejorable para batir el terreno contrario.

La resistencia de los milicianos y los militantes obreros movilizados había sido un factor determinante de las acciones del día 7 y continuaría siéndolo en días posteriores. A ella, no obstante, vinieron a añadirse nuevos elementos, algunos de ellos circunstanciales, que acabaron de cimentar la resistencia. A primeras horas de la noche del 7, las tropas republicanas hallaron en un tanque destruido al enemigo el plan de operaciones previsto por Varela. Éste proyectaba un ataque de demostración en dirección a los puentes de Segovia y de Toledo, con objeto de dispersar la reacción contraria, en tanto que el grueso de la ofensiva habría de desarrollarse a través de la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria. Conocido el plan de ataque, Miaja tuvo la oportunidad de aprovechar al máximo los recursos de los que disponía.

Las Brigadas Internacionales en Madrid

El ataque se reanudó en la mañana del 8, según el plan previsto y ya conocido. Aquel mismo día, entraron en Madrid los primeros destacamentos de las Brigadas Internacionales, la XIª, al mando de Kléber, que contaba con unos 1.900 combatientes. Más que en el número, su fuerza residió en el impacto psicológico que crearon, ampliamente reforzado por su combatividad. Días más tarde, el 12 de noviembre, era la XIIª brigada, con 1.600 hombres, la que se unía a la defensa de la capital.

La contribución de las Brigadas Internacionales no fue en absoluto desdeñable, particularmente en el aspecto cualitativo, pero el desarrollo de los acontecimientos en los primeros días de la batalla parece dar la razón al historiador Gabriel Jackson: «unos 30 o 50 profesionales, mandando 40.000 milicianos mal armados, jugaron un

La muerte de Durruti

Al llegar a Madrid al frente de su columna, Durruti pidió que le fuera asignado todo un sector de la primera línea de fuego. La columna se situó en la Casa de Campo y el 15 recibió órdenes de atacar, contando con el apoyo de la artillería y la aviación republicanas, pero el fuego continuo de las ametralladoras enemigas intimidó a los hombres de la columna anarquista que no cumplieron la orden recibida. Durruti pidió a Miaja una nueva ocasión y prometió que el ataque se realizaría al día siguiente. Pero, antes de que este pudiera efectivamente llevarse a cabo, fueron las tropas de Varela las que desencadenaron una ofensiva, en el curso de la cual marroquíes y legionarios cruzaron el Manzanares; cuando llegaron a la Escuela de Arquitectura y a la Facultad de Filosofía y Letras, la columna de Durruti huyó a la desbandada. Sólo la acción de las Brigadas Internacionales y del 5.º Regimiento impidió que el desastre fuera mayor, fijando los combates en el seno mismo de la Ciudad Universitaria. El enfado de Durruti con sus hombres fue mayúsculo; en pocos días habían desacreditado a los anarquistas ante los ojos de los defensores de la capital.

Pocos días más tarde, el líder ácrata murió en un incidente todavía no bien esclarecido y que ha dado lugar a muy diversas versiones e interpretaciones. El 20 de noviembre, mientras pasaba inspección a las posiciones de la columna, en zona al alcance del fuego enemigo, se apeó del coche en el que viajaba para increpar a unos milicianos que daban la espalda al frente en un momento de intenso tiroteo. Aclarada la situación, y cuando Durruti regresaba al coche, una bala lo alcanzó en el pecho, muriendo poco después. ¿Era una bala perdida? ¿Fue disparada por algún miliciano de su propia columna en una acción aislada de enfrentamiento personal? ¿Se trató de un accidente fortuito al dispararsele el arma a alguien de la escolta de Durruti?... Como quiera que fuese, la dirección de la CNT-FAI desmintió enfáticamente y calificó de calumnia los rumores de que hubiera muerto a causa de una bala anarquista. Trasladado su cadáver a Barcelona, fue enterrado en un acto multitudinario, con participación de unas 20.000 personas.

El 5.º Regimiento

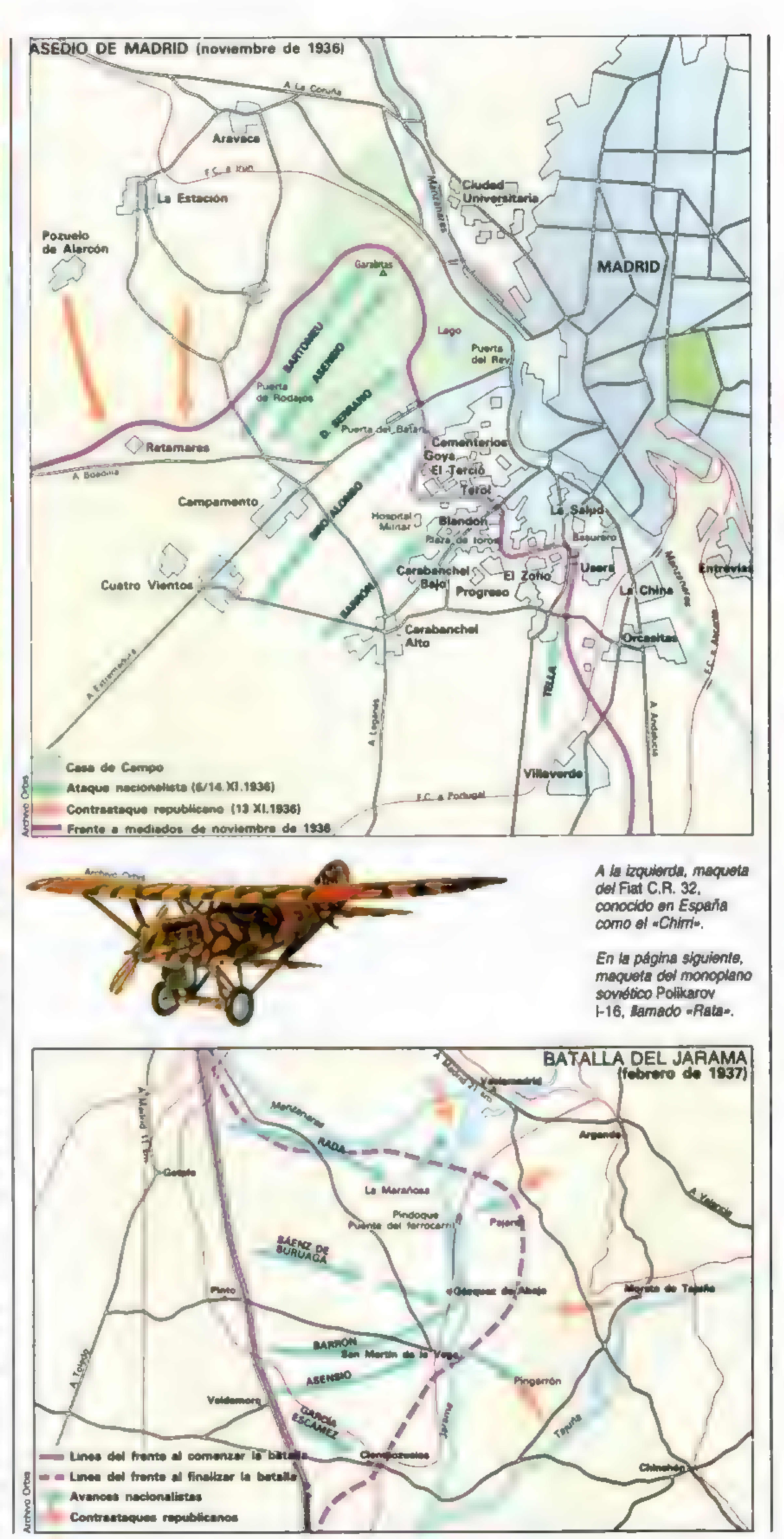
Desde los primeros momentos de la reacción contra el levantamiento militar del 18 de julio, el Partido Comunista propugnó su propia fórmula para hacer frente a las necesidades de la acción militar, encuadrando sus milicias madrileñas en una organización inspirada en el Ejército Rojo de los primeros años de la revolución soviética: el 5.º Regimiento.

Los soldados del Regimiento se reclutaron como voluntarios sobre todo entre miembros de la Juventudes Socialistas Unificadas, aunque no se excluyó la participación de militantes de otros partidos diferentes al Comunista. De todos modos, el 5.º Regimiento estuvo siempre asociado al Partido Comunista. A finales de julio de 1936 contaba ya con unos ocho mil milicianos en el frente y, según las fuentes del propio partido, llegó a tener en sus filas, de una o de otra manera, 70.000 voluntarios. Entre sus jefes hay que destacar a Líster, Modesto y «El Campesino».

El 5.º Regimiento fue una de las primeras y principales aportaciones para la creación del Ejército Popular, tras el decreto del 10 de octubre de 1936.

papel absolutamente crucial en la batalla de diez días que detuvo al Ejército nacionalista en las puertas de la capital».

El día 10, Varela, bloqueado en la Casa de Campo, se veía obligado a rectificar su plan y desencadenó un nuevo ataque, esta vez sobre Carabanchel; sin embargo, las previsiones que el mando asaltante había hecho acerca de sus limitaciones en el combate callejero se cumplieron, y tampoco esta nueva acción logró prosperar. Una semana después de que se iniciara el ataque éste estaba prácticamente planteado en sus términos iniciales. En ese momento una nueva acción de las tropas de Varela, en dirección a la Ciudad Universitaria, logró romper la defensa republicana, encomendada a la brigada anarquista de Durruti. Los nacionalistas entraron en la Escuela de Arquitectura y parcialmente en la Facultad de Filosofía y Letras. Durante algunos días se combatió en permanente cuerpo a cuerpo, disputando cada palmo de terreno y cada piso de los edificios universitarios; al cabo de ellos tres cuartas partes de la Ciudad Universitaria estaban en poder de las fuerzas asaltantes, pero en realidad la toma de



A la izquierda, maqueta del Fiat C.R. 32, conocido en España como el «Chirri».

En la página siguiente, maqueta del monoplano soviético Polikarov I-16, llamado «Rata».



Madrid había quedado frustrada. A finales de noviembre, el frente de Madrid se había estabilizado totalmente y los dos bandos contendientes cavaban trincheras ante la evidencia de que se había entrado en una nueva fase de la batalla.

Estancamiento del frente: la guerra se prolonga

La entrada de las tropas de Varela en Madrid habría significado sin duda la antesala del desenlace final para el régimen republicano. Ante esa perspectiva, Alemania e Italia tenían previsto hacer público su reconocimiento oficial del Gobierno de Burgos coincidiendo con la toma de la capital. El 18 de noviembre, tras el estancamiento de los combates en la Ciudad Universitaria, Berlín y Roma efectuaron de todos modos dicho reconocimiento público. Estaba claro que la guerra se prolongaría y, en consecuencia, dicho reconocimiento se convertía en una necesidad política y militar de la España que encabezaba el régimen del general Franco.

A partir de este momento la batalla de Madrid tomaría nuevas características: desechado el asalto frontal, se intentaría en lo sucesivo atacar a la ciudad por los flancos, cortar sus comunicaciones con el resto del territorio republicano y obtener su caída como resultado del cerco. Por otra parte, otros acontecimientos iban a añadir nuevos protagonismos: el 20 de noviembre, el fundador de la Falange, José Antonio, fue ejecutado en su prisión de Alicante y, como represalia, el Gobierno de Burgos ordenó la ejecución del hijo de Largo Caballero. La lucha a muerte habría de prolongarse por mucho tiempo todavía.

Madrid, primero amenazada y luego sitiada, mal podía escapar a la ley de la guerra. La violencia que se había desencadenado en su epidermis penetraba también en su interior, sobre todo en los momentos iniciales del asalto. El Gobierno de Largo Caballero, al marchar hacia Valencia, dio orden de que los presos políticos encarcelados en la Modelo fueran evacuados asimismo hacia Valencia. Pero esa orden nunca se cumplió. Los presos fueron sacados de la cárcel, pero sólo para ser ejecutados arbitrariamente, sin juicio, por sus guardianes, probablemente a instancias del comisario político ruso «Miguel Martínez». Algo más de mil detenidos fueron así asesinados en las afueras de Madrid, en Paracuellos, San Fernando de Henares y Torrejón, en una acción injustificable. Las ejecuciones masivas se circunscribieron a los primeros días del combate, pero lo cierto es que los «paseos», la muerte a manos de patrullas cuyo control no era total, aunque limitados a víctimas individuales, sospechosas o convictas de connivencia con el Gobierno de Burgos se prolongaron también en las primeras semanas de la batalla.

La violencia, por otra parte, afectaba también a las relaciones entre las propias organizaciones obreras, que aun a pesar de la proximidad del enemigo caían en ocasiones en la aberración de dirimir sus diferencias con las armas de las que disponían. El caso más sonado resultó ser el atentado perpetrado contra el comunista Pablo Yagüe, representante de la UGT en la Junta de Defensa, por parte de milicianos anarquistas; atentado que amenazó con abrir una pequeña guerra en el interior de Madrid entre sus propios defensores, concretamente entre anarquistas y comunistas, ya que estos últimos exigían la ejecución de los criminales. Finalmente, Miaja consiguió imponer su autoridad, someter a los responsables a la acción de la justicia e impedir todo gesto de venganza. Paulatinamente los problemas fundamentales de la población sitiada dejaron de ser los derivados de la psicosis ante la actividad de los quintacolumnistas o de la división interna en el bando republicano acerca de la forma más adecuada de la organización militar y la política, revolucionaria o no, a seguir por la República. La reorganización militar, disolviendo las milicias e integrando a sus hombres en las brigadas mixtas, estaba en marcha tras los combates iniciales. Continuaron, empero, en pie otros problemas lógicos de toda población asediada: la escasez de alimentos y la constante necesidad de munición; amén de los sobresaltos que de vez en cuando producían los anuncios de nuevos ataques que, de conseguir sus objetivos, habrían puesto de nuevo a la capital en las «horas finales» tan prematuramente anunciadas por Radio Burgos en los primeros días de noviembre.

Nuevos intentos de asalto

Después de que el 29 de noviembre un primer intento de romper el flanco del frente madrileño por Pozuelo re-

sultara infructuoso merced a la intervención de los tanques rusos, las acciones se paralizaron durante un par de semanas. El 13 de diciembre, el Ejército franquista volvió a insistir en un avance hacia el norte, con la intención de alcanzar la carretera Madrid-La Coruña y desde ella enfilar hacia la capital. Luchas encarnizadas se centraron en la población de Boadilla, que cayó en poder de los asaltantes, aunque éstos no consiguieron en esta ocasión su objetivo de alcanzar la carretera de La Coruña. El 3 de enero de 1937, volvieron a atacar, esta vez con mayor fortuna, ya que consiguieron diez kilómetros de la carretera a costa de elevadas pérdidas humanas (quince mil muertos por ambos bandos), un tramo importante pero realmente insuficiente para romper el equilibrio militar en torno a Madrid.

A comienzos de 1937, la atención de la guerra se desvió súbitamente hacia el sur. El 3 de febrero, Málaga, que había conseguido mantenerse como un aislado reducto republicano, cayó en poder de las tropas franquistas, con importante colaboración de fuerzas italianas. La represión que siguió contra los republicanos pasó a los anales de la Guerra Civil como una de las más cruentas, después de la que había tenido lugar en Badajoz. Esta sangrienta represión motivó la intervención oficial del Embajador italiano ante el Gobierno de Burgos, Roberto Cantalupo, que protestó por las ejecuciones masivas y la implicación en ellas de soldados de su nacionalidad. La caída de Málaga tuvo también consecuencias políticas importantes en el seno del Gobierno republicano, al convertirse el general Asensio en un chivo expiatorio y ser sustituido, por la presión del Partido Comunista, en la subsecretaría de la Guerra por el civil Baráibar.

La batalla del Jarama

Sin embargo, muy pronto el principal escenario bélico volvió al frente de Madrid, casi al mismo tiempo en que se producía la caída de Málaga. Desde finales de enero, ambos bandos habían estado concentrando tropas en el valle del Jarama; el republicano con la esperanza de desarrollar un contraataque sobre el flanco derecho del Ejército sitiador; este último con el objetivo de profundizar la tenaza desde el sudeste de Madrid y acabar de cerrar el cerco. La iniciativa fue tomada una vez más por las fuerzas franquistas, compuestas por unos 40.000 infantes apoyados por tanques y aviones de la Legión Cóndor. El ataque se inició el 5 de febrero y desbordó las líneas contrarias, consiguiendo atravesar el Jarama el 11. La



EFE



Archivo Orbis

En esta página, dos soldados republicanos armados con fusiles, entre las ruinas de un edificio de la Ciudad Universitaria de Madrid; en esta zona de la capital fue donde se libraron los más violentos combates, llegándose a la lucha casa por casa que se prolongaría durante dos años y medio y que arrojaría un elevado saldo de víctimas.

En la página siguiente, arriba, hombres, mujeres y niños de Madrid se refugian en el metro para guarecerse de los bombardeos aéreos a que era sometida la ciudad.

En la página siguiente, abajo, soldados franquistas toman posiciones en los aledaños de Madrid, donde libraron duros combates con las milicias populares.

Robert Capa. Magnum. Zardoya

AGE



La milicia popular y el fervor de un pueblo, símbolos de la heroica defensa de Madrid

AGF

reacción republicana se produjo al mismo tiempo que el general Miaja tomaba el mando de las operaciones. Contando con la importante contribución de la aviación republicana que por primera vez se encontraba en una situación de superioridad, se consiguió detener el avance en la segunda quincena de febrero. El resultado era similar al de las operaciones de los primeros días del año sobre la carretera de La Coruña: bajas enormemente elevadas (25.000 republicanos y 20.000 nacionalistas) y pérdida por parte republicana de una superficie de veinte kilómetros de ancho y quince de profundidad; la carretera de Valencia empero continuaba en poder de los republicanos. La esperada tenaza se resistía a cerrarse y con ello tampoco la segunda fase de la batalla de Madrid arrojaba un resultado definitivo.

Se aleja el peligro

Poco tiempo habría de transcurrir para que se produjese el nuevo, y último, intento del Ejército franquista. En esta ocasión, los nacionales querían jugar con la baza psicológica de la intervención italiana en la caída de Málaga y de la puesta en pie de una fuerza militar mejor equipada y apoyada que las que hasta entonces habían actuado: 50.000 soldados, de los que 30.000 eran italianos, 250 tanques, 50 cazas, 180 piezas de artillería y 4 compañías motorizadas de ametralladoras.

La ofensiva se lanzó esta vez desde el nordeste hacia Guadalajara y se inició el 8 de marzo. Como en anteriores ocasiones el envite inicial fue favorable a las tropas de Burgos, pero el avance fue demasiado rápido, alejando en exceso a los italianos que formaban la vanguardia de sus líneas de comunicaciones y suministros. El 18, las fuerzas republicanas pasaron a un contraataque generalizado, apoyado por la artillería y los bombardeos de la aviación, en el preciso momento en que el jefe del cuerpo expedicionario italiano, Roatta, había marchado a Salamanca para protestar por la escasa actividad en el frente del Jarama (actividad prevista inicialmente para que la ofensiva de Guadalajara no tuviera concentrada ante sí la reacción republicana). Los italianos recibieron la orden de retirarse, pero ésta se cumplió de una manera completamente desorganizada, convirtiéndose en una desbandada de varios kilómetros. La historia se repitió, como en el Jarama o en la carretera de La Coruña, aunque con ribetes menos trágicos y con el saldo particular del ridículo cosechado por los italianos: la República cedió 20 kilómetros, aunque la cifra de bajas fue reducida (dos mil muertos por cada bando). Las consecuencias fueron más importantes que la propia acción militar. El Gobierno republicano pudo explotar propagandísticamente tanto su pequeño éxito como la captura de 300 prisioneros italianos. Además, esta acción, junto con el agotamiento de la ofensiva del Jarama y el evidente equilibrio militar en todos los frentes que rodeaban a Madrid, puso punto final a los intentos nacionalistas de tomar en esas fechas la capital. Hasta el final de la contienda la ciudad no volvería a asumir un protagonismo particular en los acontecimientos militares.

La batalla del Norte

Arrollador avance nacionalista

Gabriel Cardona,
historiador

Cercados por tierra a partir de septiembre de 1936 y aislados por mar tras la aceptación del bloqueo por el Comité de No Intervención, la zona Norte en poder republicano se dispuso a organizar su defensa para la batalla definitiva. Ésta se inició en la primavera de 1937, y ni el «cinturón de hierro» ni la tenaz resistencia de las milicias y ejércitos republicanos pudo detener el arrollador avance de los rebeldes, que el 19 de junio entraron victoriosos en Bilbao.

La batalla del Norte tuvo una importancia decisiva para el desarrollo de la guerra, ya que ofreció al bando vencedor las posibilidades de explotación de las industrias vascas. En la fotografía, tropas nacionales en el frente Norte



AGF

El santuario de Santa María de la Cabeza

El santuario de Santa María de la Cabeza era una edificación antigua y sólida, aislada en un picacho de Sierra Morena, donde se refugiaron las familias de algunos guardias civiles de Jaén, ciertas personas de derechas y un grupo de guardias que los custodiaban.

La marcha y concentración en Santa María de la Cabeza fue conocida y favorecida por las autoridades republicanas, a las que se dijo que la única intención era evitar enfrentamientos con algún exaltado, a raíz de la sublevación militar.

En Andújar había pocos milicianos armados y los primeros días transcurrieron sin complicaciones entre el comandante Nofuentes, jefe de los guardias del santuario, y las autoridades civiles. A finales de agosto, éstas comunicaron a Nofuentes que estaba en situación irregular y el santuario tenía que ser evacuado. Nofuentes accedió, pero el capitán Cortés, de acuerdo con otros oficiales, le desposeyó del mando y se dispuso a resistir en la iglesia y la finca llamada Lugar Nuevo, que estaba próxima, con 177 guardias y 44 paisanos, junto a quienes quedaron varios centenares de mujeres y niños, incluso alguno contra su voluntad.

Desde mediados de septiembre de 1936, se mantuvo un cerco de guardias de asalto y milicianos, a quienes se incorporaron algunas unidades militares, sin que los nacionales supieran de aquel islote de correligionarios suyos, hasta principios de octubre. Desde entonces, la aviación se encargó de suministrar a los cercados alimentos y pertrechos para vivir y combatir, mientras la radio y los mensajes lanzados desde aviones mantenían su moral. Los defensores del santuario transmitían sus partes con palomas mensajeras que, a su vez, les eran lanzadas en paracaídas. Así se mantuvo la situación durante meses, y Santa María de la Cabeza pasó a ser una baza del general Queipo de Llano que mantenía una propaganda muy activa a través de radio Sevilla y esperaba que la liberación de los encerrados sería un triunfo personal.

El cerco gubernamental no fue rígido ni continuo y, en las pausas, los sitiados efectuaban incursiones a los cortijos de los alrededores, para hacerse con víveres y hasta con ganado vivo. Pero, progresivamente, se endureció la situación, porque el Gobierno republicano deseaba acabar con aquel foco de resistencia en el interior de su territorio. El cerco se completó y, al comenzar 1937, los sitiados apenas comían otra cosa que hierbas y plantas silvestres, mientras la 16 Brigada Mixta se encargaba de un asedio en regla. Sin embargo, en febrero y marzo la situación de los sitiados volvió a mejorar a causa de una mayor actividad aérea de los nacionales.

Fracasada la ofensiva de Queipo de Llano para liberar Santa María de la Cabeza, las esperanzas de los sitiados se redujeron sensiblemente hasta que, el 8 de abril, debieron abandonar Lugar Nuevo y concentrarse en la iglesia, ya muy dañada por los ataques de la artillería. El 1 de mayo de 1937, 10 meses después de iniciado el cerco, la 20 División, con el apoyo de artillería y algunos carros, tomó el santuario.

A pesar de cuanto dijo la propaganda, todos los prisioneros fueron escrupulosamente respetados, con la supervisión de la Cruz Roja, y los heridos y enfermos conducidos al hospital. Entre ellos el capitán Cortés, que falleció al día siguiente, a causa de tres heridas recibidas en el combate. Santa María de la Cabeza fue muy utilizada por la propaganda de Queipo de Llano y después por toda la España de Franco. Pero no se dedicaron a su liberación esfuerzos comparables al Alcázar de Toledo. Para llegar a él, Franco desvió las tropas que marchaban sobre Madrid. Y perdió la capital para ganar Toledo. En cambio, los guardias civiles de Jaén no tuvieron ese trato de favor y no se alteró la guerra para intentar liberarles.



En esta página, José Antonio Aguirre, líder del PNV, que en octubre de 1936 se convirtió en presidente del Gobierno provisional de Euskadi. El PNV representaba a gran parte de la burguesía nacionalista y católica vasca y contaba con el apoyo de un amplio sector de obreros y campesinos, unidos en la lucha contra las tropas franquistas, que ocupaban parte del territorio de Euskadi.

En la página siguiente, arriba, tropas del Gobierno disparan contra las posiciones rebeldes en las inmediaciones de San Sebastián, poco antes de que la ciudad cayese en manos nacionalistas.

En la página siguiente, abajo, desoladora y patética imagen de la ciudad de Irún tras los intensos bombardeos a los que se había visto sometida por la aviación nacional, antes de su rendición.

Un objetivo secundario

A los pocos días de haberse iniciado la Guerra Civil, el Norte quedó aislado, atrapado entre el mar y una zona transversal que estaba en manos de las tropas nacionales. Esta situación se agravó dos meses después, cuando las fuerzas de Mola avanzaron desde Navarra, para tomar Irún el 5 de septiembre y San Sebastián el día 15. A partir de este momento la comunicación con Francia tuvo el camino cerrado, mientras la flota nacionalista patrullaba el Cantábrico.

Sin embargo, cuando todo hacía prever que los nacionales continuarían su avance hacia las costas del Cantábrico, el Norte conoció un periodo de calma militar, gracias a que las tropas de Mola debieron concentrar sus esfuerzos en un objetivo más importante: la toma de Madrid. En los primeros momentos de la guerra este fue el objetivo estratégico primordial. El alzamiento de julio de 1936 se había planeado para la conquista de la capital, tras lo cual todo el Estado quedaría en manos de los alzados. Fracasada la sublevación del general Fanjul en Madrid, la preocupación de los nacionales fue llegar a la capital y conquistarla. Así, los esfuerzos de Mola no se dedicaron al frente del Norte que tenía tan cerca, sino a Madrid, con cuya conquista pensaba acabar la guerra, por lo que las operaciones militares se congelaron en la cornisa cantábrica.

Keystone/Rapho

El poder político en la zona

Vizcaya y parte de Guipúzcoa, que no habían sido ocupadas por la primera ofensiva de Mola, obtuvieron su Estatuto de Autonomía el 1 de octubre de 1936, y José Antonio Aguirre se convirtió en presidente del Gobierno provisional de Euskadi. Sin embargo, el PNV (Partido Nacionalista Vasco) mantuvo sus esencias católicas y conservadoras, en clara discrepancia con las izquierdas vascas a las que no hizo concesiones. De esta forma, la situación interior del País Vasco estuvo llena de contradicciones. Con una buena parte de su territorio ocupado por el enemigo, Euskadi estrenó autonomía bajo el Gobierno de la burguesía nacionalista y católica, apoyada ampliamente por campesinos y obreros vascos, y enfrentada a las importantes organizaciones anarquistas y socialistas del mismo país.

La situación en Asturias y Santander era distinta por la inexistencia de partidos como el PNV. El Consejo Interprovincial de Asturias y León se había hecho cargo del Gobierno, presidido por el socialista Belarmino Tomás, pero las milicias asturianas fueron incapaces de tomar Oviedo, donde resistía la guarnición sublevada, que fue liberada el 17 de octubre de 1936 por las tropas franquistas.

En Santander, el socialista Bruno Alonso presidía la Junta, que no tuvo inicialmente problemas militares.



Keystone/Rapho

Una calma momentánea

Militarmente, la zona Norte era débil, demasiado estrecha, encajonada contra el mar, surcada por valles transversales que la compartimentaban y le quitaban espacio de maniobra. Carecía de un mando único, porque los intentos del Gobierno central para establecer un Estado Mayor militar habían fracasado, y cada una de las tres zonas se planteaba la defensa por separado. Por otra parte, el Gobierno vasco, aunque apoyaba al Gobierno republicano central, que le había concedido la autonomía, entablaba pequeñas batallas cotidianas con él para conquistar más competencias.

En enero de 1937, había sido nombrado jefe militar de la zona Norte el general Llano de la Encomienda, pero su mando era menos que teórico y el frente carecía de aviación, artillería y pertrechos en general, sin auténticas posibilidades de obtenerlos. El mar Cantábrico, surcado por los barcos rebeldes, era la única vía de acceso, pero los alemanes e italianos se esforzaban para que el Comité de No Intervención de Londres autorizara de inmediato el bloqueo.

Andreu Nin y el POUM

Nació en El Vendrell (Tarragona) en 1892 y estudió magisterio. Profesor en ateneos obreros y colaborador en El Baix Penedès *y* El Poble català *hasta 1914, militó en la Federación Socialista Catalana y colaboró en* La Justicia Social, *recibiendo el impacto ideológico de la Revolución Rusa.*

En 1919, asistió al congreso de la CNT en Madrid, donde defendió una postura de acción contra el apoyo del Gobierno español a los rusos blancos. El congreso decidió la adhesión a la III Internacional y nombró a Nin, Pestaña y Arlandes para acudir como delegados a la URSS. Entretanto, el secretario del congreso, Evelio Boal, fue asesinado y Nin le sustituyó, hasta que marchó a la URSS en 1921, para asistir a los congresos de la Komintern y Profintern (organización sindical) en una delegación integrada por tres sindicalistas, un anarcosindicalista y un anarquista.

Destacó en el congreso y llegó a ser nombrado primer secretario. Tanto él como Maurín y Arlandis abandonaron la CNT, convencidos de encontrar su camino en el comunismo, a cuya visión trotskista se sintió vinculado. La pugna entre Stalin y Trotski le alcanzó e hizo incómoda su estancia en la URSS, sobre todo a partir de 1928. Obligado a abandonar el país, regresó a España en 1930 e ingresó en el PC, con cuya directiva rompió pronto, en el deseo de fundar una izquierda comunista de inspiración trotskista. En la ruptura, la Federación Comunista Catalano-Balear siguió sus ideas y dio origen al BOC (Bloque Obrero Campesino), que tuvo poca fuerza. En 1931, Andreu Nin fundó la Esquerra Comunista, versión catalanista del trotskismo que, en 1935, se fusionó con el BOC que dirigía Maurín.

El POUM no fue una formación importante, pero logró dos diputados en las elecciones de 1936 y, al estallar la Guerra Civil, era una alternativa de comunismo catalán, al que el PC opuso el PSUC. El POUM, a pesar de la inspiración trotskista de sus dirigentes, jamás perteneció a la IV Internacional, pero fue alcanzado por la pugna en que entonces estaba inmerso el comunismo. Como Maurín fue sorprendido por la guerra en la zona nacional, Nin pasó a ser jefe del partido y buscó la alianza con la CNT, para luchar contra la influencia del PSUC. Se opuso a cualquier reforzamiento del poder de la República, la supresión de las milicias y la organización de un ejército regular, porque creía que harían imposible la revolución y, después de la guerra, originarían un estado incapaz de servir los intereses de los trabajadores.

Hasta diciembre de 1936, fue ministro de Justicia de la Generalitat, pero la llegada del cónsul soviético a Barcelona sirvió para incrementar la presión stalinista contra él.

La responsabilidad de los hechos de mayo de 1937 se atribuyó, sobre todo al POUM, pero Largo Caballero se opuso a la disolución de cualquier organización obrera. Pero, la caída de Largo y la ascensión de Negrín al Gobierno trajo un cambio de actitud. La CNT fue controlada, el POUM sujeto a intervención judicial y Nin procesado. Detenido en su despacho el 16 de junio de 1937, fue conducido a una cárcel secreta que la policía soviética tenía en Alcalá de Henares. Allí fue torturado y, finalmente, asesinado el 28 de junio de 1937.

C. N. T. F. A. I.

Agrupación "Los amigos de Durruti"

¡TRABAJADORES..!

Una Junta revolucionaria. - Fusilamiento de los culpables.

Desarme de todos los Cuerpos armados

Socialización de la economía

Disolución de los Partidos políticos que hayan agredido a la clase trabajadora

No cedamos la calle La revolución ante todo

Saludamos a nuestros Camaradas del P O U M que han confraternizado en la calle con nosotros.

VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL... ¡ABAJO LA CONTRAREVOLUCIÓN!

Archivo Orbis

Manifiesto de los Amigos de Durruti dirigido a los trabajadores de Barcelona. Esta agrupación, que formaba parte de la CNT, tuvo, junto con el POUM de Andreu Nin, una destacada participación en los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona. Tras el fracaso de la sublevación anarquista, Nin fue detenido, torturado y ejecutado por la policía soviética en una cárcel de Alcalá de Henares.

Sobre estas líneas, el comandante militar de los requetés, coronel Rapa, en el frente de Bilbao. La Falange y el Requeté tuvieron una activa participación en el transcurso de la batalla del Norte.

En la página siguiente, un grupo de soldados carlistas en San Sebastián, a finales de 1936 y cuando ya se preparaba la gran ofensiva nacionalista que culminaría con la toma de Bilbao.

Aunque militarmente más fuertes que asturianos y santanderinos, los vascos eran conscientes de su debilidad y se volcaron a una táctica defensiva, que puso el acento en aprovechar al máximo las características del terreno. En los alrededores de Bilbao se establecieron una larga serie de trincheras, parapetos, refugios, asentamientos y obras de hormigón que configuraron el llamado «cinturón de hierro», mientras las operaciones quedaban confiadas a un conjunto de milicias vascas, socialistas y anarquistas de difícil, cuando no imposible, coordinación. Entretanto, el enemigo se limitaba a hostigarlos con pequeños ataques terrestres y acciones aéreas de escasa envergadura.

Planes para una campaña

La batalla de Guadalajara reveló a los nacionales la imposibilidad de entrar en Madrid. Su plan inicial de tomar la capital y concluir el conflicto había fracasado y era preciso enfrentarse a una larga guerra de desgaste. El Norte, con sus importantes recursos


ACE

industriales y mineros, ofrecía un objetivo conquistable y adecuado para resolver las dificultades industriales de la España franquista, implantada en zonas preferentemente agrícolas.

En aquellos momentos, los nacionales ya contaban con un ejército organizado. El reclutamiento había aportado más de 400.000 hombres mandados por oficiales profesionales, mientras los puestos inferiores eran ocupados por alféreces provisionales, formados en academias que contaban con instructores alemanes. La disciplina se había extendido a las milicias de la Falange y el Requeté, también bajo mando militar, mientras el general Franco ponía todos los recursos al servicio de la guerra, además de las armas provenientes de Italia y Alemania que aportaban también unidades aéreas y blindadas con sus tripulantes.

Mientras los vascos consumían su energía en construir fortificaciones, las tropas de Mola se limitaban a aguardar tras sencillos parapetos de tierra y se organizaban para el ataque. Las milicias carlistas de requetés fueron militarizándose con el nombre de Brigadas de Navarra. Cada una con efectivos entre 3.000 y 5.000 hombres, y baterías de 75 y 105 milímetros. A su frente se colocó a combatientes como el coronel Alonso Vega o el teniente coronel García Valiño, acostumbrados a la guerra de Marruecos, muy enérgicos y jóvenes para la experiencia que tenían acumulada.

Se inicia la ofensiva

Las cuatro primeras Brigadas de Navarra fueron preparadas para atacar las fortificaciones vascas de primera línea, precisamente por el lugar por donde, tres meses antes, los vascos habían fracasado en un intento de llegar a Vitoria. Con una preparación clásica de artillería y aviación, los navarros se lanzaron al ataque entre el monte Gorbea y los pueblos de Villarreal y Arlabán. Las operaciones estaban planeadas para cortar el País Vasco en diagonal, desde Villarreal a Durango, y desde allí a Bilbao, y hasta la provincia de Santander, con una acción a cargo de la 1.ª Brigada de García Valiño.

Fuerzas italianas flanqueaban a los navarros. En el extremo norte del frente, entre Deva y Elgoibar, estaba la Brigada Mixta de Flechas Negras, mientras en el flanco opuesto, frente a Orduña, esperaba la División 23 de Marzo, italiana también. Pero su misión no era intervenir en aquella primera fase, sino asegurar los flancos y esperar órdenes.

Hasta el 9 de abril, la lucha se centró en las primeras defensas que tenían una entidad importante. Los navarros atacaron de frente las posiciones enclavadas en los montes Maroto, Albertia, Jarindo, Aranguio, Gorbea, Chiqui, Gran Gorbea y Sebigain, hasta romper el frente en Ochandiano. El mal tiempo impuso entonces un alto que ambos bandos aprovecharon para reponer sus fuerzas, debilitadas por los durísimos combates entre los atacantes y los cuatro batallones anarquistas que defendían Ochandiano y que habían dejado 600 muertos antes de retirarse.

Paralelamente a la actividad militar, la diplomacia de Alemania e Italia logró que el Comité de No Interven-



ción de Londres aceptara el bloqueo marítimo de la costa Norte, que condenaba a los vascos a la incomunicación y al hambre. Esta situación hizo aumentar las disensiones entre el Gobierno vasco y las izquierdas, con el aislamiento progresivo de los anarquistas, acusados de asesinatos de presos en retaguardia y de la pérdida de Ochandiano. En contraste, aquellos días, Franco acabó con la autonomía de la Falange y el Requeté, integrándolos en un partido único, sometido a su jefatura personal. La unificación no produjo, sin embargo, vacilaciones en las brigadas de requetés que se preparaban a conquistar Euskadi, bajo el férreo mando de sus jefes africanistas.

Avance hacia el «cinturón de hierro»

Mientras el frente de Madrid se estabilizaba, hasta el extremo de disolverse su Junta de Defensa, el centro de atención se trasladó al Norte. La situación en Euskadi se hacía cada vez más crítica y el hambre se dejaba sentir. Como en la fase anterior, la brigada de García Valiño llevó el peso principal de la nueva ofensiva. En lugar de atacar de frente las posiciones de los montes decidió maniobrar. El 20 de abril, marchó desde Mondragón en dirección al Sur y el día 24 tomó Elorrio.

Allí se cruzaban la carretera de Mondragón a Campanzar y la de Vergara a Elgueta y se dominaba la que subía hasta la costa, que servía para comunicar las posiciones entre sí. En aquella guerra, la ocupación de un monte, una cima o una posición elevada ponía en peligro todo un frente, sobre todo cuando los vascos carecían prácticamente de aviación. De modo que, cuando cayó el monte Azconabieta, las posiciones republicanas del entorno debieron replegarse a toda prisa hacia el centro de Vizcaya.

El bombardeo de Guernica

El lunes 26 de abril era día de mercado y la ciudad sagrada de los vascos, una pequeña villa de 7.000 habitantes, estaba llena de campesinos.

Ese día, a las tres y media de la tarde, los aviones de la Legión Condor recibieron la orden de volar hacia Guernica, alejada 30 kilómetros del frente. Mientras las campanas de la iglesia repicaban en señal de alarma, los Heinkel 111 dejaron caer sus bombas, y ametrallaron las calles, como preparación a la oleada de Junkers 52 que llegaron después. Durante tres horas,


FARO DE VIGO

El cinturón defensivo de Bilbao, roto por dos sitios

GOBIERNO CIVIL

En la página anterior, cartel catalán en apoyo de Euskadi.

En ambas páginas, efectivos del Ejército republicano en las cercanías de Bilbao

Sobre estas líneas, portada de El Faro de Vigo *en la que se anuncia a toda página la doble rotura del cinturón de hierro que protegía a la capital de Vizcaya*

cada veinte minutos una nueva oleada, los aviones ametrallaron y bombardearon la villa indefensa, cuyo centro quedó literalmente en ruinas, mientras más de mil quinientas personas perdían la vida.

El impacto moral fue tremendo porque los bombardeos masivos a ciudades eran en aquella época un horror inédito.

La propaganda se desató inmediatamente. El jefe de Prensa y Propaganda de Franco dijo que Guernica había sido incendiada y volada por los «rojos». El Gobierno vasco explotó la oportunidad de despertar simpatías y, aunque Durango había sufrido otro bombardeo parecido, levantó un símbolo de Guernica, capital sentimental de los vascos. Símbolo al que contribuyó Picasso al pintar *La destrucción de Guernica* para el pabellón español en la Exposición Universal de París.

La toma de Bilbao

Entretanto, en el frente del Norte se había formado otra Brigada Navarra mientras la División 23 de Marzo era trasladada al norte del despliegue, de modo que todos los italianos quedaron concentrados para actuar a lo largo de la costa.

Al día siguiente del bombardeo, los nacionales entraron en acción. Avanzaban cerca del mar con sus tanques y medios motorizados en pequeñas cuñas hacia el oeste, y luego «limpiaban» el terreno. El 28 de abril, la brigada de García Valiño tomó Durango.

El 29, Vega entró en Guernica a donde se dirigían también los italianos. Al día siguiente, llegaron a Bermeo los Flechas Negras.

La situación era tan crítica que el Gobierno vasco decretó la evacuación voluntaria de la población civil. Cualquier mujer, hombre mayor de 65 años o niños menores de 15 podían inscribirse en la oficina correspondiente y esperar el traslado en cuanto fuera posible. Con ello se pretendía ahorrar vidas, pero también bocas en la difícil situación de los abastecimientos.

Mientras los nacionales se aproximaban, la causa vasca sufrió importantes deserciones; entre ellas la del jefe de las fuerzas que defendían el sector de Marquina y la del capitán Goicoechea, ingeniero responsable del «cinturón de hierro», que se pasó con los planos de su obra.

Durante varios días se combatió en las alturas que se extienden desde el monte de Artad a Jata y, sobre todo, en

Los sucesos de mayo en Barcelona

El proceso de subordinación general a los intereses de la guerra se dio con facilidad en la zona nacional, donde los militares acapararon el poder, mientras que en la España republicana las ideas de «hacer la guerra» y «hacer la revolución» eran, a veces, proyectos enfrentados. En la Cataluña de 1937, la pugna por el poder era sangrante. La Generalitat apoyaba la política del Gobierno central de formar un Ejército Popular y una policía que sustituyeran a las milicias en el frente y la retaguardia. El PSUC, la UGT, Esquerra Republicana y parte de la CNT respaldaban el proyecto, pero Los Amigos de Durruti (sector radical de la FAI) y el POUM se oponían, con el argumento de que era contrario a la revolución proletaria.

Mientras estos últimos intentaban crear comités que se opusieran al poder creciente del Estado, éste preparaba destacamentos de carabineros para recuperar el control de las fronteras. Desde el 17 de abril de 1937, las primitivas patrullas de control fueron desplazadas por los carabineros en las fronteras y la retaguardia, no sin enfrentamientos. El día 25, fue asesinado Roldán Cortada, importante miembro del PSUC. Su entierro fue una acusación pública contra la actitud de quienes se oponían a la política del Gobierno, y el día 27 la Policía practicó detenciones. En la misma fecha circuló la noticia de que cualquier grupo no integrado en la Policía oficial sería desarmado y la inquietud fue tal que no se celebró la manifestación del 1.º de mayo.

El edificio de la Telefónica estaba controlado por la CNT, que tenía en sus manos todas las comunicaciones civiles y militares. El día 3, se decidió acabar con esta situación y Rodríguez Sala, comisario de Orden Público, acudió a tomar el edificio con la fuerza a sus órdenes. Los primeros milicianos se sometieron, pero el resto opuso resistencia y telefoneó a varios centros anarquistas. Grupos armados salieron a la calle dispuestos a no dejarse avasallar, y parte de la FAI, el comité ejecutivo del POUM y las Juventudes Libertarias llamaron a la huelga.

Ante la gravedad de la situación, la CNT estuvo dividida: algunos de sus líderes pidieron la responsabilidad de la defensa, la Policía y la industria, mientras que otros sólo pedían serenidad. El día 4, fueron atacados diversos edificios oficiales, al tiempo que algunos batallones anarquistas y poumistas abandonaban el frente para dirigirse a la ciudad.

El Gobierno de Valencia envió una columna de carabineros por carretera, asumió las competencias de Orden Público que tenía la Generalitat, y nombró al enérgico general Pozas, jefe de todas las fuerzas en Cataluña. El cansancio y la desmoralización cundían, entre tanto, entre los alzados de Barcelona. Al día siguiente, se extendió la noticia de que llegaban fuerzas del Gobierno y varios buques de guerra. La CNT desautorizó a Los Amigos de Durruti, que habían sido el origen del conflicto, mientras los batallones que habían salido del frente detenían la marcha.

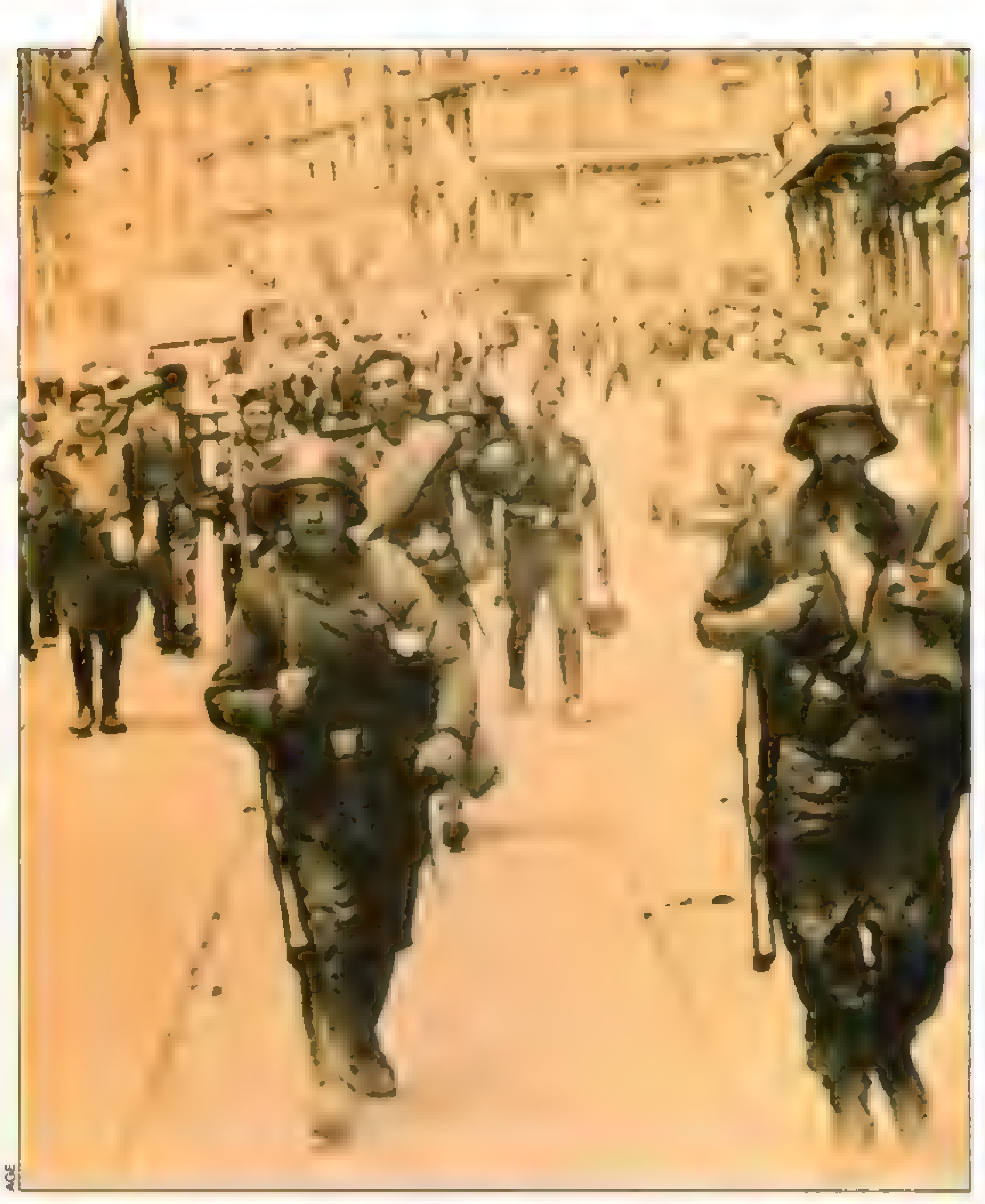
El día 7, las fuerzas que llegaban de Valencia tomaron el centro de la ciudad y al día siguiente había acabado la sublevación. Aunque los promotores de la rebelión habían sido algunos grupos anarquistas, la ocasión sirvió para atacar al POUM que fue ilegalizado y sus dirigentes encarcelados o muertos, mientras se fortalecían los mecanismos del Estado. Los comunistas fieles a Stalin reproducían en España los métodos represivos y las consignas del dictador soviético. La secuela de aquella rebelión y su represión posterior acabaron con las últimas esperanzas de un entendimiento en la España republicana.


Instituto Municipal de Historia

el Sollube, última resistencia antes del «cinturón de hierro». También aquel día concluyeron los «hechos de mayo», sublevación en Barcelona a cargo de la FAI, las Juventudes Libertarias y el POUM, que ahondó los odios políticos, aunque permitió avanzar en la creación del Ejército Popular, capaz de sustituir a las milicias. Cuando se produjo la sublevación barcelonesa, la batalla por Bilbao estaba a punto de comenzar y el presidente Aguirre se hizo cargo directamente de las operaciones el 9 de mayo, mientras los nacionales hacían un alto para acumular medios y preparar el ataque.

El «cinturón de hierro» era exaltado como una mítica obra de ingeniería militar que nadie podría perforar. Pero era una fortificación inacabada, realizada imperfectamente por falta de medios y conocida por Mola, gracias a los planos que Goicoechea había llevado consigo.

Salvar Bilbao sólo era posible por la presión de otros frentes. El Gobierno lo sabía pero todos sus esfuerzos culminaron en fracaso. Ni el envío de avio-



AGE



EFE

En la página anterior, una ambulancia auxilia a un herido frente al Teatro Barcelona durante los sucesos de mayo en la ciudad condal. La llamada «guerra civil dentro de la Guerra Civil» permitió fortalecer los mecanismos del Estado, pero resquebrajó la precaria unidad de las fuerzas republicanas, dominadas ahora por los comunistas.

Sobre estas líneas, el coronel Vigón con el teniente coronel Barroso en el frente próximo a Santander

En esta página, arriba, a la izquierda, las fuerzas nacionalistas entran en Bilbao.

Abajo, las fuerzas nacionalistas son transportadas al frente Norte en distintos medios de locomoción



Firo Foto

nes y consejeros soviéticos, ni la ofensiva hacia La Granja tuvieron el efecto deseado. Todo fracasó y ya sólo la tempestad de lluvia contuvo las operaciones. El 3 de junio, murió Mola en un accidente aéreo y fue sustituido por Dávila.

El 12 de junio, la República puso en marcha una nueva ofensiva de diversión en Chinillas-Aleve. Pero, aquel mismo día, la aviación y 144 piezas de artillería machacaban el «cinturón de hierro» de Bilbao, cuyo primer objetivo, Arechavalgaxe, fue atacado por la 1.ª Brigada. Mientras la población civil huía hacia Santander, los nacionales cruzaron las fortificaciones y tomaron las alturas que circundan la capital vasca. El 17 siguiente, los *gudaris* y los milicianos se replegaron hacia Santander entre la desolación y el desánimo. Dos días después, las tropas de Juan Bautista Sánchez entraron en Bilbao sin encontrar resistencia. A partir de ese momento la caída definitiva del resto del frente Norte —Santander, León y Asturias— era sólo cuestión de tiempo.

Juan Negrín

Hijo de una familia católica de conocidos comerciantes, Juan Negrín nació en 1892 en Las Palmas de Gran Canaria. Brillante estudiante de medicina, alumno de Ramón y Cajal, amplió sus conocimientos en Leipzig y, en 1922, ganó la cátedra de Fisiología en la Universidad de Madrid. Fisiólogo de fama mundial, creó la escuela de donde salieron el Premio Nobel Severo Ochoa y Grande Covián.

Por sus méritos científicos, Alfonso XIII le confió, en 1929, la creación del patronato de la Ciudad Universitaria. Pero Negrín, a pesar de la distinción, se afilió al Partido Socialista y fue diputado en las Cortes de 1931.

De tendencia prietista se mantuvo políticamente en un discreto segundo término, y cuando estalló la guerra luchó contra el terror de los primeros momentos y recorrió las calles para evitar asesinatos y vejaciones.

Largo Caballero le nombró ministro de Hacienda en septiembre de 1936. En su cargo demostró gran audacia y vitalidad, mantuvo magníficas relaciones con los delegados comerciales soviéticos, y se esforzó en luchar contra la inflación y reformar el cuerpo de Carabineros. La decisión de enviar las reservas de oro del Banco de España a la URSS fue obra suya y conservó en su poder la documentación acreditativa de las entregas.

En 1937, los «sucesos de mayo» de Barcelona derribaron al Gobierno de Largo Caballero y Negrín fue nombrado presidente del Gobierno, en el que dio entrada a ministros comunistas, para asegurarse el apoyo militar de la URSS, aunque siempre se mantuvo distanciado del PC.

En octubre de 1937, decidió el traslado del Gobierno desde Valencia a Barcelona y, en abril de 1938, dio entrada a ministros sindicalistas de la CNT y UGT, al tiempo que intentó negociar la paz con un programa que fue conocido como «los 13 puntos de Negrín».

En febrero de 1939, a consecuencia de la derrota de Cataluña y después de la última sesión de las Cortes en el castillo de Figueras, marchó a Francia para regresar nuevamente a Valencia, donde residió hasta que se exilió definitivamente el 5 de marzo. Acabada la guerra organizó el Servicio de Emigración para Republicanos Españoles, que rivalizó con otro similar creado por Indalecio Prieto. Cuando murió en París, su testamento mandaba entregar al Gobierno del general Franco la documentación de las entregas de oro a la Unión Soviética. Su hijo Rómulo cumplió su voluntad y los documentos acreditativos llegaron a manos del embajador de España en París.

La conquista de Santander

La caída de Bilbao convirtió el frente Norte en una zona militarmente débil y abocada al desastre, aunque la ofensiva de Brunete obligó a Franco a demorar el ataque.

Pero, cuando lo permitió la situación los nacionales concentraron en el Norte el Cuerpo de Tropas Voluntarias (italianos), las 6 Brigadas Navarras existentes y la Brigada de Castilla, con la aviación italiana y alemana a las órdenes de Dávila. Frente a ellos, el general Gámir Ulíbarri contaba con 16 divisiones. Habría sido una fuerza suficiente en otras circunstancias, pero en aquel entonces, aunque habían sido unificadas como el Ejército Popular, estaban mal armadas, apenas tenían artillería, sus carros eran pocos, anticuados y carecían prácticamente de aviación. El núcleo principal eran los batallones vascos, pero éstos se encontraban con muy poca moral después de haber perdido la batalla en su propio país.

El 14 de agosto, Dávila atacó por el sur y suroeste y al anochecer había tomado Peña Labra.

El puerto del Escudo, que es una resistencia natural, fue cubierto por una importante formación aérea y pasado sin problemas por los italianos. Desde aquel momento se desmoronó la resistencia, y el día 22 fue tomada Ontaneda. El general Gámir Ulíbarri, un hombre inteligente que no pudo realizar sus planes por falta de medios, decidió salvar lo posible y evacuar a las autoridades, las tropas y los pertrechos por tren y carretera hacia Asturias, mientras las unidades de vanguardia retrasaban el avance enemigo. Cuando el día 24 quedaron cortadas las comunicaciones terrestres ordenó que todas las embarcaciones surtas en el puerto se dedicaran a la operación. Pero los batallones vascos, que no deseaban una nueva retirada, se replegaron hacia Laredo y Santoña con intención de pactar una paz separada con los italianos.





En la parte superior de esta página, el Dr Juan Negrín que asumió la presidencia del Gobierno tras la caída de Largo Caballero, producida a causa de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona.

En esta página, abajo, cartel propagandístico de la Falange en el que se destacan las victorias del Ejército rebelde como factor para la unidad de las tierras de España

En la página siguiente, tanques nacionalistas entran en la ciudad de Santander a finales de agosto de 1937. Tras la caída de Santander, en la que los republicanos perdieron gran número de soldados y armas, el frente Norte quedó reducido a Asturias, cuya conquista estuvo precedida por combates de tremenda dureza debido a las dificultades del terreno y a la tenaz resistencia republicana.



El 26 de agosto, navarros e italianos llegaron a la capital donde entraron sin problemas; después, destacamentos motorizados recorrieron la provincia sin encontrar resistencia, recogiendo la rendición de las demás fuerzas. Aquél fue un duro descalabro para la República, que perdió gran número de soldados con su armamento y equipo, sin presentar a cambio una resistencia seria. El frente Norte quedó reducido a Asturias, cuyo Consejo nombró jefe militar al coronel Prada. El general Gámir Ulíbarri dimitió y marchó a Valencia para ofrecer nuevamente sus servicios al Gobierno central.

Asturias

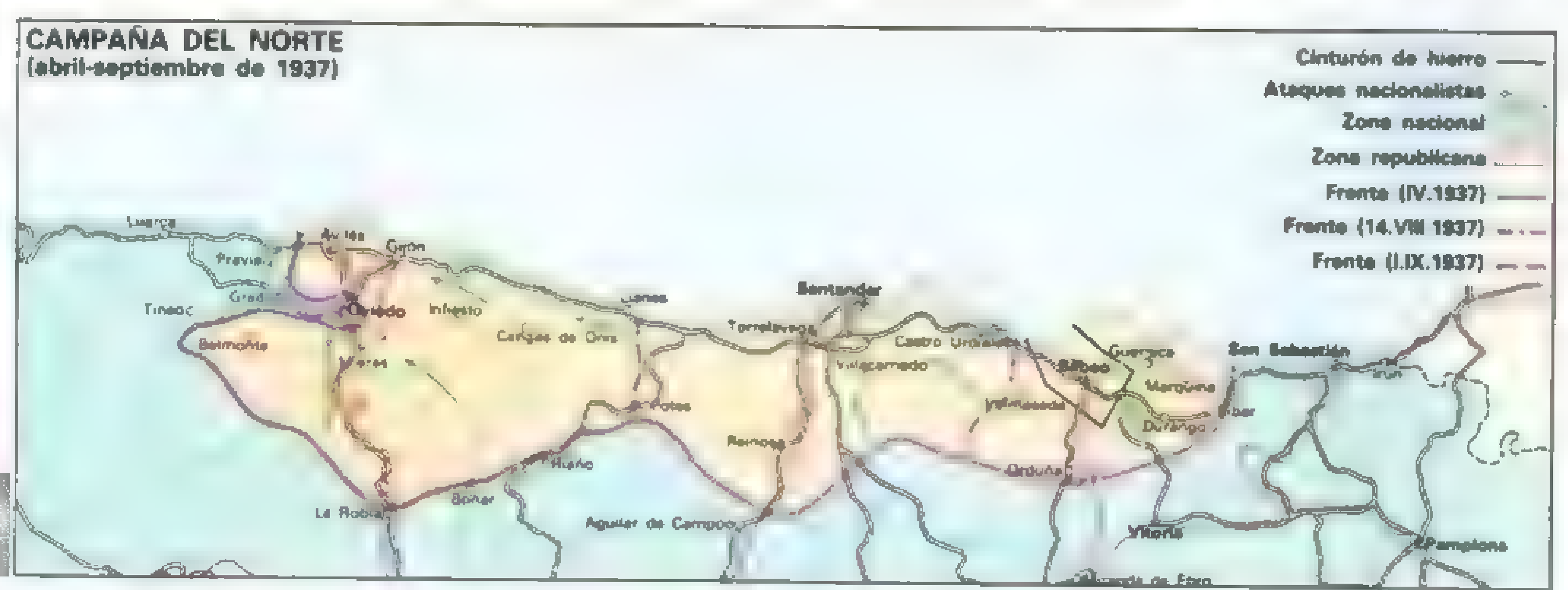
Tras el descalabro del País Vasco y Santander, Asturias había quedado rodeada por territorio enemigo. El ataque era inminente y se preparaba en dos direcciones: en los montes de León, Aranda dispuso 3 Divisiones y 2 Brigadas Navarras, mientras Solchaga, en Santander, se preparaba para atacar por la costa con las 4 Brigadas restantes y la Brigada de Castilla.

La batalla comenzó el 9 de septiembre y no revistió maniobras brillantes, sino una serie de tenaces esfuerzos. A diferencia de Santander, la campaña de Asturias fue durísima. En cada puerto de montaña se peleó con tesón y los dinamiteros retrasaron el avance nacional con voladuras y destrucciones. Tanto Aranda como Solchaga avanzaron muy lentamente porque la cautela natural, la dificultad del terreno y, sobre todo, la resistencia se lo impusieron.

Todo el mes de septiembre se consumió en ese enfrentamiento tenaz, en el que los nacionales se hacían con Asturias paso a paso, por su mejor material, su aviación y la mayor coherencia de su ejército, ya muy disciplinado. A mediados de octubre, la suerte estaba echada: Solchaga ocupó Cangas de Onís y el Consejo decidió evacuar cuanto pudiera. Pero, el único camino era el Cantábrico donde la flota nacional tenía clara superioridad y bloqueaba las costas. Los puertos de Gijón y Avilés fueron bombardeados concienzudamente por la aviación, a pesar de lo cual se realizó la evacuación de grandes contingentes. Miles de personas quedaron, sin embargo, en espera de la salida de un buque que no zarpó jamás.

La ocupación de Asturias se hizo con dureza; habían demasiados rencores acumulados desde la sublevación de 1934 y la historia combativa de los mineros había despertado muchos odios. Su toma concluyó la campaña del Norte e inclinó la balanza a favor de Franco. La producción de una región importante había sido incorporada a la España nacional y el Ejército del Norte, entrenado y disciplinado, quedaba libre para ser empleado en otros frentes. Pero la historia combativa de los asturianos no terminó ahí. Concluida la resistencia formal, muchos hombres huyeron al monte y se organizaron en guerrillas.

Topham F.ro Foto



Mujeres de la ciudad de Bilbao, hasta entonces capital de la República de Euskadi, saludan brazo en alto la entrada de las tropas franquistas, el 19 de junio de 1937

Brunete y Belchite

El Ejército Popular toma la iniciativa

Gabriel Cardona,
historiador

Si bien no tuvieron ningún efecto decisivo en el desarrollo de la Guerra Civil, las batallas de Brunete y Belchite fueron las primeras acciones de envergadura en las que tomó parte el Ejército Popular. En la fotografía, una división de carros de combate del bando nacionalista avanza entre el fuego enemigo en el transcurso de la batalla de Belchite, en agosto de 1937.

En julio de 1937, tras la ocupación de Euskadi por las fuerzas nacionales y ante el inminente derrumbe de todo el frente Norte, los republicanos, que hasta ese entonces se habían limitado a defender sus posiciones, decidieron tomar la iniciativa con unas maniobras de dispersión que obligaran a los nacionales a movilizar sus tropas hacia los nuevos frentes, descargando la presión sobre Asturias y Santander. Fue así como se iniciaron las batallas de Brunete y Belchite, primeras acciones de envergadura en las que participaba el Ejército Popular.



Topham-Firo Foto

La Iglesia y la Guerra Civil

En la Guerra Civil, como en todos los conflictos contemporáneos españoles, la religión jugó un papel importante. A los pocos días de la sublevación, la furia popular se descargó contra la Iglesia católica. Todos los ritos históricos del anticlericalismo ibérico se pusieron en marcha: incendio de iglesias y conventos, detención y asesinato de religiosos, parodias sacrílegas y desenterramientos de monjas.

El Gobierno clausuró, por decreto del 13 de agosto de 1936, todos los establecimientos de las órdenes y congregaciones «que hubieran favorecido a los sublevados», lo que realmente supuso el cierre general. En ciertos casos, las comunidades de los edificios clausurados sufrieron, además, vejaciones personales; pero en otros marcharon, sin más, a sus nuevos domicilios, mientras los edificios se convertían en cuarteles, hospitales, almacenes o garajes.

En Euskadi el panorama fue diferente. El clero estaba muy vinculado al Partido Nacionalista Vasco en el poder, y la Iglesia fue respetada, los cultos celebrados sin problemas y las unidades de gudaris *tuvieron asistencia religiosa. En cambio en Cataluña el enfrentamiento siguió las pautas generales y las antiguas escuelas confesionales fueron absorbidas por la* Escola Nova Unificada.

A los 18 días de la sublevación, los obispos de Vitoria y Pamplona publicaron una pastoral que recriminaba a los católicos la colaboración con los partidos del Frente Popular. El documento iba dirigido, sobre todo, a los creyentes vascos, y era fruto de la excitación patriótico-religiosa que rodeaba a los obispos firmantes.

Toda la España de Franco estaba en esa actitud. Los sacerdotes bendecían a los hombres que iban a la guerra. Piquetes armados escoltaban a las imágenes en las procesiones. La Misa de Campaña *se había convertido en el rito de identidad, celebrado con cualquier pretexto y, sobre todo, en cada nueva población conquistada. Nutridas presidencias de militares y clérigos encabezaban cualquier acto público. Banderas y crucifijos vigilaban el aire caliente de la retaguardia.*

Algunos obispos tomaron posturas militantes. Ilundain, en Sevilla, acompañaba al general Queipo de Llano a los actos oficiales. Gomá, primado de Toledo y ausente de su diócesis al estallar la guerra, habló el 27 de septiembre por radio Pamplona. Tres días después, Pla y Deniel, obispo de Salamanca, publicó una carta pastoral de título agustiniano, Las dos ciudades, *en apoyo de la causa de Franco.*

Pero la actitud de los católicos vascos obligó a la cautela oficial. La Iglesia apoyó a los nacionales sin pronunciarse oficialmente, hasta que el Norte fue atacado y se desataron, por fin, los verdaderos sentimientos. El Papa Pío XI dio luz a la encíclica Divini Redemptoris, *anticomunista y favorable a los nacionales, en abril de 1937, cuando las tropas navarras se lanzaban a la campaña. El 1 de julio de 1937, los obispos españoles publicaron una carta colectiva, que era un documento beligerante y dedicado a la propaganda exterior. Aunque la carta no hacía más que consagrar lo ya existente, dos obispos se negaron a firmarla. Eran Mújica, de Vitoria, y Vidal i Barraquer, de Tarragona. Apoyado en tal declaración mayoritaria, el Vaticano reconoció al régimen y el nuncio monseñor Antoniutti presentó sus cartas credenciales el 7 de octubre de 1937.*

La Guerra Civil fue definida como una cruzada en defensa de la fe y consagró la preponderancia de la Iglesia católica en el nuevo Estado. La asignatura de religión fue obligatoria en todos los centros, el crucifijo presidió las aulas y un decreto del 3 de mayo autorizó el regreso de los jesuitas. Sólo algunos falangistas, imbuidos del laicismo de los fascistas europeos, se opusieron veladamente y fueron acusados por el cardenal Segura de «antirreligiosos». *Pero no osaron protestar a la luz del día.*



EFE



EFE



EFE

En esta página, arriba, el obispo de Salamanca, Pla y Deniel, que, en septiembre de 1937, publicó una pastoral en apoyo de la causa del general Franco; en el centro, el obispo de Tarragona, Vidal i Barraquer que fue uno de los dos prelados que se negaron a firmar la carta colectiva de apoyo a los nacionales; abajo, el obispo de Vitoria, Mateo Mújica y Urrestarazu que, al igual que el anterior, se negó a firmar la citada pastoral.

En la página siguiente, un destacamento del Ejército Popular realiza ejercicios de instrucción, poco antes de tomar parte en las batallas de Brunete y Belchite.

Sobreimpreso, cartel de propaganda del bando republicano pidiendo el mando único para el Ejército.



De milicianos a soldados

El esfuerzo para sostener una guerra larga era patente en la España republicana de principios de 1937. La batalla del Jarama había templado a las primeras unidades que pelearon en campo abierto y la victoria de Guadalajara les proporcionó mayor moral. Los comunistas habían defendido desde el principio la creación de un Ejército regular y procuraron hacerse hegemónicos en él. En la primavera de 1937, su plan tenía resultados tangibles. Con la excepción de los anarquistas y los poumistas catalanes, todas las formaciones políticas aceptaban la conversión de las milicias en unidades militares, mientras la ayuda soviética y las Brigadas Internacionales daban ocasión a los comunistas para controlar las instituciones militares de la República.

Fruto de la intención de emprender acciones militares fue la creación de fuerzas de maniobra. En abril, las unidades del frente de Madrid que habían demostrado mejor rendimiento en combate fueron agrupadas en el V Cuerpo de Ejército, a las órdenes de Modesto. Tres divisiones fogueadas, también al mando de comunistas (Líster, El Campesino y Walter), formaban la unidad y fueron entrenadas para actuar en espera de circunstancias favorables. Por primera vez, el Ejército Popular se concretaba en una tropa equipada, organizada, mandada y entrenada regularmente.

Un proyecto ambicioso

Cuando las tropas de Franco ocuparon Euskadi el mando republicano pensó en una operación para aliviar la apurada situación de Santander y Asturias, y se decidió poner en marcha una ofensiva en el frente de Madrid. El plan elaborado por Rojo y sus colaboradores era minucioso y de técnica depurada. Se proponía envolver a las tropas nacionales que amenazaban Madrid desde la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo. El V y el XVIII Cuerpos del Ejército, situados al oeste de la capital, debían marchar hacia el sur y cortar las comunicaciones de Madrid con la provincia de Toledo. El II Cuerpo de Ejército, desde Vallecas, al este de la capital, haría entonces una maniobra secundaria: marchar al encuentro del ataque principal hasta cerrar la bolsa. Así, los nacionales atrincherados en la Ciudad Universitaria y Casa de Campo quedarían atrapados entre las fuerzas republicanas que se les enfrentaban en Madrid y las que les envolverían por la espalda. Se esperaba que después de cercados los nacionales se rendirían, y cuando acudieran refuerzos los detendría el arco de tropas desplazadas al sur.

Era un plan brillante que contaba con el desgaste de los nacionales que asediaban Madrid, pero demasiado

El Consejo de Aragón: las colectivizaciones anarquistas

Durante la guerra, las aspiraciones anarcosindicalistas se concentraban en la colectivización como modelo de la revolución proletaria. Su idea era crear una federación de colectividades obreras y municipios libres, donde la estructura central no tendría otra misión que coordinar los planes establecidos por los sindicatos.

En la industria catalana la colectivización se hizo realidad desde el principio de la guerra, fue más limitada en Valencia, escasa en Asturias y apenas existió en el resto de España. A partir de 1937, la necesidad de organizar una industria de guerra produjo un amplio enfrentamiento entre la CNT y los órganos del Gobierno central. Hasta que, finalmente, Prieto sometió la industria bélica a la jurisdicción del Ministerio de la Guerra.

En el campo, la colectivización era el comunismo libertario puesto en práctica y se llevó a efecto en aquellos lugares donde la CNT fue mayoritaria. Imposible en Cataluña y Valencia, a causa de la estructura de la propiedad rural, se impuso en algunas zonas andaluzas y, sobre todo, en Aragón donde la existencia de latifundios la hacía posible sin la oposición de los campesinos. El sistema económico estableció un modelo de cooperación del que estaba ausente el dinero y donde la alfabetización de los campesinos era una tarea emprendida con entusiasmo. Las dificultades de la guerra no permitieron un desarrollo perdurable y la experiencia estableció un verdadero sistema de trueque, difícil en las tierras pobres y más viable donde la producción era más rica. Se intentó la cooperación a nivel de servicios y asistencias colectivas y se estableció el Consejo de Aragón como órgano máximo de coordinación, mientras un sistema de comités se hacía eco de las necesidades cotidianas de cada comunidad.

Este sistema de gestión tropezó con la oposición de las demás fuerzas políticas y, ya antes de los sucesos de mayo, se creó el Frente Popular de Aragón con residencia en Barbastro, integrado por los comunistas, socialistas e Izquierda Republicana. Después de la sublevación de mayo, el Frente Popular de Aragón se hizo cada vez más beligerante contra el Consejo, integrado por la CNT-FAI, y a principios de agosto la oposición era abierta.

Indalecio Prieto, como ministro de Defensa, estableció en Caspe la 11ª División de Líster, una de las mejores unidades republicanas y, el 10 de agosto, un decreto declaró disuelto el Consejo de Aragón, disolución que los soldados de Líster se encargaron de poner en práctica. Los organismos anarquistas fueron sustituidos por un gobernador civil, los comités por concejos municipales, los centros libertarios clausurados. El periódico del Consejo, Nuevo Aragón, *fue sustituido por* El Día, *comunista, mientras que Joaquín Ascaso y los principales dirigentes eran detenidos.*

ambicioso para aquel Ejército Popular recién nacido e inexperiente para una maniobra de tal envergadura. Sobre todo porque los mandos intermedios estaban poco formados y la disciplina no era sólida en los niveles inferiores.

En los primeros días de julio de 1937, unos 50.000 hombres, 100 carros y 136 piezas de artillería ocuparon secretamente sus bases de partida, sin que ni la observación ni el espionaje nacionales los detectaran. Era la primera ofensiva que intentaba la República y todos rebosaban de moral cuando las primeras unidades de la 11ª División se pusieron en marcha.

Se inicia la batalla de Brunete

En la oscuridad que cantaban los grillos de julio, Brunete era un pueblo en medio de la sequedad. Aquella madrugada del día 6, en un avance rápido, la 11ª División de Líster se había filtrado entre las posiciones nacionales y a las siete y media de la mañana entraba en el pueblo. Si hubiera seguido adelante, hacia Sevilla la Nueva y Navalcarnero, habría cortado sin problemas la carretera de Madrid a Extremadura. Pero aquellos hombres habían progresado mucho más que sus compañeros de los flancos. Estaban muy adelantados y creían que su posición era peligrosa. En lugar de avanzar lo más rápidamente posible, fueron prudentes y esperaron a que llegaran los demás. Y la prudencia, a veces, es mala consejera.

Entretanto, la 3ª División entraba en Villanueva de la Cañada, un pequeño pueblo próximo a Brunete. En lugar de rodearlo y continuar, los republicanos se acercaron a las casas y fueron sor-



Salmer


Archivo Orbis

En la parte superior de esta página, cartel de propaganda del Frente Popular asturiano dirigido a los campesinos.

En esta página, abajo, el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor del Ejército republicano, quien planificó la ofensiva del verano de 1937, en Brunete y Belchite.

En la página siguiente un soldado nacionalista es introducido en una ambulancia de la Cruz Roja en el frente de Brunete, sangriento escenario de la primera batalla de envergadura en la que tomó parte el recién creado Ejército Popular bajo el mando del general Vicente Rojo; la acción no arrojó los efectos esperados.


Topham-Firo Foto

prendidos por el fuego enemigo que provenía de las tapias y las ventanas. Repuestos de la sorpresa inicial, los republicanos rodearon el pueblo parcialmente, lo atacaron con carros y artillería y, al atardecer, lo tomaron. La mayor parte de los rebeldes huyeron antes de caer prisioneros. El balance del primer día había sido altamente positivo.

El retraso de la operación

Una debilidad importante del plan republicano era la falta de reservas. Si los nacionales tenían tiempo de acudir con las suyas la maniobra se detendría, ya que los republicanos se encontrarían imposibilitados de iniciar más acciones. Por eso era fundamental que la maniobra se hiciera rápidamente, para terminarla antes del contraataque nacional.

El día 7, el II Cuerpo de Ejército abandonó sus posiciones de Vallecas y comenzó a moverse hacia el este, por el sur de Madrid, entre la capital y Getafe. En la primera ofensiva consiguió el objetivo previsto y cortó la carretera de Toledo pero, al atardecer, se derrumbó. Los hombres que iban en vanguardia se desbandaron, se extendió el pánico y todos retrocedieron hasta refugiarse en las posiciones que ocupaban por la mañana.

El ataque principal, en la dirección de Brunete, tampoco progresó. A derecha e izquierda habían resistido los falangistas en Quijorna y Villanueva del Pardillo, dos pueblos que sólo eran nombres en el calor del verano. Lo sensato habría sido rebasarlos, marchar hacia el sur, proseguir la maniobra y dejarlos atrás. Las vanguardias cruzaron el río Guadarrama pero no se atrevieron a marchar más adelante, dejando aquellos focos de resistencia a sus espaldas.

La clave de la operación estaba en aprovechar la sorpresa y el éxito del primer día. Pero el V Cuerpo de Ejército se empeñó en la toma de Quijorna y el XVIII en la de Villanueva del Pardillo. Quijorna fue conquistada tras duros combates en los que El Campesino derrochó hombres, artillería y, sobre todo, tiempo. Su maniobra fue potente, bien ejecutada y heroica. Pero, para el conjunto de la batalla significó un despilfarro inútil. Al tiempo que los republicanos se entretenían ante las resistencias locales, Varela se hacía cargo del contraataque nacional y los refuerzos viajaban en trenes y camiones procedentes del frente Norte y Galicia, y la Legión Cóndor ocupaba los aeródromos cercanos.

Miliciano anónimo

Milicien anonyme

Courageous militiaman

Abril 1937

Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
–	–	–	1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	–	–

Archivo Orbis



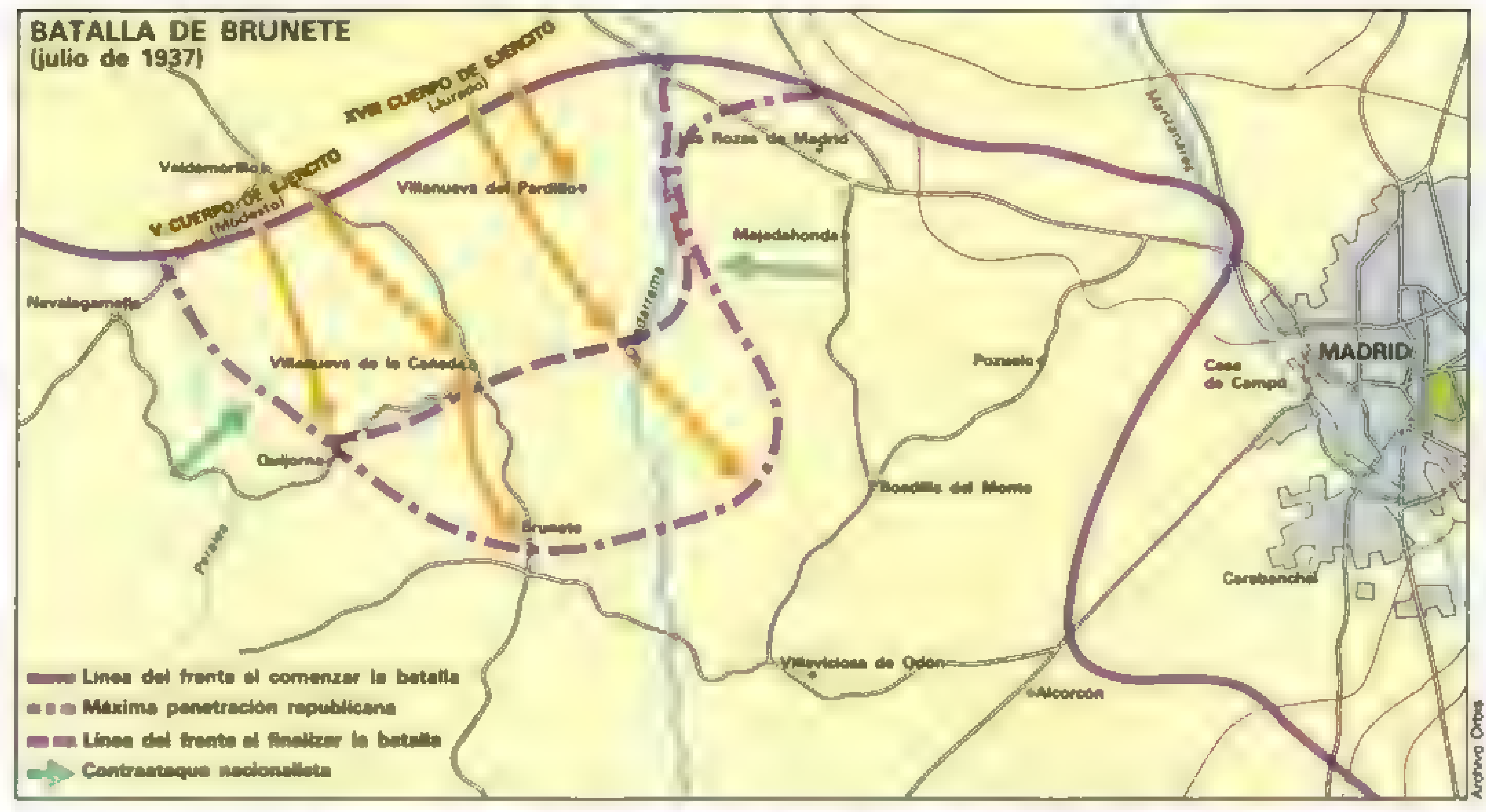
Keystone/Rafols

El II Cuerpo no pudo reiniciar su maniobra; se lo impidió el fuego enemigo y quedó detenido en sus posiciones. El 10 de julio, al día siguiente de caer Quijorna, se rindió la guarnición de Villanueva del Pardillo. Pero la maniobra republicana había quemado allí su vitalidad. Ya era tarde para continuar el avance. Los nacionales habían puesto en línea importantes fuerzas, y su aviación, llegada del Norte, se había hecho con la superioridad en el cielo. Ciertamente, la maniobra había tenido éxito y había evitado el ataque a Santander. Pero la situación no podía mantenerse mucho tiempo. A los siete días, la ofensiva republicana quedó detenida y los nacionales prepararon un contraataque que les permitiría recuperar la iniciativa para volver al frente Norte.

El contraataque

El contraataque nacionalista comenzó el día 18 con el intento de encerrar Brunete en una bolsa. Los republicanos defendieron duramente el pueblo. La artillería y la aviación nacionales, muy superiores, hostigaban desde hacía varios días a los republicanos, que acusaban el quebranto. Tras dos semanas de combate, las divisiones de vanguardia estaban muy desgastadas, por lo que se intentó el relevo con otras más retrasadas. La operación fue desastrosa y, en algunos puntos, se convirtió en desbandada. Sólo la resistencia heroica de algunas unidades evitó que se derrumbara el frente.





En la página anterior, calendario republicano correspondiente al año 1937, en el que se destaca la figura de un miliciano

En ambas páginas, un avión nacionalista es derribado por un caza republicano, durante los combates aéreos que tuvieron lugar en el escenario de la batalla de Brunete. La aviación jugó un papel fundamental como fuerza de apoyo a la infantería y artillería de uno y otro bando

En esta página, a la derecha, el comandante republicano Enrique Líster junto a las tropas de la división que llevaba su nombre, integrada en el V Cuerpo del Ejército. Junto con Modesto, Walter y El Campesino, Líster fue uno de los mandos comunistas que tuvieron una actuación más destacada al frente de las columnas del Ejército Popular en las batallas de Brunete y Belchite



La batalla continuó en una serie de ataques y contraataques muy sangrientos, que fueron especialmente violentos el día 24. En los días siguientes, la lucha se centró en Brunete, convertido en un montón de ruinas, del que se apoderaron los nacionales. Ambos bandos se clavaron al terreno y los ataques continuados ya no pudieron modificar el frente. Los últimos intentos nacionales para avanzar chocaron con la resistencia republicana osificada en las ruinas de Quijorna, Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo, en cuyos muros reventados a cañonazos quedó estabilizada la línea del frente hasta el final de la guerra.

Aragón: la apertura de un nuevo frente

La batalla de Brunete había demostrado que el Ejército Popular estaba todavía inmaduro pero que ya era una fuerza capacitada y la República contaba, por fin, con posibilidades militares. Ello hacía posible tomar iniciativas y se pensó en un último esfuerzo para salvar el Norte, mientras se alejaba el peligro de Madrid. Llevar la guerra al frente de Aragón pareció lo adecuado porque, además, permitiría emplear los recursos bélicos de Cataluña, hasta entonces apartados del esfuerzo de la guerra.

Durante la primavera de 1937, el frente aragonés se animó con algunos combates parciales, derivados del esfuerzo republicano por dominar la orilla derecha del Alfambra y la sierra

Belchite: última aparición del general Kleber

«Era aquel un momento crucial para la política stalinista que se tradujo, en España, en un cambio de táctica, y en la Unión Soviética en la liquidación de militares. El 12 de julio, el pueblo soviético se enteró de que el célebre mariscal Michail Tujachevsky y diversos generales, que dos días antes eran considerados el orgullo del Ejército soviético y los primeros estrategas del país, habían sido liquidados.

»En pleno período de detenciones de la oficialidad soviética, Stalin reorientó su política cara a España dando la misma consigna que al principio de la guerra, aunque ahora agravada por una mayor urgencia. Era necesario demorar el final de la guerra cuanto fuese posible. Todas las instrucciones militares que Vorochilov, comisario del pueblo para el Ejército, enviaba a los generales de la misión soviética en España iban dirigidas en este sentido. Como nota característica de la mentalidad gubernamental, fue reemprendida, con ímpetu, una campaña de revalorización de la Unión Soviética. La consigna máxima en aquellos días fue: "Stalin es nuestro jefe supremo. Quienes se muestren disconformes con la URSS secundan al fascismo." Y el propio ministro de la Gobernación, el día 14 de agosto dictó una nota encaminada a prohibir las críticas que de la Unión Soviética pudiese hacer la prensa republicana, suspendiéndose el periódico que infringiese esta orden «con carácter indefinido, aun cuando el texto hubiese sido autorizado por la censura, quedando, en este caso, el censor que hubiese leído las pruebas periodísticas, a disposición del Tribunal especial encargado de entender en los delitos de sabotaje."

»En estas condiciones empezó la batalla de Belchite, y, como hecho sintomático, el general Kleber efectuó su última aparición en los campos de guerra de España. Se le asignó el mando de la 45 DI. Kleber, "el héroe de Madrid", rapado, desconocido, pesimista, llegó al frente de Aragón sin propaganda, como si se tratase de una figura secundaria. Se adivinaba que ya no era el general favorito del Komintern y que su actuación sería severamente sancionada. Algunos optimistas insinuaron que el haber puesto la ofensiva a su mando era "una corrección de tiro de los moscovitas" pero, en realidad, fue el último acto de un condenado a muerte, conectado con la purga que en la Unión Soviética se abatía sobre el ejército y durante la cual ya habían caído casi todos los camaradas de Kleber.»

(*FUENTE:* Las Brigadas Internacionales en la guerra de España, *Andreu Castells, Barcelona, 1974*)



Trocham-Piro Foto



Archivo Orbis

Sobre estas líneas, el comandante en jefe de la Brigada XI, Emil Kleber, cuya última aparición al frente de sus internacionales tuvo lugar en la batalla de Belchite; posteriormente fue purgado por Stalin.

En esta página, abajo, soldados republicanos disparan contra posiciones enemigas en el frente de Belchite.

En la página siguiente, un avance de las tropas republicanas en el frente de Aragón.

Palomera para, desde allí, cortar las comunicaciones entre Teruel y Zaragoza. En los últimos días de marzo y los primeros de abril, los nacionales perdieron algunas posiciones claves para la defensa de la carretera que une ambas ciudades, sobre todo la de Santa Bárbara. Desde el 19 al 25 de abril, trataron infructuosamente de recuperarla y lo consiguieron el 26, con ayuda de un bombardeo aéreo, sin que sucesivos ataques pudieran volverlos a desalojar.

Otra operación local se desarrolló más tarde en el alto Guadalaviar, cuando los nacionales decidieron consolidar sus comunicaciones y tomar algunas posiciones cercanas a Gea de Albarracín, en un ataque que duró los cuatro primeros días del mes de mayo. Dos meses después la zona fue nuevamente escenario de combates. El mismo día del ataque a Brunete, los republicanos atacaron y tomaron Albarracín, a fin de entretener a los nacionales y evitar el envío de reservas. La situación se mantuvo durante una semana y los nacionales recuperaron la población el día 13, sin que el frente aragonés se activara de nuevo.

La línea de resistencia era irregular, con algunas fortificaciones poderosas en lugares como Belchite o Huesca, mientras en otros lugares todo se reducía a un simple observatorio y a un refugio donde vivían los hombres, hasta que la alarma les llevaba a morir en



una trinchera, que era apenas un parapeto irregular, una cicatriz en la tierra calcinada del secano.

Tiempo atrás, cuando los primeros entusiasmos del año 36, la lucha había sido dura en aquellos parajes. Todavía las guarniciones republicanas de los puestos eran milicianos, con su autonomía guerrera y su libertad operativa casi intactas, de modo que el Estado Mayor de la República desconocía el verdadero trazado del frente y la real cuantía de sus fuerzas. La carencia de mapas y datos era tal que el general Rojo debió recorrer el terreno personalmente para hacerse una idea de su estado.

Los preparativos

Como en Brunete, la nueva operación fue planeada por Rojo. El mando correspondió al general Pozas, a cuyas órdenes se pusieron unidades reorganizadas, entre las que destacaba el V Cuerpo de Ejército, que tanto se había destacado. El primer problema consistió en reunir y desplegar la gran cantidad de recursos necesarios para la ofensiva. Durante días, las escasas carreteras de la región estuvieron colapsadas y los pueblos de retaguardia invadidos de soldados, pertrechos, cañones y vehículos. La incipiente organización del Ejército Popular no pudo poner en orden aquella barahúnda hasta la víspera del ataque. A todas luces se preparaba una gran ofensiva, pero el servicio de información de los nacionales debía estar a la misma altura que la logística republicana, porque nadie esperaba el ataque cuando comenzó.

La República había recibido algunas remesas de armamento y pudo disponer de más efectivos y mejor dotados que en Brunete, contra un frente que estaba defendido por pocas tropas. Por el norte del Ebro debían atacar dos divisiones, una hacia Zuera y otra hacia Villanueva de Gállego, para contener a los nacionales que llegaran por el norte del río y, si era posible, cortar las comunicaciones de Zaragoza hacia el norte. Por el sur del Ebro, el V Cuerpo de Ejército y algunas tropas del XII debían atravesar la llanura entre Belchite y Quinto, para llegar a Zaragoza a los tres días. Pero la preparación fue tan difícil que todo se retrasó hasta el punto de que, cuando la ofensiva estuvo preparada, ya era imposible salvar Santander, que se encontraba a punto de ser ocupado por los nacionales y cuya salvación era una de las finalidades de la apertura del nuevo frente.

Se inicia la batalla de Belchite

Como en Brunete, los primeros momentos de la batalla fueron alentadores para los republicanos. La ofensiva había sido bien preparada y la sorpresa fue total. La maniobra al norte del Ebro tomó Zuera en pocas horas y progresó hacia Villanueva de Gállego. El ataque al sur del río arrolló los primeros puestos entre Belchite y Quinto



Archivo Orbis



Los intelectuales ante la Guerra Civil

Antes de la guerra, la Asociación Internacional de Escritores había decidido celebrar su congreso en Madrid. Pero las trágicas circunstancias españolas obligaron a cambiar la sede inicial. La primera reunión tuvo lugar en el Ayuntamiento de Valencia, el 4 de julio de 1937, y fue inaugurada por Juan Negrín, presidente entonces del Gobierno republicano, con Andersen Nex como decano y José Bergamín como representante de la delegación española. Entre las diferentes aportaciones literarias, el tema de reflexión fue la actitud de los intelectuales ante la Guerra Civil, cuyo debate significó un claro compromiso en favor de la causa republicana.

Como prueba de este compromiso las sesiones se trasladaron a Madrid, a la simbólica Residencia de Estudiantes, mientras, cerca de allí, se libraba la batalla de Brunete. Las últimas sesiones y la clausura tuvieron lugar en París.

Los asistentes habían tomado inequívocamente postura por la República y algunos hasta habían llevado su compromiso a los frentes. Entre otros muchos españoles y extranjeros, César Vallejo, Louis Aragon, Octavio Paz, Anna Seghers, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Pablo Neruda, Heinrich Mann, Miguel Hernández, Antonio Machado, Alexéi Tolstoi, Rafael Alberti asistieron, por lo menos, a algunas sesiones. Y entre las adhesiones enviadas por correo estaban la de Albert Einstein y Romain Rolland.

Pero el Congreso de Escritores no lo era todo ni englobaba a la mayoría intelectual, situada en posturas enfrentadas. Mientras en España los escritores católicos daban su apoyo a Franco, los intelectuales católicos franceses publicaron, en mayo de 1937, un manifiesto contra la cruel represión y en apoyo a los católicos vascos. Lo encabezaba la firma de François Mauriac que, como Bernanos, se impresionó por la dureza implacable de los tribunales franquistas.

En la España nacional la figura intelectual más importante fue probablemente Eugenio d'Ors, mientras Pemán era casi el poeta oficial del régimen, porque expresaba valores tradicionales, muy afines a la ideología ultraconservadora del franquismo inicial, nada acorde con los intentos de renovación de algunos escritores falangistas muy jóvenes como Pedro Laín, Antonio Tovar o Dionisio Ridruejo.

La causa antifascista que atrajo a intelectuales como George Orwell o Hemingway, no pareció entusiasmar al rebelde Pío Baroja que pasó primero a Francia, luego se incorporó a la zona franquista, donde casi lo fusilaron los requetés, y finalmente regresó al exilio. La misma actitud tuvo Azorín, así como escritores muy vinculados a la Lliga, como Joan Estelrich y Josep Pla, luego colaboradores de los nacionales. Ortega marchó igualmente a París, donde abandonó la causa republicana y Unamuno protagonizó uno de sus típicos virajes: en los primeros días pareció simpatizar con los sublevados, hasta que se enfrentó con Millán Astray, fue destituido y recluido en su casa, donde falleció poco tiempo después.

Claramente con la República, además de los citados en el Congreso, estuvieron Ramón José Sender, Vicente Aleixandre, Menéndez Pidal, Juan Ramón Jiménez, además de escritores como Azaña, Araquistain, Fernando de los Ríos y Jiménez de Asúa que desempeñaron altos cargos, y catalanes como Pere Calders, Pau Vila, Ferràn Soldevila, Salvador Espriu y Josep Carner. Para ellos y para otros muchos, la derrota representó el exilio y han debido pasar muchos años para que las generaciones nuevas del país recuperasen su obra y su recuerdo.

y lanzó una división por el centro, en dirección a Fuentes de Ebro. Los defensores de Quinto y Belchite no se rindieron, pero los republicanos maniobraron y cortaron sus comunicaciones con la retaguardia.

El primer avance fue tan rápido que muchas unidades se desordenaron y la ausencia de caminos retrasó la marcha de los vehículos. A pesar de todo, el Ejército Popular era improvisado y tenía el hábito de la defensiva; sus mandos, al desplegarse en aquella llanura inmensa, tan alejados de sus bases, comenzaron a desconfiar de la propia maniobra y temer que si se adelantaban excesivamente podrían resultar cercados. Era el mismo problema de Brunete el que podría hacer fracasar Belchite. Y, como allí, dos resistencias situadas en los flancos no habían querido rendirse. Belchite y Quinto resistían a pesar del alud que pasaba entre ambos y aun teniendo en cuenta que estaban cortadas sus comunicaciones con Zaragoza.

El 25 de julio, desde Fuendetodos hasta Mediana los republicanos habían derrumbado el frente, dejando sólo dos débiles resistencias a la espalda, y estaban ante una llanura salpicada por débiles guarniciones enemigas, que llevaba a Zaragoza. En el plan de operaciones estaba prevista una marcha motorizada hacia la capital aragonesa. Pero la cautela, una vez más, fue excesiva y se atendió a las pequeñas resistencias que habían quedado aisladas. La 11ª División detuvo su avance y se desplegó en Fuentes de Ebro para reducir a los nacionales.

Poco a poco el Ejército Popular cayó en los mismos errores que le habían detenido en Brunete, obsesionándose con la conquista de Belchite y Quinto. Una dificultad corriente fue la falta de reservas republicanas, que habían malogrado la ofensiva del frente de Madrid. Aquí se entretuvieron, además, en el asedio de las guarniciones rebasadas. Quinto fue tomado, pero Belchite, bien fortificado y con una defensa casa por casa, resistió doce días, apoyado por la aviación que lanzaba suministros y atacaba a los republicanos.

El agotamiento de la batalla

El avance al norte del Ebro había comenzado con vigor pero pronto fue decayendo hasta estabilizarse. La columna que ocupó Zuera se detuvo allí, en parte para festejar el éxito y en parte para reorganizarse, sin continuar el avance que tenía ordenado. La detención permitió que llegaran reservas nacionales que atacaron el pueblo, lo tomaron y obligaron a los republicanos a atravesar el Ebro en desorden. Éstos





En la página anterior, a la izquierda, Ramiro de Maeztu, autor de la Defensa de la hispanidad, *entre otras obras, que fue fusilado por los republicanos en Madrid a comienzos de la confrontación civil; a la derecha, Miguel Hernández, cuya poesía se nutrió de la Guerra Civil y de la experiencia que ésta suponía. La gran mayoría de los intelectuales españoles adoptaron una actitud de compromiso ante la confrontación bélica.*

En la parte superior de esta página, soldado del Ejército nacionalista junto a su bandera en la cima de un montículo próximo a Belchite.


El general Vicente Rojo (derecha) dialoga con sus subalternos tras el estancamiento del frente de Belchite.

EFE

ya no pudieron recuperar el terreno perdido y consumieron su actividad contra pequeñas resistencias locales. La otra división, que avanzaba hacia Villanueva de Gállego, marchó con lentitud, entretenida contra los pequeños puestos durante cuatro días, hasta que se detuvo totalmente.

En el sur, la caída de Belchite y la ocupación de 1.000 kilómetros cuadrados colmaron la ambición de unos hombres que estaban acostumbrados sólo a resistir. Se perdió el espíritu ofensivo y la proyectada marcha motorizada sobre Zaragoza se detuvo ante la llegada de las primeras reservas franquistas.

La verdadera batalla había terminado, pero el mando republicano decidió otra maniobra complementaria, con el fin de evitar que las tropas nacionales que habían acudido pudieran concentrarse. Los Ejércitos del Centro, Levante y Este debían llevar a cabo una acción entre Molina y Monreal para que las reservas liberadas por la conquista del Norte se dedicaran a diferentes objetivos. Como en todos los ataques era fundamental la sorpresa pero, esta vez, funcionó el espionaje nacional. La operación se detuvo cuando el mando republicano conoció la deserción de uno de sus jefes militares. En la noche prevista para las concentraciones de tropas, la aviación nacional bombardeó los lugares que habrían ocupado si no se hubiera suspendido el plan, que fue definitivamente olvidado. Quizá el último coletazo de la batalla fue un intento de proseguir el avance hacia Zaragoza en el mes de octubre, cuando se supo que los nacionales habían retirado fuerzas del sector. Pero este intento, al igual que los anteriores, se vio abocado al fracaso.

La batalla de Belchite había tenido las mismas necesidades y los mismos defectos que la de Brunete. Fue el primer balbuceo organizado del Ejército de la República, empleado antes de consolidar mínimamente sus estructuras. Las mayores dificultades fueron la falta de jefes intermedios preparados y la poca disponibilidad de reservas. Así, los primeros objetivos fueron alcanzados sin problemas pero fue imposible continuar hasta la consumación del plan previsto. La conquista del Norte por el general Franco liberaría gran cantidad de tropas y el Gobierno republicano se veía en la necesidad de retrasar tal acontecimiento el mayor tiempo posible. Por eso, ambas batallas se llevaron a cabo cuando todavía no se había organizado suficientemente el Ejército Popular. Ambas se prepararon con tanta precipitación como entusiasmo, pero esto no fue suficiente ante un ejército nacional ya completamente organizado, con la moral que le daba la marcha victoriosa de la guerra y una disciplina rotunda, que llevaba a que las unidades cumplieran sus misiones hasta el final.

Belchite sirvió para trasladar al frente aragonés la presión que se ejercía sobre Madrid. El final de la batalla sólo fue el preludio de los sucesivos intentos que culminarían en la batalla de Teruel. Pero, hasta que aquélla llegó, la presión republicana en la zona fue constante. Como colofón a las operaciones de aquel verano de 1937, el otoño presenció dos nuevos intentos parciales. A finales de septiembre, los republicanos avanzaron hacia Jaca, tras dos semanas de combates que pusieron en su poder la zona de Biescas. Y, en octubre, Líster celebró las Fiestas del Pilar a su manera: lanzó una ofensiva hacia Zaragoza que llevó sus unidades blindadas hasta Fuentes de Ebro, donde la resistencia nacional le detuvo.

Las Brigadas Internacionales
Solidaridad antifascista

Gabriel Jackson,
historiador

Cuando estalló la Guerra Civil, miles y miles de voluntarios de todo el mundo se abrieron paso por las fronteras cerradas, burlando los cordones policiales y la vigilancia de los mares, para defender a la República española. Así se crearon las Brigadas Internacionales, símbolo de la solidaridad internacional y la lucha contra el fascismo, que tuvieron una activa participación en todos los frentes de combate entre julio de 1936 y noviembre de 1938.

Las Brigadas Internacionales tuvieron un papel destacado en el plano militar hasta que fueron disueltas en octubre de 1938. En la fotografía, una columna de las Brigadas Internacionales.



Por la causa de la libertad

«La victoria del Frente Popular significaba la consolidación y ampliación de la democracia, tierra para los campesinos, pan para los obreros y libertad para todos. Se constituyó un nuevo gobierno, en el que los socialistas, aún representando al partido más fuerte del país y del Parlamento, no participaron, considerando que la hora no había llegado todavía. Y es justamente contra este Gobierno liberal y democrático que, en julio pasado, estalló la rebelión de los fascistas, militares y clericales, agentes de su Majestad el Capital.

»El pueblo español que, instruido por nuestra propia experiencia, sabe lo que significa la victoria del fascismo, ha respondido a la rebelión empuñando las armas. Resiste heroicamente desde hace seis meses y confía en la victoria. Desde las horas terribles de julio, en que había que luchar usando los puños contra los cañones; desde las horas trágicas de noviembre, cuando las barricadas de Madrid se opusieron al asalto de las tropas de Franco, sostenidas por todos los medios por Mussolini y Hitler, el pueblo, fortalecido por la conciencia de su derecho y su unidad, prepara la contraofensiva victoriosa que liberará al país de los invasores fascistas.

»Ahora, seguramente, os habréis preguntado, amigos italianos, por qué Mussolini sostiene a Franco y por qué la prensa fascista destila su veneno contra el pueblo español, contra los "rojos" a los que acusa de todos los crímenes.

»Los crímenes de los "rojos", los conocemos.

»He aquí los principales:

—Los "rojos" quieren libertad para todos.

—Los "rojos" quieren abatir el feudalismo bancario e industrial.

—Los "rojos" quieren que la tierra pertenezca a los campesinos.

—Los "rojos" quieren que el cura diga misa en la iglesia, pero que respete a los que no creen en su Dios o su Iglesia.

—Los "rojos" quieren que la República sea democrática y que en el seno de la democracia se preparen el progreso para los humildes y las condiciones de la supresión de clases.

—Los "rojos" quieren que el Ejército sea el ejército democrático del pueblo, para la salvaguardia de la libertad del país y no un instrumento de opresión.

—Los "rojos" quieren la libertad de prensa, la libertad de reunión y organización.

»Por esto la prensa de Mussolini los trata, nos trata, de bandidos. Por esto Mussolini sostiene a Franco que quiere exactamente lo contrario de lo que quieren los "rojos".

»Por tal razón estamos aquí y se han formado las Brigadas Internacionales. Por esto hay un heroico Batallón Garibaldi, que vuelve a tomar por su cuenta las más gloriosas tradiciones del siglo pasado. Por esto tantos de los nuestros han muerto aquí y han derramado su sangre por la causa de la libertad de España, que se identifica con la causa de la libertad de Italia.

»Estamos aquí porque queremos para los ciudadanos de nuestro país, los obreros de nuestro país, los campesinos de nuestro país, lo que el Frente Popular de aquí quiere para los ciudadanos, obreros y campesinos españoles.

»Luchamos aquí con nuestro pensamiento vuelto hacia Italia. Y miramos el porvenir con una gran confianza porque hoy conocemos el camino de la victoria, del que hemos forjado los instrumentos.

»¡Antifascistas de todos los horizontes, formemos un Frente Popular que restablezca en Italia los derechos del pueblo!

»¡La victoria en España será para nosotros una etapa hacia la victoria en Italia, hacia la victoria en Europa y en el mundo!

»¡Por una Italia libre!

»¡Por una humanidad nueva!

»¡Por la unidad del pueblo contra sus enemigos!

»¡Por el socialismo, aspiración suprema de todos los trabajadores!

»¡Salud, camaradas de Italia!»

(FUENTE: Discurso de Pietro Nenni en Madrid, 6 de febrero de 1937)


Archivo Orbis



Archivo Orbis

En esta página, arriba, Pietro Nenni, que fue comisario político de la Brigada Garibaldi en la Guerra Civil.

En esta página, abajo, cartel republicano dedicado a las mujeres de los voluntarios, editado en 1936.

En la página siguiente, el carguero soviético Ziryanin, repleto de víveres es recibido por una muchedumbre plena de entusiasmo en los muelles de Barcelona. La Unión Soviética prestó una importante ayuda a la República.

Un hecho sin precedentes

Entre julio de 1936 y noviembre de 1938, es decir, desde que se produjo la sublevación del 18 de julio hasta el final de la batalla del Ebro, un total de unos 35.000 a 40.000 voluntarios extranjeros lucharon en las filas del Ejército republicano. Procedían en su gran mayoría de Europa y del hemisferio occidental en general, y representaban en su conjunto a más de cincuenta naciones distintas y a todos los continentes y archipiélagos del mundo.

La formación de las Brigadas Internacionales es un hecho sin par en la historia universal. Puñados de voluntarios extranjeros habían luchado anteriormente en la Revolución americana de 1776, en la guerra por la independencia de Grecia en 1820 y en las diferentes revoluciones que estallaron en 1884. Un pequeño número de extranjeros también participó en la Revolución rusa de 1917 y lo mismo puede decirse de la revolución que tuvo lugar en China a mediados de los años 20 de este siglo. Sin embargo,


Keystone Rafols

nunca hasta entonces se había dado, ni desde entonces se ha vuelto a dar, el hecho de que decenas de miles de hombres viajaran miles y miles de kilómetros, sin pasaporte y contra la voluntad de sus respectivos gobiernos, para luchar por los derechos democráticos de otro pueblo.

Esta muestra única, esta conjunción de un espíritu voluntario de sacrificio que dio lugar a la afluencia masiva de combatientes extranjeros en España, sólo se puede entender a la luz de la situación internacional de los años 30. Entonces el mundo capitalista pasaba por la peor de sus depresiones cíclicas, y ni en los países democráticos ni bajo los regímenes autoritarios se vislumbraba ninguna solución de largo alcance para el paro masivo y para la gravísima desigualdad que existía en la distribución de la riqueza. Aunque todavía no se había convertido en una potencia industrial de primer orden, la Rusia soviética ofrecía un ejemplo de planificación social y de preocupación por las necesidades materiales básicas de los seres humanos, algo que no existía en absoluto en los países capitalistas desarrollados.

La situación internacional

La década de los 30 también se caracterizó por una fuerte tendencia a los compromisos ideológicos. En la izquierda, había pequeños pero combativos partidos comunistas que creían que la crisis capitalista estaba creando las condiciones necesarias para llevar adelante una revolución universal de tipo soviético. Los socialistas, por su parte, estimaban que los fracasos del capitalismo, sumados a la competencia que ofrecía el ejemplo soviético, producirían numerosas victorias electorales socialistas y, por lo tanto, les brindarían la oportunidad para realizar una transformación socialista democrática en los países capitalistas avanzados. Aunque en el resto de Europa no era ni aproximadamente tan poderoso como en España, el anarquismo junto a otros grupos libertarios y a diversos movimientos comunistas heterodoxos, psicológicamente afines al anarquismo español, compartía con éste la unánime fe izquierdista en esa futura revolución que reemplazaría al capitalismo de entonces por una sociedad sin clase y socialmente justa. Por otra parte, en la derecha existía una fuerte corriente de rigor ideológico contra el comunismo, al igual que una generalizada oposición, a veces de carácter religioso, a veces de carácter secular, contra cualquier transformación social que pudiera amenazar el poderío de las clases dominantes. Estos importantes compromisos políticos fueron encarnados y asumidos por el régimen fascista de Benito Mussolini, en Italia, y por otros muchos dictadores en Europa Central y Oriental, como por ejemplo en Polonia, en Austria, en Hungría y en los Países Balcánicos.

El 30 de enero de 1933, el más violento de estos dictadores derechistas se hizo con el poder en el mayor país de Europa: Alemania. En pocos meses, Hitler destruyó las bases de la República alemana, con su Parlamen-

Los cinco comandantes

Las cinco Brigadas Internacionales estaban bajo el mando de experimentados militares que habían luchado en diversas partes del mundo. Todos ellos eran comunistas, aunque ninguno había nacido en la Unión Soviética.

El comandante en jefe de la brigada XI, conocido por el nombre de Emil Kleber, era un austríaco o un húngaro de origen judío llamado Lazar Fakeete o Lazar Stern. Durante la Primera Guerra Mundial, Kleber fue capitán del Ejército austríaco. Capturado por los rusos y enviado a un campo de prisioneros de Siberia, fue puesto en libertad al estallar la Revolución de Octubre, peleó en la guerra civil rusa y luego fue uno de los comandantes del Ejército revolucionario húngaro durante el fugaz Gobierno de Bela Kun. Kleber estudió en la academia militar Frunze de Moscú, combatió después en la Revolución china y más tarde llegó a ser general del Ejército soviético del Lejano Oriente. Llegó a España con un pasaporte canadiense falsificado por el servicio secreto soviético y fue el protagonista de una leyenda, probablemente apócrifa, según la cual se trataba de un aventurero canadiense, militar de oficio, que había formado parte de la «guardia blanca» zarista en la primera fase de la guerra revolucionaria soviética para convertirse más tarde al bolchevismo.

El comandante en jefe de la brigada XII, conocido por el nombre de general Luckács, era un húngaro llamado Mate Zalka, que había sido capturado por los rusos en 1916. Al estallar la Revolución de Octubre, Luckács se había unido a los bolcheviques, convirtiéndose luego en ciudadano soviético. Su espíritu aventurero le había llevado a pelear en la Turquía de Kemal Ataturk y en China durante la primera revolución.

El general «Gómez», de la brigada XIII, fue oficial del Ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial. Su nombre verdadero era Wilhelm Zaisser. En 1918, se había pasado con sus tropas al campo bolchevique y después se había graduado en la academia Frunze.

El general «Walter», de la brigada XIV, era un comunista polaco, llamado Karol Swierczewski, que posteriormente sería ministro polaco de Defensa, en 1945, para morir dos años más tarde cuando combatía contra las guerrillas anticomunistas en su Polonia natal.

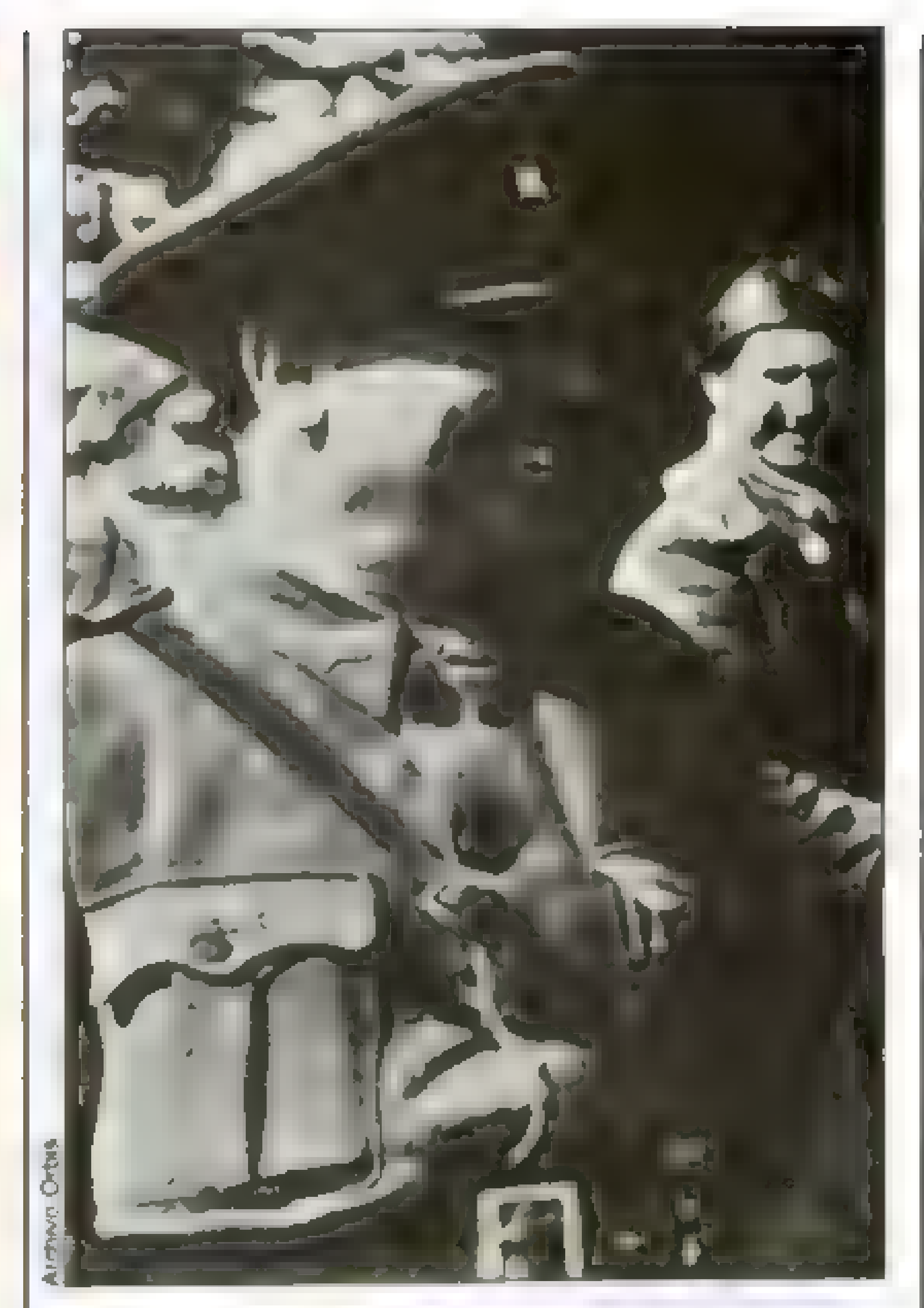
Por último, el general «Gal» de la brigada XV era un comunista húngaro llamado Janos Galicz que se había convertido en ciudadano soviético y que había sido enviado a España con el rango de coronel del Ejército de la URSS.

to, su libertad de prensa y su larga tradición sindical. Hitler hizo detener a miles de sus compatriotas, mientras sus tropas de asalto, de corte gangsteril, apaleaban y asesinaban a cientos de comunistas, socialistas, líderes sindicales, periodistas liberales o de izquierda, estudiantes e intelectuales. Hitler tenía la intención de aniquilar a los judíos, a los que consideraba una raza inferior que estaba contaminando la sangre teutona, y repetidas veces anunció que el «bolchevismo» debía ser destruido y que Alemania se extendería militarmente hacia «oriente», es decir, tomando por la fuerza y «repoblando» la república soviética de Ucrania. Con su ejemplo, Hitler envalentonó a otros dictadores menos poderosos, como el canciller austríaco Engelbert Dollfuss, que en febrero de 1934 desmanteló la Casa del Pueblo de los trabajadores socialistas de Viena, y como Mussolini, que en el verano de 1935 se lanzó a la conquista de Etiopía. Las democracias europeas tenían de qué preocuparse.

Los Frentes Populares

En la reacción de las democracias ante estos desmanes se mezclaban las protestas formales con algunas preocupaciones humanitarias y con el deseo de no irritar a los dictadores, ante el temor de producir una guerra. Además, había poderosos sectores de las clases dominantes de las democracias occidentales que compartían la ideología anticomunista del régimen nazi y de los fascistas italianos. Estos sectores habrían aplaudido a Hitler si éste se hubiera lanzado a la destrucción de la Unión Soviética dejando en paz a sus vecinos de Occidente. Sería difícil exagerar el sentimiento de vergüenza e impotencia que existía entre las fuerzas liberales y de izquierda ante la evidencia de tanta ceguera en relación con su propio destino inmediato, como la que demostraban quienes apoyaban la política del «apaciguamiento».

La única esperanza de resistir frente a un fascismo sádico y agresivo parecía apoyarse en una cooperación activa


Archivo Orbis


Archivo Orbis


Archivo Orbis

Arriba, el general húngaro Mate Zalka, más conocido por Luckács, comandante en jefe de la brigada XII; en el centro, el general Emil Kleber, jefe de la brigada XI, que fue purgado por el propio Josiff Stalin; abajo, el general Hans Kahle, que sustituyó a Kleber al frente de la brigada XI.

PRIMO ANNIVERSARIO DELLE BRIGATE INTERNAZIONALI

LE VOLONTAIRE DE LA LIBERTÉ

organe des brigades internationales

14 Ottobre 1936-1937 - Avanti, fino alla vittoria finale!

Archivo Orbis

A la izquierda, la edición italiana de Le volontaire de la Libertè (órgano de difusión de las Brigadas Internacionales), del 14 de octubre de 1937, que conmemora el primer aniversario de la constitución de las huestes antifascistas.



Archivo Orbis

Abajo, los brigadistas norteamericanos desfilan ante el Palacio de Consejería de Gobernación de la Generalitat, a su llegada a Barcelona, el 6 de enero de 1937; la presencia de los estadounidenses causó viva impresión.

entre las democracias occidentales y las fuerzas soviéticas. Internacionalmente, esto habría conducido a la «seguridad colectiva», una forma de alianza militar defensiva para prevenir cualquier posible agresión por parte de las potencias fascistas. Desde el punto de vista nacional, esta alianza habría conducido a la creación de «frentes populares» que incluyeran a reformistas, comunistas y socialistas. El Frente Popular triunfó en España, en febrero de 1936, y después en Francia, en junio de ese mismo año. Pero, los sentimientos antisoviéticos eran demasiado poderosos entre las clases dominantes británica y francesa como para que la seguridad colectiva pudiera llegar a convertirse alguna vez en una realidad.

Actividad europea tras el alzamiento

En estas circunstancias, con la depresión mundial, con el ambiente cargado de presiones ideológicas bajo la agresión fascista y con las democracias divididas entre la política del apaciguamiento por un lado y los frentes populares por otro, estalló la Guerra Civil española. Tras el alzamiento, el general Francisco Franco, líder de la tendencia militar derechista, acudió inmediatamente a los gobiernos fascistas de Italia y de Alemania para pedirles ayuda militar, mientras que el Gobierno republicano del Frente Popular se dirigió, por su parte, a buscar el socorro de Francia y de los países democráticos en general.

En los meses siguientes, principalmente bajo el liderazgo británico, las democracias occidentales llevaron adelante una política de «no intervención», que de hecho impidió que la República pudiera adquirir las armas que necesitaba para defenderse. Italia y Alemania enviaron grandes cantidades de suministros al general Franco, desde el inicio de las hostilidades, y no dejaron de ayudarlo a lo largo de toda la guerra, a pesar de haber firmado un acuerdo oficial en favor de la no intervención. La Unión Soviética, que también firmó un acuerdo en pro de la no intervención, envió alimentos y medicinas a las fuerzas republicanas desde el principio de la guerra, y suministró importantes cantidades de armas a partir de octubre de 1936.

Motivaciones de un brigadista

«Los hombres que fueron a luchar a España lo hicieron por muchas causas, pero detrás de casi todos ellos existía una misma inquietud, una misma soledad. En el campo de batalla, estos hombres estaban dispuestos a luchar como demonios, con la desesperación de un carácter forjado en hierro. En su conversación, sin embargo, aparecía algo nuevo y distinto. Yo mismo sabía que los acontecimientos de España coincidían con una compulsión, largamente sentida, para terminar la destrucción de las enseñanzas que había recibido en la juventud. Había dos motivos fundamentales que me impelían a ir a España: tratar de autointegrarme y entregar toda mi fortaleza individual en la lucha contra nuestros eternos enemigos: los opresores. Y la validez de esta segunda causa no se veía disminuida por el hecho de ser algo más débil que la primera, ya que ambas eran parte de la misma cosa. En aquellos momentos de mi desarrollo humano, me era necesario trabajar dentro de un gran cuerpo de hombres, sumergiéndome en aquella masa, sin buscar ni distinciones ni preferencias. De este modo, pensaba obtener auto-disciplina, paciencia e inquietud —lo contrario de lo que da una larga educación de clase media—, para construir una vida que estuviera involucrada realmente en las vidas de otros hombres y en las circunstancias mundiales que los envolvían. Hay mucha sabiduría en los viejos refranes: para una enfermedad desesperada, un remedio desesperado.»

(*FUENTE: Alvah Bessie:* Motivation of Internationals)

Una pequeña columna de internacionales se dirige a uno de los frentes de combate

Los primeros brigadistas

En cuanto a las Brigadas Internacionales, lo primero a señalar es que ya a mediados de agosto de 1936 había varios cientos de voluntarios enrolados en las filas del Ejército republicano que combatía en el frente de Aragón. Muchos de estos voluntarios se encontraban en Barcelona, para tomar parte en las «olimpíadas populares», cuando se produjo el alzamiento del 18 de julio. Dichas olimpíadas eran la respuesta anti fascista a los Juegos Olímpicos oficiales, que tenían lugar en la Alemania nazi en aquellos mismos momentos. Muchos otros voluntarios entraron en España por Cerbère y por Hendaya, sin que la policía francesa interfiriera para nada. La mayoría de estos voluntarios carecía de uniformes y no tenía otras armas que algunos rifles de caza. No se les practicó ninguna revisión médica ni se verificó su experiencia militar. Tampoco se indagó sobre su fiabilidad personal o política. Los voluntarios extranjeros simplemente llegaron a España y marcharon a luchar codo con codo, integrados en las columnas de voluntarios antifascistas que partían de Barcelona hacia el frente de Aragón.

El 4 de septiembre, el líder sindical socialista Francisco Largo Caballero sustituyó al republicano de izquierda José Giral en el cargo de primer ministro. El gabinete ministerial de Largo Caballero estaba integrado por republicanos, socialistas y comunistas a los cuales se unirían en noviembre algunos anarquistas. Entretanto, en el plano militar, los generales Franco y Mola se aproximaban a toda marcha hacia Madrid desde el sudoeste de la Península y desde el norte de la misma, y a finales de octubre parecía muy probable que la capital cayera en sus manos. Entonces el final de la Guerra Civil sólo sería cuestión de algunas semanas. Para evitarlo la República necesitaba ayuda externa, pero no había ninguna potencia en el mundo, a excepción de la Unión Soviética, que deseara contrarrestar la ayuda militar masiva que Italia y Alemania le brindaban a Fran-



co. Fue en esas circunstancias que los comunistas, que habían demostrado su eficacia con la organización del 5.º Regimiento, urgieron a Largo Caballero para que les autorizara a formar unidades internacionales, que podían recibir un período de entrenamiento militar para luego ser integradas gradualmente en el Ejército republicano.

La instrucción de los brigadistas

La base de suministros y de entrenamiento se estableció en Albacete, el 22 de octubre, con el republicano Martínez Barrio como principal representante del Gobierno. La labor de organización más destacada fue la que realizaron los comunistas franceses André Marty y Lucien Vidal y los italianos Palmiro Togliatti («Ercoli»), Vittorio Vidali («Carlos Contreras») y Luigi Longo («Gallo»). Estos hombres fueron los encargados de organizar y levantar los cuarteles de entrenamiento (en los barracones para dormir no había ropa de cama y apenas si existían unas rudimentarias instalaciones sanitarias), supervisar la instrucción (que constaba de numerosas prácticas de marcha, camuflaje, etc.) e interrogar personalmente a los reclutas para tratar de desprenderse de los alcohólicos, de descartar a los aventureros y también para apartar a todos los que mostraban reticencia a dejarse dirigir por comunistas.

Entre finales de octubre de 1936 y principios de enero de 1937, que es el período en que Madrid pasó los mayores apuros, los organizadores de las Brigadas Internacionales dieron instrucción militar a unos quince mil voluntarios. Las nuevas brigadas estaban formadas por unos dos mil quinientos o tres mil hombres cada una, y fueron numeradas del XI al XIV, para dar la impresión de que eran más numerosas de lo que en realidad eran. Hasta cierto punto, aunque de ningún modo de forma consistente, los hombres que llegaban de voluntarios a España eran agrupados por unidades lingüísticas, según fueran franceses, alemanes, italianos o eslavos.

Alberti y las Brigadas Internacionales

La actuación de las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil ha dado lugar a numerosas obras artísticas y literarias. Pintores, escultores, escritores y poetas de todo el mundo han plasmado con su pincel o con su pluma el heroico sacrificio de unos hombres que voluntariamente entregaron su vida por la libertad y la democracia en España. Este poema de Rafael Alberti refleja la visión del poeta y su homenaje a los brigadistas:

«Venís desde muy lejos... Mas esta lejanía,
¿Qué es para vuestra sangre, que canta sin fronteras?
La necesaria muerte os nombra cada día,
no importa en qué ciudades, campos o carreteras.

De este país, del otro, del grande, del pequeño, del que apenas si
al mapa da un color desvaído,
con las mism[illegible] raíces que tiene un mismo sueño
sencillamente anónimos y hablando habéis venido.

No conocéis siquiera ni el color de los [illegible]
que vuestro infranqueable compromiso amuralla.
La tierra que os entierra la defendéis, seguros,
a tiros con la muerte vestida de batalla.

Quedad, que así lo quieren los árboles, los llanos,
las mínimas partículas de la luz que se reanima
un solo sentimiento que el mar sacude
¡Hermanos!
Madrid con vuestro nombre se agranda y se ilumina.»

(*FUENTE:* A las Brigadas Internacionales. *Rafael Alberti*)



Los jefes supremos de las Brigadas Internacionales, André Marty (izquierda) y Luigi Gallo (centro), dialogan con Vittorio Vidali, el célebre «comandante Carlos», quien posteriormente sería senador por el Partido Comunista en su país, Italia; todo el peso de la organización de las Brigadas Internacionales estaba en manos de dirigentes o militantes comunistas, quienes, siguiendo órdenes de Stalin, monopolizaron totalmente el poder político y militar.

Los brigadistas entran en combate

Ya el 8 de noviembre de 1936, la brigada XI luchaba junto a las tropas españolas cerca del Puente de los Franceses, en la Casa de Campo y especialmente en la Ciudad Universitaria, para tratar de frenar el avance de los insurgentes en los aledaños de Madrid. Hacia el 18 de noviembre, probablemente la mitad de los voluntarios habían muerto en los feroces combates que se llevaban a cabo de árbol a árbol y casa por casa. La brigada XII fue enviada en principio al Cerro de los Ángeles, para ser transferida a la Ciudad Universitaria, donde el 18 de noviembre tuvo lugar el principal asalto por parte de los nacionalistas. A finales de diciembre, la brigada XIII se hallaba tratando de poner cerco a Teruel, pero éste resultó infructuoso. Entonces, debió pasarse todo el resto del invierno (vestidos sus hombres con uniformes de verano) defendiendo los pasos de Sierra Nevada contra un posible avance de los nacionalistas hacia Almería. La brigada XIV participó en una cruenta batalla, en la que sufrió grandes bajas y que motivó muchas sospechas sobre una posible traición. Esta batalla tuvo lugar en las cercanías de Andújar, a finales de diciembre, y en enero la brigada XIV fue enviada para unirse a la defensa de Madrid, en las batallas que ocurrieron a lo largo de la carretera de La Coruña.

A finales de enero se formó la brigada XV, en la que estaban incluidos los voluntarios recién llegados de Estados Unidos y Canadá. También formaban parte de esta brigada varios cientos de voluntarios ingleses e irlandeses, numerosos reclutas belgas y franceses y dos batallones de soldados españoles. La brigada XV fue lanzada al combate a orillas del Jarama, el 12 de febrero de



Célebre cartel del pintor catalán Joan Miró, convertido luego en sello postal, que exhorta al pueblo francés para que brinde su ayuda a España durante la Guerra Civil.

1937, donde murieron por lo menos la mitad de sus miembros, en sólo una semana, empeñados en un desesperado y triunfal esfuerzo para impedir que los nacionalistas cortaran la carretera de Madrid a Valencia. Luego, durante los 10 días de la batalla de Guadalajara, que tuvo lugar entre el 8 y el 18 de marzo, las brigadas XI y XII lucharon junto al Ejército republicano recientemente organizado. Algo a destacar de esta batalla fue el uso de altavoces por parte del batallón Garibaldi, para aconsejar que desertaran a sus «hermanos explotados» de las unidades regulares del Ejército italiano que se encontraban en la trinchera enemiga. Los republicanos hicieron entre 500 y 600 prisioneros italianos, pero es imposible saber en qué medida se debió esta detención masiva a la propaganda de los altavoces, y en qué medida fue consecuencia del desastre militar que significó esta batalla para los nacionalistas en general y para las tropas italianas en particular.

Organización de las Brigadas

A mediados de marzo de 1937, las cinco Brigadas Internacionales ya habían participado con un papel protagónico en la defensa de Madrid y en la resistencia contra el avance nacionalista en Andalucía. Para estas fechas, es probable que la mitad por lo menos de los 15.000 hombres que habían sido entrenados en Albacete en los dos últimos meses ya hubieran muerto en combate. Pero la afluencia de voluntarios, organizada y políticamente controlada por los comunistas, se prolongó hasta mediados de 1938, habiendo alcanzado hasta un total de entre 35.000 y 45.000 hombres a lo largo de toda la guerra, con un máximo de unos 12.000 soldados en acción al mismo tiempo.

Las batallas del Jarama y Guadalajara habían demostrado una rápida mejora en el sistema de organización, en la disciplina y en la estrategia elaborada por los estados mayores del Ejército republicano. Las Brigadas Internacionales se integraban cada vez más al Ejército nativo y desde mediados de 1937 hasta finales de la guerra el personal de las brigadas en conjunto pasó a ser mayoritariamente español, superando a menudo el cincuenta por ciento del total. Por este motivo, el idioma oficial de las brigadas fue a partir de entonces el español.

En Brunete, desde el 6 al 19 de julio, entre 5.000 y 6.000 brigadistas extranjeros participaron en la ofensiva republicana, a la que se lanzaron más de 100.000 hombres armados. En Quinto y en Belchite, desde el 24 de agosto hasta mediados de septiembre de 1937, la República realizó sus últimos intentos para romper las líneas relativamente débiles que los nacionalistas habían establecido en Aragón. Las unidades de combate estuvieron formadas por cuatro divisiones organizadas, como el 5.° cuerpo de Ejército bajo el mando del general español Juan Modesto. Las divisiones 11 y 46, a las órdenes de Enrique Líster y de «el Campesino», respectivamente, estaban integradas por españoles en su totalidad. La división 35, comandada por el general polaco «Walter», era en sus dos tercios española, e incluía las Brigadas Internacionales XI y XV. La división 45, al mando del general Kleber, también estaba formada por españoles en más de un cincuenta por ciento, y la integraban las Brigadas Internacionales XII y XIII. En la batalla de Teruel, que transcurrió entre el 15 de diciembre de 1937 y el 12 de febrero de 1938, la ofensiva inicial y la toma de la ciudad fueron obra exclusiva de divisiones españolas. Los voluntarios extranjeros volvieron a entrar en combate en las últimas semanas, cuando los nacionalistas habían empezado a recuperar la ciudad. Finalmente, en la última ofensiva republicana, la batalla del Ebro, del 24 de julio al 15 de noviembre de 1938, participaron quizá unos 10.000 voluntarios extranjeros dentro de un Ejército integrado por más de 100.000 hombres. La división 35 incluía las brigadas XI, XIII y XV, que entonces ya eran mayoritariamente españolas, y estaba bajo el mando del general Merino. La división 45, al mando del general Hans Kahle, incluía a las brigadas XII y XIV.

Los judíos y las Brigadas Internacionales

El predominio del antisemitismo, públicamente en la Alemania nazi y también, aunque de modo encubierto, en todo el resto de Europa y en Estados Unidos, hizo que los judíos, en la década de los 30, se volvieran particularmente sensibles contra las acusaciones de no querer integrarse de lleno y patrióticamente en los países donde vivían. Por esto, muchos de ellos al integrarse como voluntarios en las Brigadas Internacionales se identificaban como alemanes, ingleses, americanos o canadienses y omitían su condición de judíos. Después de 1955, la situación cambió. Los judíos, entonces, se vieron acusados de pasividad, de masoquismo, de no haber sabido ofrecer bastante resistencia a los nazis cuando los trasladaban como ganado a los campos de exterminio. En los años 60, los veteranos de guerra judíos hicieron cuestión de honor el hecho de demostrar la importante contribución de su pueblo en favor de la resistencia armada contra el fascismo. Según las cifras más al día, es probable que un 20 por ciento del total de los voluntarios de las Brigadas Internacionales que participaron en la Guerra Civil española, así como gran parte de sus jefes y oficiales, fueran judíos.



Archivo Orbis

Sobre estas líneas, dos prisioneros judíos encuadrados en las Brigadas Internacionales que fueron capturados en abril de 1938 en el frente de Aragón.

En esta página, arriba, la comisión encargada de inspeccionar la retirada de los voluntarios extranjeros saluda la marcha de los brigadistas.

En la página siguiente, arriba, intelectuales antifascistas entre los que destacan Rafael Alberti y José Bergamín, durante un mitin en Madrid; abajo, Vittorio Vidali en su despacho, bajo la atenta mirada de Stalin.



La disolución de las Brigadas Internacionales

A finales de octubre de 1938, el Gobierno republicano desmanteló las Brigadas Internacionales, en un esfuerzo por presionar al Comité de No Intervención para que obligara a Mussolini a retirar a sus hombres del frente nacionalista. Un conmovedor desfile de despedida tuvo lugar en Barcelona el 15 de noviembre, en presencia del presidente Azaña, del primer ministro Negrín y de Luis Companys, presidente de la Generalitat. En el transcurso de unos pocos días a partir de esta fecha, el Comité de la Liga de Naciones registró la salida de España de más de 12.000 brigadistas. Todavía quedaban dentro del Ejército republicano unos pocos miles de voluntarios extranjeros, que ayudaron a cubrir la retirada final desde Barcelona hasta la frontera francesa. Sin embargo, el papel de las Brigadas Internacionales ya había terminado con la batalla del Ebro.

La Unión Soviética y la Guerra Civil

Probablemente, el aspecto más interesante, y sin duda el más controvertido, de la historia de la Brigadas Internacionales es el de la naturaleza de su liderazgo político y militar, y también de la forma en que dicho liderazgo influyó en la conducción de la guerra por parte de los republicanos. Como ya hemos señalado, la base de instrucción de Albacete estaba dominada por comunistas franceses e italianos. Los comandantes militares de las cinco brigadas eran todos comunistas aunque ninguno de ellos fuera ruso de nacimiento. Al colocar a las cinco brigadas bajo el mando de comunistas veteranos, que no eran rusos nativos y que tenían oculta bajo un seudónimo su verdadera identidad, el comunismo internacional practicaba una política militar que había sido acordada por todos los distintos partidos comunistas europeos. La ayuda material soviética podía ser enviada abiertamente, porque las circunstancias la justificaban. Incluso era un motivo de orgullo para la Unión Soviética, ya que se trataba del único socorro importante que recibía un gobierno democrático para defenderse de una junta militar armada y pertrechada por la Italia fascista y por la Alemania nazi. Pero, de todos modos, los soviéticos querían minimizar su intervención militar directa en la Guerra Civil española: de ahí que emplearan a comunistas no rusos para ponerlos en los cargos que podían verse expuestos a una mayor publicidad, como era el caso de los comandantes en jefe de las Brigadas Internacionales. Y tanto los soviéticos como los demás partidos comunistas estaban ansiosos por poner de relieve el amplio espectro que abarcaba el Frente Popular y demostrar a los gobiernos de Europa Occidental que la defensa de la República española era la defensa de la democracia pluralista, y no el preludio de una revolución dirigida por los soviets.

La identidad de los brigadistas

La gran mayoría de los voluntarios extranjeros de las brigadas también tenían buenas razones para esconder,





o por lo menos para enmascarar parcialmente, su identidad y su afiliación política. Los antifascistas italianos y alemanes, así como los nativos de Europa Central y Oriental, estaban en peligro directo de caer asesinados por agentes de sus propios gobiernos derechistas. Un peligro semejante lo corrían los socialistas, los anarquistas y los comunistas y marxistas disidentes de los mencionados países europeos. En el caso de los voluntarios procedentes de Europa, de Norteamérica y de América Latina, es muy difícil saber exactamente cuántos eran comunistas de verdad, y hasta qué punto su militancia hubiera pesado de haberse integrado en las brigadas. Muchos nombres de batalla eran seudónimos, que se usaban para protegerse en países como Estados Unidos, donde existía una fuerte presión social contra el comunismo y donde a los comunistas se les veía como a una especie de leprosos. Informes relativos a los miembros del partido eran inflados y exagerados sistemáticamente tanto por los servicios de inteligencia y contraespionaje como por los propios y entusiastas miembros del partido. Mucha gente se unió al partido como demostración de gratitud y de admiración por haber sido los comunistas los que dirigieron la única resistencia activa contra la agresión fascista en España. Un alto porcentaje de los brigadistas que sobrevivieron a la Guerra Civil española abandonaron el partido entre los años 1939 y 1941, a causa de la firma por Stalin del tratado de cooperación nazi-soviético.



Cementerio de las Brigadas Internacionales en Fuencarral.

Archivo Orbis

Composición política de las Brigadas Internacionales

Convendría señalar que existen muchos y contradictorios motivos que hacen imposible una estimación numéricamente fidedigna respecto a la identidad y a la filiación política de los brigadistas. En este caso, ¿qué se puede decir a grandes rasgos sobre la composición política y sobre el papel que desempeñaron las Brigadas Internacionales? Los hombres que las formaban representaban, por sí mismos, exactamente la misma alianza de partidos democráticos y partidos revolucionarios que integraban el Frente Popular. Y al igual que ocurría en este último, la causa que unía a los brigadistas dentro de la heterogeneidad de sus creencias políticas —reformistas, marxistas, anarquistas— era la lucha de todos ellos contra el fascismo. En su mayoría, los voluntarios extranjeros eran individualistas feroces en su vida privada, pero las condiciones de la guerra les hacía aceptar de buena gana la organización, la disciplina y el liderazgo militar que les imponían los comunistas.

El Gobierno republicano, tanto bajo la primacía de Largo Caballero (desde septiembre de 1936 hasta mayo de 1937), como cuando el primer ministro era Juan Negrín (desde mayo de 1937 hasta marzo de 1939), estaba perfectamente al tanto de que eran los comunistas quienes mandaban en las Brigadas Internacionales. La negativa de Largo Caballero a reconocer el derecho de los comunistas a perseguir a los otros elementos que integraban el Frente Popular fue un factor importante en su obligada renuncia al cargo de primer ministro. Negrín, por su parte, aceptó la interferencia política de los comunistas como un precio desagradablemente oneroso pero necesario para preservar la única ayuda importante que recibía la República desde el exterior (es decir el apoyo logístico de la Unión Soviética).

Importancia de las Brigadas Internacionales

La actuación de las brigadas fue crucial en la defensa de Madrid, especialmente en los combates por la conquista de la Ciudad Universitaria y en la batalla que tuvo lugar en la carretera de La Coruña en enero de 1937. También contribuyeron de manera decisiva en la batalla del Jarama y en la victoria de Guadalajara. Otra cosa que hay que resaltar es la importancia que tuvieron los brigadistas, tanto como fuerza de choque como cuando actuaban como unidades defensivas de élite, dentro de los Ejércitos republicanos reorganizados y dirigidos por españoles que combatieron en las batallas de Brunete, de Teruel y del Ebro. Resulta muy difícil determinar exactamente la verdadera importancia de las Brigadas Internacionales, ya que sus actividades recibieron una atención periodística muy superior a las de las otras tropas participantes, y también porque abundan las memorias personales escritas por antiguos voluntarios brigadistas.

En el transcurso de las fases de calma en los combates, es decir en los respiros que tuvieron a lo largo de la guerra, los brigadistas internacionales se dedicaron a colaborar en la plantación y en la recolección agrícola del lugar en el que se hallaban y contribuyeron tanto con su trabajo como con el dinero de su paga en beneficio de los hospitales y escuelas. Más allá de la importancia militar que tuvieran, lo mejor que se puede decir de los voluntarios extranjeros es que sus orígenes, tan dispersos, y su espíritu desinteresado de sacrificio significaron un tremendo impacto tanto entre la milicia como entre la población civil de la República española.

Hitler y Mussolini ayudan a Franco

Alemanes e italianos en España

Pelai Pagés,
historiador

Al estallar la Guerra Civil, el equilibrio de fuerzas existente entre los bandos contendientes dio a las negociaciones internacionales para conseguir ayuda militar una importancia decisiva. Y mientras los republicanos chocaban contra el muro de la «no intervención», escrupulosamente respetado por los países democráticos del área —Francia e Inglaterra—, los nacionalistas conseguían el apoyo de Alemania e Italia, traducido primero en armamentos y luego en efectivos militares. Así nacieron la Legión Cóndor y el *Corpo Truppe Volontarie* (CTV), que tendrían un peso decisivo en la contienda.

La ayuda militar prestada a Franco por Alemania e Italia, que se tradujo en grandes contingentes de tropas además de gran cantidad de armamento y, fundamentalmente, aviones, rompió el equilibrio de la guerra. En la fotografía, la Legión Cóndor es homenajeada por Hitler a su regreso de España



Keystone/Rafols

El tratado secreto entre Franco y Mussolini

El 28 de noviembre de 1936, el Gobierno fascista italiano y el Gobierno de Franco firmaron un tratado secreto que ha sido considerado como el acuerdo más importante a que llegaron Benito Mussolini y el general Francisco Franco durante la Guerra Civil. Este tratado confería importantes derechos a los italianos, cuyo cumplimiento durante la Segunda Guerra Mundial Franco logró evitar con mucha pericia. Extraemos los párrafos más importantes y significativos del tratado:

«El Gobierno fascista y el Gobierno nacional español, unidos en solidaridad en el combate común contra el comunismo, que en el momento actual más que en ningún otro amenaza a la paz y la seguridad de Europa, animados por el deseo de desarrollar y reforzar sus propias relaciones y de fomentar con todas sus fuerzas la estabilización social y política de las naciones europeas, han examinado detalladamente las cuestiones que afectan a los dos Estados por conducto de sus respectivos representantes en Roma y en Burgos, y han convenido en los siguientes puntos:

»1. El Gobierno fascista prometerá en el futuro al Gobierno español su apoyo y su ayuda para la conservación de la independencia y la integridad de España, incluidos tanto su territorio metropolitano como sus colonias, así como para el restablecimiento del orden social y político en el propio país. En el futuro, organismos técnicos de ambas partes mantendrán contactos con este fin.

»2. Convencidos de que una estrecha colaboración entre ellos será útil a ambos países, así como al orden político y social en Europa, el Gobierno fascista y el Gobierno nacional español mantendrán estrechos contactos entre sí y concertarán sus acciones sobre todas las cuestiones de interés común, especialmente sobre las relativas a la parte occidental del Mediterráneo, en relación con las cuales puede resultar necesario coordinar sus acciones respectivas. Se prestarán uno al otro apoyo mutuo en la defensa efectiva de sus intereses comunes.

»3. Cada uno de los Gobiernos se compromete a no participar en ninguna otra agrupación de Potencias, ni acuerdo entre Potencias, que pueda ir dirigida contra la otra parte, y no contribuirá directa ni indirectamente a medidas de carácter militar, económico o financiero, dirigidas contra una de las partes contratantes (...).

»4. (...) En caso de que una de las partes contratantes se encuentre implicada en un conflicto con una o más Potencias, o si se aplican medidas colectivas de carácter militar, económico o financiero contra cualquiera de las partes, el otro Gobierno se compromete a adoptar hacia el primero de los Gobiernos mencionados una actitud de neutralidad benévola, garantizarle los suministros necesarios, poner a su disposición todas las facilidades, la utilización de puertos, de líneas aéreas, de ferrocarriles y de carreteras así como a mantener relaciones comerciales indirectas.

»5. Con este objetivo, los dos Gobiernos creen que merece la pena establecer, de modo que entre en vigor en cuanto se logre la paz, el método que se adoptará para la explotación de sus propios recursos económicos, en especial las materias primas y los medios de comunicaciones. (...).

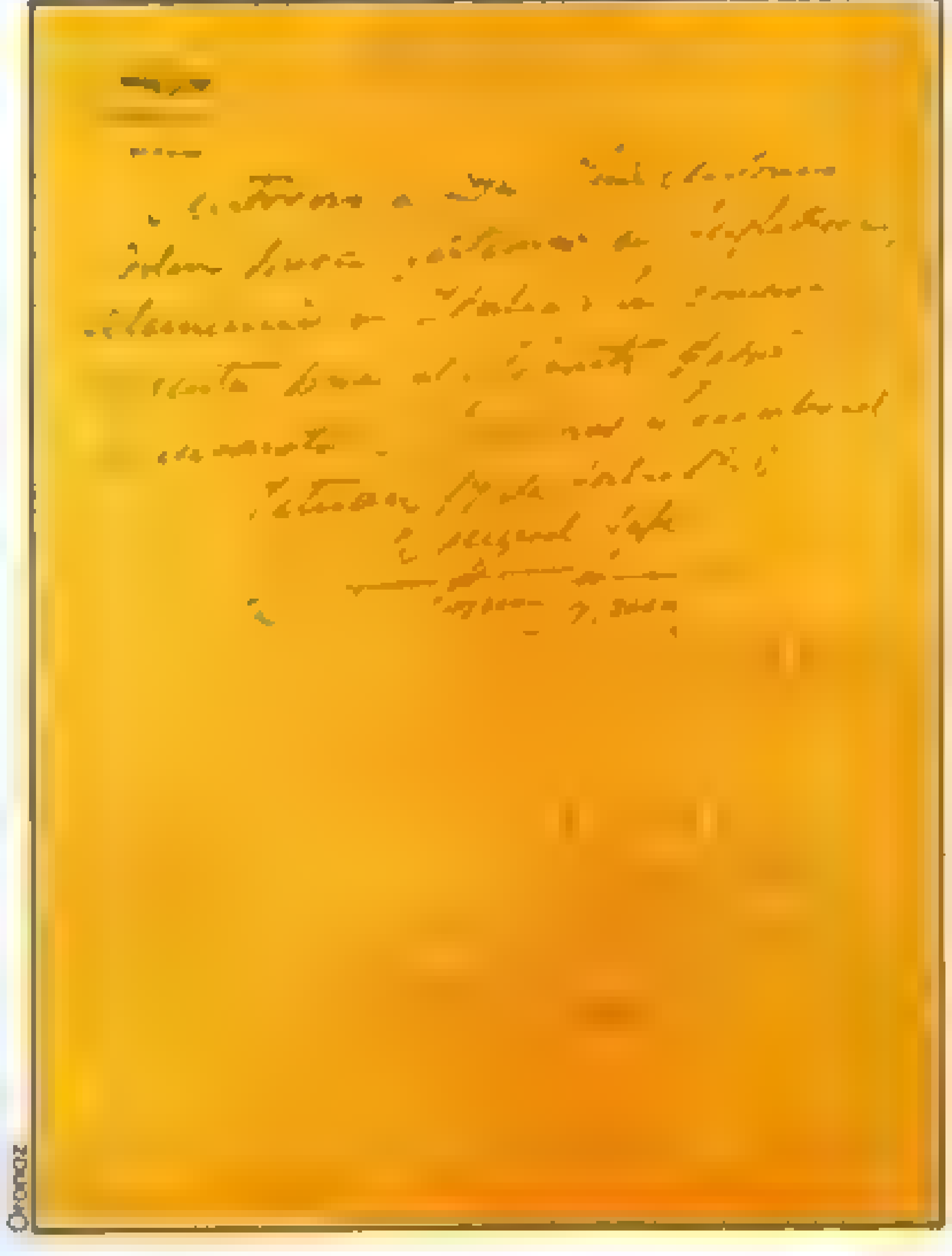
»6. El Gobierno fascista y el Gobierno nacional español consideran posible y acorde con los intereses de ambas partes desarrollar en todo lo posible todas las formas de relaciones económicas y de comunicaciones marítimas y aéreas. Con este objetivo, y habida cuenta de sus relaciones especialmente amistosas, se conceden mutuamente todas las facilidades posibles para el intercambio de mercancías, para la marina mercante y para la aviación civil.»

En esta página, arriba, Benito Mussolini, que el 28 de noviembre de 1936 firmó un tratado secreto con el Gobierno de Burgos que resultaba favorable a los intereses italianos, pero cuyo cumplimiento Franco logró evitar tras la Guerra Civil.

En esta página, abajo, documento firmado por los generales Francisco Franco y José Sanjurjo para gestionar la compra de armamento en Italia, Alemania o Gran Bretaña, el 19 de julio de 1936, a pocas horas de iniciada la sublevación militar.

En la página siguiente, tropas italianas cerca de Mambroca, en la provincia de Toledo; el Corpo Truppe Volontarie tuvo una destacada actuación en la Guerra Civil española y, tras un primer descalabro en la batalla de Guadalajara, participó con éxito considerable en la campaña del Norte y en la batalla del Ebro. En contra de lo que muchas veces se ha dicho, la contribución italiana al triunfo de Franco fue, en ciertos casos, más importante que la prestada por la Alemania de Hitler





El inicio de la Guerra Civil española representó, en la crisis mundial de los años treinta, un nuevo elemento de tensión que amenazaba con romper el frágil equilibrio existente entre los regímenes nazi-fascistas, las democracias parlamentarias y la Unión Soviética. Es así como, al estallar el conflicto, los dos bandos en pugna intentaron por todos los medios conseguir el máximo de apoyos internacionales que les permitieran afrontar la guerra con la superioridad requerida para ganarla. Para lograrlo recurrieron a la necesaria solidaridad política e ideológica, que sólo en un caso se plasmó con todas las consecuencias: el Ejército rebelde, que el 17 de julio de 1936 había iniciado su alzamiento en armas contra la República, no tardaría en hallar respuestas positivas en Alemania e Italia.



AGE

Una colaboración prevista

Todos los intentos antirrepublicanos que desde la proclamación de la República en 1931 se habían llevado a cabo por parte de la derecha española habían contado siempre con disponer de esta ayuda. Ya desde los tiempos de la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930), los contactos entre la derecha española y el régimen mussoliniano habían sido estrechos y Roma se habían convertido en la Meca, el refugio y el centro de atracción de todos aquellos españoles que manifestaban su admiración por el Estado corporativista que desde 1922 estaba construyendo Mussolini en Italia. A partir de enero de 1933, cuando Hitler asumió el poder en Alemania, Berlín se convirtió en un segundo punto de inevitable referencia.

Pero, de hecho, la derecha española y los nuevos partidos fascistas, que —como Falange Española o las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas— aparecieron durante la segunda República, se habían sentido mucho más atraídos por Roma que por Berlín. Y desde 1932 el régimen fascista italiano había empezado a preparar su colaboración para un eventual derrocamiento de la República española. Las armas y municiones que los italianos habían preparado para el alzamiento del general Sanjurjo en agosto de 1932 no llegaron jamás a su destino a causa de la rapidez con que el Gobierno desbarató el pronunciamiento. Durante los años 1932-1933, el embajador de Italia en Madrid, Rafaelle Guariglia, había mantenido frecuentes contactos con los conspiradores e incluso llegó a organizar el viaje a Roma de José Antonio Primo de Rivera en el verano de 1933 y de Joaquín Calvo Sotelo en otoño del mismo año.

De mayor trascendencia posterior fue, sin embargo, el acuerdo que en marzo de 1934 firmaron en Roma un grupo de cuatro dirigentes monárquicos españoles, encabezados por Antonio Goicoechea, líder de Renovación Española, y Mussolini. Según este acuerdo escrito, se ofrecía a los conspiradores 10.000 fusiles, 10.000 granadas de mano, 200 ametralladoras y 1.500.000 pesetas en metálico para que procediesen a organizar inmediatamente la insurrección, prometiendo más ayuda para cuando las condiciones lo justificaran. Tras este acuerdo y hasta el inicio de la guerra, Italia pareció despreocuparse de los asuntos de Es-


Topham-FiroFoto

El embajador alemán, general Faupel, conversa con Franco tras presentarle sus cartas credenciales, en Salamanca, el 9 de marzo de 1937.

El protocolo hispano-alemán de marzo de 1937

A lo largo de la Guerra Civil, el Gobierno de Franco y Hitler firmaron una serie de acuerdos, protocolos y tratados para concretar el tipo de relaciones que debían establecerse entre ambos, sobre todo en lo concerniente a las problemáticas compensaciones económicas que Franco debía pagar en concepto de la ayuda alemana. La base de dichos acuerdos se halla en el protocolo firmado en Salamanca el 20 de marzo de 1937, donde se definen las líneas generales de la mutua colaboración. Bajo la rúbrica de «Secreto de Estado», el texto del protocolo es el siguiente:

«El Gobierno alemán y el Gobierno nacionalista español, convencidos de que el desarrollo progresivo de las relaciones de amistad que existen entre ellos servirá a la prosperidad del pueblo alemán y del pueblo español y constituirá un factor importante para el mantenimiento de la paz europea a la que se aferran firmemente, tienen el deseo común de sentar desde ahora las bases de sus futuras relaciones y se han puesto de acuerdo para ello en los puntos siguientes:

»1. Los dos Gobiernos se consultarán de manera permanente sobre las medidas a tomar para alejar los peligros del comunismo que amenazan a sus países.

»2. Los dos Gobiernos permanecerán constantemente en contacto para entenderse sobre las cuestiones de política internacional concernientes a sus comunes intereses.

»3. Ninguno de los dos Gobiernos participará con terceras potencias en tratados o acuerdos del tipo que sean dirigidos directa o indirectamente contra el otro país.

»4. Si uno de los dos países fuese atacado por una tercera potencia, el Gobierno del otro país evitará todas las medidas susceptibles de aprovechar al agresor o de perjudicar al país atacado.

»5. Los dos Gobiernos tienen el deseo común de desarrollar tanto como sea posible las relaciones económicas entre sus países. Confirman su intención de que, tanto ahora como en el futuro, los dos países se completen y cooperen en todos los sentidos en el terreno económico.

»6. Los dos Gobiernos mantendrán en secreto hasta nueva orden el presente protocolo. Determinarán, en el momento oportuno, las modalidades de sus relaciones políticas, económicas y culturales por tratados particulares sobre la base de los principios expuestos más arriba.»


AGE

Desfile de la Legión Cóndor a su llegada a España en el año 1937.

paña, pero los antecedentes eran claros para garantizar en el futuro la prometida ayuda.

Italia y Alemania reconocen al Gobierno de Franco

A pesar de todo, en la preparación inmediata de la insurrección militar de julio de 1936 ni Italia ni Alemania intervinieron para nada e incluso ambos países dudaron antes de ofrecer su incondicional ayuda al Ejército rebelde. El 20 de julio, Mussolini había contestado con una rotunda negativa a la primera solicitud que le había hecho Franco desde Marruecos para que le mandase aviones de transporte y bombarderos. Pero muy pronto modificó su actitud y a finales de julio, tras diversas entrevistas del conde Ciano –yerno del Duce y ministro fascista de Asuntos Exteriores– con representantes de los insurrectos, llegaban a Marruecos nueve de los doce bombarderos italianos que, convenientemente camuflados para evitar el control internacional, habían sido pagados por el financiero mallorquín Juan March. Era el inicio de una intervención que ya no detendría su curso a lo largo de la guerra. Así pues, la ayuda italiana empezó a concretarse en material de guerra –especialmente aviones–, y hasta finales de septiembre no empezó a llegar personal especializado italiano con la misión de servir de instructores a los españoles.

Paralelamente había empezado también la intervención alemana. En este caso, los contactos se llevaron a cabo entre un comerciante alemán afincado en Tetuán, y que ofreció sus servicios a Franco y Hitler. El 26 de julio, Hitler, tras consultar con Goering y con el almirante Canaris, había decidido que partiesen inmediatamente hacia Marruecos veinte aviones de transporte *Junkers 52*, que llegaron a su destino dos días después. Estas primeras ayudas fueron fundamentales para que Franco pudiese trasladar su Ejército a la Península, pues la supremacía naval de la República impedía cualquier tentativa por mar.

Por otra parte, la intervención de Mussolini y Hitler al lado del Ejército insurrecto amenazaba con internacionalizar el conflicto español de tal modo que toda Europa podía verse involucrada en él, pues, a pesar del sigilo con que italianos y alemanes iniciaron su participación, muy pronto la opinión pública europea conoció sus dimensiones. Ello no fue obstáculo para que, cuando en el mes de agosto de 1936 los Estados europeos, encabezados por Francia y Gran Bretaña, firmaron el tratado de No Intervención en la Guerra Civil española, Alemania e Italia se adhiriesen al acuerdo, considerando, sin duda, que era la mejor forma de guardar las apariencias y de ayudar, así, a los militares insurrectos.

Sólo faltaba un paso para culminar el definitivo aval italo-alemán a Franco: reconocer diplomáticamente a su Gobierno como el único legítimo existente en España. Este reconocimiento se produjo al unísono el 18 de noviembre de 1936 y supuso un cambio cualitativo muy importante en la actitud de los dos regímenes europeos, pues, como ha escrito el historiador norteamericano John F. Coverdale, «Italia y Alemania declaraban al mundo entero su determinación de que [Franco] no fuera derrotado.»

Cronología

1936

17.VII: *se inicia la Guerra Civil española con el pronunciamiento militar del Ejército de Marruecos mandado por Franco.*
25-26.VII: *Italia y Alemania deciden ayudar a Franco.*
29-30.VII: *llegan a Marruecos los primeros aviones de transporte alemanes e italianos.*
26.VIII: *Arconovaldo Bonaccorsi, el «conde Rossi», se instala en la isla de Mallorca.*
6.XI: *se constituye formalmente en Sevilla la Legión Cóndor.*
18.XI: *Hitler y Mussolini reconocen al Gobierno de Franco.*
28.XI: *tratado secreto entre Franco y Mussolini.*

1937

I: *llegada de las primeras tropas de la infantería italiana.*
II: *se forma el* Corpo Truppe Volontarie *italiano, compuesto de 49.000 hombres.*
20.III: *firma del primer protocolo hispano-alemán. Debacle de la infantería italiana en Guadalajara.*
26.IV: *bombardeo aéreo alemán sobre Guernica.*
VI-VII: *superioridad de la aviación alemana en la batalla de Brunete.*
VIII: *participación activa del CTV en la toma de Santander.*
XII-II, 1938: *la Legión Cóndor juega un papel importante en la batalla de Teruel.*

1938

16-18.III: *bombardeos de la aviación italiana sobre Barcelona.*
III-IV: *destacada participación italiana en la campaña franquista sobre el frente de Aragón.*
VI-VII: *repatriación de las primeras tropas italianas.*
VII-XI: *en la batalla del Ebro participan activamente la infantería italiana y la Legión Cóndor.*

1939

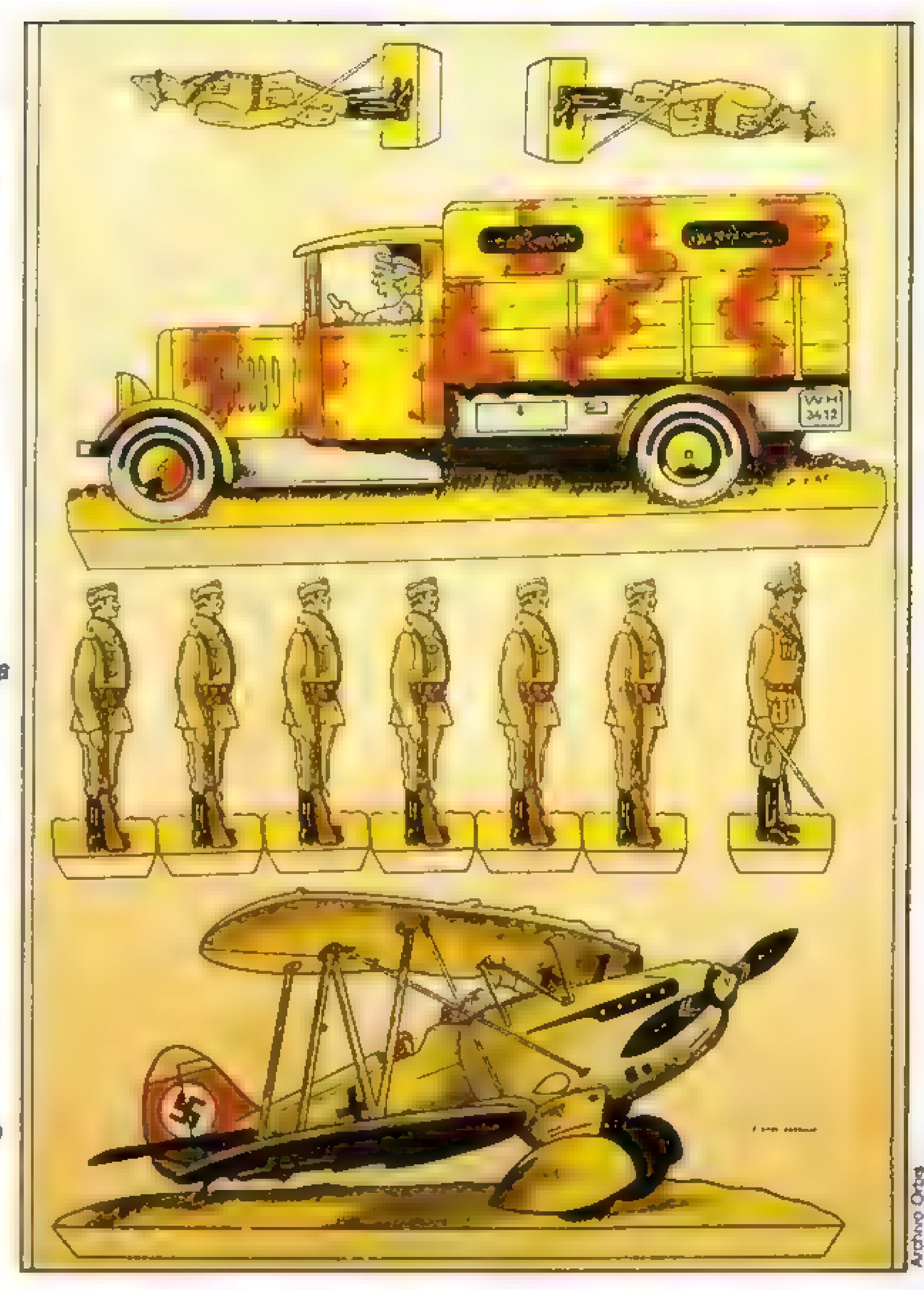
27.III: *el Gobierno de Franco se adhiere al Pacto Antikomintern.*
31.III: *tratado de amistad germano-español.*
1.IV: *fin de la Guerra Civil española, con la victoria de Franco.*
V-VI: *la Legión Cóndor abandona España. Repatriación total de las tropas italianas.*



IGE

A la izquierda, un batallón de la Legión Cóndor desfila bajo banderas nazis por las calles de León, colmadas de público, en el año 1939, poco antes de abandonar definitivamente el territorio español.

A la derecha, un recortable de la Legión Cóndor, utilizado como juego de guerra, en el que se pueden ver los ejemplos más importantes de la contribución alemana al bando nacionalista: hombres, vehículos y aviones; Hitler se opuso en todo momento a enviar sus tropas a España y, por ello, su intervención en la guerra se materializó, fundamentalmente, en el envío de la Legión Cóndor, una escuadrilla de aviones de combate que le daría al Ejército de Franco una hegemonía aérea casi total. El resto de la contribución alemana se efectuó mediante el suministro de grandes cantidades de armamento y material de guerra, además de técnicos y personal especializado para su manejo.



Archivo Orbis

Los voluntarios italianos y la Legión Cóndor

Diez días después de producirse este reconocimiento, el 28 de noviembre de 1936, Mussolini y Franco firmaban un tratado secreto que supondría el punto de arranque de la nueva escalada intervencionista de los italianos. Si hasta este momento la participación italiana se había fundamentado en armamento y material, a partir de ahora los efectivos humanos cobraron una mayor relevancia. La creencia italiana de que la guerra de España se estaba prolongando peligrosamente a causa de la debilidad numérica del Ejército de Franco fue determinante para que Mussolini concibiese un plan de reclutamiento de voluntarios con destino a España.

A principios de enero de 1937, empezaron a llegar en forma más o menos masiva los primeros efectivos humanos que a mediados del mes siguiente sumaban ya la cifra de 49.000 hombres, pertenecientes tanto al Ejército regular como a las milicias fascistas. Todo ello acompañado de aviones, bombas, cañones, morteros, ametralladoras, tanquetas y vehículos a motor en número considerable. A mediados del mes de febrero, este ejército quedó organizado en cuatro divisiones que, bajo el nombre de *Corpo Truppe Volontarie* (CTV), se hallaban bajo el mando de Mario Roatta.

Por parte alemana, Hitler se había opuesto siempre a enviar sus tropas a España, a pesar de que intentase coordinar conjuntamente con Mussolini su ayuda a Franco. Por ello, su intervención en la Guerra Civil se materializó fundamentalmente en forma de armamento y material, además de personal especializado. Sin lugar a dudas, el monto más importante de esta ayuda se cifró en el envío de la Legión Cóndor, un grupo de aviones de combate que, a la larga, daría la hegemonía aérea al Ejército de Franco. El 6 de noviembre de 1936, partían de Alemania en dirección a Sevilla cuatro escuadrillas de bombarderos de doce aviones cada una, cuatro escuadrillas de aviones de caza compuestas también por doce aparatos y una escuadrilla de hidroaviones de reconocimiento, acompañados por unidades de baterías antiaéreas y antitanques y por dos unidades de cuatro compañías de carros de combate. Bajo el mando del general Hugo von Sperrle —«el general de aspecto más brutal» de Alemania, según lo definía el propio Hitler—, el personal inicial de la Legión Cóndor sumaba unos 3.800 hombres, que progresivamente llegó a la cifra de 6.000.

Mario Roatta

Mario Roatta fue el primer general italiano a quien se encomendó el mando del CTV. Anteriormente había participado ya en la Primera Guerra Mundial y al estallar la Guerra Civil española era jefe del Servicio de Información del Ejército Italiano (SIM). Llegó a España en septiembre de 1936 y como jefe del CTV participó en la toma de Málaga, donde cayó herido, y en la batalla de Guadalajara. Tras ser sustituido por el general Ettore Bastico, aún actuó en la campaña del Norte y en la ofensiva contra Aragón.

A su regreso a Italia, en diciembre de 1938, se reincorporó al SIM y al iniciarse la Segunda Guerra Mundial era segundo jefe de Estado Mayor. Durante la conflagración mundial proyectó la ocupación de Malta, tomó el mando del II Ejército que ocupaba la Croacia yugoslava y fue jefe de las tropas italianas de Sicilia. En marzo de 1943, fue nombrado Jefe del Estado Mayor del Ejército italiano, desde cuyo cargo empezó a conspirar contra Mussolini. En julio del mismo año participó, junto al general Ambrosio, en el golpe de estado contra el Duce, pero ante el avance de las tropas alemanas hacia Roma, abandonó la defensa de la capital y se reunió en Brindisi con el Rey y el almirante Badoglio.

Detenido por los aliados tras la conquista de Roma, fue procesado bajo la acusación de haber cometido actos criminales en Yugoslavia contra la población civil. Pero pudo evadirse de la cárcel y, después de vivir dos años clandestinamente cerca de Roma, se trasladó a España. Desde aquí procuró la revisión de su proceso —que le había condenado, en rebeldía, a cadena perpetua— y, después de una primera reducción de pena a diez años, en 1967 el Tribunal Supremo le absolvió. Murió a las pocas semanas de haber regresado a Roma.



AGE

En esta página, una anciana con una manta bajo el brazo deambula entre las ruinas de su casa, pocas horas después que los aviones alemanes de la Legión Cóndor arrojasen un alud de bombas sobre la histórica ciudad de Guernica, sembrando la destrucción y la muerte, el 26 de abril de 1937.

En la página siguiente, un bombardero Ju 86 Ausf E/2 de la Legión Cóndor, sobrevuela la provincia de Guipúzcoa en el año 1937; los aviones alemanes tuvieron una activa participación en la Guerra Civil española, evidenciando una clara superioridad sobre los aparatos soviéticos.

A lo largo de los meses de noviembre y diciembre de 1936 y durante los dos primeros años de la guerra, la Legión Cóndor se fue reforzando continuamente hasta llegar a la cifra máxima de 279 aviones de combate, 180 tanques y 180 cañones, a principios de 1938. Al mismo tiempo, Hitler siguió proporcionando a Franco ingentes cantidades de material cuyo importe total se ha evaluado en 500 millones de marcos, alrededor de 17.250 millones de pesetas al cambio de 1939. Sin embargo, Alemania se mantuvo en su negativa a enviar unidades de infantería, por lo que los combatientes alemanes en España, incluyendo a los de la Legión Cóndor, no sobrepasaron los 16.000.

El «conde Rossi» en Mallorca

Capítulo aparte de la intervención fascista en la Guerra Civil lo constituye la presencia italiana en Mallorca. Es bien sabido que, además de las solidaridades políticas e ideológicas y de la amistad que unía a Franco con Mussolini, Italia abrigaba en España intereses estratégicos centrados en el control del Mediterráneo y tendentes a disminuir la influencia francesa en la zona.

Por ello, cuando Mallorca —que, a diferencia de Menorca, se había unido a la sublevación— se vio amenazada por una expedición republicana, que había salido de Barcelona a principios de agosto de 1936, Mussolini no dudó en enviar refuerzos militares, aviones sobre todo, para evitar la recuperación de la isla por parte de la República. Pero en la creencia, probablemente fundada, de que el Ejército nacionalista carecía de hombres con suficiente valía para hacer frente a la situación, mandó a la isla a un pintoresco dirigente de las milicias fascistas, cuyo fanatismo y energía dejarían una profunda huella en Mallorca. Arconovaldo Bonaccorsi, que se hacía llamar así mismo «conde Rossi», llegó a Mallorca a finales de agosto, cuando el gobernador militar de la isla, el coronel Díaz de Freijo, estaba a punto de rendir sus tropas al Ejército republicano.

Bonaccorsi no sólo se opuso a la rendición, sino que movilizó, con gran aparato propagandístico, a todos los mallorquines dispuestos a resistir, consiguió la sustitución de Díaz de Freijo por el coronel García Ruiz e hizo izar la bandera italiana junto a la española. Cuando el día 3 de septiembre, con asombro de los sitiados, los republicanos abandonaron la empresa de reconquistar la isla, Bonaccorsi pudo presentarse ante los mallorquines como su libertador, su héroe indiscutible.

A partir de este momento, el flamante «conde Rossi» se convirtió en dueño casi absoluto de la isla. Contra todos aquellos mallorquines que no se habían adherido a la rebelión desencadenó una feroz e indiscriminada represión, que ha quedado plasmada en la novela *Los grandes cementerios bajo la luna*,


AGE

publicada en 1938 por el escritor monárquico francés George Bernanos, que fuera testigo de los hechos. Bernanos habla de unos 3.000 asesinatos, en muchos casos sin previo juicio. El «conde Rossi» convirtió a la Falange en el eje directriz de la vida política y social de Mallorca, a costa a veces de otros sectores políticos franquistas, y llevó a cabo una «italianización» tal de la isla que muy pronto alarmó tanto al Gobierno de Burgos como a Francia y Gran Bretaña.

Ciertamente, muy pronto circuló a nivel internacional el rumor de que, si el Ejército de Franco resultaba vencedor, Italia recibiría Mallorca como compensación de sus servicios. Eden, el ministro británico de Asuntos Exteriores, llegó a plantear la posibilidad de que Italia estuviese estableciendo ya un protectorado sobre las Islas Baleares. Los británicos, cuyo Gobierno conservador cumplía a rajatabla los compromisos de no intervención, acabaron firmando un acuerdo con Italia según el cual, sin hacer ninguna referencia explícita a España, se establecía el mantenimiento del *statu quo* territorial en el Mediterráneo. Ello supuso que antes de las Navidades de 1936 Bonaccorsi abandonase las Baleares.

Los italianos entran en combate

El inicio del año 1937 representó la entrada en combate, de forma sistemática, de las tropas italianas. La infantería italiana, que se había estado organizando durante el mes de enero como una fuerza de choque, estaba deseosa de conseguir éxitos clamorosos que prestigiasen al *fascio;* y, a principios de febrero, participaba activamente en la toma de Málaga por parte del Ejército de Franco.

Esta victoria inicial, favorecida por la escasa resistencia republicana, animó mucho a las autoridades italianas que pensaban que la guerra terminaría pronto gracias a su intervención. Y, tras la negativa de Franco a desencadenar una ofensiva contra Valencia, tal como le proponían los militares italianos, el CTV fue destinado al frente de Madrid, donde llevaría el peso de la ofensiva contra Guadalajara. A principios de marzo de 1937, 35.000 italianos se disponían a atacar al Ejército republicano en un frente donde deberían combatir contra otros italianos que formaban parte del Batallón Garibaldi. El avance inicial de los voluntarios italianos pronto se vio frenado y tras un breve *impasse* se produjo un duro contraataque republicano que culminó con la desbandada general de las divisiones italianas. El CTV tuvo casi tres mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

La derrota tuvo consecuencias políticas, pues supuso el comienzo de importantes desavenencias entre Franco y Mussolini y de la disminución de la influencia fascista en la España franquista. Franco se negaba a volver a utilizar a los italianos en combates importantes y Mussolini amenazaba con retirar su apoyo si la infantería italiana no tenía una nueva oportunidad para rehabilitarse. A pesar de todo, las tropas italianas permanecieron en España durante toda la contienda y Mussolini no cesó el aprovisionamiento de aviones y de material militar a Franco.

Tras la necesaria reorganización del CTV, los voluntarios italianos volvieron a jugar un papel importante en la batalla del Norte. La caída de Santander, en agosto de 1937, incluso llegó a ser presentada por la prensa italiana como una victoria propia. En la ofensiva contra el frente de Aragón, en la primavera de 1938, el Ejército italiano volvió a desempeñar un rol ofensivo considerable y, a pesar de que durante el verano del mismo año se empezaron a repatriar un número elevado de italianos —muchos de los cuales llevaban dieciocho meses de guerra—, su presencia en la batalla del Ebro y en la ocupación franquista de Cataluña siguió siendo considerable.

En otro orden de cosas, la base aérea que los italianos habían establecido en Mallorca muy pronto fue aprovechada como punto de partida para los bombardeos que empezó a sufrir la retaguardia republicana. Particularmente graves fueron los ataques aéreos, ordenados directamente por Mussolini, que sufrió Barcelona los días 16 a 18 de



Militares alemanes en España

No todos los militares alemanes que llegaron a España para combatir o colaborar militarmente con el Ejército de Franco destacaron de forma especial durante la Guerra Civil, si bien la experiencia bélica española fue fundamental para los alemanes en la perspectiva de la futura guerra mundial que se preparaba.

El primer nombre a destacar es el de Wilhelm von Faupel, el que fuera primer embajador alemán junto a Franco. General en activo y nazi hasta el fanatismo, desde 1934 era director del Instituto Alemán Iberoamericano de Berlín. Llegó a España como encargado de negocios de su país a poco de iniciarse la guerra y al producirse el reconocimiento diplomático de Franco por parte de Alemania fue nombrado embajador. Su gestión fue polémica no sólo porque pretendía convertir la guerra de España en una cruzada antibolchevique, sino porque políticamente se alineó con las facciones más radicales de la Falange, hasta el extremo de que Franco solicitó su destitución y fue sustituido en agosto de 1937. Se suicidó junto a su mujer en 1945, cuando las tropas soviéticas entraron en Berlín. Su sucesor, el barón Eberhard von Stohrer, diplomático de carrera, fue mucho más prudente y se mantuvo como embajador en Madrid hasta 1942.

Entre los jefes de la Legión Cóndor, el general Hugo von Sperrle, quien durante los años 20 había sido el responsable de todas las operaciones aéreas alemanas, desempeñó un papel importante en la organización inicial de la Legión y en todas las acciones aéreas que tuvieron lugar durante los primeros meses de la guerra. Vuelto a Alemania unos meses después de la destitución de Von Faupel, con quien no se llevó nunca bien, volvió a ejercer misiones aéreas importantes y tras la guerra mundial fue juzgado como criminal de guerra. Su relevo al frente de la Legión Cóndor se debió a los permanentes desacuerdos que tuvo con Franco sobre la situación militar y no, como se ha dicho a veces, a su responsabilidad en el bombardeo de Guernica.

Su sucesor en la Legión Cóndor, el general Hellmuth Volkmann, no tuvo ninguna significación especial y fue sustituido en noviembre de 1938 por el coronel Wolfram von Richthofen, quien era primo del famoso as alemán de la Primera Guerra Mundial, conocido con el sobrenombre de «barón rojo». Richthofen era ya el jefe de Estado Mayor de la Legión Cóndor desde su constitución y, como tal, tuvo una responsabilidad directa en la organización del bombardeo de Guernica, que llegó a considerar como el «ataque más logrado» conseguido por la aviación alemana durante el mes de abril de 1937. Responsable del gran desarrollo de la Luftwaffee alemana durante estos años, siguió desempeñando misiones importantes durante la Segunda Guerra Mundial.

El coronel Von Thoma, otro militar que tuvo una destacada participación durante la conflagración mundial, había llegado a España en agosto de 1936 como jefe de las fuerzas terrestres. Su misión consistió tanto en entrenar a los españoles en el manejo de los tanques como en adquirir experiencia de combate. Llegó a tener a sus órdenes cuatro batallones de tanques, compuestos cada uno de ellos de tres compañías con 15 tanques ligeros cada una.

Entre los aviadores, cabe destacar a Adolf Galland, el as de la aviación alemana, que en su puesto de la Legión Cóndor realizó más de trescientas misiones durante la Guerra Civil. Su fama le sobrevino por su participación, durante la Segunda Guerra Mundial, en las batallas de Inglaterra y Francia.



marzo de 1938 contra objetivos indiscriminados. La posterior prohibición de Franco de repetir este tipo de ataques, que causaban numerosas bajas entre la población civil y desprestigiaban a nivel internacional su causa, no impidió que Mallorca siguiese utilizándose como una excelente base de operaciones. Incluso Bruno, el hijo de Mussolini que había llegado a Mallorca en septiembre de 1937, participó en 27 misiones antes de retirarse en marzo de 1938.

La Legión Cóndor en acción

Si la participación de las tropas y de la aviación italianas fue importante a lo largo de la guerra, no menos crucial fue la contribución de la Legión Cóndor a la victoria de Franco, sobre todo a partir de enero de 1937, cuando la flota aérea alemana fue dotada de material verdaderamente moderno con la incorporación de los nuevos bombarderos *Dornier 17* y *Heinkel 111* y de los aviones de caza *Messerschmitt 109*, netamente superiores a los «Ratas» rusos, que disponía la República.

A partir, pues, de esta fecha la Legión Cóndor fue utilizada en todas las ofensivas importantes que llevó a cabo el Ejército de Franco. Ya en la primavera de 1937, tuvo una destacada participación en la campaña del Norte, con los sendos bombardeos que sufrieron las ciudades de Durango (31 de marzo) y de Guernica (26 de abril). El bombardeo de Guernica ha cobrado especial significación porque representó la

En la página anterior, pilotos de la Legión Cóndor en el año 1938

Arriba, desfile de la Legión Cóndor en Vigo, abajo, cañón alemán.



destrucción total de una ciudad que constituía un símbolo secular de las libertades vascas, y porque la aviación alemana que participó en la acción —bombarderos y cazas— se ensañó cruelmente con la población civil que huía despavorida de sus casas ardiendo.

La controversia que levantó el bombardeo —negado durante años por los franquistas, que atribuían el incendio de la ciudad a los propios vascos— ha durado prácticamente hasta nuestros días. Pero el reciente y minucioso estudio del historiador norteamericano Herbert R. Southword ha arrojado una serie de conclusiones que parecen casi definitivas. Que la acción fue realizada por la Legión Cóndor hoy nadie puede negarlo, y Southword desmuestra que la orden no fue dada por Berlín, como a menudo se ha dicho, sino por los propios mandos franquistas, con el objetivo de aterrorizar a la población civil y evitar una encarnizada resistencia de los vascos en torno a Bilbao. La prueba está en que los informes diarios que la Legión Cóndor enviaba a Berlín silenciaron por completo la destrucción de Guernica. Pero el impacto internacional que causó la barbarie cometida en Guernica fue de tal magnitud que contribuyó a que la Legión Cóndor no volviera a utilizarse para fines que no fueran estrictamente militares.

Pocos meses más tarde, durante el verano de 1937, la Legión Cóndor actuaba en el frente de Madrid. En la batalla de Brunete (junio-julio) demostraba por primera vez la superioridad de los nuevos aparatos alemanes respecto a los rusos. A partir de esta batalla —donde fueron abatidos un centenar de aviones republicanos por sólo una veintena de alemanes— la hegemonía aérea pasó a manos del Ejército de Franco. Un mes después, la Legión Cóndor volvería a ser utilizada para reconquistar el pueblo aragonés de Belchite, que había caído en poder de la República, en una ofensiva que acabó frustrándose. Y en el otoño del mismo año volvía a desempeñar un importante papel en la conquista de Asturias.


AGE

El general Franco despide a la Legión Cóndor en 1939.

Los sucesivos cambios de frente a que se veía obligada la aviación alemana motivaron frecuentes relevos de los pilotos que, procedentes de Alemania, siempre formaron parte de un grupo de voluntarios. Pero, a pesar del cansancio que comportaban los cambios operacionales y a pesar de los sucesivos cambios en la jefatura de la flota aérea, la Legión Cóndor siguió actuando hasta el fin de la guerra, destacando especialmente sus nuevas actuaciones en la batalla de Teruel (diciembre de 1937-febrero de 1938) y en la larga y durísima batalla del Ebro (julio-noviembre de 1938), que representó el desgaste definitivo del Ejército republicano.

La importancia de la ayuda recibida

Las fuerzas alemanas de la Legión Cóndor abandonaron España tras la victoria final de Franco. Los últimos voluntarios italianos que habían permanecido en el Ejército vencedor hasta el último día de la guerra hicieron lo mismo entre los meses de mayo y junio de 1939, rodeados de todos los honores. Ciertamente, la colaboración nazi-fascista no se merecía menos, pues había sido fundamental para el éxito de Franco.

¿En qué se basa esta apreciación? En primer lugar, la aviación italiana y alemana permitió que un Ejército que al iniciarse la contienda carecía de aviones acabase poseyendo el dominio del aire. Se ha calculado que un 80 % de los aviadores de Franco eran alemanes e italianos. Por otra parte, Alemania e Italia no cesaron en ningún momento de abastecer de material moderno a Franco. Es cierto que a veces hubo problemas, y fueron particularmente graves con Alemania, cuando se planteó la forma de compensación de los gastos que ocasionaba la Guerra Civil a las dos potencias europeas. Pero, en último término siempre acabaron resolviéndose y Franco pudo reponer en todo momento y sin mayores problemas el material destruido. En este punto parece que la contribución italiana, en contra de lo que a menudo se ha dicho, fue más importante que la alemana.

Finalmente, el apoyo diplomático que en un contexto europeo hostil recibió Franco por parte italiana y alemana fue decisivo para explicar la inhibición británica y sobre todo la francesa respecto a la República, que sólo dispuso de la ayuda incondicional de la Unión Soviética. El temor francés a que una actitud manifiestamente favorable a la República agravase sus antagonismos con Alemania e Italia y precipitase una confrontación armada explica la ambigüedad que Francia mantuvo durante toda la guerra, una ambigüedad que en definitiva sólo perjudicó a la República.

En otro orden de cosas, lo más sorprendente de la ayuda italo-alemana a Franco fue que jamás condicionó las decisiones futuras del dictador español. Franco supo aprovecharse muy bien de Italia y Alemania y supo conservar su independencia hasta tal punto que, al iniciarse la nueva marea bélica que sacudió Europa y el mundo, pudo mantenerse al margen de la contienda, a pesar de los continuos requerimientos de Hitler. Las contrapartidas a la ayuda recibida jamás podían llegar, en la perspectiva de Franco, hasta el extremo de comprometer a España, y al nuevo régimen recién nacido, a una nueva aventura bélica.

Diplomacia de la no intervención

Europa aísla a la República

Gabriel Jackson,
historiador

La Guerra Civil española no sólo fue un preámbulo a la Segunda Guerra Mundial, sino que, además, fue un claro indicio de la prepotencia de una ideología —la nazi-fascista— y de la debilidad de unos gobiernos democráticos más preocupados por el miedo a una conflagración generalizada que por la vulneración de la soberanía popular en un país vecino. Fue así como Francia e Inglaterra idearon el Pacto de la No Intervención, un acuerdo de neutralidad que fue sistemáticamente burlado por Alemania e Italia pero que sirvió para tranquilizar la conciencia de los demócratas occidentales.



La política de la no intervención, puesta oficialmente en práctica por las grandes potencias europeas el 9 de septiembre de 1936, significó el virtual aislamiento de la República a nivel internacional. En la fotografía, observadores británicos en la estación de Waterloo, antes de partir hacia España

Topham Foto Foto

Léon Blum, gestor de la no intervención

La actitud neutralista de Francia en la Guerra Civil española ha sido objeto de una larga controversia. El primer ministro francés, Léon Blum, gestor de la no intervención, recibió fuertes presiones de las izquierdas que protestaban por el trato discriminatorio que recibía la República y exigían que se estableciera un equilibrio en los suministros de ayuda a los dos bandos. El Partido Comunista Francés, por ejemplo, había enviado una carta abierta a los socialistas el día 13 de agosto de 1936 en la que se decía que «es intolerable que contemplemos como Alemania e Italia están enviando ayuda a los rebeldes mientras el Gobierno legítimo de España está sometido a un bloqueo».

Para responder a estas críticas que le llovían desde la izquierda de su propio partido, Léon Blum pronunció un célebre discurso en el Luna Park, el 6 de septiembre de 1936, en el que dijo, entre otras cosas: «Habíamos pensado, ése era nuestro convencimiento, que incluso para España, en vez de iniciar una lucha y una competencia necesariamente desiguales, la conducta que a la postre había de resultar mejor, la que implicaba una ayuda más real, era obtener una especie de abstención internacional que entonces, a pesar de la desigualdad flagrante e hiriente del comienzo, habría permitido a la voluntad nacional el volverse a imponer, al asegurar de nuevo y poco a poco su predominio.»

Sin embargo, las palabras de Blum no sirvieron para convencer a una izquierda, fundamentalmente la comunista, que veía en la diplomacia de la no intervención una traición a la República española.


Keystone Ratrds

En esta página, el primer ministro francés, Léon Blum, quien tras mostrarse en principio dispuesto a prestar ayuda a la República debió dar marcha atrás ante las presiones de su colega británico y, temeroso de provocar un conflicto con Alemania e Italia en el que Francia no contaría con el respaldo de Gran Bretaña, decidió proponer un pacto de no intervención.

En la página siguiente, Hitler y Mussolini pasan revista a las tropas alemanas en 1937. Pese a que el año anterior ambos dictadores habían firmado el Pacto de No Intervención por el que se comprometían a no participar en la Guerra Civil española, tanto uno como otro enviaron las tropas y el armamento necesario para que el Ejército de Franco ganase la guerra.

La Guerra Civil española se inició como un alzamiento militar coordinado, el tradicional «pronunciamiento», contra el Gobierno del Frente Popular, que había ganado las elecciones de febrero de 1936. Entre el 17 y el 20 de julio, los insurgentes triunfaron en Marruecos, en Galicia, en el sur de Andalucía, en Castilla la Vieja y en gran parte de Aragón y de Navarra. Pero fracasaron en su intento por conquistar las grandes urbes industriales de Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia, de modo que el lunes 20 de julio, tanto el Gobierno republicano, encabezado por José Giral, como los insurgentes, acaudillados por el general Francisco Franco, empezaron a pedir a sus potenciales aliados extranjeros que les entregaran urgente ayuda militar.

Las grandes potencias ante la guerra

El primer ministro francés Léon Blum, un socialista moderado, no vaciló en sus deseos de ayudar al Gobierno republicano de Madrid, aunque en su gabinete las opiniones estaban tajantemente divididas. Además, el 23 de julio, el Gobierno británico apremió a Blum y le exigió que actuara con cautela. Por este motivo, el 25 de julio de 1936, el Gobierno francés se negó oficialmente a embarcar hacia España un lote de armas que había sido comprado por los españoles antes del alzamiento. Al mismo tiempo, el ministro del Aire francés, Pierre Cot, dispuso el envío por mar a España de una cierta cantidad de aviones anticuados mientras que los guardias fronterizos franceses hacían la vista gorda para no impedir el paso de voluntarios dispuestos a enrolarse en las filas republicanas. Tampoco se puso ninguna restricción al flujo de armas cortas procedentes de Francia con destino a Cataluña.

Entre el 25 y el 26 de julio, Hitler y Mussolini respondieron positivamente a los emisarios de Franco. Ya para el 30 de julio, unos 9 aviones italianos de transporte y una veintena de aviones alemanes habían llegado a Marruecos para trasladar al Ejército de África a través del estrecho de Gibraltar, que por aquellas fechas era patrullado permanentemente por la marina republicana. También por esas fechas llegaron los primeros cargamentos de armas alemanas, que fueron desembarcados en Vigo, Lisboa y Cádiz.

Mientras que las potencias democráticas se mostraban reticentes ante las peticiones de ayuda de los republica-


Zardoya

nos, también estaban inquietas ante la posibilidad de una rápida victoria de los insurgentes. Las simpatías de los franceses se dividían según las líneas ideológicas de la época, pero la mayoría de ellos temían que se instalara en España un gobierno aliado con los fascistas italianos y los nazis alemanes. Las simpatías británicas también estaban divididas: el Partido Laborista apoyaba a la República y los conservadores deseaban una rápida victoria militar de los insurgentes, con la esperanza de que el levantamiento no fuera a convertirse en un baño de sangre. Sin embargo, prácticamente todos los británicos estaban muy alarmados ante la posibilidad de que los intereses de Italia y de Alemania, tanto económicos como estratégicos, pudieran desplazar de España a los intereses británicos. Por lo tanto, Gran Bretaña aceptó entusiasmada la propuesta que hizo Blum el 2 de agosto, al pedir un acuerdo general de no intervención, que remató unilateralmente el 8 de agosto al cerrar la frontera francesa con España. La propia Gran Bretaña se negó, el 7 de agosto, a conceder licencias de exportación para cualquier cargamento naval que pudiera tener importancia militar.

Italia, Alemania y Portugal demoraron varias semanas en responder a los llamamientos de las potencias democráticas. Mientras tanto, los italianos establecieron y reforzaron su presencia naval y aérea en Mallorca, y los alemanes, por su parte, no dejaron de enviar aviones, piezas de artillería y equipos de comunicación a los puertos de Galicia y Portugal. Finalmente, el 24 de agosto, nazis y fascistas se mostraron conformes en cuanto a tener en cuenta las pretensiones de no intervención generalizada que habían sido propuestas primero y llevadas a la práctica después por las potencias democráticas europeas.

El Comité de No Intervención

Por su parte y durante este período, el Gobierno republicano español recurrió ante la Liga de Naciones, del mismo modo que lo había hecho Etiopía en 1935 cuando los italianos invadieron aquel reino africano. Sin embargo, el secretariado de la Liga de Naciones prefirió aceptar un ofrecimiento británico que consistía en brindar todo tipo de facilidades para la creación de un «Comité de No Intervención» que se reuniría en Londres bajo la presidencia de lord Plymouth y que estaría formado por representantes de los gobiernos británico, francés, alemán, italiano, soviético y portugués. El comité se limitaría a escuchar las demandas y a examinar las pruebas que le fueran aportadas únicamente por los seis países que lo integraban, y no llegaría a ninguna conclusión antes de haber respondido a todas las demandas que se le hubieran presentado por escrito.

La política de no intervención, que entró en efecto de forma oficial el 9 de septiembre, afirmaba simplemente que las seis naciones que integraban el comité estaban de acuerdo en no enviar ningún tipo de aprovisionamiento militar a ninguno de los dos bandos en pugna. No se hizo una definición cabal de lo que significaba estrictamente el aprovisionamiento militar, no existía ninguna forma de verificación ni de control y no se decía nada sobre la presencia de tropas extranjeras en el suelo español, aunque ya era del dominio público que había miles de africanos y varios cientos de alemanes e italianos integrados a las filas de los insurgentes y que los voluntarios antifascistas acudían desde muchos países para integrarse en las filas de las Brigadas Internacionales del Ejército republicano español.

La República y la no intervención

Una vez lanzada la idea de la no intervención por parte de Francia, el Gobierno de la República comprendió que su única posibilidad era exigir que tal acuerdo se cumpliese estrictamente por parte de todas las potencias, especialmente Italia, Alemania y Portugal. Es así como, sin mencionar directamente a estas tres potencias, el Gobierno republicano envió una nota al ministro de Asuntos Exteriores francés, el 10 de agosto de 1936, en la que decía: «El Gobierno español está dispuesto a reconocer las ventajas que tal acuerdo tendría, principalmente como medio de prevenir complicaciones internacionales de carácter general (...) Mi Gobierno está dispuesto a colaborar lealmente en la aplicación de tal acuerdo (...) pero cree indispensable llamar la atención del Gobierno francés sobre la importancia decisiva que tienen, de un lado, el plazo en el que el acuerdo podría entrar en vigor y, de otro, la eficacia de las garantías de su aplicación estricta.»

Cinco días después, el Gobierno republicano enviaba una nueva nota en la que advertía «sobre los peligros que podría representar la prolongación de un estado de cosas en el que ciertos Gobiernos, entre ellos el francés, han prohibido toda exportación de material de guerra a España, mientras que otros, que deberían igualmente formar parte del mencionado acuerdo, conservan, en este punto, plena y completa libertad de acción.»

La Unión Soviética apoya a la República

La Unión Soviética, por su parte, se alineó desde el principio con la República española. Desde finales de 1935, Stalin buscaba la forma de establecer una política de «seguridad colectiva» contra el rearme y las agresiones diplomático-militares de Italia y Alemania. A nivel gubernamental, Stalin sondeó las posibilidades de un plan de cooperación militar entre la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia para establecer un acuerdo de defensa mutua contra un ataque fascista, y a nivel político ordenó a los partidos comunistas europeos que postergaran todas las agitaciones revolucionarias y que buscaran alianzas con los partidos democráticos de las clases medias.

El resultado de este tipo de alianzas propugnadas por Stalin fue el triunfo electoral del Frente Popular, tanto en



Sobre estas líneas, un tanque soviético capturado por los nacionales en el frente de Madrid.

A la derecha, Josiff Stalin, que apoyó a la República con armas y aviones.

En la página siguiente, el barco soviético, Zyrianin, trayendo un importante cargamento de suministros, entra en el puerto de Barcelona rodeado por las embarcaciones que fueron a recibirlo, el 15 de octubre de 1936.

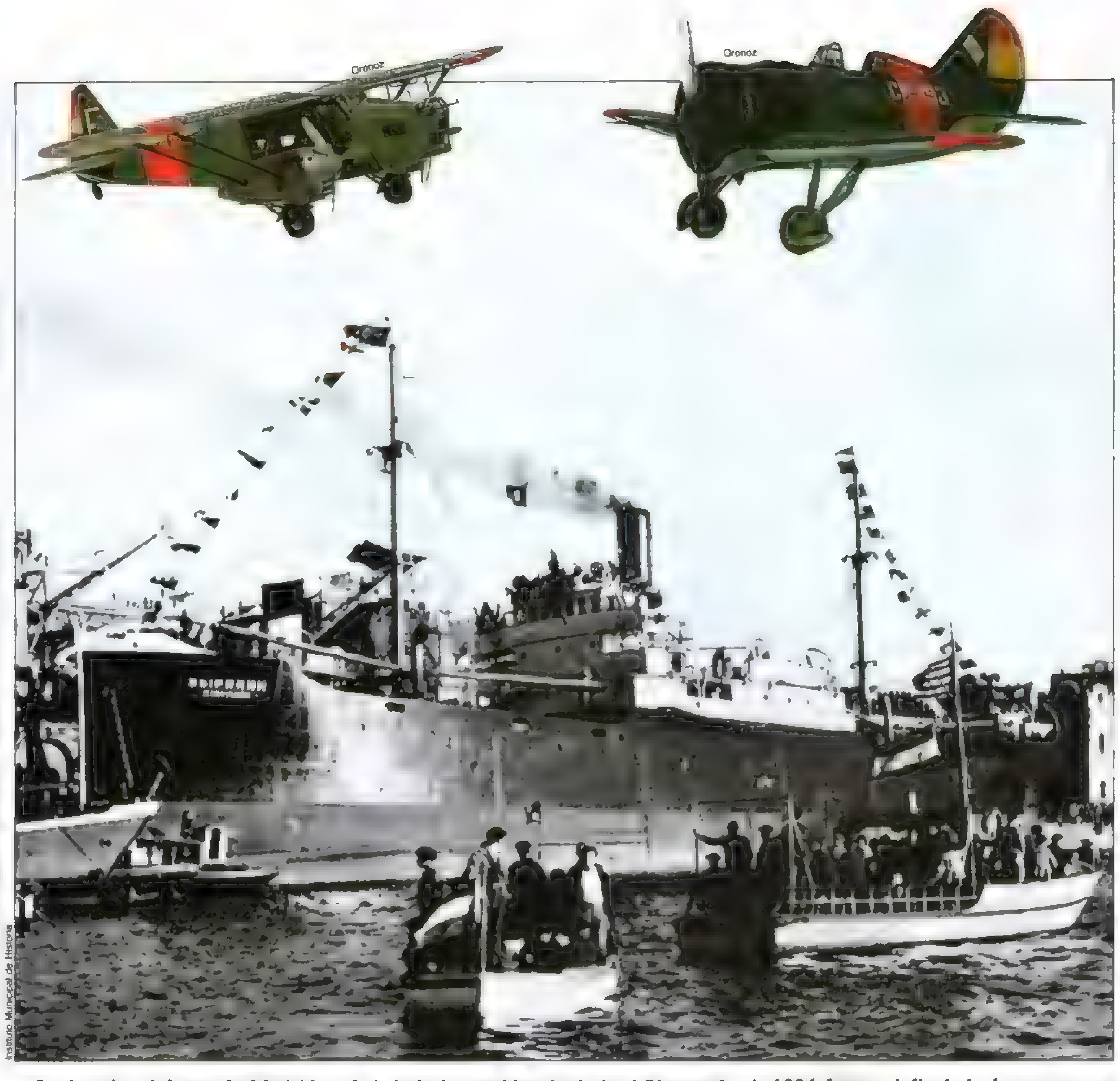


España como en Francia. De cualquier forma, y a pesar de este éxito, el dictador era extremadamente cauteloso en lo que concernía a las vinculaciones de la Unión Soviética con el exterior. Ordenó el envío de alimentos y de ayuda médica a la República durante los primeros meses de la guerra, pero no fue hasta finales de septiembre, y luego de repetidas advertencias en el sentido de que Rusia no se sentiría más constreñida que Italia y Alemania por el Tratado de No Intervención, cuando Stalin empezó a enviar a los republicanos españoles una verdadera ayuda militar. De este modo, sólo el 24 de octubre de 1936 fue cuando los primeros tanques soviéticos entraron en acción, al sur de Madrid, y en los primeros días de noviembre aparecieron sobre la capital española los primeros aviones soviéticos, mientras que varios cientos de oficiales del Ejército Rojo entraban a formar parte de los estados mayores del Ejército republicano.

El 25 de octubre, casi toda la reserva de oro española fue embarcada hacia la Unión Soviética. A lo largo de los dos años siguientes, el oro español serviría para pagar las armas que Stalin aportaba al Ejército republicano.

Intervención extranjera en la batalla de Madrid

Entre finales de julio y la primera semana de noviembre, las fuerzas insurgentes marchaban de victoria en victoria. Triunfalmente, el general Mola anunció que tomaría café en Madrid el 17 de noviembre para poder celebrar a la inversa el aniversario de la Revolución rusa. Telegramas que felicitaban al general Franco por su victoria —una victoria que daban por hecha— llegaron a los servicios de guerra de Madrid el 7 de noviembre. Sin embargo, en los aledaños occidentales de la ciudad, una fuerza combinada de milicianos de la República y de voluntarios antifascistas —que en número de varios miles integraban las Brigadas Internacionales— detuvo el arrollador avance del Ejército insurgente. A lo largo de 10 días los generales amotinados trataron de abrirse camino hacia la capital, a base de bombardeos de artillería, y el 18 de noviembre, justo cuando se vieron obligados a suspender sus tentativas, Alemania e Italia reconocieron oficialmente al Gobierno militar de Burgos como el único «legítimo» de España.



La heroica defensa de Madrid y el respaldo oficial que las potencias fascistas le otorgaban al Gobierno del general Franco, con sede en Burgos, parecían transformar en una farsa grotesca la diplomacia de la no intervención. Tanques, aviones y oficiales uniformados de Alemania, Italia y la Unión Soviética participaron abiertamente, desde uno u otro bando, en la batalla de Madrid. Varios miles de voluntarios antifascistas europeos combatían del lado de los republicanos, mientras que un número indeterminado de africanos y portugueses había sido enrolado en el Ejército nacionalista insurgente. Como todas las potencias europeas temían que la Guerra Civil española se extendiera y se transformara en una contienda generalizada —o sea en una nueva guerra europea— las reuniones del comité no dejaron de llevarse a cabo en Londres, siempre bajo la presidencia de lord Plymouth. El 28 de septiembre, Italia y Portugal fueron solemnemente exonerados de las acusaciones de los republicanos y el 15 de noviembre, Rusia también fue exonerada de las acusaciones ítalo-germanas. Nadie puso en duda ni por un momento la existencia de un intervencionismo a gran escala, pero las complejas normas procesales del comité eran invariablemente empleadas para declarar inadmisible todo tipo de pruebas al respecto. De otra forma, los representantes de las grandes potencias habían tenido que actuar como redomados embusteros, y el peligro de una guerra generalizada había aumentado enormemente.

Fracasa un intento de mediación

Si reducimos una situación harto compleja a sus rasgos más simples, se podría decir que desde noviembre de 1936 hasta el final de la guerra, en marzo de 1939, las potencias fascistas hicieron todo lo necesario para asegurar la victoria final del Ejército nacionalista, mientras que los soviéticos ayudaron a la República hasta que se vio que la situación militar era ya insostenible (lo que ocurrió a finales de 1938). Las potencias democráticas, por su parte, se esforzaron por retener la guerra dentro de sus límites y por reducir la eventual influencia militar y económica de Alemania e Italia en la España nacionalista del general Franco.

En lo más ardiente de la batalla de Madrid, Francia e Inglaterra trataron de introducir un plan de mediación y también propusieron que el Comité de No Intervención debería ocuparse directamente del problema de los voluntarios extranjeros. Ambas propuestas fueron rechazadas por Italia y Ale-



Archivo Orbis


Archivo Orbis



Topham/Fire Foto



Archivo Orbis

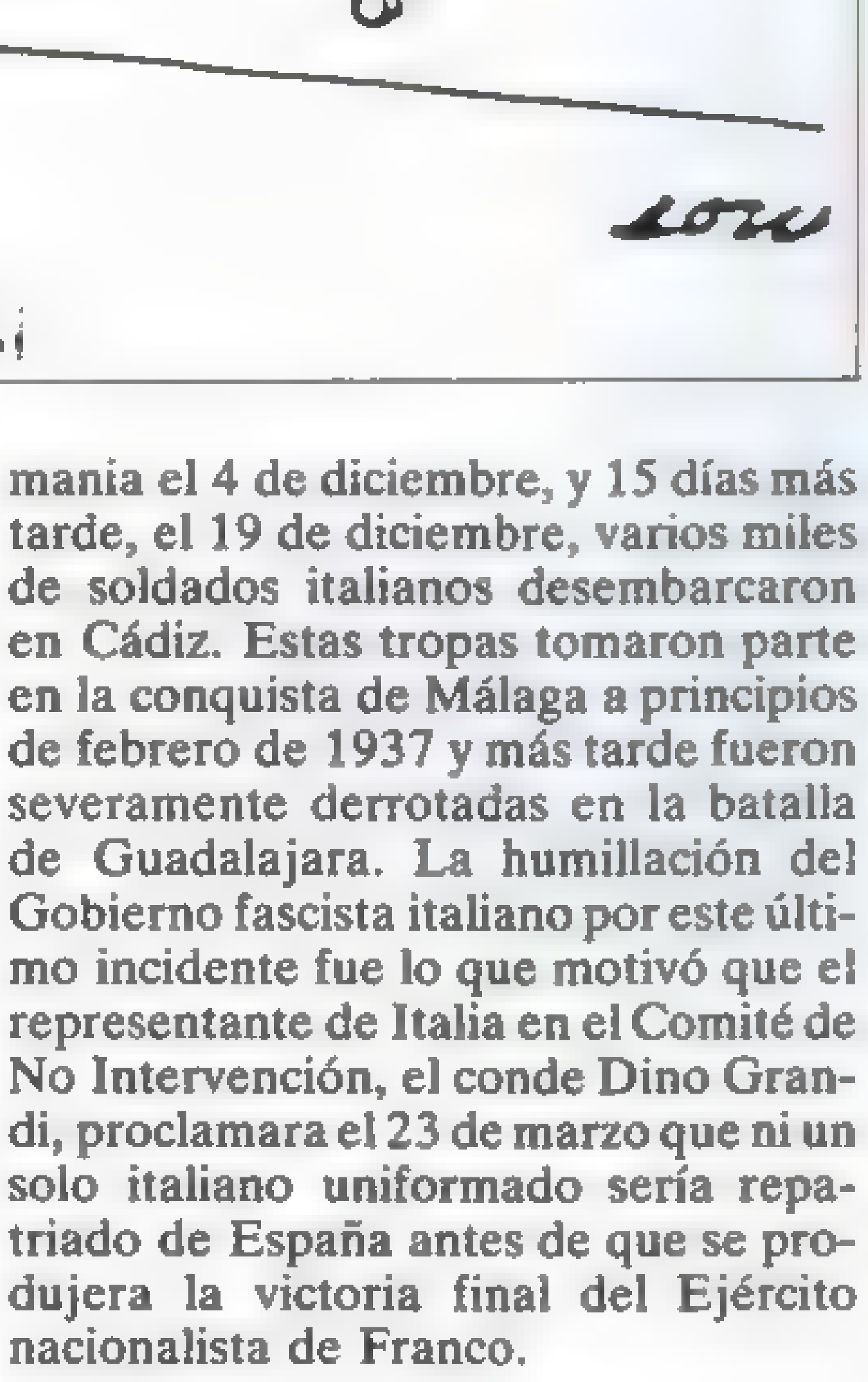
En esta página, arriba, un cartel de la Junta Delegada de Defensa de Madrid en el que se denuncia la presencia de tropas italianas en la Guerra Civil; ya desde febrero de 1937, tras la toma de Málaga por parte de los nacionalistas, la participación de las tropas italianas en la Guerra Civil española se hizo evidente a los ojos del mundo, aunque tal hecho nunca fue oficialmente admitido por el Comité de No Intervención.

En esta página, abajo, Hitler y Stalin en una caricatura sobre el pacto nazi-soviético.

En ambas páginas, ilustración humorística británica de la época, titulada «La cuestión sobre la existencia de Franco» en la que se representa al jefe del bando nacionalista en un tamaño muy inferior al de sus poderosos camaradas, los dictadores de Alemania e Italia, que le apoyaron abiertamente durante la Guerra Civil.

En la página siguiente, un cartel de la Junta Delegada de Defensa de Madrid del año 1937, que recoge una caricatura de Cañavate en la que se satiriza el poder supremo del generalísimo Franco.







mania el 4 de diciembre, y 15 días más tarde, el 19 de diciembre, varios miles de soldados italianos desembarcaron en Cádiz. Estas tropas tomaron parte en la conquista de Málaga a principios de febrero de 1937 y más tarde fueron severamente derrotadas en la batalla de Guadalajara. La humillación del Gobierno fascista italiano por este último incidente fue lo que motivó que el representante de Italia en el Comité de No Intervención, el conde Dino Grandi, proclamara el 23 de marzo que ni un solo italiano uniformado sería repatriado de España antes de que se produjera la victoria final del Ejército nacionalista de Franco.

El bloqueo naval y terrestre

Mientras tanto, Francia e Inglaterra proponían la creación de patrullas navales y de tierra para prevenir, o al menos para mitigar y reducir lo más posible, la llegada de hombres y de refuerzos para ambos bandos en pugna. Dichas patrullas fueron establecidas formalmente el 23 de abril. La armada inglesa y la escuadra naval francesa fueron asignadas a vigilar las costas de la España nacionalista, mientras Italia y Alemania vigilaban las costas de la España republicana.

Los barcos patrulleros tenían garantizado el derecho de verificar el contenido de los cargamentos que viajaban rumbo a España, pero no tenían autoridad para inspeccionar directamente las bodegas y mucho menos para confiscar lo que se transportara en los barcos intervenidos. De hecho, Italia y Alemania endurecieron el bloqueo naval que ya hacía mucho que habían establecido contra los puertos republicanos e Italia llegó incluso a reforzar con sus barcos a la armada nacionalista. Inglaterra y Francia vigilaban los barcos que se dirigían a los puertos nacionalistas pero no interferían para reducir este tráfico. La armada inglesa, en cambio, llegó a detener cargueros británicos que navegaban rumbo a puertos republicanos.

En lo que respecta a las fronteras terrestres, en septiembre de 1936 Francia había cerrado virtualmente sus comunicaciones por carretera y por tren con España, pero los voluntarios seguían entrando a la Península por los intrincados caminos y senderos de la montaña. Francia aceptó con entusiasmo que sus fronteras terrestres fueran puestas bajo observación internacional por una resolución del Comité de No Intervención, en abril de 1937. Portugal, en cambio, aceptó de mala gana que unos pocos observadores británicos se instalaran en sus fronteras con la España nacionalista, después de elevar una demanda que exigía que las potencias democráticas protegieran al país contra una «invasión comunista» en el caso de que la República española ganara la Guerra Civil.

Incidentes navales

Incluso unas medidas tan poco efectivas como estas patrullas de vigilancia marítima y terrestre sólo duraron un

Azaña, Franco y las potencias

La intervención de las potencias extranjeras ha sido uno de los temas más controvertidos de la Guerra Civil española, ya que ha sido objeto de acusaciones mutuas a lo largo de toda la contienda, y aun después. Entre las acusaciones destacan las de los propios jefes de los bandos en litigio.

El Presidente de la República española, Manuel Azaña, en un discurso pronunciado el 18 de julio de 1937 dijo al respecto: «A estas alturas, a esta distancia del origen, no creo que quede una sola persona en el mundo, conocedora de los asuntos de España, capaz de negar que, sin auxilio de las potencias extranjeras, la rebelión militar española habría fracasado.

»Es, por tanto, una verdad evidente que si en España la guerra dura un año, no es ya un movimiento de represión de una rebelión interior, sino un acto de guerra extranjera, una invasión (...) España está invadida por tres potencias: Portugal, Italia y Alemania.»

El Jefe del Gobierno de Burgos, Francisco Franco, en un discurso pronunciado un año después, alegó: «Proclamamos al mundo nuestra verdad y éste no quiso o no pudo oírla, apagadas nuestras voces por el rugido feroz e inhumano de los Frentes Populares, de los agentes comunistas y de los ofuscados demócratas que han ayudado a los rojos de España.

»A los Estados del mundo que reconocieron nuestro derecho: Italia y Alemania, con Albania, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, la Santa Sede, el Japón, Hungría y aquellos otros que, como el hermano Portugal, comprendieron y alentaron nuestra causa, expresamos en este día solemne nuestro reconocimiento.»



par de meses. El 29 de mayo, el Gobierno republicano, en un intento desesperado por llamar la atención mundial hacia el carácter discriminatorio y completamente unilateral de la «no intervención», bombardeó un navío de guerra alemán, el *Deutschland*, en el puerto de la isla de Ibiza, que entonces estaba en manos de los nacionalistas. Como represalia, los alemanes bombardearon el puerto de Almería y el 23 de junio, Hitler retiró a las unidades alemanas de las escuadras internacionales de vigilancia, bajo la excusa de que el Comité de No Intervención no había castigado al Gobierno de Valencia por lo que para él era un acto de piratería. A los pocos días, Portugal y luego Francia dieron por terminadas las patrullas fronterizas, con lo que se puso punto final al intento de vigilar las intervenciones foráneas por mar y por tierra.

A lo largo de toda la Guerra Civil española se produjeron incidentes navales que obligaron a Inglaterra a entrar reticentemente en conflicto con el general Franco y con sus aliados italianos. Pasados los primeros 10 días de guerra, ni la República ni los insurgentes poseían una marina de guerra potencialmente importante y el Gobierno constitucional nunca pudo hacer otra cosa que proteger débilmente sus comunicaciones marítimas costeras. Sin embargo, a lo largo de la guerra, Italia reforzó a la armada nacionalista con 56 submarinos y 25 barcos de superficie entre cruceros y destructores. También los alemanes colaboraron en incrementar el poderío naval de los insurgentes con unos 140 barcos de carga y veleros de todo tipo.

Hasta mayo de 1937, las potencias fascistas exigían discreción en el empleo de sus buques, pero desde el inicio de la guerra hasta esa fecha, unos 35 barcos que navegaban hacia puertos republicanos fueron bombardeados o hundidos, incluyendo 14 navíos que navegaban bajo bandera británica. En las 3 primeras semanas de abril, el general Franco aplicó un estricto bloqueo naval contra Bilbao, lo que no impidió que varios buques británicos cargados de alimentos rompieran el bloqueo, motivados tanto por razones humanitarias como por la determinación de preservar los derechos de los barcos británicos.

A finales de julio, después de la conquista del norte de la Península por parte del Ejército nacionalista, y con el orgullo militar italiano restablecido gracias al importante papel desempeñado por sus tropas en dicha campaña, Mussolini amplió su radio de acción en



el Mediterráneo. Desde finales de julio hasta el 1 de septiembre, unos 20 barcos fueron hundidos o gravemente dañados tanto por los bombardeos aéreos como por la acción de «submarinos sin identificar». Entre las víctimas de estos ataques hubo siete cargueros británicos y un destructor de la marina inglesa. La reacción de Inglaterra fue inmediata. Ignorando su propio e impotente engendro, que era el Comité de No Intervención, Gran Bretaña propuso una conferencia con las naciones costeras del Mediterráneo para poner punto final al problema de la «piratería». El 14 de septiembre, en Nyon, Inglaterra,





En la página anterior, arriba, cartel del bando nacionalista alusivo a la ayuda recibida de los gobiernos europeos de corte totalitario; abajo, Ramón Serrano Súñer, ministro de Asuntos exteriores español según Zuloaga

En esta página, arriba, el barco portugués «Alfonso de Albuquerque», que prestó auxilio a los sublevados de 1936; en esta página, abajo, el conde Ciano, ministro italiano de Asuntos exteriores, yerno de Mussolini.

Francia, Rusia y varias otras naciones menores, anunciaron que cualquier ataque submarino contra un navío no español sería repelido con el hundimiento inmediato y fulminante del submarino atacante. Después de esta declaración, se interrumpieron los ataques submarinos, pero los bombardeos y los ataques aéreos prosiguieron hasta el final de la guerra. De esta forma, la conferencia de Nyon terminó con una actividad que la armada británica no podía tolerar, pero no hizo absolutamente nada para terminar también con el bloqueo al que Italia y Alemania sometían a la República, y, por supuesto, no interfirió de ningún modo con los convoyes alemanes e italianos que navegaban con destino a los puertos nacionalistas.

Los derechos de beligerancia

En el transcurso de los años 1937 y 1938, el Comité de No Intervención tuvo que lidiar repetidamente y con total ineficacia con otros dos importantes problemas: la repatriación de los voluntarios y la garantía de que se respetaran los derechos de guerra. Ya en febrero de 1937, Mussolini se jactaba abiertamente por la presencia de sus tropas en España. Hitler y Mussolini nunca reconocieron de hecho la presencia de oficiales de sus ejércitos en los dos bandos en lucha, pero todo el mundo, a excepción del Comité de No Intervención, estaba perfectamente al tanto de la situación desde la batalla de Madrid, a principios de noviembre de 1936. Desde la primavera de 1937 hasta el final de la guerra, el mayor contingente de beligerantes no españoles estuvo formado de lejos por las tropas italianas que combatían del lado de los nacionalistas. Todos los esfuerzos conjuntos que realizaron Francia e Inglaterra para mantener a los italianos al menos parcialmente apartados de la escena militar fueron destruidos sin excepción por las exigencias del general Franco en cuanto a sus derechos de beligerante. Estos «derechos de beligerante» otorgaban a la armada nacionalista (compuesta en su mayor parte por buques italianos) el derecho a bloquear las costas del enemigo, a detener e inspeccionar barcos en alta mar y a confiscar todo tipo de cargamentos destinados a los puertos republicanos. Tales derechos también podían significar un claro e implícito reconocimiento de los nacionalistas como Gobierno legítimo según las leyes internacionales. Apoyado por Italia y Alemania, que ya habían reconocido oficialmente su Gobierno el 18 de noviembre de 1936, el general Franco nunca retrocedió ni un centímetro en su insistencia para que se le concedieran derechos de beligerante como condición previa para entablar cualquier tipo de negociación encaminada a una posible retirada de sus aliados extranjeros. El problema de los derechos de beligerancia también permitió que Franco eludiera todos los escollos relativos a informar sobre el número de las tropas extranjeras que combatían a su lado y sobre el grado de dependencia militar establecido entre los insurgentes y las potencias fascistas que los apoyaban.

Los intereses de las potencias

Después del verano de 1937, las principales potencias europeas, con la excepción de Italia, se empezaron a interesar cada vez menos por España al tiempo que se veían involucradas en nuevas zonas de conflicto. La invasión japonesa del norte de China en el mes de julio produjo varios incidentes fron-

El aislamiento de la República

Con la excepción de la Unión Soviética y de México, la comunidad internacional entera aisló a la República española desde principios de agosto de 1936 hasta el final de la guerra. Los soviéticos entregaron enormes cantidades de armas de gran calidad al Ejército republicano entre octubre de 1936 y mediados de 1937. Dichos suministros, interrumpidos por el cierre de las fronteras con Francia, volvieron a fluir libremente entre marzo y abril de 1938, cuando los franceses reabrieron, temporalmente, sus pasos fronterizos. Por este armamento a Stalin se le pagó según sus propios términos, ya que la Unión Soviética entró en posesión directa de las reservas de oro del Banco de España. En cuanto a México, realizó varios esfuerzos para enviar equipamiento militar a la República, pero era evidente que no podía competir frente a la marina de Italia, Alemania y Gran Bretaña, que bloqueaban las costas españolas.

En un esfuerzo para no depender exclusivamente de los soviéticos, el Gobierno de la República se las ingenió para obtener algunos suministros de guerra, pagados a precio de usura en el mercado negro de armas de Europa.

Si uno se pregunta por qué las potencias democráticas contribuyeron deliberadamente a la derrota de la República española, se encontrará con que hay al menos dos respuestas. Una consiste en que las democracias occidentales identificaron erróneamente a toda la izquierda española con la revolución y la conspiración del stalinismo. La otra respuesta es que la mayoría de la clase gobernante británica, al igual que la mayoría de sus asustados colegas franceses, suponían que se podía hacer negocios con Hitler y Mussolini, y es indudable que querían usar a Hitler para destruir a la Unión Soviética. Stalin los puso en su lugar al firmar el tratado germano-soviético de no agresión, en agosto de 1939. Las equivocaciones y la frecuente hipocresía de los gobiernos democráticos, en combinación con las agresiones del dictador alemán Adolf Hitler, fueron una de las principales causas de la desmoralización general que sufrió el mundo occidental en los primeros compases de la Segunda Guerra Mundial.



P. Newark-Firo Foto

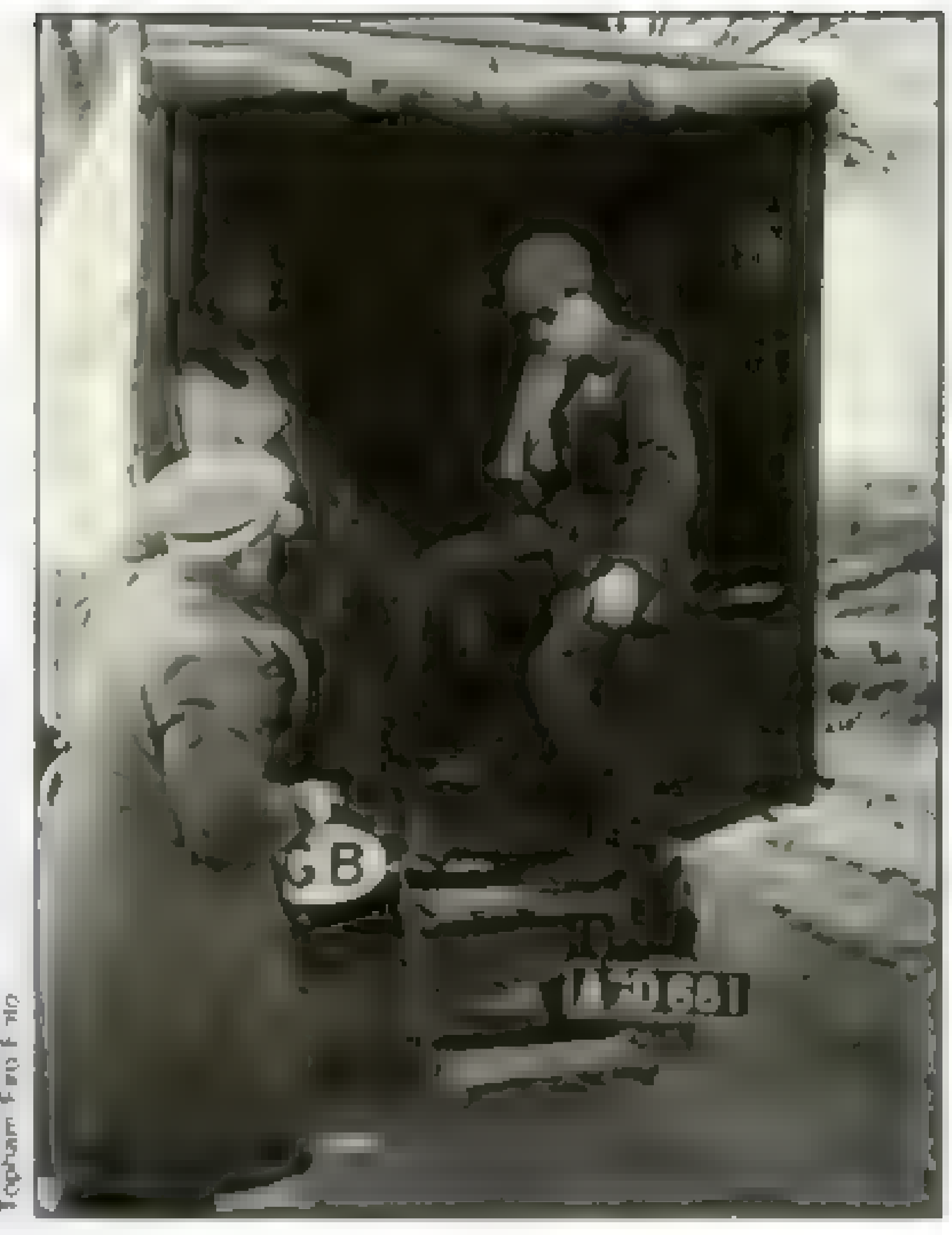


Keystone Ralois

terizos con guarniciones soviéticas, y la amenaza de una probable invasión de Siberia obligó a Stalin a transferir a Asia muchos recursos militares y a reducir proporcionalmente sus cargamentos navales hacia España. Además, y para agravar la cosa, nadie había secundado a Stalin en su campaña por una política de seguridad colectiva. A medida que se concentraba con preocupación cada vez más creciente en la amenaza que representaban los alemanes para la frontera occidental de la Unión Soviética, Stalin empezó a tomar en serio la posibilidad de contrapesar la política de «pacificación» anglo-francesa, haciendo su propio pacto de no agresión con Hitler.

Por otra parte, después de que los nacionalistas ocuparan las provincias vascas y la costa norte de la Península, Inglaterra empezó a sondear discretamente en busca de mejorar de un modo práctico sus relaciones con el probable y ya casi seguro líder que mandaría en España cuando se terminara la Guerra Civil. Los contactos comerciales con la industria vasca se restablecieron al igual que la explotación de las minas de propiedad británica que había en Andalucía. El 19 de noviembre, Inglaterra envió a Burgos a Robert Hodgson como su agente acreditado.

Asimismo, después de que el tratado de Nyon confirmara la primacía naval británica en el Mediterráneo, el primer ministro británico, Chamberlain, trató de mejorar sus relaciones con Italia. El resultado de estos esfuerzos fue el acuerdo naval anglo-italiano, firmado el 16 de abril de 1938 y una de cuyas platónicas condiciones consistía en que



Topham Foto

En la página anterior, arriba, aviones italianos arrojando bombas sobre las posiciones republicanas; abajo, hundimiento de un submarino republicano frente a las costas de El Ferrol, custodiadas por la flota nacionalista. En esta página, a la izquierda, descarga de material bélico alemán; arriba, observadores británicos en España

Archivo Orbis

Italia se comprometía a repatriar un «substancial» contingente de tropas desde España. El día en que se firmó el acuerdo, los nacionalistas acababan de llegar al Mediterráneo y habían cortado en dos la zona republicana, de modo que tanto Mussolini como Chamberlain tenían la convicción de que el final de la Guerra Civil era cuestión de días o a lo sumo de semanas. De hecho, la guerra todavía se iba a prolongar otros 10 meses más, durante los cuales Inglaterra no hizo otra cosa que ejercer con timidez una cierta presión meramente verbal contra la alianza fascista. El motivo de esta actitud consistía en que los británicos no deseaban alienarse las simpatías del general Franco, insistiendo sobre un tema sin solución posible como era el de la retirada de las tropas italianas antes de que terminara la Guerra Civil. Desde el punto de vista británico, las concesiones más importantes de Mussolini eran la garantía de repatriar a todas las tropas italianas una vez terminada la guerra y también la de evacuar las bases aéreas y navales que Italia había asentado en las islas Baleares.

En lo que concierne a los alemanes, a fines de 1937 Hitler estaba totalmente absorbido con sus planes para la ocupación ya inminente de Austria y Checoslovaquia y, dado que estas agresiones podían encontrarse con serias resistencias, su principal preocupación consistía en el rearme del Ejército alemán, algo más importante para él que colaborar con Franco.

De todos modos, la Guerra Civil no terminó en abril de 1938. Con la élite militar y política francesa profundamente alarmadas ante la perspectiva de una victoria fascista, Francia abrió la frontera desde comienzos de marzo hasta finales de abril. Esta apertura permitió que los republicanos recibieran las grandes cantidades de suministros soviéticos que se habían acumulado en Francia mientras la frontera permaneció verdaderamente cerrada. El renovado suministro de aviones, de camiones y de armas permitió al Ejército republicano detener a finales de abril los avances nacionalistas y luego lanzar una ofensiva militar. La batalla del Ebro arrancó con una limitada pero espectacular victoria del Ejército republicano: la sorpresiva y nocturna travesía del río que da nombre a la batalla y la ocupación de las colinas próximas a Gandesa. Sin embargo, esta ofensiva inicial se transformó, después de transcurrida una semana, en una larga y desesperada batalla defensiva en la cual los republicanos sufrieron enormes bajas ante la lenta reconquista de Gandesa y su entorno por parte de los nacionalistas.

La crisis checoslovaca y sus repercusiones en España

En agosto y septiembre, las tropas nacionalistas empezaron a sufrir restricciones en sus suministros, y su moral de victoria se vio considerablemente resquebrajada por la indudable y demostrada capacidad de lucha del Ejército republicano. En estos dos meses se produjo también el período más álgido de la crisis checoslovaca, con Hitler amenazando con destruir la pequeña



EFE

El pacto de Munich entre las grandes potencias europeas selló la suerte de la República española.

república centro europea si los checos no le entregaban todas la zona fronteriza que él reclamaba por considerarla territorio alemán. Del 28 al 30 de septiembre, en Munich, Inglaterra y Francia forzaron a Checoslovaquia para que aceptara y reconociera todas las exigencias de Hitler (fue lo que se ha dado en llamar el famoso «pacto de Munich», que pedía paz para «nuestro tiempo» y que fue firmado por las dos mencionadas potencias democráticas y por Italia y Alemania).

Después de firmado el pacto que solucionaba sus problemas en Europa Central, Hitler volvía a estar en condiciones y con las manos libres como para poder volcar una gran ayuda militar al Ejército de Franco, sin preocuparse en absoluto por las complicaciones militares que le pudiera acarrear el desmembramiento de Checoslovaquia. Los soviéticos, deliberadamente, no fueron consultados en Munich, con lo cual, como demostración límite de la diplomacia del apaciguamiento, se enterraron todas las posibilidades de alcanzar una seguridad colectiva tal como Stalin quería. El indudable triunfo de Hitler en la crisis checa, y el triste papel desempeñado por Francia e Inglaterra quebraron la moral de la República española.

Cuando lanzaron su ofensiva, el 15 de diciembre de 1938, los nacionalistas estaban en condiciones de ocupar Cataluña sin encontrar casi resistencia. En estos últimos episodios de la Guerra Civil, el Comité de No Intervención logró anotarse por fin un pequeño tanto a su favor. El 8 de octubre, el Gobierno republicano retiró a unos diez mil voluntarios de las Brigadas Internacionales y, el 16 del mismo mes, alrededor de diez mil soldados italianos abandonaron España.

Una diplomacia en favor de Franco

En líneas generales, la diplomacia relativa a la Guerra Civil española fue ampliamente favorable al general Franco. Hitler y Mussolini se hicieron cargo de entregarle todo lo necesario para que venciera en la guerra y no le pidieron nada a cambio (por lo menos desde el punto de vista del pago en divisas). Ambas potencias fascistas reconocieron legalmente al Gobierno de Franco justo cuando sus tropas estaban a punto de ocupar Madrid, y defendieron su causa ruidosa y agresivamente en el Comité de No Intervención y en todos los demás foros internacionales. Los británicos se negaron a reconocer los derechos de beligerante que Franco exigía, pero la Royal Navy, excepto cuando se intentó bloquear por mar a Bilbao, tuvo un comportamiento benignamente neutral ante la presencia de los buques italianos y alemanes que transportaban suministros rumbo a los puertos de Portugal y de la España nacionalista. Al mismo tiempo, la armada inglesa detuvo a todos los barcos con pabellón británico destinados a transportar suministros a los puertos republicanos. Para colmo, y a través del banquero pronacionalista Juan March y de su red comercial y financiera que se extendía por Gran Bretaña y Portugal, el general Franco recibió una importante ayuda financiera. Por último, los nacionalistas recibieron cientos de camiones y enormes suministros de gasolina procedentes de Estados Unidos y que también se pagaron gracias al crédito y al respaldo de los industriales que apoyaban a Franco. Todas estas cosas eran de público conocimiento, pero la actividad del Comité de No Intervención y las condenas ocasionales de la Liga de las Naciones tenían como última finalidad la de quitarle a la República su legitimidad para comprar armas y para eludir cualquier reconocimiento oficial de la masiva ayuda militar que recibieron los nacionalistas.

La batalla de Teruel
Una brecha hacia el Mediterráneo

Jesús Gutiérrez,
historiador

La batalla de Teruel, librada en el duro invierno de 1937-38, no sólo fue uno de los más cruentos combates de la Guerra Civil española sino que significó la antesala del definitivo derrumbamiento del Ejército republicano, ya que permitió a los rebeldes avanzar hacia el Mediterráneo y cortar en dos la zona republicana, aislando Cataluña. En la fotografía, una escena de los violentos combates que se libraron en el frente de Teruel.

El 15 de diciembre de 1937, el Ejército Republicano bajo el mando del general Vicente Rojo lanzó una fulminante ofensiva sobre el saliente de Teruel, una cuña rebelde que penetraba en territorio republicano. Después de una semana de violentos y enconados combates, los republicanos consiguieron entrar en Teruel y, el 8 de enero, obtuvieron la rendición de la plaza. Casi al mismo tiempo, el general Franco, que se disponía a lanzar un poderoso ataque contra Guadalajara, se vio obligado a suspender esta operación para preparar la contraofensiva que, finalmente, recuperaría la ciudad, abriendo una brecha hacia el Mediterráneo.



Zardoya

Juan Modesto

Nacido en el año 1906 en el Puerto de Santa María, Juan Modesto fue uno de los más destacados militares de milicias comunistas de la Guerra Civil. Ingresado en el Partido Comunista de España en 1930, viajó a la URSS en 1933 para seguir cursos de formación política, y probablemente algún cursillo de estrategia militar, en la escuela naval de Odessa.

Cuando estalló la Guerra Civil española combatió como jefe del Batallón Thaelmann en la sierra madrileña y fue nombrado comandante del V Regimiento (fue uno de los primeros) y de la XVIII Brigada Mixta, hasta que a principios de 1937 asumió el mando de la IV División del Cuerpo de Ejército de Madrid. Después de intervenir en el Jarama y Guadalajara, ascendió a teniente coronel de la escala de milicias y pasó a ser jefe del V Cuerpo de Ejército, al que dirigió en las batallas de Brunete, Belchite y Teruel. En esta última batalla fue el responsable de la defensa de todo el territorio conquistado en el primer avance republicano. Después de la derrota, acusó a «El Campesino» de haber abandonado indebidamente sus posiciones sobre La Muela de Teruel.

En agosto de 1938, ascendió a coronel, grado al que únicamente él llegó en la escala de milicias, y fue nombrado jefe del Ejército del Ebro, con el cual preparó la batalla del mismo nombre. Su actuación resultó muy controvertida. El 10 de febrero de 1939, al frente del resto de sus fuerzas, cruzó la frontera con Francia, pero volvió más tarde a territorio republicano con el propósito de reorganizar el Ejército de la República, sin conseguirlo. Fue ascendido, al final de la contienda, al grado de general.

Exiliado en la URSS, participó en la Segunda Guerra Mundial en las filas de los ejércitos soviético y búlgaro y logró escapar a las purgas stalinistas. Murió en Praga en 1969, poco antes de la aparición de su libro de memorias: Soy del Quinto Regimiento.



EFE



Archivo Orbis

En esta página, arriba, el coronel Modesto, militante comunista y uno de los más destacados líderes del Ejército republicano; como jefe del V Cuerpo de Ejército, fue el encargado de dirigir la defensa del territorio conquistado en Teruel.

En la página siguiente, Valentín González, más conocido como «El Campesino», jefe de la 46.ª División del Ejército Republicano, que permaneció en el interior de Teruel hasta que su defensa se hizo imposible por el avance nacionalista.


Archivo Ortiz

Hacia finales de octubre y principios de noviembre de 1937, el Estado Mayor Central del Ejército republicano supo de la concentración de fuerzas rebeldes en el triángulo que forman Zaragoza, el noroeste de Teruel y Alcolea del Pinar, y concretamente en el valle del Jalón. Después de analizar la situación consideró que el objetivo franquista podía ser Guadalajara para atacar seguidamente Madrid.

En efecto, tras la caída del frente Norte con la toma de Asturias, el general Franco disponía de grandes efectivos a sumar en los puntos de presión sobre las posiciones republicanas. Con estos medios, y después de varios intentos frustrados de mediación y negociación internacionales, el Estado Mayor del Ejército franquista decidió preparar el ataque sobre Guadalajara, puerta del objetivo final: Madrid. Y ésta sería la operación que desbarataría la reacción-maniobra republicana sobre el frente sur de Aragón: la conquista del saliente de Teruel.

Se prepara el asalto

Después de la caída de Asturias no quedaba resistencia importante en el norte peninsular. A pesar de esto, se abrió un corto período de calma bélica aprovechado por los dos sectores contendientes para reestructurar sus fuerzas. El Gobierno republicano se trasladó a Barcelona el 31 de octubre de 1937 y desde allí intentó el inicio de negociaciones que, como los intentos de mediación del Comité de No-Intervención, se vieron abocados al fracaso. El ejército de Franco, entretanto, emprendió una importante reorganización: se crearon 6 cuerpos de ejército, con 5 ó 6 divisiones cada uno, aumentando su capacidad operativa y de maniobra.

Con esta perspectiva, para mediados del mes de diciembre se había previsto el inicio de la maniobra de convergencia sobre Madrid a partir de dos fases: una, por el sur, desde Toledo; otra, desde el noreste, por Guadalajara. Intervendrían, según los planes origina-

Valentín González, «El Campesino»

Nacido en Marcocinado, pueblo de Extremadura, en el año 1909, Valentín González trabajó de muy joven en las minas de Peñarroya. No se sabe con exactitud cuando ingresó en el Partido Comunista de España, aunque parecería que fue en 1929. En julio de 1936, apareció al frente de un batallón de campesinos en Somosierra, donde demostró ciertas aptitudes para el mando y la organización militar. Combatió en diversos frentes madrileños, y con especial atención y dedicación en la defensa de Madrid. Más tarde, tomó parte de las batallas del Jarama y de Guadalajara como jefe de Brigada en la 11.ª División, mandada por Enrique Líster.

Cuando se creó la 46.ª División, «El Campesino» asumió el mando y a su frente combatió en Brunete, Belchite y Teruel. Fue en esta última donde, como responsable de su defensa, permaneció con sus hombres en el interior de la ciudad hasta la llegada de las fuerzas franquistas. Lo mismo sucedería luego en Lérida, donde consiguió mantener sus posiciones defensivas durante una semana y en condiciones realmente duras.

Tras estas actuaciones, su división quedó integrada en el V Cuerpo de Ejército, donde sus enfrentamientos con Líster y con Juan Modesto fueron cada vez más violentos y encontrados. Desplazado de su mando operativo, abandonó la milicia, aunque fue uno de los últimos jefes militares republicanos en huir de España tras la victoria franquista. Cuando acabó la guerra se exilió en Argelia, pasando posteriormente a la URSS, donde tras varios intentos no consiguió establecerse, sufriendo diversas detenciones y deportaciones a campos de concentración siberianos. En una de estas ocasiones, consiguió escaparse a Francia, desde donde desempeñó un activo papel propagandístico, de carácter antisoviético y antistalinista. Posteriormente dejó el PCE, y en el año 1963 dirigió un pequeño grupo guerrillero en los Pirineos.

Sus conflictivas relaciones con Líster y Modesto, y más tarde con la dirección del PCE, hacen muy difícil penetrar en la vida de «El Campesino», más cercana a la leyenda que a la realidad y envuelta en nubes de ataques y acusaciones mutuas. Murió en Madrid en octubre de 1983, totalmente olvidado.

Fuerzas que intervinieron en la batalla

Las fuerzas republicanas

El número de soldados republicanos que intervinieron en la primera parte de la batalla no puede estar muy lejos de los 100.000, aunque en el ataque directo sobre Teruel no pasaran de 45.000 hombres. En esta fase de la batalla sólo intervinieron soldados españoles, ya que hasta el día 19 de enero no entraron en combate algunos efectivos de las Brigadas Internacionales.

El responsable de la operación era el ex-ministro de la Guerra en el Gobierno de José Giral, Juan Hernández Sarabia, organizador destacado del Ejército republicano durante toda la guerra. Para llevarla a cabo, Hernández Sarabia dispuso tres cuerpos de ejército en sentido latitudinal, de norte a sur. En el sector nordoriental contaba con el XXII Cuerpo de Ejército, a las órdenes del coronel Juan Ibarrola, católico vasco que había participado en las luchas del frente Norte; estaba formado por las 11.ª División (dirigida por Enrique Líster) y 25.ª División (mandada por Miguel Vivancos). En el sector sudeste el general Hernández dispuso al XX Cuerpo de Ejército del general Leopoldo Menéndez con las Divisiones 68.ª (del comandante Trigueros) y 40.ª (de Andrés Nieto). Por último, en el sector sudoeste estaba el XVIII Cuerpo de Ejército, a las órdenes de Enrique Fernández Heredia, destacado defensor de Madrid en el año 1936, con las Divisiones 34.ª (de Etelvino Vega) y 70.ª (del comandante Toral).

Participaron, además, el XIII Cuerpo de Ejército, con las Divisiones 39.ª y 42.ª para asistir el flanco nord-oriental, en el sector de Alfambra y Pancrudo, al norte de Sierra Palomera; y, el XIX Cuerpo con las Divisiones 64.ª y 41.ª que presionaba por el flanco sur-occidental, en el saliente de Villastar, Campillo y Valdecuenca.

Todo este dispositivo contaba con el apoyo de 37 baterías de artillería, mandadas por el coronel Gallego, además de una agrupación de tanques (modelos T-26 y BT-5), mandada por el coronel Parra.

Las fuerzas franquistas

La defensa de Teruel no iba más allá de 10.000 hombres, aunque Rey d'Harcourt, comandante de la plaza, sólo disponía de 7.000 efectivos organizados. El resto lo formaban cuatro compañías de falangistas, las fuerzas de Policía y unos 1.500 civiles armados. Contaban, eso sí, con 3 ó 4 baterías de artillería ligera.

En lo que viene a ser la fuerza de contraofensiva también se hace difícil la evaluación global del número de soldados que intervinieron. Quizás unos 125.000 hombres, nunca menos de 100.000 y con abundante material de artillería de las baterías de la Reserva General y de las Legionarias del general italiano Manca.

En las diferentes fases y maniobras intervinieron los cuerpos de Ejército de Galicia (dirigido por el general Antonio Aranda), con las divisiones 13.ª, 85.ª, 82.ª y 84.ª; de Castilla (dirigido por el general José Varela), con tres divisiones más; el Marroquí (a las órdenes del general Juan Yagüe), con las divisiones 108.ª, 4.ª y 11.ª; un cuerpo Mixto (formado por la 1.ª División de Caballería, con unos 100 tanques, organizados en tres batallones, y la 5.ª División de Infantería), dirigido por el coronel José Monasterio. Además, esta fuerza de avance dispuso del soporte de unos trescientos aviones alemanes.





EFE

Sobre estas líneas, el general Juan Yagüe, jefe del Ejército marroquí, que tuvo una destacada actuación en la contraofensiva franquista desatada entre enero y febrero de 1938 en Teruel.

En esta página, abajo, la infantería franquista avanza en el frente de Teruel, el 31 de diciembre de 1937.

En la página siguiente, soldados republicanos combaten en las calles de Teruel en los últimos días de diciembre de 1937, poco después de haber roto la línea defensiva franquista que protegía la ciudad; la lucha por el dominio de Teruel se extendió hasta el 8 de enero, día en que se rindió el comandante de la plaza, Rey d'Harcourt.

les, tres cuerpos de ejército: el de las Tropas Voluntarias (CTV) del general italiano Mario Berti; el de Castilla, con el general José Varela; y el Marroquí, mandado por el general Juan Yagüe. El día «H» sería el 18 de diciembre. El dispositivo y las concentraciones estaban listas el 10 de diciembre. Se había dispuesto también que para cubrir el flanco del frente de Aragón permanecerían en la zona los cuerpos de ejército de Navarra, Galicia y Aragón. Todo parecía favorable a las fuerzas franquistas, que actuaban desde octubre sin el peligro republicano sobre las espaldas de Castilla.

Ya para aquel entonces, la estrategia militar republicana consistía en presionar sobre un frente cuando peligraba el equilibrio en otro. Cabe recordar que cuando Franco había intentado, en los meses de diciembre de 1936 y febrero de 1937, la marcha sobre Madrid las fuerzas republicanas actuaron con decisión en Villarreal de Álava y en Oviedo, respectivamente, o, cuando a poco de iniciarse la campaña del Norte, en los meses de junio y septiembre de 1937, se sucedieron los choques en Segovia, Brunete y Belchite.

Dentro de esta tónica, el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central del Ejército republicano, había


EFE

preparado una nueva ofensiva para reactivar el frente de Extremadura, con el objetivo de mantener ocupadas y alejadas de Madrid a las fuerzas del Ejército del Sur e impedir la convergencia en «acordeón» sobre la capital. Aquella operación formaba parte de un plan general de contraofensiva, en la que también entraba la actuación sobre Teruel, un saliente rebelde que penetraba sobre las posiciones republicanas. El conjunto operacional había quedado ultimado para el 10 de diciembre. No era, pues, una maniobra de conquista de frentes sino un movimiento estratégico para impedir que el enemigo avanzara sobre Madrid.

«¡Hay que tomar Teruel!»

El saliente de Teruel era un territorio muy irregular. Sobre el mapa tenía forma de rombo con extremos en el Muletón (norte), Villel (sur), Peones (este) y Prado Quemado (oeste). El sistema defensivo franquista se orientaba de N-E al S-O a lo largo de las alturas, de las que el Puerto Escandón era la más elevada, con 1301 metros, y con el objetivo de dominar las principales vías de comunicación.

El 15 de diciembre, el dirigente comunista Enrique Líster, al frente de su 11.ª División inició el ataque sobre Teruel, desde el norte, siguiendo la línea del río Alfambra hacia el Pico del Muletón, y consiguió llegar a La Muela de Teruel, crestón rocoso que domina la ciudad desde el oeste, con lo que cerró la salida de la misma a sus defensores franquistas. Al mismo tiempo, la 64.ª División avanzó por el sur, desde la vanguardia republicana del Campillo, siguiendo el paso de Las Pedrizas, los Morrones y el Pico del Zorro hasta el mismo pie de La Muela de Teruel, contactando con la 11.ª División en la ermita de San Blas. La operación contó con el apoyo en la retaguardia de las Divisiones 25.ª y 34.ª, mientras el peso del rastreo sobre las posiciones de resistencia correspondió a las Divisiones 68.ª y 40.ª.

El avance republicano fue lento debido a la gran resistencia que encontró (el XX Cuerpo de Ejército republicano había quedado detenido durante dos días en las laderas del Puerto Escandón), y no consiguió entrar en Teruel hasta el 22 de diciembre.

Domingo Rey d'Harcourt, comandante militar de la plaza de Teruel y jefe de la resistencia franquista, ordenó el repliegue cuando después de dos días de combates se convenció de la imposibilidad de detener el avance republicano, que por el sector nor-noreste, siguiendo el Alfambra y la carretera de Corbalán y por el sur-suroeste, las carreteras de Sagunto y de Cuenca a Villastar, llegaban a las mismas puertas de Teruel el 21 de diciembre. Rey d'Harcourt dispuso la defensa sectorial de la ciudad. Él mismo dirigió la resistencia desde el edificio de Gobierno Civil, desde donde se oponía a la entrada por el suroeste; el coronel Bartolomé Barba intentó impedir los accesos del sector noroeste, por la carretera de Zaragoza; mientras otro grupo defendía las orillas del Turia desde el convento de San Francisco. Sin embargo, el avance republicano contaba con un número demasiado grande en efectivos como para no poder superar estas resistencias.

Al tener noticias de la ofensiva republicana sobre Teruel, Franco paralizó sus planes de ataque sobre Guadalajara, ya que en sus planteamientos no entraba la pérdida de la ciudad. En primer lugar, Franco ordenó a Rey d'Harcourt que resistiese, mientras él organizaba la contraofensiva, que se pondría en marcha el 29 de diciembre de 1937. Para llevarla a cabo, Franco dispuso del Ejército de Castilla, mandado por el general Varela, y del Ejército de Galicia, al mando del general Aranda, aunque en determinados mo-

En ambas páginas, los generales Franco y Dávila junto a los oficiales del Alto Estado Mayor rebelde observan el desarrollo de la batalla en el frente de Teruel en febrero de 1938; la contraofensiva planificada por Franco le permitió recuperar Teruel y detener el avance republicano.

En la página siguiente, el jefe del Gobierno republicano, Juan Negrín (izquierda), dialoga con el general Vicente Rojo (centro), que fue el encargado de planificar la batalla de Teruel, como anteriormente lo había hecho en las de Brunete y Belchite y como posteriormente lo haría en la batalla del Ebro.

mentos intervinieron también la Brigada Navarra de Requetés y la Legión Cóndor alemana. Como jefe de operaciones se designó al general Fidel Dávila.

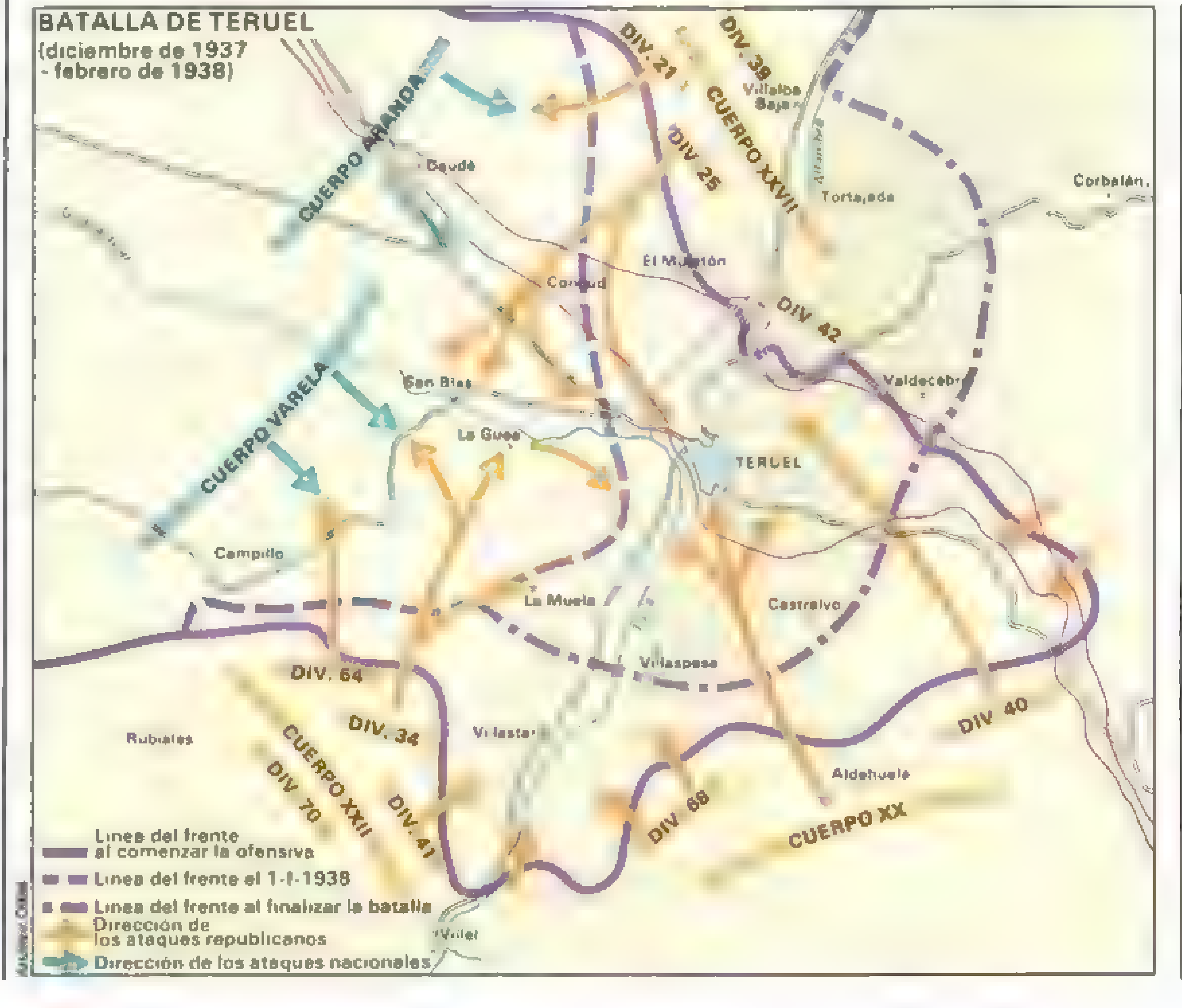
Iniciado el movimiento de avance franquista se produjo un cambio en las condiciones climáticas que convirtió el enfrentamiento de Teruel en una de las batallas más cruentas de la Guerra Civil. El día 31 de diciembre, comenzó a nevar con tal intensidad que se helaron los motores, los vehículos quedaron inmovilizados, y las temperaturas, de −18° C y −20° C, hicieron estragos entre las líneas. Muchísimos hombres cayeron congelados. El Ejército franquista, falto de industria textil en la retaguardia y con una gran desventaja posicional, sufrió la peor parte. Las nieves continuaron cayendo durante cuatro largos días y convirtieron los campos turolenses en una gélida estepa en la que se acumulaba más de un metro de hielo.

Pero, a pesar de los rigores atmosféricos, en el interior de la ciudad la lucha continuaba entre las calles. Indalecio Prieto, ministro de Defensa republicano, había insistido en que no se causara daños a la población civil. La lucha se limitó pues a la utilización de granadas de mano contra los focos de resistencia y, en numerosas ocasiones, en asaltos de cuerpo a cuerpo. El 1 de enero de 1938, ardía el convento-hospital de Santa Clara; el día 3, el edificio de Gobierno Civil. Los grupos de resistentes franquistas se iban quedando sin alimentos (sólo garbanzos crudos y azúcar) y sin medicamentos. En esta situación se mantuvieron firmes hasta el 8 de enero. Ese día se rindieron Domingo Rey d'Harcourt, el coronel Barba y el obispo de Teruel.

Con todo, la relación de fuerzas y la distribución de zonas era muy contradictoria, ya que aquel mismo 8 de enero las fuerzas republicanas no controlaban toda la zona ocupada en los días 15 al 22 de diciembre pasados. La contraofensiva rebelde, aunque paralizada por las grandes nevadas en los primeros días, se había reorganizado y recuperaba palmo a palmo el terreno perdido.



Salmer





La contraofensiva franquista

La primera respuesta de las fuerzas del general Franco fue la de contención del frente para evitar el desbordamiento entre los montes de Celadas y el Campillo. Para ello utilizó a los Ejércitos de Galicia y Castilla, lo que significaba que Franco había renunciado al ataque sobre Guadalajara y Madrid, en una de sus decisiones militares y estratégicas más discutidas de la guerra. Para ayudarse a tomar la decisión, Franco no midió sólo la conveniencia de acudir en socorro de la guarnición asediada: se trataba también de ganar otra baza psicológica y de reorientar el curso y el escenario de la guerra, abriendo un frente de entrada hacia el Mediterráneo y Cataluña.

Según el historiador Ángel Viñas, en la operación franquista tomaron parte unos 125.000 hombres con el apoyo, a partir del 5 de febrero de 1938, de 400 cañones. Luis M.ª de Lojendio, periodista oficial militar franquista, señala que la contraofensiva se inició el 22 de diciembre de 1937, aunque no se entró hasta más tarde en combate abierto. Entre estas fechas, a ambas

Cronología

1937

21.X: *con la entrada de los franquistas en Gijón y Avilés finaliza la campaña del frente Norte.*
10.XII: *las tropas de Franco se preparan para iniciar el ataque a Guadalajara.*
15.XII: *dos cuerpos de ejército republicanos inician una maniobra por los flancos norte y sur de Teruel.*
17.XII: *los republicanos toman La Muela de Teruel, posición clave para el control de la ciudad.*
23.XII: *las fuerzas republicanas entran en Teruel. Franco ordena la resistencia y prepara el plan de contraofensiva.*
29.XII: *comienza la contraofensiva franquista con una penetración frontal de dos kilómetros.*
31.XII: *las tropas del general Varela llegan a La Muela. Por la noche empieza a caer una nevada que paralizará todos los movimientos. Las temperaturas registradas serán de −18° C y −20° C.*

1938

8.I: *se rinden los últimos resistentes franquistas de Teruel. Son hechos prisioneros el comandante de la plaza, Rey d'Harcourt y el obispo de Teruel.*
17.I: *las tropas de Varela dominan importantes posiciones en La Muela. Se inicia la primera fase de la ofensiva final franquista.*
19.I: *entran en combate las primeras unidades de las Brigadas Internacionales a las órdenes del general polaco Walter.*
25-29.I: *ataque sorpresa de los republicanos sobre la carretera de Teruel a Calatayud. Fracasa su intento de consolidar posiciones.*
30.I: *formación de la Junta de Gobierno de Burgos. Es el primer Gobierno franquista con elementos civiles. Nicolás Franco es desplazado por Ramón Serrano Súñer.*
5.II: *se inicia la segunda fase del ataque franquista. En los tres días siguientes llegarán a controlar la zona de Sierra Palomera hasta el río Alfambra.*
17-23.II: *iniciación de la tercera fase de ataque y reconquista de la ciudad de Teruel por las fuerzas del general Franco.*
6.III: *la armada republicana hunde el «Baleares».*
9.III: *ataque masivo de las fuerzas franquistas sobre las líneas republicanas del frente de Aragón, que se desploma.*
25-30.III: *las unidades del ataque franquista entran en gran número de ciudades y poblaciones vitales para la defensa final de Cataluña.*
30.III: *Negrín, jefe del Gobierno republicano, asume la cartera de Defensa tras desplazar a Indalecio Prieto.*
5.IV: *la Junta de Burgos abole el Estatuto de Cataluña en el momento que los soldados de Yagüe pisan suelo catalán.*
15.IV: *fuerzas de la IV Brigada de Navarra consiguen avanzar hasta el Mediterráneo a través de Gandesa y Morella. Queda dividido el territorio republicano y Cataluña aislada.*



Oronoz

El hundimiento del Baleares

El crucero Baleares *fue hundido el 6 de marzo de 1938 cuando escoltaba a un convoy de buques mercantes italianos a la altura del mar de Cartagena.*

De 10.000 toneladas de desplazamiento, el Baleares *había sido armado en El Ferrol, y junto a los cruceros* Canarias *y* Almirante Cervera *escoltaba un convoy que había salido de Palma y se dirigía hacia algún puerto del sur peninsular cuando, fortuitamente, se encontraron con la armada republicana a la altura del cabo de Palos. Los cruceros republicanos* Libertad *y* Méndez Núñez *y los destructores* Lepanto, Sánchez Barcáiztegui, Gravina, Lazaga *y* Almirante Antequera *abordaron los navíos franquistas y dispararon algunos torpedos que hicieron blanco en el centro del* Baleares, *que explosionó, hundiéndose rápidamente. En el suceso murieron 726 de los 1.000 hombres que viajaban a bordo.*

orillas del Guadalaviar, entre Caudé y Campillo, se acumularon las seis divisiones de los Ejércitos de Castilla y de Galicia, a las que después se añadieron dos divisiones más: la de Navarra y la dirigida por los coroneles García Valiño y Agustín Muñoz Grandes.

El plan establecía que el general Antonio Aranda Mata, jefe del Ejército de Galicia, se abriría paso a través de la carretera de Calatayud a Teruel, tomando Celadas, San Blas y los Morrones. Desde el suroeste, el cuerpo de Castilla, bajo el mando del general José Enrique Varela, avanzaría desde los montes de Albarracín hacia el Campillo, para tomar las posiciones de los montes de Villastar. Estas acciones paralizaron el avance republicano, al tiempo que estabilizaron el frente a dos o tres kilómetros del repliegue o línea de frente republicana.

El 29 de diciembre, los ataques rebeldes rompieron las líneas de resistencia republicanas recién construidas. En el centro del avance se estableció la lucha en los Morrones y la Pedriza; por la derecha, se luchaba en Campillo; en la izquierda, las fuerzas de asalto desbordaban las fortificaciones republicanas de Caudé y Concud. El objetivo del primer ataque se conseguía con el concurso de la Legión Cóndor, que ayudó a conquistar también las alturas de Teruel, el 31 de diciembre, siendo frenados por las fuerzas dirigidas por En-



Salmer



Salmer

En la parte superior de esta página, el crucero Baleares, *que fue hundido por la armada republicana frente a las costas de Cartagena cuando escoltaba a un convoy de buques mercantes italianos, el 6 de marzo de 1938; de los 1.000 hombres que viajaban murieron 726.*

En esta página, abajo, vista de la torre de la catedral de Teruel a través de una ventana semidestruida por los bombardeos nacionalistas.

En la página siguiente, desolador aspecto de un barrio de la ciudad de Teruel arrasado por las bombas de la aviación rebelde.



Topham-Firo Foto

rique Líster y Valentín González «El Campesino». Pero, a pesar de la oposición republicana, el Ejército de Castilla continuó avanzando y el 31 de diciembre un tabor de regulares y algunos efectivos de las Tropas de Voluntarios de Navarra tomaban La Muela de Teruel y llegaban a las primeras casas de la ciudad. En ese preciso momento, la intensidad de la nevada neutralizaría el avance. Los soldados de Franco empezaban a sentir el efecto de los −18° C y −20° C.

De esta manera, se consolidó un nuevo frente sobre las posiciones de La Muela de Teruel, en las que se enfrentaban las 47.ª, 34.ª y 70.ª Divisiones republicanas a las 61.ª de Navarra, 81.ª y 51.ª Divisiones franquistas. En el norte de Teruel, las fuerzas del general Aranda se encontraban paralizadas ante el fuego de la artillería republicana instalada en la Sierra Palomera.

El 8 de enero, tras la rendición de Teruel, Franco y su Estado Mayor elaboraron un nuevo plan de ofensiva, que estaba formado por tres operaciones autónomas sobre el campo abierto de batalla para conseguir unos objetivos estratégicos que conducirían a un período de gran actividad bélica, de desgaste mutuo, pero del que saldría beneficiado el Ejército franquista. Se pretendía abrir el frente norte de Teruel para descongestionar la presión republicana sobre la línea de avance del general Aranda: el objetivo primero sería la destrucción de las posiciones republicanas de Sierra Palomera y Celadas que dominaban la vía de comunicación con Calatayud. El plan establecía tres fases de acción: reconquista de los altos de Celadas y el Muletón; toma del curso del río Alfambra y Sierra Palomera; recuperación de la ciudad de Teruel.

Reconquista de los altos de Celadas y el Muletón

Las posiciones republicanas de Sierra Palomera no habían cesado de actuar sobre las tropas del general Aranda, de manera que esta operación intentó cortar el vértice que formaban la línea del frente estabilizado con el norte de Teruel y el río Alfambra. Fue el Ejército de Galicia el encargado de realizar la maniobra y de llegar hasta Celadas y el Muletón, consiguiendo alcanzar incluso, el día 19 de enero, el río Alfambra. Aranda había recuperado unos 8 kilómetros de línea de penetración en un frente de aproximadamente unos 10 kilómetros de ancho. Esta acción significó, formalmente, el inicio de la batalla, independientemente de la situación de la capital.

Tras el contraataque nacionalista, quedaron rotas las fortificaciones republicanas. Piezas clave del éxito fueron las nuevas aportaciones artilleras a las fuerzas de Aranda y Varela, así como la actuación de la aviación alemana, que controlaba todo el cielo turolense. Tras la llegada al Alfambra, la tenaza formada por los dos cuerpos de ejército presionaba sobre la ciudad desde el noreste al suroeste.

Cuando parecía que las fuerzas en ataque iban a entrar definitivamente en Teruel, volvió a cambiar la correlación durante unos días. Hernández Sarabia, general jefe de las operaciones republicanas, viendo que era verdaderamente imposible frenar frontalmente el avance enemigo, planteó una nueva operación de distracción en la zona norte de Teruel, por los sectores de Calamocha, Vivel del Río y Sierra Palomera. Su objetivo era cortar la carretera de Teruel a Calatayud y Zaragoza para evitar la llegada de nuevos suministros para las fuerzas atacantes. El 25 de enero, por los pueblos de Bueña, Singra, Celadas y Villarquemado, las tropas republicanas cortaron la carretera, manteniéndose hasta el 29 del mismo mes, pero no consiguieron consolidar ninguna posición, pese a que Hernández Sarabia había introducido nuevos refuerzos desde el 19 de enero, día que intervenían por primera vez en esta batalla unidades de las Brigadas Internacionales mandadas por el general polaco Walter. Pero el Ejército republicano estaba desmoralizado, roto y cansado, de forma que la rápida maniobra pensada por sus mandos





En la parte superior de esta página, un puesto de radio de la columna del general Varela, en las cercanías de Teruel

En esta página, abajo, Indalecio Prieto, ministro de Defensa de la República, que se vio obligado a dimitir el 30 de marzo de 1938 debido a las críticas que arreciaron contra él a consecuencia de la derrota de Teruel.

En ambas páginas, soldados franquistas con la bandera nacional entran en Teruel el 22 de febrero de 1938, dos meses después de que la ciudad cayese en manos de los republicanos.

En la página siguiente, un soldado con el fusil en bandolera y una cesta cargada de alimentos se dirige al frente de combate en el invierno de 1938

fracasó. Incluso se produjeron algunos casos importantes de insubordinación colectiva que fueron cortados de forma rápida y radical, como por ejemplo en la 40.ª División de Andrés Nieto, donde se fusiló a unos 50 hombres por esta razón.

En esos días de finales de enero, mientras sus tropas conseguían importantes victorias parciales, Franco formaba la primera Junta de Gobierno en Burgos. La gran novedad era la participación de importantes elementos civiles en carteras de gran trascendencia. La figura estelar del nuevo Gobierno era Ramón Serrano Súñer en el Ministerio de Gobernación, cuya influencia eclipsaría la de Nicolás Franco y la de personalidades de la talla de Jordana (en la cartera de Asuntos Exteriores), Martínez Anido (en la de Orden Público) o el conde de Rodezno (en la de Justicia). Franco, su Gobierno y su Ejército estaban preparados para el asalto final.

La batalla por el Alfambra

Después de tomadas las alturas de Teruel, el frente se había estabilizado sobre una curva de dirección este-oeste-sur. Las posiciones republicanas en Bueña y Singra hasta Villarquemado corrían paralelas a la carretera con Calatayud y el ferrocarril. El ataque franquista, pues, no se planteó frontalmente sino que buscó la retaguardia de las líneas republicanas. La falta de medios y de preparación y organización en el Ejército republicano ayudó aún más a los rebeldes a conseguir sus objetivos.

En las primeras horas del 5 de febrero de 1938, y tras un largo e intenso cañoneo artillero y bombardeo de aviación sobre cuatro puntos de las





Oronoz

líneas republicanas, se inició el movimiento envolvente, precisamente en los cuatro puntos abiertos, brechas de entrada del Ejército Marroquí (con tres divisiones) del general Yagüe, que penetró por el norte, entre Vivel del Río y Portalrubio; la Agrupación de Caballería, mandada por el coronel Monasterio, que avanzó por el centro de la línea frontal de ataque, en la zona de Rubielo de Cerida; y, el Ejército de Galicia (con cuatro divisiones) del general Aranda, que entró por el sur, cerca de Celadas.

Por la zona norte, el avance de las tropas de Yagüe fue muy rápido: el primer día se habían tomado seis pueblos. Por la zona central el coronel Monasterio llegaba el 7 de febrero, tras una marcha de tres días, a la orilla derecha del río Alfambra, aislando las posiciones de Sierra Palomera. Por el sur, los soldados de Aranda acababan de cercar las fuerzas de Sierra Palomera y llegaban hasta el pueblo de Alfambra.

La desorganización y la desbandada general fue la tónica de las líneas republicanas que habían perdido en tres días unos 800 km² con 14 pueblos. Las víctimas sumaban unos 15.000 hombres y los asaltantes hicieron unos 7.000 prisioneros, además de varias ambulancias y muchas armas y munición abandonadas. Las ametralladoras de la Legión Cóndor se encargaron de acabar la maniobra con sus acciones de barrido sobre las tropas que huían a la desesperada. El frente se situaba, al final de esta segunda fase, sobre la línea de Vivel del Río, Cervera del Rincón, Perales del Alfambra, Alfambra y el curso del río del mismo nombre hasta Teruel.

El Ejército franquista entra en Teruel

Como culminación de las dos operaciones anteriores, el 17 de febrero y hasta el 23 del mismo mes, Franco decidió atacar por el centro de su frente de avance con el objetivo de recuperar la ciudad. Los generales Aranda y Varela realizaron una maniobra envolvente que recordaba, por su parecido, a la ejecutada dos meses antes por el Ejército republicano. Por el sector oriental de la ciudad presionaba Aranda, en dirección sureste, desde Tortajada a Valdecebro, mientras el general Varela rompía la resistencia republicana por Castralvo y llegaba hasta el cementerio de Teruel un día después de iniciada la maniobra. Ese mismo día, 18 de febrero, las fuerzas de Varela habían conquistado las alturas que defendían la zona este de Teruel: Santa

De Teruel al Mediterráneo

El general Aranda, al finalizar los enfrentamientos y en un análisis demasiado favorable a las fuerzas republicanas, había dicho que «la situación final fue tablas». Lo que realmente sucedió fue que el Ejército republicano mantuvo una larga lucha de desgaste que acabaría con parte importante de sus reservas estratégicas.

Según Juan Modesto, el dirigente comunista del V Cuerpo de Ejército y protagonista de la defensa de Teruel en las dos últimas fases del ataque franquista, la maniobra republicana en Teruel era obligatoria pues el Ejército de la República necesitaba retomar la iniciativa, evitando, a costa de lo que fuese, que Franco entrase en Madrid. El precio de la operación resultó muy caro. La ciudad de Teruel quedó arrasada. El desgaste pronto se tornó exterminio, pero lo que realmente tuvo trascendencia a lo largo de la batalla por Teruel fue que se rompió todo el sistema y dispositivo republicano en el este peninsular. Y Franco lo vio claramente: el objetivo siguiente sería llegar al Mediterráneo para separar los dos sectores del Levante: Valencia y Cataluña. El día 9 de marzo, el desplome del frente de Aragón fue total. Por todos los sectores del frente avanzaron fuerzas franquistas ante el asombro, el desconcierto y la caótica desorganización de las unidades republicanas. En pocos días, los generales Yagüe, Aranda y Varela, los jefes García Valiño, Muñoz Grandes, etc., acabaron con todo el frente estático de contención. Belchite, Caspe, Fraga, Alcañiz, Barbastro, Sariñena, poblaciones vitales para la defensa de Cataluña, fueron cayendo en los últimos días de marzo de 1938. La vía de la penetración estaba abierta. El 5 de abril, los soldados de Yagüe pisaron las primeras tierras catalanas..., y el mismo día, la Junta de Burgos se aprestaba a abolir el Estatuto de Autonomía de Cataluña. En aquellos días, Barcelona sufría uno de los más violentos bombardeos de aviación de toda la contienda (1.200 muertos, 2.000 heridos...).

Con el objetivo de avanzar hacia el Mediterráneo, las tropas de la IV Brigada de Navarra, requetés, avanzaban por la zona de Morella y Gandesa, y el 15 de abril, entre Vinaroz y Peñíscola, establecerían el contacto deseado con el mar: el territorio republicano quedaba dividido en dos. Barcelona y Valencia no tenían comunicación terrestre.

Políticamente, la batalla de Teruel significó la caída del ministro de Defensa de la República, Indalecio Prieto, que se había mostrado demasiado pesimista y partidario de la negociación con los oficiales insurrectos. Con la derrota militar en los campos de Teruel, los comunistas arreciaron sus críticas contra Prieto, acusándole de todos los males militares republicanos, a pesar de que había conseguido que el nuevo Gobierno frentepopulista francés, dirigido otra vez por Léon Blum, abriese la frontera a las armas republicanas. En aquellos días de mediados del mes de marzo de 1938 se registró el mayor número de importaciones militares. Con este material se conseguiría frenar en primera instancia a las tropas franquistas, además de reconstruir otro frente estático alrededor de Mora de Ebro, Mequinenza y Gandesa, próximo escenario de la batalla del Ebro. Pero Prieto jamás había ocultado su pesimismo y el presidente del gabinete, el doctor Negrín le sustituyó el día 30 de marzo. Los ataques y avances franquistas aún continuaron hasta el 15 de abril, momento en el que conseguían dividir el territorio republicano, separando Cataluña del resto del Levante.

Bárbara y el Muletón, y únicamente la ciudad y la ladera de La Muela quedaban bajo el control republicano. Al día siguiente, las tropas de Aranda habían rebasado Valdecebro y las de Varela aseguraban los accesos este, noreste y sureste de Teruel. El día 20, la ciudad prácticamente no tenía comunicaciones con el exterior.

En el interior de Teruel permanecía la 46.ª División republicana, dirigida por «El Campesino», sin apenas material ni abastecimientos y defendiéndose a la desesperada. Pero, el 22 de febrero, la ciudad de Teruel, totalmente destrozada, caía nuevamente en manos de las fuerzas franquistas. Simultáneamente a la entrada por las calles turolenses de los generales Aranda y Varela, por las heladas aguas del Turia los últimos hombres de la 46.ª División intentaban la huida, desconcertados y vencidos.

La batalla, de hecho, estaba decidida desde la segunda fase, y ya el Alto Mando republicano había intentado el relevo y la retirada de gran parte de la tropa y unidades de la zona. La pérdida de Teruel era muy clara a partir del 20 de febrero, aunque fuese durante la noche del 22 cuando el ataque franquista se hiciese insostenible. El abandono de Teruel en aquellas condiciones costó abundante material a los republicanos, además de 9.000 prisioneros (valoración general de los 5 días de la operación), y de un número no determinado de muertos.

Años más tarde, «El Campesino» afirmaría que la derrota fue debida a que Enrique Líster, comandante de la 11.ª División, y Juan Modesto, jefe del V Cuerpo del Ejército republicano le habían abandonado. Tanto Líster como Modesto dirían que fue «El Campesino» quien abandonó sus obligaciones al dejar sin defensas La Muela.

Tras esta batalla el frente definitivo se estableció sobre el vértice Galiano y Villaespesa. Teruel no volvió a ser disputada y el Ejército republicano no consiguió recuperar ya nunca más la iniciativa militar.

El coste humano

Se hace difícil hablar y evaluar claramente las bajas de Teruel. Al parecer, el Ejército franquista, que tras la caída de la ciudad se convertiría en asaltante, sufrió unas 15.000 muertes, más 16.000 heridos y unas 17.000 bajas por enfermedades diversas. A estas cifras se han de sumar las de las fuerzas que quedaron cercadas en el interior de Teruel, unos 10.000 hombres, que murieron o cayeron prisioneros de los republicanos.

Por el lado de la República las bajas no fueron tan elevadas. Las tres fases de los ataques del Ejército de Franco se saldarían con unas 10.000 muertes y unos 17.000 prisioneros.

De los dos meses que duró la batalla cabe destacar la noche del 31 de diciembre, acaso la más cruenta por las especialísimas condiciones atmosféricas. Los más afectados serían los soldados de Franco que, faltos de abrigos, refugios y trincheras caerían en número extraordinario con las manos o los pies helados.

La noche del asalto a Teruel, el 22 de febrero de 1938, sólo 1.300 hombres de los 5.800 de la 46.ª División republicana se llegaron a salvar; los restantes habían muerto o caído prisioneros. La batalla de Teruel había finalizado...

La batalla del Ebro
Última ofensiva republicana

Borja de Riquer,
historiador

En la madrugada del 24 al 25 de julio de 1938, el Ejército del Ebro, bajo el mando del coronel de milicias Juan Modesto, cruzó el río del mismo nombre y desencadenó la mayor ofensiva republicana desde el inicio de la guerra, cuyo propósito era volver a unir las dos zonas que habían quedado separadas tras el descalabro del frente de Aragón. Se inició así la batalla del Ebro, que se prolongó durante 114 días de sangrientos combates y que constituyó el último esfuerzo republicano por detener el inexorable avance de las tropas franquistas.



La batalla del Ebro fue el último intento del Ejército republicano para recuperar la iniciativa y cambiar el rumbo de la guerra que, en aquel entonces, era claramente favorable al Ejército franquista. En la fotografía, un soldado nacionalista dispara un cañón de artillería contra las posiciones republicanas.

Los «Trece puntos» de Negrín

El 13 de mayo de 1938, el Gobierno republicano presidido por Negrín hizo público el documento que hoy se conoce por los «Trece puntos». En él se presentaban las bases para poner fin a la guerra y las normas sobre las cuales debía consolidarse la futura convivencia entre los españoles: afirmación de la democracia y garantía de la independencia y de la integridad territorial. Este es un extracto de los pasajes más importantes del documento:

«1.° Asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España...

»2.° Liberación de nuestro territorio de las fuerzas militares extranjeras que lo han invadido...

»3.° República popular representada por un Estado vigoroso que se asiente sobre principios de pura democracia y ejerza su acción a través de un Gobierno dotado de la plena autoridad que confiere el voto ciudadano...

»4.° La estructuración jurídica y social de la República será obra de la voluntad popular libremente expresada, mediante el plebiscito que tendrá efecto tan pronto termine la lucha...

»5.° Respeto a las unidades regionales sin menoscabo de la unidad española...

»6.° El Estado garantizará la plenitud de los derechos al ciudadano en la vida civil y social, la libertad de conciencia, y asegurará el libre ejercicio de las creencias y prácticas religiosas.

»7.° El Estado garantizará la propiedad, legal y legítimamente adquirida, dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional y la protección a los elementos productores. (...) La propiedad y los intereses de los extranjeros que no hayan participado en la rebelión serán respetados.

»8.° Profunda reforma agraria que liquide la propiedad semifeudal...

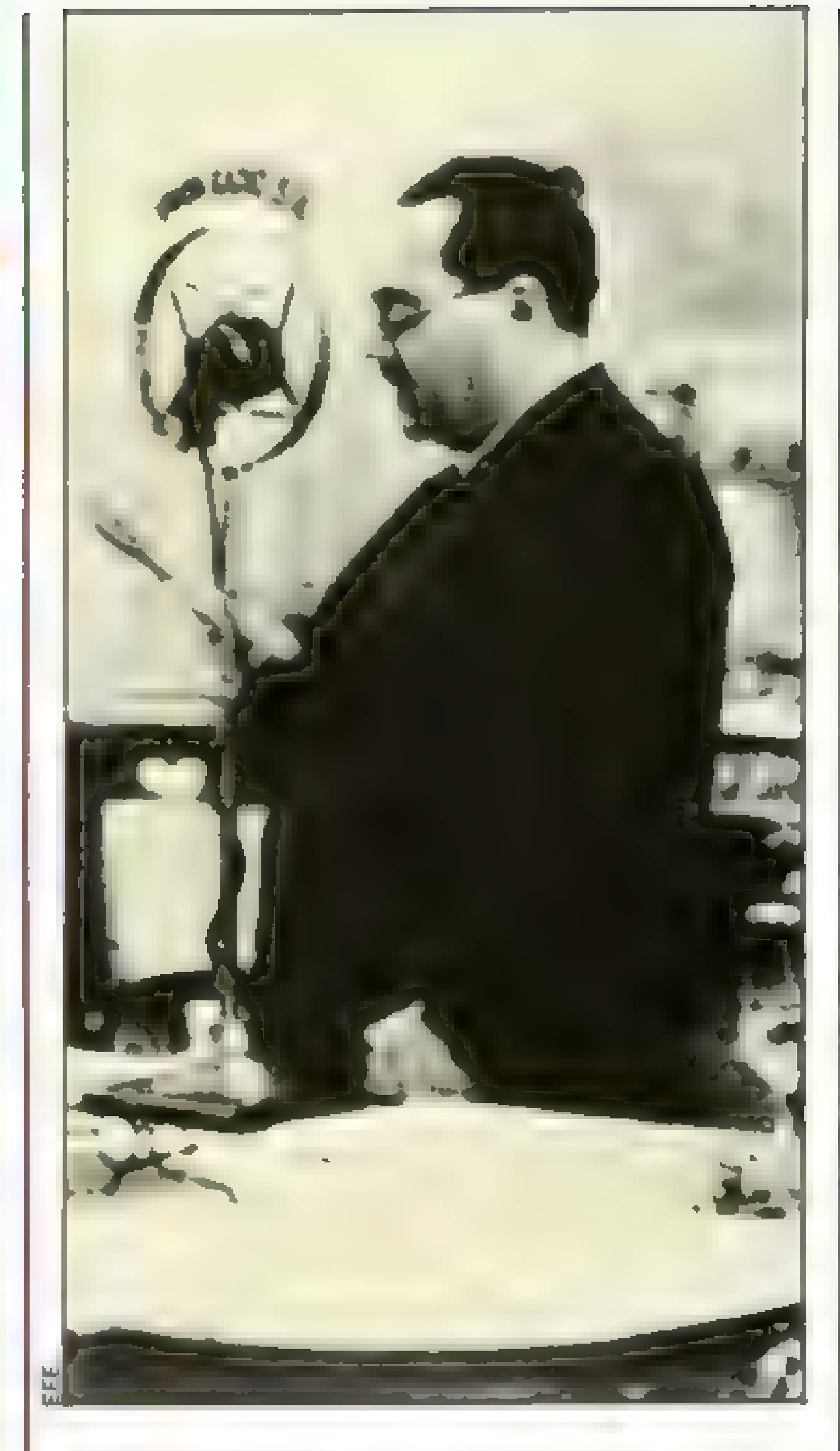
»9.° El Estado garantizará los derechos del trabajador a través de una legislación social avanzada, de acuerdo con las necesidades específicas de la vida y de la economía españolas.

»10. Será preocupación primordial del Estado el mejoramiento cultural, físico y moral de la raza.

»11. El Ejército español, al servicio de la Nación misma, estará libre de toda hegemonía de partido...

»12.° El Estado español se reafirma en la doctrina constitucional de renuncia a la guerra como instrumento de política nacional...

»13.° Amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la inmensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España...»


EFE

Sobre estas líneas, el jefe del Gobierno republicano, Juan Negrín, se dirige al pueblo en una alocución radial durante los dramáticos meses de la primavera de 1938, cuando la guerra ya parecía perdida y las negociaciones de paz no encontraban eco en las filas nacionalistas sólo dispuestas a aceptar una rendición incondicional.

En la página siguiente, oficiales y soldados nacionalistas en el Valle de Arán, durante la ofensiva nacionalista en el frente de Cataluña, en abril de 1938.



Archivo Orbis

Dificultades de la República

En la primavera de 1938, la República se hallaba en momentos verdaderamente críticos. La caída de la zona Norte en manos de las tropas franquistas había permitido la concentración de grandes efectivos en el frente de Aragón. Y así, tras la batalla de Teruel (febrero 1938), se desplomó el frente de Aragón (el 5 de abril las tropas de Franco pisaban tierras catalanas) y el 15 de abril la IV Brigada, al mando de Alonso Vega, alcanzaba la costa mediterránea a la altura de Vinaroz y Peñíscola. La zona republicana quedaba así partida en dos y Cataluña aislada del resto del territorio gubernamental.

La superioridad material del Ejército franquista era patente, mientras la desorganización defensiva del frente de Aragón denotaba la escasez de medios en las filas republicanas. Gabriel Jackson comenta que «la población republicana comparaba sardónicamente a sus propios aviones con el arco iris, puesto que aparecían después de



que la tormenta hubiese pasado». El Alto Mando franquista veía la victoria como un hecho inminente, mientras en el bando republicano se manifestaban claramente posiciones pesimistas y derrotistas. Cuenta el socialista Julián Zugazagoitia en sus memorias que el propio Indalecio Prieto había escrito a sus hijas diciéndoles: «hemos entrado en el último episodio. Preveo el desenlace para el mes de abril».

Sin embargo, la firme voluntad del jefe del Gobierno, Juan Negrín, detuvo el pánico general y la desmoralización a principios de abril. El día 6, Negrín hizo público su segundo Gobierno, el de «la resistencia». Esta nueva orientación política contó con el apoyo incial de todas las organizaciones y partidos republicanos, pero tuvo en los comunistas sus más fieles defensores. Negrín pensaba en la resistencia como la única baza que le quedaba para poder conseguir una paz digna. Por eso buscó el máximo apoyo internacional para lograr negociar con Franco el fin del conflicto.

Un importante auxilio para el Gobierno republicano fue la reapertura de la frontera francesa el 17 de marzo, lo que permitió la entrada de armas, combustible y alimentos que fueron inmediatamente entregados al Ejército. Sin embargo, en el plano internacional las cosas se ponían difíciles para la República. Era evidente que Francia no intervendría en España sin contar con el apoyo de Gran Bretaña, pero nada estaba más lejos de las pretensiones del premier británico Chamberlain. El 16 de abril, Gran Bretaña firmó un pacto con Italia por el que se aceptaba la presencia de las tropas de Mussolini en el suelo español mientras durase la guerra.

En el terreno bélico, los refuerzos de material y alimentos entrados por la frontera permitieron a los republicanos oponer mayor resistencia al avance nacionalista en tierras de Castellón. Para mantener altos los ánimos Negrín visitaba constantemente los frentes infundiendo a las tropas sus propias energías y optimismo. Los soldados se lla-

Vicente Rojo

Vicente Rojo, que sería el más destacado militar republicano durante la Guerra Civil, nació en Enguero (Valencia) en 1894. Hijo de militar, estudió en la Academia de Infantería y en 1914 obtuvo el grado de teniente. Pasó cinco años en Ceuta y Melilla y en 1923 fue nombrado profesor de táctica de la Academia de Infantería. Estuvo allí hasta que en 1932 se trasladó a la Escuela Superior de Guerra para realizar los cursos de Estado Mayor. En 1936, fue nombrado agregado al Estado Mayor Central y ascendido a comandante.

Ajeno a las contiendas políticas, profesional puro, católico practicante, estudioso y de gran rectitud personal, Vicente Rojo se mantuvo fiel a la República en julio del 36. Tras participar en el asedio del Alcázar de Toledo, mandó una columna de milicianos en la Sierra de Madrid, donde demostró sus profundos conocimientos tácticos. Esto le valió que en noviembre del 36 el general Miaja le nombrase jefe del Estado Mayor de la Junta de Defensa de Madrid. Las jornadas de la lucha en torno a esta capital fueron plasmadas por Rojo en uno de sus mejores libros, Así fue la defensa de Madrid, *en el que rindió un homenaje al miliciano republicano. Su capacidad militar le encumbró pronto a la jefatura del Estado Mayor Central del Ejército Popular, cargo que ostentó hasta el fin de la guerra. Rojo reorganizó el Ejército Popular y planteó lo que serían las principales ofensivas republicanas: Brunete, Belchite, Teruel, Ebro, etc. Pese a los fracasos de todas estas operaciones bélicas, su planteamiento fue siempre un modelo de táctica militar. Ascendido a general, se le concedió la placa Laureada de Madrid.*

Tras la caída de Cataluña pasó a Francia y de allí al exilio en Argentina y en Bolivia. Sus experiencias sobre la Guerra Civil española las recogió también en otras obras importantes como ¡España heroica! *(1961) y* ¡Alerta los pueblos! *(1939). En 1957, cuando su salud era ya delicada, solicitó regresar a España. Pese a que se le autorizó el regreso, a poco de su llegada a Madrid fue sometido a un Consejo de Guerra que le condenó a cadena perpetua. Su estado de salud hizo que se suspendiera la ejecución de la sentencia. Murió en Madrid en 1966, rodeado de sus familiares y de unos pocos amigos.*

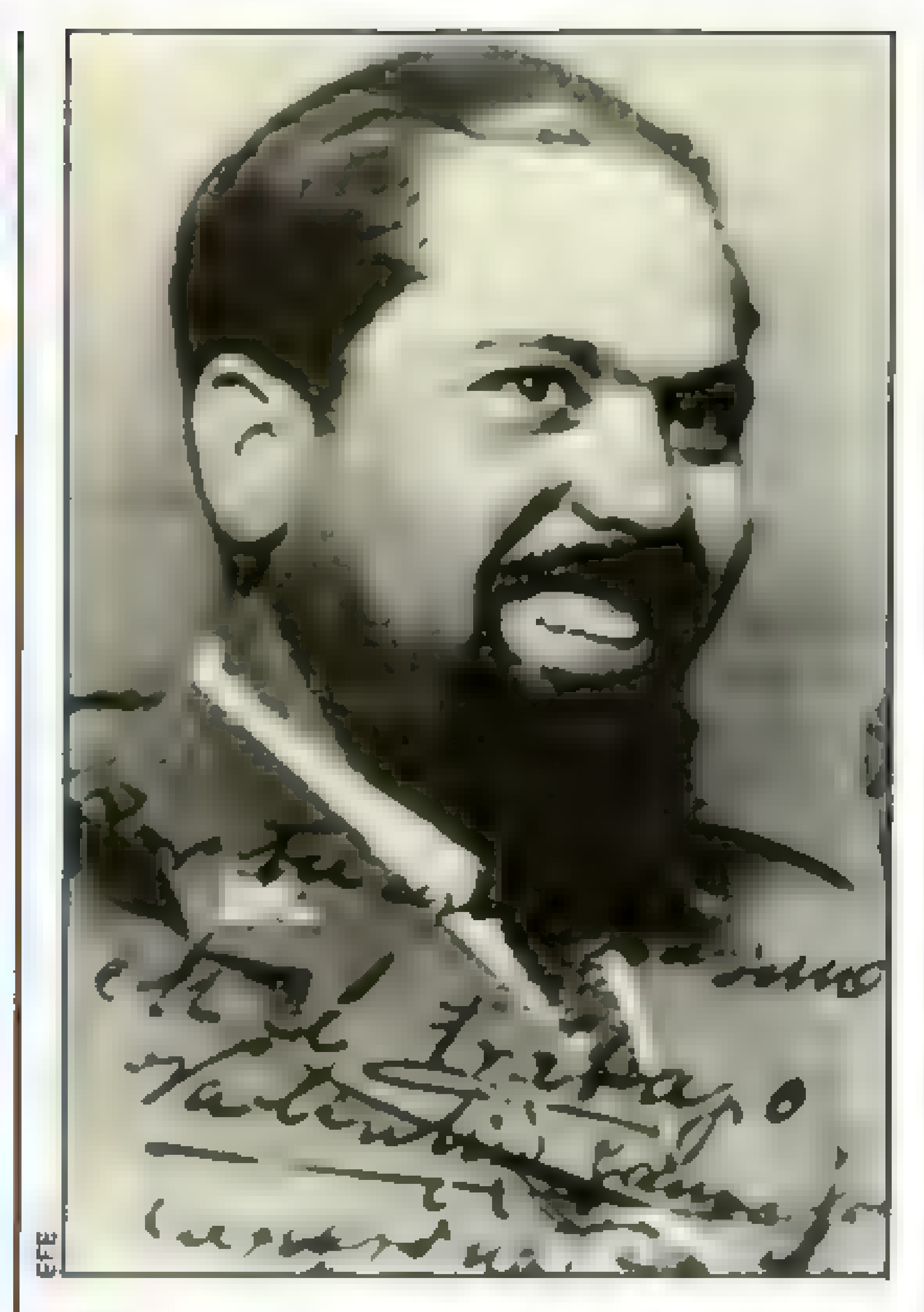
Una audaz acción de la ingeniería militar

El paso del río Ebro por el Ejército republicano fue técnicamente posible gracias a una audaz, y en aquel momento insólita, actuación de las unidades de pontoneros. Su eficacia dio lugar a que en la zona franquista se hicieran correr varias leyendas, como la de que los puentes eran hinchables, o que todo había sido obra de los técnicos y militares soviéticos. Nada más lejos de la realidad: los puentes fueron fabricados en Cataluña y los pontoneros y sus jefes pertenecían todos al Ejército Popular.

El cruce del río lo inició la infantería en pequeños botes de una capacidad de 8 a 10 hombres. Rápidamente y desde las dos orillas se construyeron unas pasarelas cuya ligera estructura y manejabilidad permitieron que varias divisiones pasaran a pie el río durante la noche y buena parte del día siguiente. Era la primera vez que se experimentaba la construcción de este tipo de puentes ligeros en ríos de un caudal semejante al del Ebro. Su tendido podía ser realizado en una hora por un equipo de 30 hombres.

La construcción de los puentes para el paso del material rodado no fue tan sencilla. Se utilizaron puentes de vanguardia para soportar pesos de hasta 4 toneladas y media, compuertas ligeras y puentes pesados, unos de madera para cargas de 12 toneladas y otros de hierro para 20 toneladas. Los tiempos previstos de construcción de los puentes sobre el río eran de 6 horas para los de vanguardia, 40 para los de madera y 50 para los de hierro.

El funcionamiento de los puentes de vanguardia se inició con retraso y hasta la noche del 25 al 26 de julio no empezaron a cruzar el río los camiones de pequeño tonelaje. El tendido de los puentes de madera, en cambio, se realizó en menos tiempo del previsto, cosa que facilitó el cruce de camiones de diverso tonelaje, coches blindados, artillería y tanques. Los constantes bombardeos franquistas impidieron el paso de todo el material previsto y la mayoría de los puentes quedaron destruidos al mediodía del 26 de julio. Los puentes de hierro se tendieron simultáneamente a los de madera pero su montaje fue muy dificultado por la aviación enemiga. A pesar de las averías y de las enormes bajas de los pontoneros, la primera caravana de camiones pesados pasó el río por estos puentes la noche del 30 al 31.


EFE

Sobre estas líneas, Valentín González, más conocido por «el Campesino», que como jefe de la 46.ª División del Ejército republicano tuvo una participación muy activa en la defensa de Cataluña; su actuación en Lérida, donde consiguió mantener sus posiciones defensivas durante una semana en condiciones durísimas, tuvo ribetes legendarios.

En la página siguiente, una columna de soldados nacionalistas se dirigen desde el frente de Gandesa hacia la línea de fuego establecida a orillas del Ebro, el 18 de agosto de 1938, tres semanas después que el Ejército republicano cruzase el río e iniciase la ofensiva que daría lugar a la batalla más sangrienta de la Guerra Civil.

maban a sí mismos orgullosamente «los hijos del Dr. Negrín», y a las raciones de lentejas que se servían en el frente se las conocía por «las píldoras del Dr. Negrín.»

Los «Trece puntos» de Negrín

En medio de este ambiente de voluntarismo, Negrín definió públicamente el 1.º de mayo el programa de paz de la República: los «Trece puntos». Con estas condiciones de paz se pretendía dar a la opinión internacional una imagen de república democrática y convencer así a los gobiernos occidentales de su interés por la supervivencia de la República española.

Sin embargo, las gestiones para lograr un acuerdo fracasaron totalmente. La entrevista de Negrín con el embajador alemán en París no dio resultado; tampoco consiguió establecer contacto con Franco, a través de un primo de Serrano Suñer; solicitó, sin éxito, a Estados Unidos que finalizara el embargo de armas hacia la República. El fracaso de todas estas tentativas hizo que Negrín no tuviera otra esperanza que el estallido de una conflagración europea dentro de la cual se situase la guerra de España. Para Hugh Thomas, la actitud de Negrín era lógica, ya que «resultaba difícil culparle de haber continuado la guerra, cuando no le quedaba otra alternativa que la rendición sin condiciones». Negrín pretendía resistir al máximo para lograr unas negociaciones de paz o para esperar el estallido de una guerra europea que uniese la España republicana a la causa de las democracias occidentales. Porque, como él mismo decía «yo no entrego indefensos a centenares de miles de españoles, que se están batiendo heroicamente por la República, para que Franco se dé el placer de fusilarlos...».

Entretanto, la ofensiva nacionalista en el Maestrazgo continuaba con extrema lentitud. Tras duros combates, tan sólo en junio las tropas de García Valiño pudieron cruzar el Mijares, permitiendo que Aranda ocupase la ciudad de Castellón el día 14. Pero el avance quedó definitivamente frenado en la línea Viver-Segorbe-Sagunto, donde las tropas republicanas se habían fortificado para impedir el paso hacia Valencia. A mediados de julio, Franco concentró gran cantidad de tropas entre la sierra de Javalambre y el río Mijares con la pretensión de romper la resistencia republicana y ocupar Valencia el 25 de julio. Pero la ofensiva no logró rebasar las primeras fortificaciones y el 23 se dio la orden de suspender el ataque. Al relatar los combates del 20 al 23 de julio en la zona saguntina, el general Rojo elogia la resistencia de las tropas diciendo: «Madrid revive en el frente de Viver».

El Ebro: última esperanza de la República

La ofensiva en el Ebro empezó a prepararse por el Alto Mando republicano a principios de junio: «cuando todavía teníamos esperanzas de recibir recursos», explica el general Rojo. El propósito era aliviar la presión del Ejército franquista sobre la línea Sagunto-Valencia, volver a unir las dos zonas republicanas y recuperar terreno en el bajo Aragón. El 24 de junio, el general Vicente Rojo, siguiendo un plan inicial de Negrín, propuso al Consejo de Guerra de la República todo el plan estratégico de la ofensiva: atacar al Ejército franquista en el Ebro, a unos cien kilómetros aguas arriba, en



una zona sólo defendida por una división nacionalista.

Para llevar a cabo el plan se organizó un nuevo Ejército, el del Ebro, que mandaría el teniente coronel de milicias Modesto y que estaría compuesto básicamente por el V Cuerpo, a las órdenes de Líster, el XV, mandado por Tagüeña, y el XII, bajo la jefatura de Vega, más algunas otra divisiones del Ejército del Este. Así, en el Ejército del Ebro se integraron las divisiones más aguerridas y experimentadas de la República, aunque fueron nutridas con jóvenes no reclutados en las últimas levas (la llamada «quinta del biberón») y con comandantes mayoritariamente comunistas, sin excesiva experiencia militar antes de la guerra. En total este ejército contaba con unos 100.000 hombres, unos 100 aviones, poco más de 100 cañones y varias docenas de anti-aéreos.

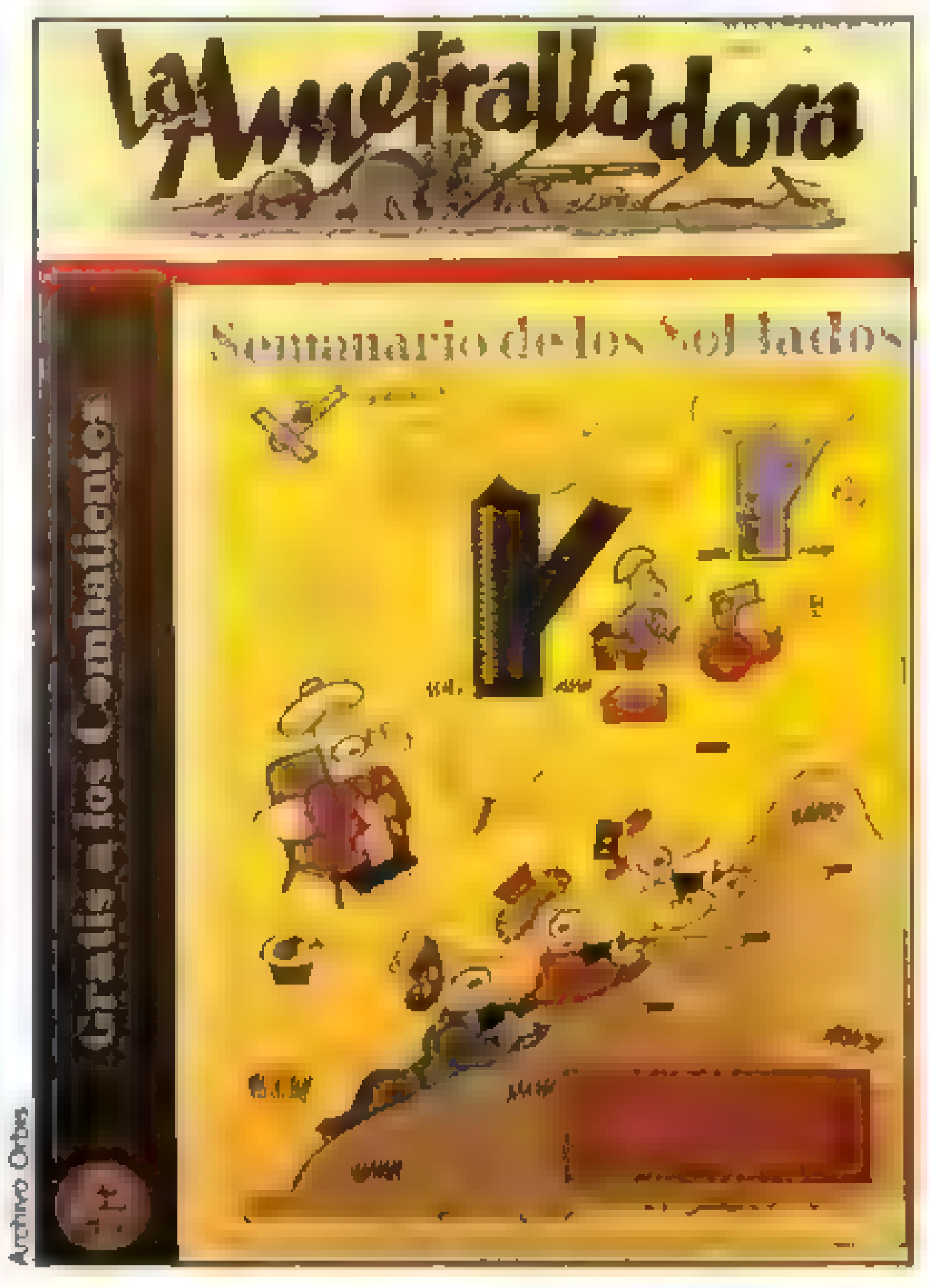
El escaso material pesado y la imposibilidad de recibir más ayuda por la frontera hizo rebajar pronto los propósitos de la ofensiva republicana, «propósitos que —según Rojo— la realidad iría restringiendo hasta conformarse con alcanzar el primer objetivo».

Se inicia la batalla

El plan empezó a ejecutarse durante la madrugada del 24 al 25 de julio de 1938. Se iniciaba la batalla del Ebro, combate que habría de durar 114 días, convirtiéndose así en el más largo y cruento de la historia de España. El río fue cruzado por tres zonas distintas: la Norte, entre Fayón y Mequinenza, la Central, entre Mequinenza y Cherta, y la Sur, en los alrededores de Amposta. La zona Central constituía el epicentro de la operación y allí se encontraron las mayores fuerzas. La 10 Brigada inició la travesía en barcas a las 0,15 de la madrugada en el sector de Miravet; la 13 Brigada lo hizo a las 3 horas en la zona de Ascó, y a las 5 lo hizo la 15 Brigada. Un poco más al sur, entre Ginestar y Miravet, la 11 División encontró más dificultades, que consiguió vencer hacia mediodía del 25. En la zona Norte, la 226 Brigada atravesó el río entre Fayón y Mequinenza, ocupando a lo largo del día unos 25 km² y capturando numerosos enemigos. En cambio, en la zona Sur, la 14 Brigada, que cruzaba el río por Amposta, fue rechazada desde un principio por las defensas nacionalistas y al mediodía tuvo que volver a cruzar el río con sus efectivos casi aniquilados.

El cruce del Ebro cogió por sorpresa y sin los preparativos necesarios a las fuerzas de la 50 División nacionalista. En sus memorias, Tagüeña cuenta que «la información del enemigo acerca de nuestros preparativos concretos fue siempre muy pobre a pesar de los constantes vuelos de reconocimiento que su aviación realizó sobre todo el frente del Ebro, y especialmente en la zona de Tortosa, donde siempre creyeron que asestaríamos nuestro golpe principal». El general Yagüe, al que le fueron denegados los refuerzos solicitados días antes, no se enteró del cruce del Ebro por las tropas republicanas hasta las 2,30 de la madrugada, sin que pudiera hacer ya nada para impedirlo. Así, la 13 Brigada llegó rápidamente al cruce de la Venta de Camposines, donde cogió por sorpresa al coronel Peñarredonda y a todo su Estado Mayor. La 50 División nacionalista y la 13 del Cuerpo de Ejército Marroquí tuvieron que replegarse en completa desorganización. Al terminar la jornada del 25 de julio, la 13 Brigada republicana había tomado Corbera y llegado a las





puertas de Gandesa; la 3 División alcanzaba la sierra de La Fatarella y la 11 la de Pándols, aproximándose también a Gandesa.

El cruce del Ebro por el Ejército republicano ha sido considerado como una de las operaciones militares más audaces de la Guerra Civil española. Fue una sorpresa y una renovación en la táctica militar ya que, como señala el general García Valiño, «los ríos caudalosos eran considerados como infranqueables por la mayor parte de los reglamentos y tratadistas militares».

El frente se estabiliza

El avance republicano continuó a lo largo de todo el día 26, con la conquista de Mora de Ebro y Flix, pero se frustró el propósito de entrar en Gandesa y en Villalba de los Arcos. La falta de artillería pesada, de tanques y de apoyo aéreo fue sin duda lo que frenó el avance republicano. Cuando actuó la aviación republicana y la artillería pesada, los días 30 y 31, las posiciones ya estaban muy estabilizadas.

Para impedir la continuación del cruce del Ebro, los franquistas abrieron las compuertas de los pantanos de Camarasa y Barasora, y a las 6 de la tarde del 26 las aguas destruían los puentes y pontones levantados por los republicanos, que no lograron reconstruirlos hasta los días 28 y 29. Mientras tanto, Franco había ordenado la movilización de 7 divisiones situadas en el frente que iba de los Pirineos a Viver-Sagunto, cosa que resultó fácil ya que allí los nacionalistas tenían más de medio millón de soldados desplegados.

El 1 de agosto, Modesto ordenó una nueva ofensiva en todo el frente. Fue entonces cuando se logró la máxima penetración republicana que coincidirá con el arco que describe el Ebro entre Fayón y Benifallet, con la única excepción de los dos entrantes de Gandesa y Villalba de los Arcos. En la zona Norte, la bolsa entre Fayón y Mequinenza alcanzó 10 kilómetros en su punto más ancho. Pero la ofensiva quedó frenada al poco de su inicio. La batalla de posiciones, de desgaste, que se desarrollaría a partir de principios de agosto duró más de tres meses. En ella los más encarnizados combates para conquistar o defender pequeñísimas extensiones de terreno fueron acompañados de una notable escasez de agua y de un agobiante calor. Los nacionalistas realizaron a partir de agosto metódicos y devastadores ataques aéreos para reconquistar las cotas en poder de los republicanos. Líster reconoce que el dominio del aire fue claramente de



En la página anterior, arriba, cartel de propaganda falangista; abajo, portada de La ametralladora, semanario de los soldados franquistas.

En ambas páginas, un tanque nacionalista se dirige al frente del Ebro, en agosto de 1938.

En esta página, el general Juan Yagüe, a quien la ofensiva del Ebro le tomó por sorpresa y tuvo que replegarse con sus hombres en desbandada.

los nacionalistas y añade que «la aviación italo-germana aplicó por primera vez el bombardeo en picado y empleó bombas de gran calibre». Los mandos republicanos dieron severas órdenes de resistir a toda costa: «si alguien pierde un palmo de terreno —había señalado Líster— ha de conquistarlo al frente de sus hombres o ser fusilado.» Esta política de resistencia a ultranza, explica Tagüeña, «entraba dentro de la estrategia del Gobierno republicano, esperando que se produjera un cambio en la situación internacional, tan desfavorable para nosotros».

Crisis internacional y batalla de desgaste

En plena batalla del Ebro, el verano del 38 propició nuevas esperanzas a la República por la agudización de la situación europea. La crisis checoslovaca amenazaba con provocar un conflicto a gran escala, y en ese caso Francia y Gran Bretaña se verían obligadas a considerar a la República española como aliado. Era esta la gran esperanza de Negrín que con las victorias en el Ebro pretendía demostrar a las cancillerías europeas que el triunfo franquista no era tan inminente como muchos decían. En la zona nacionalista, por el contrario, tanto la crisis checa como el ataque republicano en el Ebro habían provocado una ola de confusión. Un cierto derrotismo se extendió hasta el Gobierno de Burgos que se hallaba tan preocupado por la situación europea como Negrín ilusionado.

En el frente, los republicanos comenzaron a fortificarse a partir del 2 de agosto, aunque en ciertos sectores, como al norte de Fayón, no se pudo contener el contrataque nacionalista: el 6 de agosto, la 42 División republicana volvía a cruzar el Ebro dejando gran cantidad de bajas. El 10 de agosto, las 84 y 4 divisiones franquistas iniciaron el asalto a la sierra de Pándols, fuertemente protegida por los republicanos. La táctica de los asaltantes consistió en concentrar, en primer lugar, un intenso fuego artillero y de aviación sobre una superficie relativamente reducida con el fin de hacer imposible toda resistencia, y posteriormente llevar a cabo el asalto con pequeñas unidades. La artillería y la aviación, por lo tanto, desempeñaron un papel decisivo en esta guerra de desgaste.

Crisis de Gobierno y contraofensiva franquista

Mientras ambos ejércitos se batían duramente en la sierra de Pándols, en Barcelona el Gobierno Negrín entró en

Una decisión inexplicable

Ramón Salas Larrazábal, militar del Ejército franquista y estudioso de los temas militares de la Guerra Civil española, califica de incomprensible, como maniobra militar, la respuesta dada por Franco al ataque republicano.

En su artículo Génesis y actuación del Ejército de la República *comenta la decisión de Franco de la siguiente manera:*

«El general Rojo se decide por la ofensiva y el 25 de julio el Ejército del Ebro, al mando del teniente coronel de milicias Modesto, atraviesa el Ebro en maniobra muy bien ejecutada. Frente a un virtual vacío los cuerpos V y XV ocupan una amplia cabeza de puente: pero la reacción nacionalista es inmedita, y en pocas jornadas el frente queda reconstruido y taponada la brecha. Nueva decisión nacionalista difícil de explicar: lo aconsejable militarmente parecía ser dar por terminado el incidente y mediante una conversión de la masa de maniobra atacar al Ejército del Este y envolver por la espalda al del Ebro, que tenía al gran río en la espalda. Sin embargo, se decidió aceptar el reto gubernamental y expulsar al enemigo en el terreno elegido por él. Ello originó la batalla más cruenta, más prolongada y menos explicable de la Guerra Civil. La batalla, muy favorable para la defensa, se redujo a una serie de enfrentamientos frontales bajo la producción de un fuego artillero y aéreo cada vez más aplastantemente superior. Tres meses y medio de tremendo forcejeo finalizaron con la retirada del Ejército del Ebro a sus posiciones iniciales. El Ejército del Ebro se batió denodadamente en un terreno sumamente apto para la defensiva, acción para la que el soldado español ha demostrado siempre notable capacidad. Su resistencia, siempre valerosa, alcanzó en varias ocasiones de esta batalla caracteres heroicos, lo que tal vez facilitó la propaganda épica posterior.»

En la página siguiente, arriba, un soldado nacionalista se prepara para dirigirse hacia la línea de vanguardia en el frente de Gandesa, en agosto de 1938; fue en este frente donde los nacionalistas consiguieron frenar la primera ofensiva del Ejército republicano.

En la página siguiente, abajo, un grupo de pilotos nacionalistas se refrescan y alimentan en un cobertizo del campo de aviación, mientras se preparan los aviones para futuras acciones de hostigamiento en el frente del Ebro, el 20 de agosto de 1938.



crisis. Los decretos que centralizaban todas las industrias y las sometían a la jurisdicción de la subsecretaría de Armamento provocaron oposiciones y reticencias: el 11 de agosto, dimitían los representantes catalán –Aiguader de ERC– y vasco –Irujo del PNV–. Para algunos historiadores, como Gabriel Jackson, fue el mismo Azaña el que provocó la crisis con la pretensión de sustituir a Negrín por Besteiro. Sin embargo, las manifestaciones de apoyo incondicional a Negrín de altos mandos del propio Ejército y el propio ambiente de la calle frenaron a Azaña en su propósito. El 16, Negrín había superado la situación y formaba un nuevo Gobierno.

El 20 de agosto, comenzó una de las más violentas ofensivas de las tropas nacionalistas, que contó con la presencia del propio Franco y del Alto Estado Mayor. El objetivo era romper las líneas republicanas en la zona Villalba-La Fatarella. La aviación lanzó uno de los ataques más violentos de la batalla ya que apenas si existía defensa antiaérea republicana. Thomas calcula que durante las primeras semanas de la ofensiva los nacionalistas lanzaron un promedio de 10.000 bombas diarias. El avance franquista fue lento pero inexorable: el 28 de agosto, las tropas del general Vigón ocuparon el estratégico vértice de Gaeta; el 3 de septiembre, los hombres de Yagüe y García Valiño reconquistaban Corbera; el 17, se avanzó por la carretera de Gandesa a Mora y hacia el sector de Fayón. Los dos ejércitos se batían desesperadamente en cada cota; la aviación y la artillería nacionalistas atacaban incansablemente para sólo lograr mover el frente unos pocos metros.

Negociaciones frustradas

En la retaguardia, Negrín continuaba intentando forzar unas negociaciones con Franco. Sin embargo, nada parecía indicar que éste estuviese dispuesto a ello ya que continuamente reiteraba que sólo aceptaría una rendición incondicional. A principios de septiembe, Negrín viajó a Zurich, aparentando ir a un congreso internacional de fisiología, pero en realidad pretendía entrevistarse con un enviado de Roosevelt y con el duque de Alba. Sin embargo, el primero no se presentó a la cita y sobre la entrevista con el segun-







do, que debía celebrarse secretamente el día 9 en el bosque de Sihl, cerca de Ginebra, no está claro si llegó a realizarse. Mariano Ansó, ministro y colaborador íntimo de Negrín, cuenta en sus memorias: «ignoro si tuvo lugar dicha entrevista, muy verosímil dada la antigua relación de Negrín con aquel duque propenso al trato con los intelectuales. Lo cierto es que a su regreso Negrín se había reforzado en su idea de la imposibilidad de llegar a un acuerdo semejante mientras Franco estuviese en el poder». Por su parte, el duque de Alba, enviado por Franco a Londres, se esforzaba exclusivamente en convencer al Foreign Office de que en caso de que estallase un conflicto europeo los nacionalistas se declararían neutrales.

Negrín continuaba también intentando que el Comité de No-Intervención cambiase su política en lo referente a los suministros bélicos y a la participación de tropas extranjeras en la guerra de España. Con este propósito, el 15 de septiembre, declaró en la sesión plenaria de la Sociedad de Naciones de Ginebra que su Gobierno había decidido la retirada de todos los combatientes extranjeros. Cinco semanas más tarde, el 28 de octubre, las Brigadas Internacionales realizaban en Barcelona su desfile de despedida en un ambiente de emotiva gratitud. El Ebro fue la última batalla en la que intervinieron los internacionalistas. Para contrarrestar el efecto de esta retirada en la opinión pública europea Franco ordenó la salida de unos 10.000 italianos, sobre un total que oscilaba entre 50.000 y 100.000 hombres.

Pero sería el Pacto de Munich —firmado el 29-30 de septiembre— lo que acabaría con las esperanzas políticas de los republicanos. En Munich los gobiernos francés y británico claudicaron, de hecho, ante la política expansiva de Hitler al aceptar la cesión del territorio de los sudetes checos al III

Cronología

1938

24.VI: *se aprueba el plan del general Rojo de lanzar una ofensiva en el Ebro.*

19.VII: *el teniente coronel Modesto, jefe del Ejército del Ebro, da a conocer el plan ofensivo.*

25.VII: *a las 0,15 de la madrugada, diferentes unidades republicanas cruzan el río. Se inicia la ofensiva y al finalizar el día las fuerzas que actúan en la zona Central han llegado a las puertas de Gandesa, las de la zona Norte han ocupado más de 25 km², mientras que las de la zona Sur han sido rechazadas en Amposta.*

26.VII: *las tropas de Líster y Tagüeña ocupan Mora de Ebro, Benisanet, Miravet, Pinell, Ribarroja, Flix, Ascó, La Fatarella y Corbera. Los nacionalistas abren las compuertas de los pantanos de Camarasa y Barasona, destruyendo así buena parte de los puentes republicanos.*

27.VII: *sigue la ofensiva republicana pero los nacionalistas resisten en Gandesa y Villalba de los Arcos.*

28.VII: *son reparados los puentes y pasan diferentes contingentes con artillería y municiones. Franco traslada al frente del Ebro 7 divisiones.*

1.VIII: *los nacionalistas frenan la ofensiva republicana e inician el contrataque al norte de Fayón. El mando republicano ordena fortificarse en todos los frentes.*

6.VIII: *la 42 División republicana, que opera al norte de Fayón, se ve obligada a volver a la orilla izquierda del río. La aviación nacionalista empieza a desplegar una gran actividad.*

9.VIII: *tropas republicanas cruzan el río Segre junto a Balaguer y establecen una cabeza de puente.*

10.VIII: *segunda contraofensiva nacionalista en la sierra de Pándols.*

11.VIII: *duros combates en la sierra Magdalena. El Gobierno Negrín decreta la centralización de las industrias de guerra. Crisis gubernamental: dimisión de Aiguader e Irujo.*

17.VIII: *la 37 División republicana logra parar la ofensiva nacionalista en la sierra de Pándols. Negrín forma un nuevo gobierno.*

20.VIII: *se inicia la tercera contraofensiva con el objetivo de romper las líneas republicanas en la zona de Villalba-La Fatarella. Los nacionalistas utilizan gran apoyo artillero y aéreo.*

23.VIII: *los republicanos son desalojados del vértice de Gaeta.*

3.IX: *Franco ordena la cuarta contraofensiva intentando romper el frente en la línea Gandesa-Venta de Camposines.*

5.IX: *las tropas nacionalistas ocupan Corbera y atacan la sierra de Caballs.*

9.IX: *posible entrevista Negrín-duque de Alba en Ginebra.*

17.IX: *se inicia la quinta contraofensiva en la carretera Gandesa-Mora.*

21.IX: *Negrín anuncia en la Sociedad de Naciones la retirada de los voluntarios extranjeros que combaten en el campo republicano.*

22.IX: *Franco rechaza las propuestas de una paz negociada.*

30.IX: *firma del Pacto de Munich.*

8.X: *empieza la sexta contraofensiva nacionalista en el sector de la Venta de Camposines.*

20.X: *el mal tiempo hace que los combates disminuyan notablemente.*

25.X: *comienza en Barcelona el proceso contra los dirigentes del POUM.*

28.X: *despedida en Barcelona de las Brigadas Internacionales. Se inicia la séptima contraofensiva franquista en la sierra de Caballs.*

1.XI: *los republicanos son desalojados de la sierra de Caballs.*

3.XI: *los nacionalistas ocupan Pinell. El V Cuerpo de Ejército republicano empieza a cruzar al otro lado del Ebro.*

7.XI: *las tropas republicanas reconquistan Serós.*

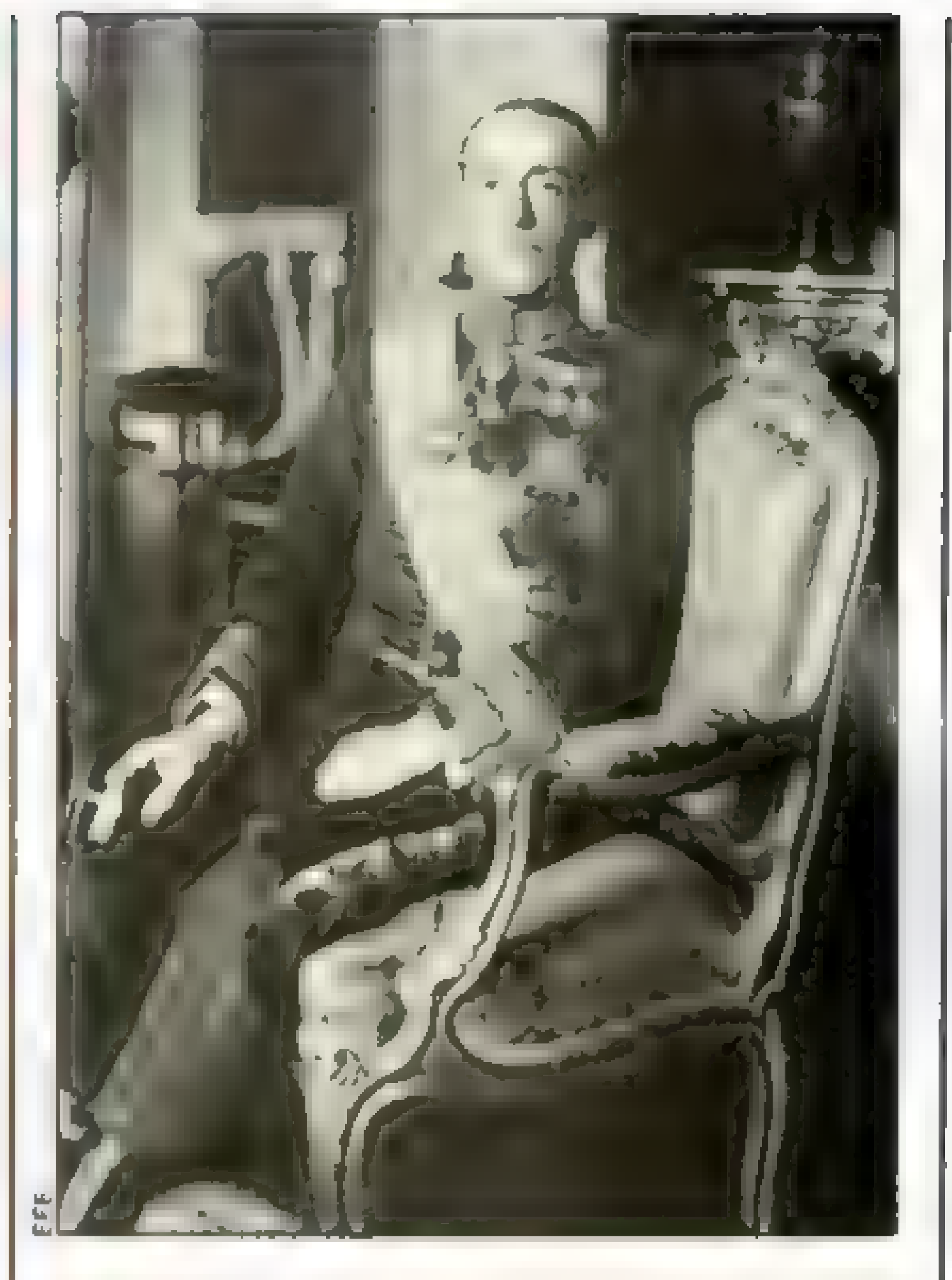
8.XI: *los nacionalistas ocupan Mora de Ebro.*

11.XI: *tropas nacionalistas entran en la Venta de Camposines y Flix.*

13.XI: *Tagüeña ordena replegarse a la cabeza de puente.*

16.XI: *entra en vigor el pacto anglo-italiano sobre el Mediterráneo.*

18.XI: *los últimos soldados republicanos pasan a la orilla izquierda del Ebro. La batalla ha terminado.*



En esta página, arriba, el duque de Alba, a quien se le atribuye una entrevista secreta con Negrín, que habría tenido lugar en el bosque Sihl de Ginebra el 9 de septiembre de 1938 y en la que el jefe del Gobierno Republicano habría intentado plantear sus condiciones para alcanzar una paz digna.



En esta página, abajo, el generalísimo Franco observa mediante un visor las incidencias de un combate en el curso de la decisiva batalla del Ebro.

En la página siguiente, el general García Valiño pasa revista a la 1.ª División de Navarra en el frente del Ebro, el 18 de noviembre de 1938.

Reich. El temor de Franco a que pudiese estallar un conflicto europeo que favoreciese a los republicanos se había disipado totalmente. Ambos bandos fueron conscientes de lo que se había decidido en Munich: para el general Rojo «la guerra la perdimos definitivamente en el terreno internacional cuando la diplomacia fraguara el Pacto de Munich»; en opinión de Tagüeña «todos en la España Republicana comprendimos que en el Pacto de Munich nos habían sacrificado a nosotros, al mismo tiempo que a Checoslovaquia». El historiador pro-nacionalista Luis Romero es de la misma opinión al afirmar que «entre el 29 de septiembre, en que se firmó el Pacto de Munich, y el 15 de marzo de 1939, día en que las tropas del Reich ocupan Praga, la Guerra Civil se ha decidido en los campos de batalla españoles y en las cancillerías extranjeras».



La retirada republicana

Mientras la República perdía su último combate en el plano internacional, en el campo de batalla las cosas no iban mejor ya que los franquistas continuaban su lento avance en el frente del Ebro. El 20 de septiembre, habían llegado a la Venta de Camposines y el 28 se iniciaba la séptima contraofensiva, que algunos autores han calificado como la de mayor concentración de fuego artillero por km² que había conocido la historia militar desde la Primera Guerra Mundial. La batalla por las cumbres de la sierra de Caballs fue una de las más duras y violentas de toda la Guerra Civil. La conquista de estas cumbres por el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo fue un revés grande para el Ejército del Ebro, ya que éstas dominaban toda la región. En la conquista de la sierra de Caballs los nacionalistas capturaron a más de 1.000 soldados republicanos y derribaron 14 aviones.

Entretanto, en la retaguardia se hacían sentir cada vez más los graves problemas de provisión de alimentos a la población civil. En la zona republicana la escasez de alimentos, los cortes de energía y la falta de materias primas estaban estrangulando la producción al tiempo que deterioraban las condiciones de vida. Pero también en la zona franquista había dificultades: en el otoño del 38 empezó a notarse la inflación mientras los salarios estaban de hecho estancados; el abastecimiento, aunque muy racionado, era más abundante que en la zona republicana. La confianza que tenía el gran capital español e internacional en la victoria de Franco se reflejaba en la notoria alza de las cotizaciones del Bolsín de Bilbao.

Los conflictos internos en la zona republicana continuaban siendo muy notables. Las críticas no demasiado explícitas al Gobierno Negrín y a la influencia de los comunistas abundaban entre los ambientes libertarios, socialistas y republicanos. En octubre, fueron finalmente juzgados los dirigentes del POUM acusados de recibir apoyo de los franquistas y de planear el asesinato de importantes figuras políticas, entre ellas Prieto y Modesto. Algunos observadores esperaban un juicio político espectacular al estilo de los que por entonces se estaban celebrando en Moscú contra los dirigentes soviéticos acusados de trostkistas, pero no fue así. Ninguno de los acusados confesó culpabilidad alguna y varias de las personalidades llamadas como testigos, entre ellas Largo Caballero y Zugazagoitia, declararon en favor del POUM. Ninguno de los acusados fue declarado culpable de traición, como pretendía el fiscal, pero sí fueron condenados a diversas penas de prisión por su partici-



El generalísimo Franco junto al general Solchaga recorre el frente del Ebro.

pación en los sucesos de mayo de 1937.

En el frente, tras unas semanas de relativa calma, en la noche del 1 al 2 de noviembre, las tropas franquistas lograron alcanzar las alturas de la sierra de Pándols, en donde resistían los republicanos desde hacía dos meses. El 3, cayó Pinell y los nacionalistas llegaron de nuevo a orillas del Ebro. Sin dejar de combatir, el V Cuerpo de Ejército republicano fue replegándose para no quedar cercado y pasó al otro lado del Ebro. El 8 de noviembre, las tropas nacionalistas entraban en Mora de Ebro con lo que en la orilla derecha del río tan sólo quedaba el XV Cuerpo de Ejército republicano que corría el riesgo de quedar copado en la sierra de La Fatarella. Tagüeña, jefe de dicho cuerpo, ordenó pasar primero la artillería a la orilla izquierda cuando los nacionalistas ya estaban cerca de Ascó. El 13, se dio la orden de evacuar la cabeza de puente; el 14, las tropas de Yagüe entraban en La Fatarella y el 18, los últimos soldados republicanos pasaban al otro lado del Ebro.

Balance de la batalla

La batalla del Ebro acabó con un trágico balance: el número de bajas se sitúa, según los observadores, entre las 40.000 y 55.000, para cada uno de los bandos; de ellas se estima que los muertos sumaron en total unos 15.000 o 20.000, mientras que los heridos serían unos 80.000 o 100.000. Es decir, las bajas vendrían a representar aproximadamente un 40 % de los hombres que estuvieron en el combate durante estos 114 días que duró la batalla. Las pérdidas en el bando republicano fueron ya irreparables; Thomas calcula que el 75 % de los brigadistas internacionales que cruzaron el Ebro en julio cayeron en el combate; los aviones republicanos perdidos fueron unos 200, a los que debe sumarse todo tipo de material bélico también perdido, como más de 100 baterías pesadas, 1.800 ametralladoras y 24.000 fusiles.

Después de la batalla del Ebro, Franco consideraba que la suerte de la República ya estaba decidida. Sin posibilidad alguna de rehacer sus unidades, sin nuevos suministros de material bélico y sin el apoyo de las democracias occidentales, el Gobierno Negrín poco podía hacer para prolongar la resistencia. Pero antes de lanzar la ofensiva definitiva sobre Cataluña el Alto Mando nacionalista decidió tomarse una tregua para reequiparse. Para ello solicitó al III Reich el armamento necesario: el 11 de noviembre, Alemania aseguraba el envío de 100 cañones del 7,5, 2.000 ametralladoras pesadas y 50.000 fusiles. Como compensación a tal ayuda, que de hecho era una clara venta de armas, en manera alguna un obsequio, Alemania exigió nuevas concesiones mineras que ampliaban las ya hechas por la Ley de Minas de junio de 1938.

Así, pertrechado y rehecho, el Ejército de Franco inició la ofensiva de Cataluña el 23 de diciembre; se trataba, en realidad, de aprovechar al máximo el éxito de la gran batalla de desgaste que había sido el sangriento combate del Ebro.

El final de la Guerra Civil

Se rinde el Ejército republicano

Borja de Riquer,
historiador

Tras la batalla del Ebro y la caída de Cataluña en manos de las tropas franquistas, el final de la Guerra Civil era sólo cuestión de semanas. Este se concretó el 1.º de abril de 1939 con la rendición incondicional del Ejército republicano. En la ilustración, cartel alegórico al final de la Guerra Civil

El 1 de abril de 1939, tres meses después de la caída de Cataluña, el general Francisco Franco emitía su último parte de guerra: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado». Con este escueto comunicado se ponía punto final al episodio más dramático y sangriento de la historia de España, al tiempo que se abría un nuevo período, no menos duro y sangriento para los vencidos, que se prolongaría casi cuarenta años.



Archivo Orbis

El coronel Casado

Segismundo Casado López nació en Navas de la Asunción, Segovia, en 1893. A los quince años ingresó en la Academia de Caballería y, en 1919, ya capitán, participó en las campañas de Marruecos. Hombre de ideas liberales, y aun republicanas, desde joven se relacionó con los grupos masónicos tan abundantes entre la oficialidad del Ejército. En 1929, ascendió a comandante y fue nombrado profesor de la Escuela Superior de Guerra, cargo que ocupó hasta 1935 en que fue nombrado jefe de la escolta del presidente de la República. Continuaba en este cargo en julio de 1936 y gracias a su decisión impidió la sublevación del regimiento de El Pardo y la captura por los rebeldes del presidente Manuel Azaña. Ascendido a teniente coronel, fue uno de los principales organizadores de las brigadas mixtas, nervio del Ejército Popular. Durante la defensa de Madrid fue jefe de operaciones del Estado Mayor. En julio de 1937, siendo ya coronel, mandó el XVIII Cuerpo de Ejército en la batalla de Brunete.

A finales de 1938, el coronel Casado encabezaba el grupo de militares que se oponía a la política de resistencia a ultranza que proponían el Gobierno Negrín y los comunistas. Casado consideraba esta actitud como un claro obstáculo para lograr una paz honorable con Franco. Gracias a los buenos oficios del cónsul británico en Madrid, Mr. Cowes, Casado entró en contacto con agentes franquistas ya en diciembre del 38. Su principal pretensión era lograr el reconocimiento de los grados para los oficiales profesionales que habían combatido al lado de la República y la garantía de que no serían fusilados. El 6 de febrero del 39, envió un mensaje a Franco por medio del S.I.P.M. solicitando condiciones para una eventual rendición republicana. Consecuente con estas pretensiones, el 12 de febrero, en la reunión de Los Llanos, fraguó con otros jefes militares la conspiración contra Negrín. Por eso no aceptó el nombramiento de jefe del Ejército del Centro, ni su ascenso al generalato, por considerarlo una maniobra de Negrín para frenar sus propósitos.

El 4 de marzo, Casado encabezó la rebelión del Ejército del Centro contra el Gobierno Negrín y se hizo cargo del mando militar del recién creado Consejo Nacional de Defensa. La rebelión provocó una violenta lucha entre las tropas de Casado y las unidades mandadas por los comunistas fieles al Gobierno Negrín. Gracias al apoyo de la división mandada por el cenetista Cipriano Mera, Casado liquidó la resistencia e hizo fusilar al coronel Barceló, jefe del IV Cuerpo de Ejército, y a varios oficiales pro-comunistas. Sin embargo, sus pretensiones de negociar con Franco, haciendo uso de sus profundas convicciones anticomunistas, fracasaron totalmente, ya que el Gobierno de Burgos exigía la rendición incondicional. Desaparecida así la principal misión del Consejo Nacional de Defensa, Casado se trasladó a Valencia y de allí a Gandía donde embarcó hacia Inglaterra.

Segismundo Casado vivió exiliado en Londres, donde trabajó como comentarista de la BBC bajo el seudónimo de Juan de Padilla. En 1947, se trasladó a Sudamérica y en 1961, regresó a España. Fue sometido a un consejo de guerra, pero resultó absuelto. Residió en Madrid hasta su muerte, ocurrida en 1968. En 1939 había publicado una justificación de su actuación en el libro The Last Days of Madrid, *traducido en España en 1968 con el título* Así cayó Madrid.





En la parte superior de esta página, cartel satírico del Ministerio de Propaganda de la República que alude a las fuerzas sociales que predominaban en el bando nacionalista; abajo, un avión Junker 52 vuela sobre Madrid.

En la página siguiente, a la izquierda, el cadáver de un niño yace sobre una calle barcelonesa tras los bombardeos de la aviación nacionalista; a la derecha, arriba, calendario franquista, abajo, cartel del NODO

La batalla de Cataluña

Finalizada la batalla del Ebro en noviembre de 1938, Franco empezó a preparar el ataque definitivo contra Cataluña. El Ejército republicano que quedaba en tierras catalanas estaba enormemente diezmado tanto en hombres como en material, mientras que los nacionalistas acababan de recibir nuevos suministros de Alemania. Ante estas condiciones favorables, Franco creyó que la ocupación de Cataluña sería una tarea relativamente rápida y fácil. Para ello situó sus mejores divisiones en la línea que va desde los Pirineos hasta el Ebro y el mar. Según Thomas este ejército contaba con 300.000 hombres.

La ofensiva, preparada para el 10 de diciembre y retrasada luego hasta el 15, fue fijada finalmente para el 23. Las tropas republicanas se hallaban al mando de Hernández Sarabia y las constituían los ejércitos del Este y del Ebro cuyos jefes eran los coroneles Perea y Modesto. Contaban con unos 220.000 hombres, pero la escasez de armas y municiones era notoria.

Los nacionalistas iniciaron el ataque el 23 de diciembre. En el río Segre, a 20 kilómetros de su desembocadura en el Ebro, las tropas italianas y navarras intentaron romper el frente republicano, objetivo que alcanzaron rápidamente ante el abandono de los oficiales adversarios. Más al norte el frente fue también roto junto a los Pirineos por las tropas de Muñoz Grandes y García Valiño. Esto provocó el abandono del resto de la línea defensiva del Segre. Para intentar detener la ofensiva nacionalista se dirigió a la zona el V Cuer-



Archivo Orbis



Archivo Orbis

Keystone

po de Ejército, al mando de Líster. Estas fuerzas republicanas lograron contener el avance enemigo durante quince días, pero el 3 de enero, ante la superioridad material de los nacionalistas, decidieron abandonar la línea defensiva. El día 4 caía Borjas Blancas y se iniciaba la batalla de Cataluña.

Como opina Thomas «el final de la campaña de Cataluña no fue una ofensiva sino un desfile de la victoria, precedido de una desbandada. El mundo se quedó atónito ante la rapidez del colapso, causado en realidad por el

Julián Besteiro

Julián Besteiro Fernández fue sin duda el intelectual más destacado de las filas del socialismo español. Nacido en Madrid en 1870, estuvo desde joven muy unido a la Institución Libre de Enseñanza. Licenciado y doctor en Letras (1895), amplió sus estudios en las Universidades de Berlín, Leipzig y Munich donde entró en contacto con los grupos de intelectuales marxistas alemanes.

De regreso a España, en 1912 ganó la cátedra de Lógica Fundamental de la Universidad de Madrid. Se afilió al socialismo y en 1915 ya era vicepresidente de la Comisión Ejecutiva del PSOE y vocal de la dirección de la UGT.

Debido a sus actividades políticas fue separado de su cátedra y procesado en 1916. El año siguiente, junto con Largo Caballero, Saborit y Anguiano, formó parte del Comité de huelga general de agosto, por lo que fue detenido y condenado a 30 años de prisión, pero su elección como diputado en 1918 significó su puesta en libertad.

En esta época, Besteiro defendía, junto a Largo Caballero y Saborit, una línea reformista sindical dentro del PSOE que se hallaba enfrentada a las posiciones más políticas de Prieto. Convertido en el máximo colaborador de Pablo Iglesias, a la muerte de éste, en 1925, pasó a ocupar la presidencia del PSOE y la UGT. Desde estos cargos Besteiro propició una táctica posibilista aprovechando la tolerancia de la Dictadura de Primo de Rivera con los socialistas, actitud que años después le ocasionaría duras críticas de sus correligionarios. En 1930, en medio de una gran polémica en la dirección del PSOE, Besteiro se opuso a contraer compromisos con los republicanos y a la participación de los socialistas en el futuro Gobierno de la República, por lo que tuvo que dimitir de la presidencia del partido.

Con el advenimiento de la República fue elegido diputado por Madrid y presidente de las Cortes Constituyentes. Su enfrentamiento con Largo Caballero, que representaba ahora la izquierda socialista, le marginó progresivamente de los cargos de dirección. En octubre de 1932, el Consejo Nacional del PSOE censuró su actitud durante la Dictadura y no le reeligió para cargo dirigente alguno.

En 1935, Besteiro dimitió también de la ejecutiva de la UGT. Pese a esta marginación sostuvo importantes polémicas ideológicas con la izquierda socialista. Defendía la opción reformista de la socialdemocracia alemana, en especial la línea de Kautsky, cosa que provocó que Araquistain le calificase de «marxista académico». Durante la Guerra Civil encabezó algunas misiones de representación en el extranjero y extraoficialmente intentó establecer negociaciones para poner fin al conflicto. En marzo de 1939, apoyó la rebelión del coronel Casado contra el Gobierno Negrín y formó parte del Consejo de Defensa Nacional. Fracasado éste, Besteiro se negó a huir de Madrid por lo que fue capturado por las tropas franquistas. Sometido a Consejo de Guerra, fue condenado a 30 años de prisión mayor el 9 de julio de 1939. Falleció un año después en la prisión de Carmona.



Salmer



Archivo Orbis

Sobre estas líneas, cartel nacionalista que no deja dudas sobre el liderazgo absoluto del general Francisco Franco.

En esta página, abajo, una curiosa foto del frente de Madrid que demuestra que el sentido del humor no se pierde ni siquiera en circunstancias trágicas.

En la página siguiente, las tropas franquistas saludan, brazo en alto, al llegar a Le Perthus, en la frontera con Francia

desgaste de hombres y materiales que había supuesto la batalla del Ebro». Ante el descalabro republicano, ya en la primera semana de enero se hizo totalmente evidente que éstos no contaban con fuerzas materiales ni morales para defender Cataluña. Algunos, los más optimistas, alentaban a la población a hacer de Barcelona un segundo Madrid y contener el ataque en el Llobregat. Pero la situación en 1939 era muy diferente de la de 1936. El Ejército y la población civil estaban extenuados tras los tres años de guerra. El hambre y los constantes bombardeos que sufría Barcelona habían mellado la moral de la población: de un millón de habitantes que tenía la ciudad, tan sólo unos mil acudieron a la llamada de construir fortificaciones.

Tarragona y Barcelona en poder de los nacionales

Los seis cuerpos de ejército franquistas atacaron conjuntamente; el italiano, junto al marroquí y el navarro, lograron entrar en Tarragona el 15 de enero, mientras más al norte, el de Aragón y el del Maestrazgo ocupaban Cervera. Día tras día fueron cayendo las ciudades catalanas, mientras en Francia se amontonaba junto a la frontera el nuevo armamento enviado por la URSS. Finalmente, Daladier accedió a dejarlo pasar el día 15; sería éste el último suministro de material que



recibiría la República. En su testimonio, el comandante Tagüeña cuenta cómo en la retirada tenía que ir destruyendo este material aún sin desembalar para impedir que cayera intacto en manos del enemigo.

En la noche del 21 al 22 de enero, el general Rojo comunicó a Negrín que el frente ya no existía en la zona de Solsona, en el eje Igualada-Manresa y en el de Garraf a Barcelona. El 22, el Gobierno ordenó la evacuación de Barcelona de todos los organismos oficiales. Un pánico irresistible se apoderó de la población y cerca de medio millón de personas empezaron a tomar penosamente la ruta que conducía a la frontera francesa, mientras que la mayoría de los catalanes aguardaba pasivamente la llegada de los franquistas. Éstos consiguieron pasar el Llobregat los días 23 y 24, pese a la gran resistencia del V y del XV Cuerpo, que no habían dejado de batirse. En la mañana del 26 de enero, las tropas navarras alcanzaban el Tibidabo y unidas a las marroquíes entraban en Barcelona aquella misma tarde sin encontrar resistencia alguna. La pérdida de Barcelona fue el golpe final que hizo desplomarse al Ejército republicano y a todos los aparatos del Estado.

Los máximos organismos del Gobierno y sus dirigentes se habían instalado desde el día 24 en Figueras y sus inmediaciones. Mientras, el Ejército agotado se replegaba, en muchos casos sin dejar de combatir y consiguiendo retrasar el avance franquista. Los nacionales ocuparon Arenys de Mar el 31 de enero y Vic el 1 de febrero. Este mismo día se reunió el Parlamento republicano en las antiguas caballerizas del castillo de Figueras. Eran unos momentos verdaderamente críticos y llenos de tensión, ya que muchos de los diputados habían ya cruzado la frontera francesa sin intención de regresar. Negrín expuso a los parlamentarios las tres condiciones que su Gobierno exigía para la paz: independencia de España de toda injerencia extranjera, plebiscito para que el pueblo español decidiese libremente su régimen político, y exclusión de represalias una vez finalizada la guerra. Como el mismo Negrín confesaría años más tarde, en realidad él tan sólo aspiraba a obtener esta última garantía. El Gobierno obtuvo el voto de confianza y el acuerdo unánime a sus tres puntos.

El éxodo hacia Francia

Entre el 27 de enero y el 3 de febrero, aproximadamente medio millón de españoles en retirada entraron en Francia. Una inmensa multitud de personas de todas las edades y de las más diversas condiciones, en coche, apretujados en camiones o a pie, arrastrando carretones de dos ruedas, abarrotaron todas las carreteras de Barcelona a Port-Bou y La Junquera. Álvarez del Vayo había conseguido que el Gobierno francés reabriese la frontera y aceptase albergar en primer lugar a los refugiados civiles. La entrada de los soldados fue permitida días más tarde. Éstos fueron cruzando el paso de Le Perthus en formación militar y tirando sus armas a medida que entraban en territorio francés. Gran parte de los refugiados fueron conducidos por gendarmes a campos de concentración improvisados en las playas cercanas de Argelès y St. Cyprien. El Gobierno francés no estaba preparado para recibir tal avalancha humana y al mismo tiempo tampoco deseaba complicar sus ya difíciles relaciones con Burgos.

Mientras, el avance franquista era incontenible. El 4 de febrero, ocuparon Gerona sin tener que combatir. Entre los días 4 y 7 cruzaron la frontera los principales dirigentes republicanos: Azaña, Negrín, Martínez Barrio, Álvarez del Vayo, Companys y Aguirre. El Presidente de la República no ocultaba su intención de dimitir, pero accedió a establecerse en la Embajada española en París, mientras Negrín y Álvarez del Vayo, que pensaban regresar a la zona centro-sur para continuar la resistencia, instalaron provisionalmente su cuartel general en Toulouse. El día 8, los franquistas llegaron a Figueras al mismo tiempo que la marina británica hacía de intermediaria en la transfe-

El éxodo republicano

Según el informe Valière, entre los días 28 de enero y 12 de febrero de 1939 entraron en Francia por la frontera catalana unos 450.000 refugiados españoles. De éstos unos 230.000 eran oficiales y soldados del Ejército republicano o miembros de las fuerzas de orden público. También había unos 100.000 soldados heridos. Los hombres adultos no militares eran unos 40.000, y la cifra de mujeres, niños y ancianos superaba las 170.000 personas. A éstos habría que añadir los 20.000 que llegaron a Argelia y Túnez en barcos procedentes de diferentes puertos de la costa murciana, alicantina y valenciana; el millar que pudo salir de Menorca en navíos británicos y los pocos centenares que lo hicieron en avión. Y si a todos estos les sumamos los varios miles de vascos, sobre todo mujeres y niños, que ya se hallaban en el exilio desde el verano de 1937, podremos llegar a la conclusión de que el total de españoles refugiados por motivos políticos el 1 de abril de 1939 estaría muy próximo al medio millón.

Sin embargo, esta cifra se redujo considerablemente en pocos meses. En julio, el Gobierno francés aseguraba que en su territorio ya sólo quedaban unos 251.000 refugiados españoles; el resto o había regresado a España o se había trasladado a otros países. De los que permanecían en Francia, 180.000 eran ex-combatientes.

De los que habían regresado a España, unos 200.000 en total, la inmensa mayoría, más del 80%, eran mujeres, niños y ancianos, y unos 30.000 soldados que habían pasado a Francia encuadrados en sus unidades. También se evaluaba el número de los refugiados españoles que habían fallecido entre enero-julio de 1939 en unos 14.000.

Eran unos 10.000 los que habían conseguido trasladarse a otros países: 4.700 a México, 1.200 a Chile, 965 a la URSS, 200 a Cuba, 200 a la Argentina, 200 al Canadá, 100 a Venezuela, etc.

Uno de los episodios más dramáticos de los refugiados españoles en Francia fue el de los campos de concentración. Todos los soldados republicanos, tras ser desarmados, fueron conducidos a unos campos de concentración improvisados en las cercanías de la frontera. Los civiles que disponían de pasaporte podían entrar libremente en Francia, pero se les controlaba el lugar de residencia y sus actividades. Las mujeres, niños y ancianos sin pasaporte fueron alojados en unos refugios provisionales en diferentes localidades del sur de Francia, sin que en muchos casos pudiesen relacionarse con el resto de sus familias.

Los ex-combatientes republicanos sufrieron durante meses unas condiciones de vida en los campos que deben calificarse de infrahumanas: hacinados en chozas, o al aire libre, con alimentación escasa y deficiente, sometidos a las arbitrariedades de los guardias senegaleses, represaliados duramente si pretendían fugarse, etc. Los campos de concentración más importantes estaban en el departamento de Pirineos Orientales, aunque también los hubo en los vecinos departamentos de Herault, Aude y Tarn-Garona. El de Argelès y el de Saint Cyprien fueron los más grandes ya que llegaron a acoger a cerca de 80.000 refugiados cada uno. Otros campos de importancia estaban situados en las localidades de Barcarès, Agde, Setfons, Prats de Molló, Vernet, Gurs y Brams.

A partir de marzo las autoridades francesas hicieron grandes campañas en los campos de refugiados para reclutar voluntarios para la Legión, los Batallones de Marcha y las Compagnies de Travailleurs Étrangers (CTE). La Legión consiguió pocos adeptos, no así los Batallones de Marcha que eran unidades militares enteramente formadas por españoles, con la excepción de los mandos que eran franceses: en verano del 39 unos 30.000 españoles se habían alistado en estas unidades. También varios miles se enrolaron en las CTE y se dedicaban a construir fortificaciones junto a la frontera alemana.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial, el 1 de septiembre de 1939, significó un duro revés y un nuevo tema de preocupación para los refugiados españoles. Muchos de ellos aceleraron sus pretensiones de trasladarse a otro país, cosa que lograron unos 25.000 más. Sin embargo, tanto los enrolados en las diferentes unidades militares como buena parte de los civiles no combatientes, mujeres, niños y ancianos, se vieron obligados a permanecer en territorio francés. Para muchos de ellos se iniciaba un nuevo drama.

Keystone

rencia de la isla de Menorca a los nacionales. Ese mismo día, el general Rojo firmó la orden de replegarse y de cruzar la frontera en perfecta disciplina militar. En la tarde del 9 de febrero, los franquistas alcanzaron la frontera en Le Perthus y Port Bou y el día 13 pasó a Francia el XI Cuerpo de Ejército que se hallaba aislado en la zona de Puigcerdá. La frontera quedó después definitivamente cerrada. La batalla de Cataluña había terminado habiendo producido, según cálculos franquistas que hoy parecen algo exagerados, un total de capturas de 200.000 hombres, 242 piezas de artillería, 3.500 ametrallado-



A finales de 1938 y principios de 1939, al tiempo que el Ejército franquista ocupaba Cataluña, el éxodo de la población catalana hacia Francia alcanzó un caracter masivo

ras y 3.000 vehículos que los republicanos habían abandonado en su huida. Tras la caída de Cataluña el mundo entero sacó la conclusión de que la guerra de España había de hecho concluido.

Frustradas tentativas de paz

Pese a estas adversidades Negrín continuó manteniendo su política de resistencia hasta lograr de Franco garantías mínimas de que no habría represión. Albergaba aún la esperanza de que el estallido del conflicto europeo obligaría a la Europa democrática a reconocer en la República española un aliado en la lucha contra el fascismo. El 10 de febrero, Negrín, Álvarez del Vayo y otros dirigentes republicanos regresaron en avión a Alicante. El general Rojo había ya presentado su dimisión, afirmando que se negaba a pedir al pueblo español que cometiese un suicidio. El día 12, Negrín reunió en Madrid a su Gobierno para informar de las condiciones de rendición que había presentado a Franco y exponer sus planes de resistencia. Aunque algunos mandos militares dieron su conformidad a los planes de Negrín, bien pocos eran los que confiaban en ellos; tan sólo los dirigentes comunistas defendían sinceramente las propuestas de Negrín. Álvarez del Vayo marchó a París para intentar convencer a Azaña de que regresara a la zona republicana, pero éste se negó respondiendo: «Mi obligación es acelerar la paz. Me niego a colaborar con mi presencia a que se prolongue una guerra que ya no tiene sentido.»

La respuesta de Franco a las peticiones republicanas de una paz sin represalias fue contundente: el 13 de febrero promulgó la llamada Ley de Responsabilidades políticas que en su primer artículo decía: «Se declara la responsabilidad política de las personas, tanto

¿Un millón de muertos?

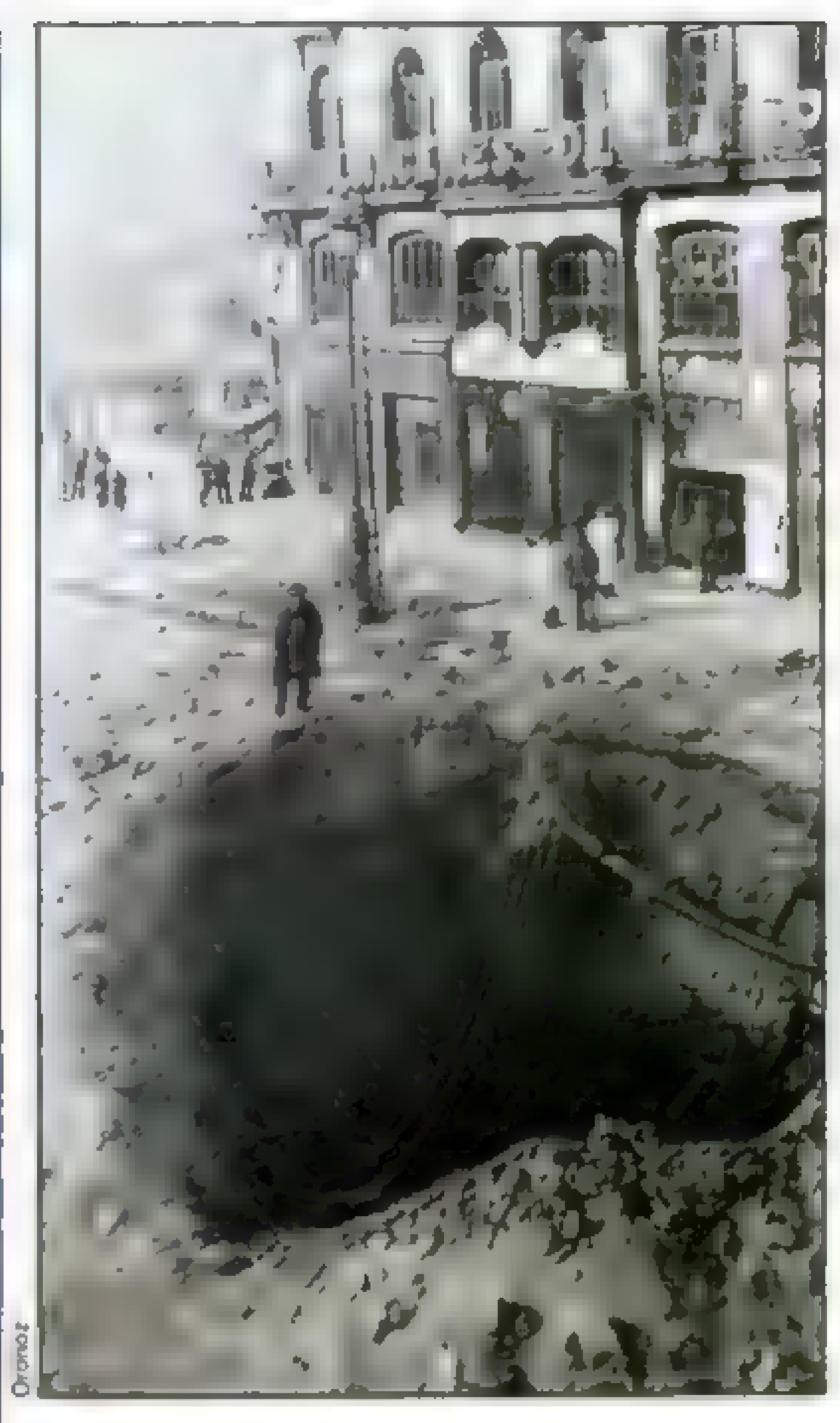
La cifra de las víctimas de la Guerra Civil española ha sido objeto de largas y agudas polémicas desde hace años. El simbólico «un millón de muertos» fue rechazado unánimemente como una exageración literaria nada verosímil.

Las cifras oficiales del Instituto Nacional de Estadística no merecen demasiada fiabilidad, ya que según ellas el total de «muertes violentas» entre 1936 y 1939 que podrían atribuirse a la Guerra Civil se elevaría a 141.000; estimación que ha sido rechazada, por muy escasa, por la totalidad de historiadores y demógrafos.

El británico Hugh Thomas cifra los muertos de la guerra en unos 600.000, de los cuales 200.000 lo serían por acción bélica, 25.000 por desnutrición o enfermedad; 150.000-175.000 por represalias de los nacionalistas entre 1936-1944 (de los que la mitad lo serían del 36 al 39) y unos 69.000-70.000 represaliados en la zona gubernamental. Por su parte, el norteamericano Gabriel Jackson, en 1980, revisando sus cifras de 1964, da una estimación muy diferente: los muertos en combate serían 100.000-125.000; 10.000, las víctimas de los bombardeos aéreos; 50.000 por desnutrición o enfermedad. Sin embargo, cifra las represalias en la zona republicana en 20.000 y las de la zona franquista en 150.000-200.000 entre 1936 y 1944, representando las ocurridas durante el conflicto propiamente dicho unas 100.000. En total, según Jackson, los muertos entre 1936 y 1939 oscilarían entre 270.000 y 305.000.

El historiador y militar franquista Ramón Salas Larrazábal discrepa de estas estimaciones y por su parte evalúa los muertos durante la guerra en unos 620.000. De éstos, 296.000 lo serían muertos en combate; y 324.000 en la retaguardia, de los cuales los represaliados en zona nacionalista serían unos 61.000 y en zona republicana unos 76.000. Ramón Tamames se inclina por una cifra aún mayor de víctimas, unas 765.000 personas, cercana a los datos suministrados por el demógrafo Villar Salinas, que los cifra en 800.000. De ellos, según Tamames, los caídos en batalla serían unos 285.000.

Como puede apreciarse las discrepancias entre unos y otros son enormes tanto en las cifras de muertos en combate como, y sobre todo, en las de los represaliados en la retaguardia de ambas zonas. Las grandes dificultades que aún hoy existen para poder calcular con precisión los diferentes tipos de víctimas permiten, sin duda, que ciertos criterios de carácter político influyan aún para aumentar o disminuir tan dramáticas cifras.



Oronoz

Sobre estas líneas, una muestra de los devastadores efectos de los bombardeos a los que fue sometida la ciudad de Madrid por parte de la aviación del bando nacionalista; ocupada Cataluña, el objetivo del Ejército de Franco volvió a ser la capital del Estado, donde la moral de los republicanos se había visto notablemente disminuida a causa de los fracasos militares.

En la página siguiente, el pueblo madrileño observa con triste indiferencia el paso por la Puerta de Toledo de los vehículos atiborrados de fanáticos franquistas que festejan con cánticos y banderas la conquista de la capital de España, el 28 de marzo de 1939; ese mismo día el coronel Prada había hecho la rendición simbólica de la plaza.

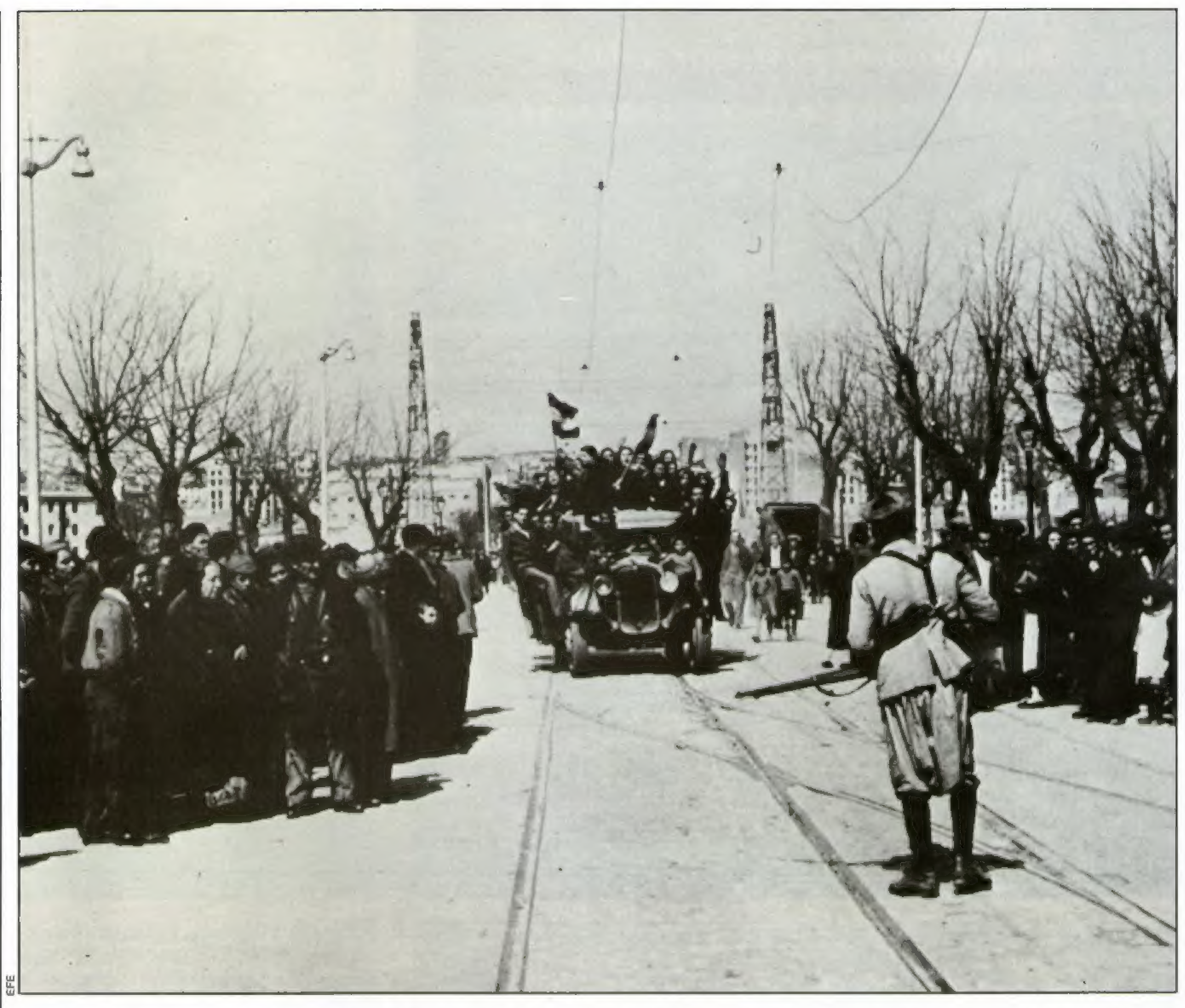
jurídicas como físicas, que desde el 1 de octubre de 1934 y antes del 18 de julio de 1936 contribuyeron a crear o a agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima a España, y de aquellas otras que a partir de dichas fechas se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o pasividad grave». Esta ley, según Thomas, «proporcionaba a las autoridades nacionalistas amplios poderes de venganza».

Negrín decreta el estado de guerra

La situación en la zona centro en el momento en que Negrín y sus colaboradores regresaron a ella era bastante confusa. El principal motivo de desconcierto era que por primera vez en el conflicto el Gobierno había declarado el «estado de guerra» (lo hizo el 19 de enero, antes de salir de Barcelona), hecho que significaba la concentración de poderes en manos de los mandos militares, en un momento en que buena parte de ellos eran más bien reacios a la política gubernamental de resistencia. Esta actitud adquirió especial gravedad en Madrid, donde el coronel Casado, jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro, empezó a ejercer las funciones extramilitares que dicho estado le permitía. La documentación recientemente estudiada del Servicio Histórico Militar ha demostrado que Casado sostenía desde finales de diciembre del 38 relaciones secretas con el Gobierno de Burgos, a espaldas de las autoridades republicanas, con la intención de negociar el final de la guerra.

El día 13 ó 14 de febrero, Negrín convocó una reunión de mandos del Ejército Popular en Los Llanos, Albacete. Allí expuso que desde la primavera del 38 había intentado conseguir una paz honrosa, pero que ante la actual situación la República no tenía otra alternativa que resistir. Los jefes militares, con excepción del coronel Segismundo Casado, informaron que todavía era posible resistir algunos meses, pero que no comprendían para qué serviría. Para Ángel Viñas, en aquellos momentos las negociaciones del coronel Casado con los franquistas ya estaban muy avanzadas, como lo demuestra el mensaje que los agentes del SIPM trasmitieron a Burgos el mismo 12 de febrero: «Nos llega la noticia de que Besteiro, Casado y Miaja están de acuerdo para una rendición. Falta reducir el bloque comunista que pretende continuar la resistencia e implantar un régimen de terror...».

El 27 de febrero, los gobiernos francés y británico reconocieron diplomáticamente al de Burgos. El de Washington no se había preparado aún para tal reconocimiento, pero otros muchos países siguieron el ejemplo de Francia y Gran Bretaña. Horas más tarde dimitió Manuel Azaña de la presidencia, habiendo retrasado deliberadamente


EFE

esta decisión para que dichos gobiernos asumieran su responsabilidad histórica al reconocer a Franco, mientras aún existía constitucionalmente la República española.

Mientras, Negrín continuaba firme en su idea de no rendirse sin garantías. El 2 de marzo, anunció una serie de ascensos militares con los que esperaba poder recuperar el control de la zona central. Se ascendió a los principales oficiales comunistas: Modesto fue nombrado general y jefe del Ejército del Centro, mientras Líster y Galán alcanzaban el grado de coronel, y otros varios oficiales comunistas eran nombrados para dirigir las plazas de Alicante y Cartagena. En Madrid, Negrín esperaba conseguir la lealtad de Casado nombrándole general y jefe del Estado Mayor. En opinión de Jackson, estos nombramientos sólo sirvieron para precipitar la caída de Negrín, ya que los elementos no comunistas reaccionaron inmediatamente, no a causa de los merecidos ascensos, sino porque ponía en manos de los comunistas el control de los puertos por donde debía llevarse a cabo la evacuación final.

La rebelión contra el Gobierno de Negrín

El primer acto de protesta contra las decisiones de Negrín tuvo lugar el día 4 en Cartagena, donde estalló una doble y compleja sublevación contra el nombramiento de Galán como gobernador militar de la plaza. Una parte de la oficialidad se lanzó a la calle en señal de protesta y la marina se hizo a la mar. La «quinta columna» falangista aprovechó la ocasión y se apoderó de la emisora de radio naval. Sin embargo, las tropas de Galán lograron sofocar estos incidentes.

Mucho más graves fueron los acontecimientos que tuvieron lugar en Madrid. Ya desde finales de febrero, Casado había hablado de formar un Consejo Nacional de Defensa, que se haría con el poder para negociar con Franco el fin de la guerra en mejores condiciones que Negrín. La dimisión de Azaña y los ascensos del 2 de marzo (Casado se negó a aceptar el suyo) precipitaron los hechos.

Al atardecer del 4 de marzo, tuvieron lugar dos reuniones de gran importancia. En Elda, Negrín reunió a su Gobierno con varios militares (Miaja, Matallana y Casado, de los que tan sólo se presentó el segundo) y, en los sótanos del Ministerio de Hacienda en Madrid, Casado convocó a mandos militares y a dirigentes socialistas, anarquistas y republicanos. En esta última se constituyó el Consejo de Defensa de Madrid del que el general Miaja, que se unió a la conspiración en el último momento, fue nombrado Presidente. Así el Consejo quedó formado por: Casado en Defensa; Julián Besteiro en Estado; Wenceslao Carrillo en Gobernación; San Andrés en Justicia; González Marín en Hacienda y Economía;

La represión posterior a 1939

En 1964, el historiador norteamericano Gabriel Jackson, basándose en los datos de las sentencias de muerte dictadas por los tribunales franquistas hasta 1944, cifró los ejecutados entre 1939 y ese año en unos 200.000. En 1980, el propio Jackson ha rectificado profundamente estas estimaciones admitiendo que seguramente más de la mitad de dichas sentencias no se ejecutaron, sino que fueron conmutadas, y calcula las ejecuciones entre el 39 y el 44 en unas 70.000 u 80.000.

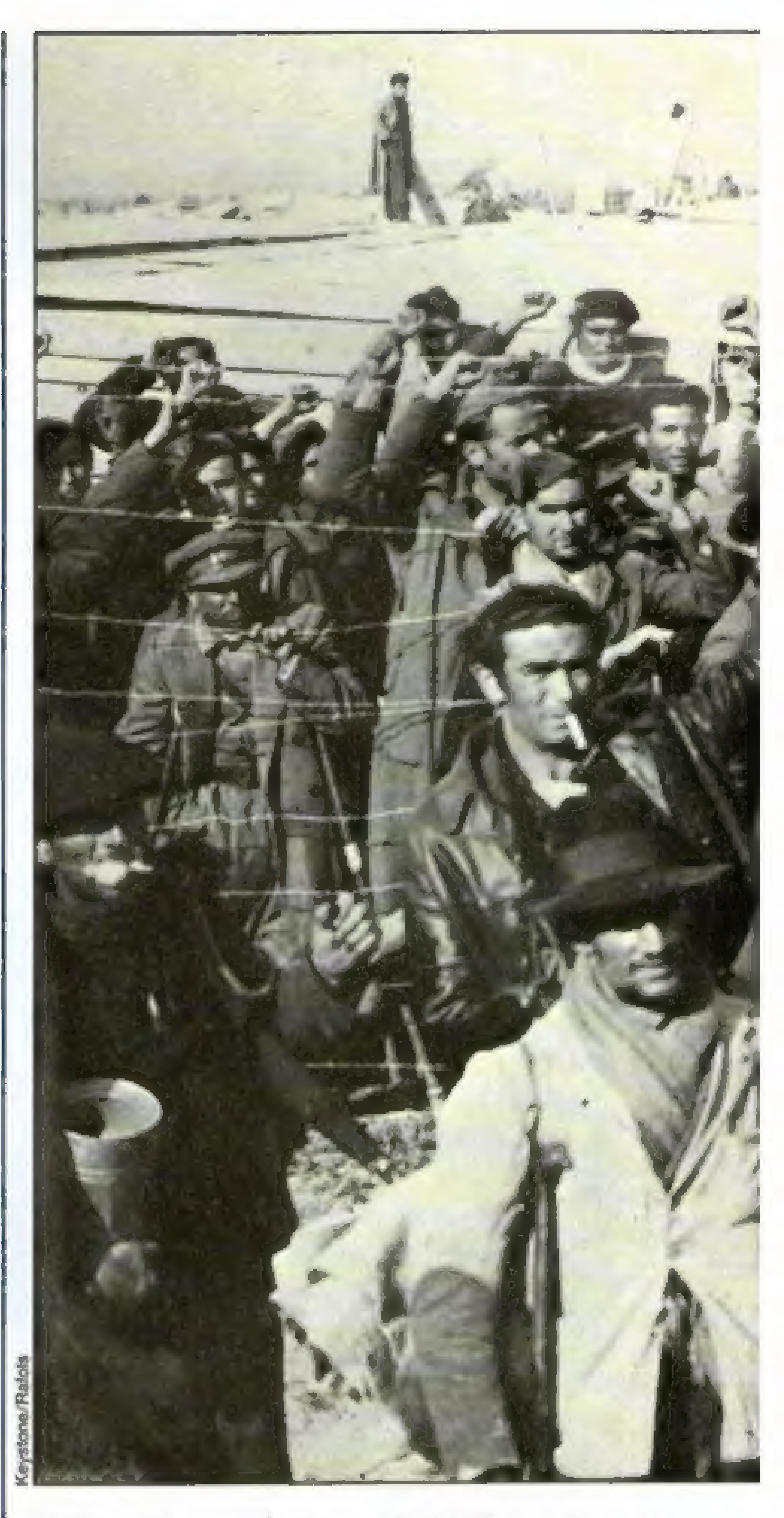
Ramón Tamames, a partir de las estadísticas oficiales de «muertes violentas» ocurridas entre 1939 y 1945, un total de 164.642, considera que las ejecuciones podrían ser unas 100.000.

Discrepa totalmente de estas cifras el historiador Ramón Salas Larrazábal que considera que las «muertes violentas» registradas esos años están hinchadas porque incluyen a muchos de los fallecidos durante la Guerra Civil. Según Salas, los ejecutados después del 39 fueron unos 22.000.

Todas estas estimaciones son demasiado genéricas y han sido realizadas en base a una documentación insuficiente y muy discutible, por lo que no merecen demasiado crédito. Se han realizado pocos estudios rigurosos sobre esta cuestión. Quizás el más importante sea el documentadísimo trabajo de Josep M.ª Solé i Sabaté y Joan Villarroya i Font sobre Cataluña. Los resultados a que han llegado estos investigadores, aunque aún en parte provisionales, son bastante impresionantes. Así, el total de ejecutados por motivos políticos en Cataluña entre 1939 y 1945 sería de 3.350. Mientras que para la etapa de julio del 36 a enero del 39 los represaliados serían unos 9.000.

Sin duda, la gran diferencia entre la cifra de los ejecutados en la postguerra con respecto a los represaliados durante la guerra puede explicarse por el hecho de que buena parte de la «gente comprometida» durante la etapa 36-39 en Cataluña debió pasar la frontera francesa con cierta facilidad y huir así de posibles represalias, tras la ocupación franquista.

Proyectando estas cifras catalanas al conjunto español, el número de ejecuciones después del 39 podría evaluarse en 50.000 ó 60.000; es decir, la mitad de lo que estima Tamames y tres veces más de lo que dice Salas Larrazábal. De todas formas, la investigación aún está por empezar para el conjunto del Estado español.


Keystone/Ralots


EFE

Sobre estas líneas, integrantes de la Falange Española desfilan por las calles de Madrid el 30 de marzo de 1939, un día después de la ocupación de la ciudad por las tropas franquistas; los falangistas colaboraron activamente en la brutal represión que se desencadenó tras el fin de la guerra.

En ambas páginas, soldados, milicianos y emigrantes del bando republicano en un improvisado campo de concentración en Argelès-sur-mer, donde fueron emplazados por el Gobierno francés; las autoridades galas no estaban preparadas para recibir una avalancha humana de tales proporciones.

Val en Propaganda; y Del Río en Instrucción Pública. A medianoche llegaron a Elda las noticias de lo que estaba sucediendo en Madrid. Negrín telefoneó a Casado y le preguntó: «¿Qué ocurre en Madrid, mi general?» «Me he sublevado», respondió Casado. «¿Contra quién? ¿Contra mí?» «Sí, contra usted». Los últimos intentos conciliadores no lograron evitar la ruptura definitiva en el bando republicano. A las cinco de la madrugada, Negrín vio que había perdido el control. Al día siguiente, él y sus colaboradores partían en tres aviones Douglas del aeródromo de Monóvar en dirección a Francia. Paralelamente Alicante había caído en manos de los partidarios de Casado.

La «guerra civil madrileña»

Sin embargo, los jefes comunistas de la zona centro no aceptaron el golpe casadista. El mismo día 5, el comandante Ascanio movió sus tropas hacia Madrid. Hubo alzamientos comunistas en Alcalá de Henares, Torrejón y Guadalajara. El levantamiento contra Casado alcanzó sus mayores dimensiones



el día 7 cuando el coronel Barceló situó su IV Cuerpo de Ejército controlando todas las salidas de Madrid, a la vez que ocupaba los Nuevos Ministerios, el Parque del Retiro y el puesto de mando del Ejército del Centro. En esta lucha resultaron muertos tres coroneles fieles a Casado, mientras que la mayor parte del centro de Madrid quedó bajo el control de los comunistas. Esa misma tarde los casadistas contraatacaron con las tropas de la división que dirigía el cenetista Cipriano Mera. Un duro combate entre ambas facciones se desarrolló los días 8 y 9 de marzo; el 10 las tropas de Casado ya controlaban el centro de Madrid y el 12 se llegó al acuerdo de que los comunistas se retiraran a las mismas posiciones que ocupaban el día 2. El coronel Barceló y su comisario Conesa fueron ejecutados por los casadistas mientras eran detenidos otros dirigentes comunistas. Fuera de Madrid, el general Escobar aplastó la resistencia comunista en Ciudad Real y Almadén, mientras Menéndez impedía que el Cuerpo de Ejército que mandaba el comunista Hernández se dirigiera a Valencia. En opinión de Ángel Viñas «aquella guerra civil madrileña» costó la vida de más de 2.000 españoles.

Entretanto, Franco esperaba pacientemente. No lanzó ofensiva alguna sino que contemplaba cómo se le allanaba el terreno para poder entrar en Madrid sin disparar un solo tiro. Tras haberse estabilizado la situación en la capital, el Consejo de Defensa se reunió el 12 de marzo y propuso a Franco negociar una «paz honrosa». Casado creía tener en su favor dos argumentos de peso: haber acabado con Negrín y con los comunistas, sus principales aliados; con estos argumentos creía que convencería a Franco para aceptar una paz negociada. Pero nada más lejos de las intenciones de éste que quería darse el placer de una «victoria total». El 23 de marzo, se reunieron enviados del Consejo y los franquistas sin que los primeros lograran ninguna garantía, sino que, muy al contrario, se les exigió que la aviación republicana se entregara el día 25 y el Ejército el 27. Los intentos personales de Casado y Matallana de negociar directamente con Franco también fracasaron estrepitosamente. La «paz honrosa» de los casadistas se había convertido en una rendición incondicional, ya que como afirma Tuñón se había «roto no ya los instrumentos de una posible resistencia, sino la casi certeza de un repliegue escalonado que hubiera representado la salvación de miles de vidas».

El rápido final de la guerra

El 27 de marzo, el Consejo de Defensa se trasladó a Valencia, con las excepciones de Besteiro y Mera. Al mismo tiempo, las tropas franquistas rompían las líneas defensivas en Toledo y Pozoblanco (Córdoba). Al día siguiente, el coronel Prada hizo una rendición simbólica de la plaza de Madrid, mientras Mera ordenaba abandonar todos los frentes. Al mediodía, las tropas franquistas al mando del general Espinosa de los Monteros hacían su entrada en Madrid.

Desde Valencia, Casado seguía insistiendo en que Franco no se opondría a la evacuación de los republicanos que lo deseasen ya que, según sus propias palabras, «todas las promesas que me ha hecho el Caudillo las ha cumplido».

Topham-Fire Foto

Después de hacer un llamamiento radiofónico aconsejando calma, el 29 Casado embarcó en el puerto de Gandía en el buque británico *Galatea* que partió rumbo a Marsella. Miaja había salido el día anterior en dirección a Orán, y Menéndez, tras recibir órdenes por escrito, abandonó sus posiciones al frente del Ejército de Levante.

Durante todo el día 29 fueron ocupadas por las tropas nacionales las ciudades de Jaén, Ciudad Real, Cuenca, Albacete y Sagunto, mientras un verdadero alud de personas se dirigía, presas de un auténtico pánico, a los puertos mediterráneos con la esperanza de poder evacuar por mar. En Alicante la situación llegó a ser verdaderamente dramática. En su puerto se congregaron entre 15.000 y 20.000 personas, entre ellas varios dirigentes políticos y sindicales, militares y personalidades de la vida cultural, aferrados aún a la esperanza de que unos barcos llegarían para rescatarlos. Pero la flota de Franco cerró toda posibilidad de escape por mar. El buque *Vinipeg*, fletado por la Comisión Internacional de Ayuda, que tenía una capacidad para 6.000 personas, dio media vuelta cuando al llegar al puerto de Alicante la marina franquista le salió al encuentro impidiéndole el paso.

Las tropas italianas de Gambara entraron en Alicante el día 30 al igual que las de Aranda en Valencia. El 31 de marzo, la suerte de la multitud que se apretujaba en los muelles de Alicante estaba decididamente resuelta. Gambara anunció que no había otra alternativa que la rendición, ya que Franco no admitía ningún compromiso. Aquella misma noche empezaron a rendirse algunos de los vencidos que fueron inmediatamente trasladados a campos de concentración próximos. El día 31, fueron ocupadas Almería, Murcia y Cartagena. En las ciudades costeras el Ejército franquista fue capturando miles de prisioneros que habían intentado inútilmente salir de España.

El 1 de abril de 1939, se rindieron los jefes militares y políticos que aún se hallaban en el puerto alicantino, mientras Franco publicaba su último parte de guerra: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».



Salmer

En la parte superior de la página, el general Franco saluda el paso de sus tropas durante el desfile de la victoria celebrado en Madrid en mayo de 1939.

Sobre estas líneas, el último parte de guerra leído en la Radio Nacional de España en Burgos el primero de abril de 1939 y firmado por el general Franco.